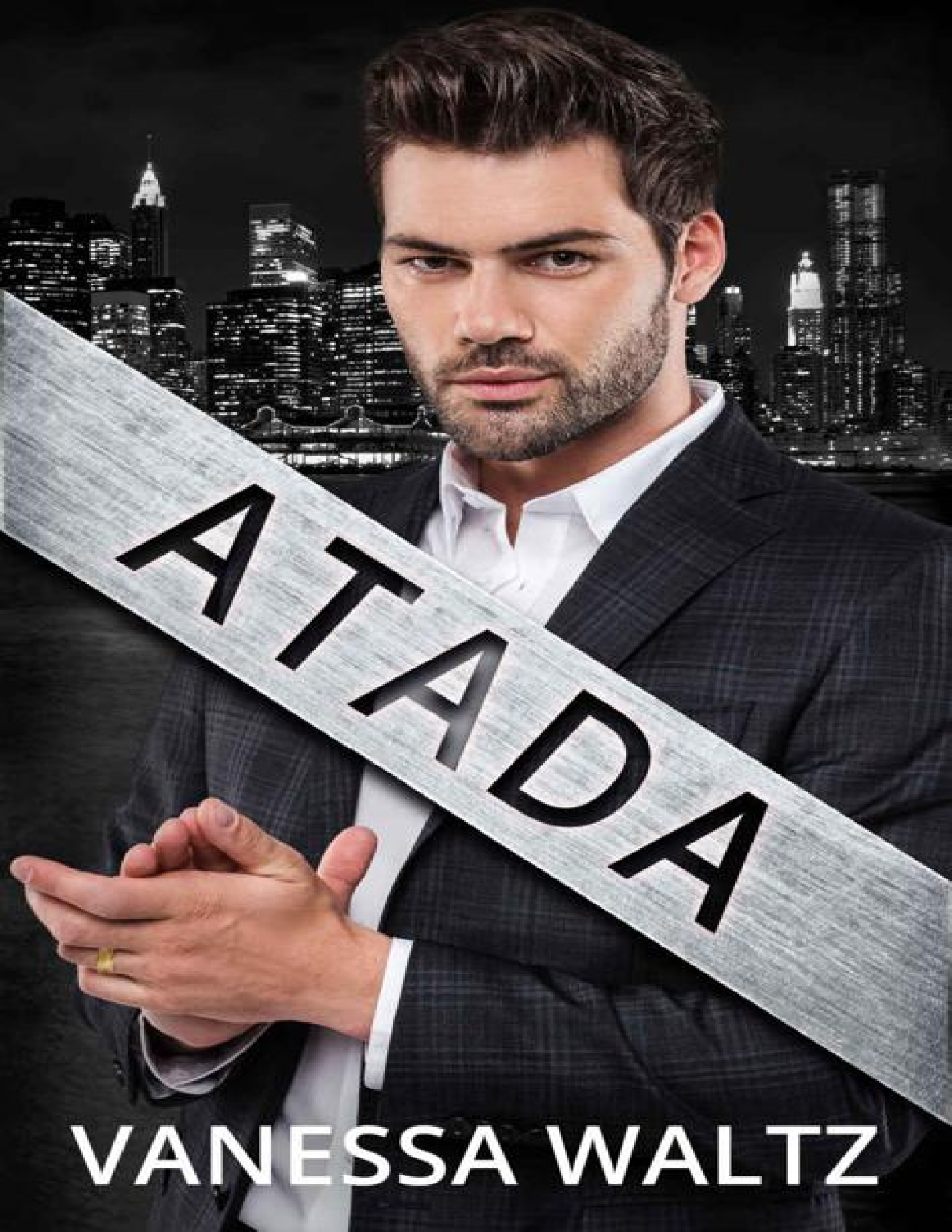

ATADA
VANESSA WALTZ

ATADA

LOS PECADORES DE BOSTON

VANESSA WALTZ

Copyright © 2020 por Vanessa Waltz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

ÍNDICE

1. Carmela
2. Michael
3. Carmela
4. Michael
5. Carmela
6. Carmela
7. Carmela
8. Carmela
9. Michael
10. Carmela
11. Michael
12. Michael
13. Carmela
14. Michael
15. Carmela
16. Carmela
17. Michael
18. Carmela
19. Michael
20. Carmela
21. Michael
22. Carmela
23. Michael
24. Carmela
25. Michael
26. Michael
27. Carmela
28. Michael
29. Carmela
30. Michael
31. Carmela
32. Michael
33. Carmela
34. Michael

35. Carmela
36. Michael
37. Carmela
38. Michael
Epílogo

Faked: Sinners of Boston #3
Agradecimientos

UNO

CARMELA

Puede que esté muerta en unas horas.

No había cometido ningún delito a ojos de la ley, pero bajo la mirada amenazadora de Michael Costa, había hecho lo imperdonable. Me colé en la fiesta de cumpleaños de su hija.

Nadie entraba en casa de un mafioso notorio sin invitación, especialmente si estabas entre sus enemigos, pero el portero olvidó comprobar mi nombre cuando llegué, vestida con ropa de diseño y una gran sonrisa. Tras un rápido registro de mi bolso de mano, me hizo pasar.

El regalo se movió en mis manos, con la cinta rizada extendiéndose por el papel de unicornios. Le había comprado a la niña un horno Easy-Bake. Al crecer, fue mi juguete favorito. Con suerte, la niña de siete años tendría interés por la cocina. La pobre criatura necesitaba desesperadamente diversión después de lo que le había pasado a su madre.

La verja de hierro forjado de la mansión de estilo Tudor, que se cernía sobre la calle como una gárgola, se abrió fácilmente cuando la empujé con un dedo. Dos frontones orientados hacia la calle que se alzaban sobre ventanas emplomadas miraban fijamente a la calzada. Un denso jardín inglés rodeaba el patio interior, donde algunas personas charlaban, aferrándose a su Cristal. Las plantas se entrelazaban en oleadas de cosmos lavanda y dedaleras rosadas. Rosales descuidados se enredaban en la valla. Un serpenteante

camino de piedra conducía a una fuente con una mesa y un banco de granito. Era encantador y hermoso, como su dueño.

La luz moteada del sol se derramaba sobre mi cabeza mientras paseaba bajo un arce japonés y me dirigía al vestíbulo. Mis nervios hicieron sonar todas las alarmas cuando crucé el umbral, como si estuviera firmando mi sentencia de muerte.

¿Cómo demonios iba a salir de allí?

Papá contaba conmigo. Ya me preocuparía de eso más tarde.

Deambulé por la mansión. Las conversaciones y risas llenaban el lúgubre espacio con la ilusión de calidez. La mayoría de los asistentes eran capullos que guardaban las apariencias: soldados de Costa y sus esposas, mamando de la teta del poder. Me deslicé entre un séquito de bebedores de rosado bajo el techo con vigas. La lámpara de araña brillaba suave y efervescente, sumiendo a todos en un tono onírico. El oro era el tema de esta fiesta.

Platos y tenedores relucientes adornaban todas las superficies de la casa de Michael, que parecía protestar contra todo ese brillo. Algunos hogares desprenden comodidad por el color o la disposición de los muebles, pero este era frío y masculino. El acero, los marrones fríos y los azules oscuros dominaban la decoración. Todas las habitaciones estaban amuebladas con piezas de Restoration Hardware, *tan* alejado de mi estilo. No podía imaginarme viviendo en un lugar tan intimidante.

¿Dónde estaba Michael?

No estaba fumando con los hombres en el exterior. No lo vi en la cocina, donde su madre tentaba a los invitados con aperitivos. Me quedé cerca de los baños, pero nunca salió. Me faltaba valor para subir las escaleras. Eso podría meterme en más problemas.

Mis dedos se clavaron en el papel de regalo mientras colocaba mi presente en una mesa consola. Deslicé el sobre con la tarjeta sobre la caja, esperando que su padre creyera en los buenos deseos para su hija. Me dirigí hacia el pasillo que conducía a otras áreas, chocando con una bola de energía.

Un niño cayó hacia atrás.

—¡Vaya! —Agarré su brazo y lo enderecé—. ¿Estás bien?

Un chaleco azul marino cubría su pequeño pecho, y llevaba pantalones a juego sobre zapatillas negras. El pequeño se tambaleó hacia adelante, con sus ojos redondos fijos en los míos. Una amplia sonrisa dividió su cara de querubín, que era idéntica a la del hombre que estaba buscando.

Dios mío, casi había arrollado al hijo de Michael.

—Matteo, qué grande te has puesto. —Me arrodillé mientras él se alisaba sus rizos despeinados—. Mira tu conjunto. Estás muy guapo.

—¡Cógeme en brazos, Carmela!

Mi corazón se derritió. —Te acuerdas de mi nombre.

—Cógeme en brazos.

No debería haberlo hecho, pero no pude resistirme a los pequeños dedos que me llamaban. Lo alcé sobre mi cadera.

—¿Mejor?

Matteo asintió, radiante. —Me gusta tu pelo. Es bonito.

—Gracias.

Levantó un mechón grueso, enrollándolo en su puño regordete. Luego me azotó como a un caballo. Estalló en carcajadas histéricas cuando troté en círculo. Su felicidad me hizo sonreír.

¿Cómo podía salir algo tan puro e inocente de Michael?

Necesitaba encontrarlo.

Ajusté mi agarre sobre Matteo mientras examinaba a los invitados, buscando al dueño de la casa. —¿Dónde está tu papá?

—*Aquí*.

Su voz era como humo deslizándose sobre whisky. La mano de un hombre se posó en mi espalda desnuda y se deslizó hacia arriba, anclándose en mi hombro. Apretó, con un agarre castigador. Luego su cuerpo se pegó al mío.

Mierda.

Mi mirada se apartó del burbujeante niño de cuatro años hacia un hombre de complexión atlética, que vestía un traje negro medianoche sobre una camiseta blanca ajustada. Michael era un semidiós esculpido por manos amorosas, desde sus largas pestañas

hasta sus labios carnosos y su barbilla con hoyuelo. Ondas castañas cálidas recortadas en su nuca enmarcaban un rostro atractivamente pícaro. El Michael que yo había conocido rara vez estaba sin una sonrisa burlona, pero el que ahora estaba junto a mí pulsaba con energía hostil.

Probablemente porque yo sostenía a su hijo.

—Matteo, *con suavidad*. —Los dedos de Michael se cerraron sobre los de su hijo, que todavía agarraban mi pelo—. Sé amable. No tires.

—¡Pero me gusta!

—Lo sé, colega. —La diversión y el orgullo feroz vibraban en sus palabras—. Le haces esto a todas las chicas guapas que entran aquí. Eres completamente desvergonzado. Igual que tu viejo.

El tacto de Michael desapareció, y luego rozó mi estómago mientras cogía a Matteo de mis brazos. Al hacerlo, irradió una calidez que parecía reorganizar las moléculas del aire.

Besó a su hijo. —Deja de perseguir chicas y ve a jugar.

—¿Jugarás conmigo?

—Sí, cariño. Más tarde. Te quiero.

—¡Yo también me quiero!

Riendo, Michael lo entregó a una niñera. —Mantenlo ocupado.

El dolor apuñaló mi estómago mientras absorbía la ternura de Michael hacia su hijo y el amor entre ellos. Una nauseabunda ola de celos me golpeó. Era el momento y lugar equivocados, pero el recordatorio de que me faltaba esa pieza perdida succionó toda la alegría de mi corazón. Una mujer de rostro amarillento se llevó a Matteo mientras él saludaba a su padre.

Una vez que Matteo desapareció, el resplandor de Michael se apagó hasta un negro deprimente.

—Carmela. Deberíamos ponernos al día en un lugar privado.

—Claro.

Su tono era ligero, pero el agarre que rodeaba mi muñeca era como un tornillo. Me arrastró lejos de la fiesta y me guió hacia una puerta. Cuando se abrió, dudé. Una habitación oscurecida esperaba.

El suave empujón se convirtió en un empellón.

Tropecé hacia adelante. Un escalofrío recorrió mi columna al oír el chasquido del cerrojo.

Michael me agarró antes de que me diera la vuelta, deslizando una mano en mi pelo mientras la otra me tiraba contra su pecho. El escozor me recordó quién era este hombre: un gángster despiadado.

—¿Qué *coño* haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Luchar contra él habría empeorado las cosas, así que le permití desnudar mi garganta. Los ojos entrecerrados de Michael ardían con emoción. Parecía profundamente alterado.

—He traído un regalo y he entrado.

—Estás en mi casa, *sin invitación*, sosteniendo a mi hijo. ¿Qué planeabas hacer? ¿Marcharte con él?

Su sospecha retorció mis entrañas.

—Por supuesto que no. No estoy aquí para hacer daño a nadie.

—*Mentira*.

—Solo he venido a hablar.

—No estoy de humor para charlar, Carmela. Especialmente contigo.

—¿Qué he hecho *yo*?

—Estás emparentada con tu padre. Eso es suficiente. —Michael se relajó, trasladando su agarre a mi cuello mientras me empujaba contra la pared—. ¿Qué hacías con mi hijo?

Tragué saliva con dificultad, ignorando la sacudida que me provocó su tacto. —Te estaba buscando, y él me pidió que lo cogiera en brazos, así que lo hice. Eso es todo. Lo juro.

—¿Cuál era tu plan?

Esto me estaba explotando en la cara.

—Michael, no contestabas a mis llamadas. Luego recordé esta fiesta. Pensé que merecía la pena intentarlo.

—¿Pensaste que me emboscarías en el cumpleaños de mi hija?

—*Sí*.

Con una expresión de profunda desconfianza, Michael agarró mi bolso y rebuscó entre su contenido, encontrando solo mi cartera y

las llaves. Ni siquiera había traído un teléfono. No quería tener ninguna oportunidad de pedir ayuda.

—Estabas loca por venir aquí.

—No tengo nada que perder.

—Eso es lo que *tú* crees. —Cerró la cremallera del bolso y golpeó ligeramente mi hombro, irradiando amenaza desde su cuerpo.

—Michael, ¿qué nos pasó?

Michael arrojó mi bolso sobre la cama y abandonó la agresividad, su sonrisa transformándose en esa inclinación juguetona que yo reconocía. —No suenes tan herida, Carmela. Me haré una idea equivocada.

—Tengo que arreglar esto. Dime qué hacer.

—No hay nada que puedas hacer. —Echó un vistazo a mi escote y debió quedar satisfecho porque arrastró su mirada hacia arriba con una sonrisa—. Te felicito por vestirte para la ocasión, pero es hora de que tu precioso culo se marche.

—*No*.

—Vete mientras te lo permito.

No me moví. —No.

—¿Debo recordarte lo que puedo hacerte a ti y a toda tu familia?

Mi estómago se revolvió. —Estoy aquí en su nombre.

—¿Te refieres a la mayoría de ellos?

La provocación de Michael erizó el vello de mi brazo.

Llego tarde para salvar a mi padre.

La música atronadora del exterior se desvaneció.

—Michael, no. Por favor, dime que todavía está vivo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—¡Oh, vamos! Sabes por qué estoy aquí. Dime qué quieres, y te lo daré. ¿Dinero?

—Mira este jodido lugar. No necesito tu dinero.

¿Qué más tenía yo? —Tenemos propiedades en Italia.

—No.

—Podría presentarte al alcalde. Te entregaría el título de la mansión de mi padre. Podrías quemarla, incluirla en tu testamento,

venderla.

—¿De qué me sirve a mí esa casa?

—Michael, ¡dime qué quieres!

—Ver cómo adivinas está haciendo mi noche. —Michael se bebió mi desesperación con una sonrisa codiciosa.

Mi boca se secó.

Esto era parte de su juego mental. Me haría creer que tenía una oportunidad, y luego me echaría. Si todas las posesiones materiales no lo convencían, ¿qué tenía para intercambiar? Debía haber algo que pudiera hacer.

La sonrisa radiante de Matteo cruzó mi mente.

Sus hijos.

—Puedo ayudarte. Piensa en tus hijos, lo mucho que podrían necesitar a una mujer en sus vidas. Perdieron a su madre hace un año. No debe ser fácil criarlos tú solo. Mantendré la casa en orden.

—¿Quieres ser la *criada*?

—Michael, lo tienes todo menos a mí.

Levantó una ceja. —¿Estás segura de eso?

Sus nudillos rozaron mi cuello, demorándose donde mi pulso era más fuerte. Podía hacer lo que quisiera. Nadie pediría ayuda si me estrangulaba... o me arrastraba a la cama, lo que, bajo su mirada febril, parecía mucho más probable.

El aire entre nosotros se calentó como una sauna de la que estaba desesperada por escapar.

—¿Me deseas o no?

—No hay hombre en el mundo libre que no lo haga. Pero tu padre mató a alguien a quien amo. Así que lo estoy matando a él.

—Tómame a mí en su lugar.

—¿Perdona?

—*Tómame a mí*. Haz lo que quieras conmigo. —Mi estómago se tensó cuando el olor a cuero llenó mi nariz, trayendo consigo dolorosas imágenes.

Michael hizo un sonido en la parte posterior de su garganta. Un ronroneo complacido que combinaba perfectamente con su sonrisa

burlona. —Tentador, pero no. Follarte no quitará el escozor de mi hermano asesinado.

—Una noche. Sin ataduras.

—El resto de mi vida, sin ataduras, pero con bastante cuerda. —Su sonrisa era una oscura promesa—. No necesito una muñeca sexual. No. Serás mi esposa.

Dio un paso atrás mientras yo asimilaba esa bomba. La onda expansiva atravesó mi pretensión de calma porque estar atada a él era mi peor pesadilla. Yacer bajo Michael mientras me usaba era mucho más preferible que casarme con él.

—Estás de broma.

—No lo estoy.

Era bien sabido que a Michael le gustaba jugar con su comida antes de comérsela. Abrí la boca para exigir que dejara de tomarme el pelo, pero ni un ápice de malicia brillaba en la mirada de Michael.

—No me lo creo.

—Tú me lo has planteado. Tengo dos hijos que echan de menos a su madre. Necesitan una mujer fuerte y segura con buen criterio. Esa eres tú, Carmela. Aparte del pobre juicio que has demostrado al entrar sin permiso.

—¿Prefieres que sea su madre sustituta?

—Quiero tu alma, poseerte y saborear tu beso cuando te doy un orgasmo. Me encantaría arrancarte ese vestido, follarte con los tacones aún puestos, hacerte arrodillar y enseñarte a someterte. Dios, las cosas que te haré. —Me arrinconó contra la pared, su expresión voraz—. He esperado a que te fijes en mí de la manera en que yo me he fijado en ti.

Oh, lo había hecho.

Antes de este lío con mi padre, Michael Costa era una presencia estable, un diablo despreocupado, siempre listo con una broma juguetona. Le había visto desarmar a mi malhumorado cuñado. Cuando nació el bebé de mi hermana, fue de los primeros en visitarlo. Las ocasiones en que Michael y yo nos habíamos cruzado quedaron grabadas en mi memoria porque él expresaba su interés

en mí sin una pizca de timidez. Los intercambios con él estaban cargados de insinuaciones. Una vez, había estabilizado mi equilibrio con una mano en mi espalda, y había pensado en lo increíble que se sentía durante toda la semana. A pesar de eso, y del hecho de que mi soledad me carcomía cada noche, me mantuve alejada de Michael.

No *podía*.

Esperaba que exigiera sexo a cambio de la vida de mi padre, o un intercambio que cementara mi posición como *rehén*, no como *compañera*.

—Eres un símbolo de estatus, venganza y una esposa trofeo todo en un bonito paquete. Te quiero fuera del mercado y llevando mi anillo.

Los gángsteres eran pésimos novios y peores maridos. Ya había pasado por eso. No podía lanzarme a algo permanente con otro Nick, un hombre que me rompió el corazón y casi me destrozó.

Me destruiría. —Haré *cualquier* otra cosa.

Una sonrisa bestial se grabó en su rostro. —Podrías permitirme matar a Ignacio.

No me lo puedo creer. —Si acepto, entonces ¿qué?

—Nos casamos. —Se alisó las solapas, pasando los dedos sobre la seda—. Y liberaré a Ignacio.

—¿Así sin más?

—*Así sin más*. Pero queda excluido de tu vida. Los detalles pueden esperar, pero no voy a ceder. Sabes lo que hizo tu padre. Esta es su *única* salida. Cásate conmigo o morirá.

Quemaría el mundo por mi padre. Era el único hombre en quien confiaba. Había derribado a patadas puertas de hombres que me habían hecho daño. Siempre había sido una fuerza inquebrantable, y ahora estaba *indefenso*. Papá me necesitaba.

¿Iba a decepcionarle?

No.

—Vale.

—No he entendido bien. ¿Qué has dicho?

El temor atenazó mi estómago. Estaba jugando conmigo, y esto era solo el principio.

—Me casaré contigo.

DOS

MICHAEL

La familia lo era todo.

No amaba nada como a mis hijos, pero era un amor obsesivo. Sacaba lo peor de mí. Como cuando golpeé a un tendero por darle un manotazo a mi hija. Lo dejé en la acera con extremidades destrozadas y el orgullo hecho añicos, gritando a los testigos que le ayudaran. Nadie lo asistió porque, en mi barrio, todos me conocían y sabían lo que yo representaba.

Tenía una regla.

No os metáis con mis hijos.

Quienes amenazaban a mi hijo y a mi hija morían de forma dolorosa. Eran mi legado, mi cuerpo, mi alma. Cualquiera que pusiera en riesgo su seguridad compraba un billete a la morgue o, más probablemente, a una tumba alrededor del embalse Quabbin.

Lo que me llevó hasta la entrada de mi mansión para enfrentarme al mayor imbécil del mundo. El guardia de seguridad que había contratado tenía una impresionante altura de un metro noventa y venía bien recomendado por sus compañeros. Había servido en Afganistán y se había graduado en una escuela de protección ejecutiva de primer nivel, y había permitido que una desconocida entrara en mi casa.

Bryan estaba construido como un buey, pero los esteroides debían haberle deteriorado el cerebro. Su mandíbula cuadrada se tensó cuando me acerqué a él con una foto de Carmela en mi móvil.

—¿Reconoces a esta mujer?

Se quedó mirando boquiabierto la foto que tomé después de encerrarla. —Sí... creo. Entró hace unos treinta minutos.

—¿Te hizo una mamada?

Sus cejas se fruncieron. —No.

—¿Te distrajeron sus tetas?

Sus fosas nasales se dilataron, y una oleada de rabia me recorrió. No tenía derecho a enfadarse, el muy imbécil. —No entiendo la pregunta.

—¿Por qué coño dejaste entrar a alguien que no estaba en la lista de invitados?

Un espasmo de pánico le crispó el rostro. —Llevaba un regalo.

—Podría haber llevado cualquier cosa dentro.

—Señor Costa, jamás pondría a su familia en peligro. No llevaba nada encima.

—Tienes *un* puto trabajo: comprobar sus nombres.

No volvería a usar esa agencia. Si él era tan ingenuo, no confiaba en absoluto en el resto de sus empleados.

—Lo siento, señor Costa. Nunca volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no. Estás despedido —lo empujé hacia la acera, fulminándolo con la mirada—. Lárgate de aquí antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Saqué un clip de billetes y le lancé su tarifa por hora al aire. Lo vi arrastrarse tras el dinero mientras se dispersaba con el viento. Tuvo suerte de que Carmela fuera la mujer por la que había estado suspirando durante meses.

Podría haberla matado por arrasar mis límites y tocar a mi hijo. El hecho de que se hubiera paseado por mi seguridad sin problemas me estrangulaba, pero conocía a Carmela. La había visto en fiestas navideñas, y había cuidado de mis hijos con su hermana, Mia. Nunca haría daño a un niño.

Era alta y jodidamente sexy, con largo cabello color café con mechas de caramelo. Carmela era Gal Gadot con curvas, una mujer despampanante que había sido tema de discusión en muchas

partidas de cartas borrachas en el Sunset Tavern. Su figura de reloj de arena era un imán para la atención masculina, que ella solía ignorar. La mitad del mundo criminal de Boston tenía un flechazo con la diosa italiana de piernas largas y lengua afilada. Alessio, su antiguo prometido, la había llamado difícil. Rechazaba a los tíos con la delicadeza de un ladrillo volador. Era una chica dura.

Dios, cómo me gustaban así.

Específicamente, me encantaba ponerlas de rodillas.

Pensar en ella atrapada en mi dormitorio me puso frenético. Una vez dentro, cogí un cóctel del bar abierto, presionando el vaso helado contra mi pulso palpitante. Me calmé y luego volví a la habitación inundada de papel de regalo. Mi hija estaba tumbada en la alfombra. Habían apartado la mesa de café para dejar espacio a la montaña de regalos. Matteo rondaba cerca de su hermana, llorando.

Me arrodillé junto a mi hijo y besé la sien de Matteo. —¿Estás bien?

Matteo hizo un puchero. —No.

—¿Qué ocurre?

El niño de cuatro años miró los paquetes que esperaban ser abiertos y estalló en lágrimas nuevas. —¿Y yo *qué*?

Le apreté la barbilla. —Tío, me estás matando. Es el cumpleaños de tu *hermana*.

Señaló las cajas. —¡Pero yo también quiero uno!

Mariette atacó un regalo envuelto en dorado. —¡Oooh!

Lo arrastré sobre mi regazo. —Lloras cada vez que alguien tiene una fiesta.

Se volvió hacia mi pecho y sollozó. Le froté la espalda, temblando con una risa apenas audible. Luego solté un suspiro, saqué un pequeño paquete de mi bolsillo y lo puse en las manos de Matteo.

—Aquí tienes, cariño.

Los sollozos de Matteo se calmaron. Se separó y luchó por sacar el camión del embalaje. Hace dos años, celebré una fiesta para mi hija sin nada para Matteo... qué desastre. Había estado inconsolable.

Desde entonces, nunca organizaba un cumpleaños sin un regalo para el otro niño.

Tiré de las coletas de Mariette. —¿Qué has recibido?

—¡Horno Easy-Bake! —Mariette rasgó el papel, revelando un enorme juguete de plástico rosa—. ¡Hace pasteles! *Guau*.

—Eso es genial. ¿De quién es?

Despegó un sobre de la caja y sacó la tarjeta, frunciendo el ceño. —*Querida Mariette, Mientras creces, asegúrate de soñar a lo grande. Sonríe, vive, ríe y diviértete. Feliz séptimo cumpleaños. Con cariño, Carmela*. ¿Quién es Carmela?

Tomé la tarjeta. —Es... la novia de papá.

Mariette hizo una mueca. —Puaj.

La nota era un buen detalle.

Sonreí, imaginando a la morena arriba, con ese vestido transparente. Obviamente había esperado seducirme y conseguir un acuerdo. Consiguió lo que quería. La obligué a comprometerse.

¿Qué me pasaba?

Podría haber mentido y habérmela tirado, pero la imagen de ella sosteniendo a mi hijo me había detenido. Siempre me había imaginado con una chica como Carmela.

La vida no había sido amable. Dejé embarazada a una stripper. Me casé con dicha chica, cuyos instintos maternales eran inexistentes. Cuando no amenazaba con quitarme a mis hijos, me era infiel, conseguía drogas y me volvía loco. Intenté arreglarla: rehabilitación, psiquiatras, terapia... nada funcionó. Estuve secuestrado durante seis años. Así que cuando murió, un doloroso alivio me inundó los huesos.

Por fin *libre*.

Lo último que necesitaba era otro matrimonio de mierda.

Tenía un presentimiento sobre Carmela.

Un presentimiento estúpido, tal vez, pero me calentaba el cuerpo. Ignoré ese impulso una vez, y casi me destruye. Afortunadamente, mi cabeza y mi corazón gritaban el mismo consejo: *No dejes escapar a Carmela*.

Así que no lo haría.

TRES

CARMELA

No me iba bien en las jaulas.

Especialmente aquellas que se parecían a mis peores pesadillas.

Permanecí junto a las ventanas emplomadas mientras la luz del día se desvanecía en el cielo. Una bola de ansiedad palpitaba dentro de mí a medida que la noche descendía sobre el tranquilo barrio residencial. Las siluetas de las casas desaparecían, fundiéndose en una negrura absoluta. El calor se escapaba de mis huesos mientras la niebla vespertina disolvía las luces traseras de los últimos invitados que se marchaban.

¿Qué haría cuando regresara?

Las pistas se presentaban en la extraña decoración del dormitorio. Anillos de bronce sobresalían de la cama con dosel. Un enrejado de hierro forjado componía el cabecero. Un gancho atornillado a la viga del techo. Abrí su armario empotrado. Cajas de acero cubrían la estantería superior, ¿serían cajas fuertes para armas? Aparté el perchero de trajes a medida, con el corazón latiéndome con fuerza cuando mis dedos tocaron un manojo de cuerda de nylon. Junto a él había un antifaz de cuero.

Mi respiración se entrecortó.

Éramos tan *incompatibles*.

Nunca había conocido esta faceta suya. Se suponía que Michael era uno de los buenos. Los rumores que rodeaban al recién nombrado consigliere nunca mencionaban la habitación con juguetes

sexuales. Toda esta mierda del bondage empujaba mis límites hasta el extremo.

Las cosas que te voy a hacer.

Joder, no bromeaba.

Pasaron varios minutos incómodos con un nudo del tamaño de una nuez alojado en mi garganta. Me imaginé a Michael agarrándome del pelo, doblándome sobre el colchón. Un violento escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Unos pasos resonaron fuera.

Mierda.

Contuve la respiración mientras la puerta crujía. Una sombra pareció fundirse en el interior.

La luz acariciaba la silueta de Michael con colores cálidos, iluminando detalles seductores: un cuerpo esbelto ondulando con músculo, los bordes afilados que definían sus mejillas angulosas, la elegante pendiente de su nariz y sus ojos entornados, últimamente, siempre estrechados.

Calculadores.

Se había quitado la chaqueta. La camiseta por fuera combinada con su forma de andar habría enorgullecido a James Dean. Sus iris eran de un vibrante tono ámbar, tan tentadores como el whisky en una noche fría. Una barba negra incipiente cubría su mandíbula y barbilla, cincelando sus rasgos angulosos. Completando esa imagen de perfección estaban su sonrisa juguetona y los hoyuelos que moldeaban su rostro. Absorbí cada uno de sus detalles, como si pudiera encontrar en sus arrugas un secreto que me liberara.

El impulso de aplanar mi mano contra su pecho para mantenerlo a raya era abrumador. —No es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque eres un hombre decente.

—Carmela. Cariño —rozó sus nudillos contra mi mejilla helada—. Fui amable contigo porque quería acostarme contigo. Eres fácil de manipular, y tengo mucha práctica.

—Eres un psicópata.

Michael parecía aburrido con el giro de la conversación. —Seré cien por cien sincero contigo a partir de ahora, excepto delante de mis hijos.

—¿Lo has reconsiderado?

Por favor, di que sí.

—No. ¿Te estás echando atrás?

—No soy ninguna cobarde. Simplemente no me gusta estar encerrada en un espectáculo de rarezas durante horas.

—*¿Espectáculo de rarezas?*

Siguió mi mirada hacia los anillos de bronce, el gancho del techo y el armario empotrado lleno de cuerdas. Se encogió de hombros.

—No te ataría en nuestra primera noche juntos.

—No sabía que te gustaban las cuerdas. Michael, eso es... *intenso*.

Antes de esto, habría asociado mil palabras diferentes a Michael: locuaz, despreocupado, alegre. Todo lo que había asociado con él se había desvanecido en privado.

Me habían engañado. Era un amigo de la familia que aparecía en Navidad con sus adorables hijos. El mismo hombre que arrullaba al recién nacido de mi hermana me había chantajeado para comprometerme.

Este era Michael sin máscara.

Me clavó una mirada que calentó mi sangre. —Intenso es como me gusta.

—Así que eres un sádico.

—Soy muchas cosas, Carmela.

—*Claramente*. ¿Por qué lo haces?

—Tener a una mujer a mi merced hace que se me ponga dura la polla —era tan despreocupado y *vulgar*, lejos del caballero que me había besado los nudillos.

—Nunca volveré a mirarte igual.

—Pero me estás mirando.

Como si mi atención pudiera haberse desviado con él en la habitación. Michael solía ser un punto brillante en un universo oscuro.

—Nunca te presté atención por una razón —mi garganta se tensó cuando su sonrisa creció—. Tal vez deberías *haber captado la indirecta*.

—¿Que querías ser perseguida?

—No estaba interesada porque no me siento atraída por ti.

—Por eso te arreglaste tanto y te ofreciste como esclava sexual —Michael sonrió, y la carne de gallina erizó mis brazos—. Nunca pensé que harías eso. Será una gran historia para contar a los nietos.

Vaya.

—Michael, necesitas moderar tus expectativas. Cuando fantaseo con el sexo, es sin esposas de cuero —a juzgar por el armario empotrado de Michael, era el tío menos convencional del puto planeta—. Serás más feliz con otra persona.

—No me importa mi felicidad —arrasó con esa alarmante declaración y adoptó un tono de reproche—. ¿No deberías tener prioridades más altas que mi vida sexual?

—Es en lo único que puedo pensar.

Me dio un golpecito en la barbilla. —Bueno, saca tu mente de la alcantarilla. Tenemos reglas que discutir.

—*¿Reglas?*

—Sí, cariño. Reglas. ¿Creías que te dejaría hacer lo que te diera la gana donde viven y duermen mis hijos?

Todavía no había mostrado pruebas de que papá estuviera vivo.

—Tengo que ver a mi padre. Me debes una prueba.

—Tu padre está bien —el brillo de sus ojos desapareció—. Te doy mi palabra.

—¿Eso vale para algo?

—¿Por qué iba a mentir?

Fácil. —Porque disfrutas jodiendo a la gente.

—Prefiero follarte a ti que liar tu linda cabeza.

—Nunca me tocarás, especialmente con esa mierda del bondage.

—Estás enviando señales contradictorias, Carmela —Michael se resistió cuando empujé su pecho—. Sacando a relucir mis fetiches una y *otra* vez.

Era difícil no lanzarme contra él con todo lo que tenía. —¡Quiero ver a mi padre!

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque es mi decisión y estoy diciendo que *no*. Cuando el momento sea adecuado, permitiré una visita.

Eso clavó el clavo oxidado en mi pozo de rabia. —¿Es esto un juego enfermizo? ¿Mantenerme en vilo sobre si mi padre está vivo?

—No quieres ver a Ignacio. Créeme.

Así que lo habían torturado.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos mientras imaginaba a mi padre acurrucado en una celda de hormigón, cortes marcando el rostro que amaba, y Dios sabe qué más.

El odio se arremolinó en un frenesí ardiente. —Lo que sea que quieras de este matrimonio... nunca tendrás mi amor.

—Pero amarás a mis hijos.

Abrí la boca para negarlo, pero no pude formar las palabras. Había mucho espacio en mi corazón para dos niños inocentes, pero absolutamente ninguno para Michael. Enamorarme de un hombre casi me mató una vez. Me arrastró a un lugar negro como la brea, y emergí con cicatrices mentales que aún sangraban.

Toleraría a Michael.

¿Pero amarlo? Nunca.

CUATRO

MICHAEL

Existen siete etapas del duelo, pero yo solo sentía una.

Rabia.

Daniel tenía un problema para controlar la ira. Un gánster con actitud. *Qué sorpresa*. No era la persona más fácil de tratar. Al crecer, habíamos tenido una relación de amor y odio. Me daba bofetadas hasta que desarrollé suficiente músculo para devolvérselas. Solíamos darnos palizas mutuamente. Una vez, me apuñaló en el muslo.

Mi madre, desbordada, lo envió a terapeutas que le hacían contar hasta diez y tonterías por el estilo. Daniel nunca puso en pausa su agresividad. Si estallaba una pelea, la terminaba con una pistola. Y ganaba.

Esta vez, no había tenido tanta suerte.

Lo único que sabía era que un altercado había llevado al padre de Carmela a meterle dos balas en la cabeza a mi hermano. Conociendo a Daniel, probablemente se lo había buscado. Eso no significaba que mi madre mereciera ver cómo enterraban su cadáver.

Era mi trabajo recoger los pedazos.

—*Ignacio*. ¿Puedes oírme?

Dudaba que oyera algo más que el pitido.

Ignacio estaba desplomado sobre el hormigón. La mirada crítica de Carmela parecía atravesarme a través de los ojos de su padre. Una barba desigual manchada de vómito crecía en mechones sal y

pimienta. Todavía llevaba su ropa dominguera, aunque se había quedado en camiseta de tirantes. Cada día, se había quitado otra capa empapada de sangre, desechándola como un tumor extirpado de su cuerpo.

Lo tomé como una señal de progreso que estuviera debilitando su resistencia, pero después de incontables *que te jodan* y *que le jodan a tu madre*, decidí que Ignacio no estaba ni cerca de sufrir una crisis mental.

Cabezota del demonio.

Mi hermano había sido igual de terco, y la comparación me retorció un puñal en el pecho. Si me hubiera tomado en serio sus quejas, la disputa de Daniel con Ignacio se habría quedado en nada. Mi madre y mi hermana no estarían destrozadas. Yo no estaría luchando por seguir adelante en un mundo sin él.

—Que te jodan —gruñó Ignacio—. Que le jodan a tu madre y a tu podrida familia. Espero que les dé cáncer en el culo y se mueran, todos ellos.

Ya lo había dicho mil veces.

—Me aburren estos intercambios. —Me agaché y le agarré un puñado de pelo—. Tú me mandas a la mierda. Yo te golpeo. Y así seguimos dando vueltas. ¿Qué intentas demostrar?

Ignacio hizo una mueca y escupió, manchando el suelo de carmesí. El sexagenario se puso de pie tambaleándose, ignorando su dolor como llevaba haciendo cinco días.

El padre de Carmela era un cabrón duro de pelar.

—Dame lo que quiero o te presentaré a Vinn.

Señalé a mi primo, pero no era necesario. La mirada de Ignacio nunca se alejaba demasiado del imponente jefe de los Costa.

Vinn estaba de pie con una sudadera azul marino, remangada hasta los tatuajes, junto al Camaro que necesitaba reparación. El jefe en funciones que lo precedió, Alessio Salvatore, lo ponía en roles intimidantes. Vinn era alto y corpulento, con bíceps tan anchos como mi cuello, y no sabía cómo *no* resultar aterrador. Quería al

tipo, pero no tenía ni pizca de autocontrol. Blandía un hacha cuando debería haber usado un bisturí.

La gente le tenía miedo a Vinn. Se fijaban en lo que yo pasaba por alto. En lugar de vacío, yo veía décadas de confianza. Vinn era el niño que no tenía nada para comer hasta que mi madre me mandaba al colegio con dos almuerzos. Era un personaje trágico que atraía a mujeres como mi hermana, que querían arreglarlo.

Encendí el equipo estéreo, que retumbó con "Ride the Lightning" de Metallica. Ignacio gimió y se tambaleó hacia delante. La saliva le caía de la boca en un chorro constante, y gritaba en sílabas ininteligibles.

Subí el volumen.

Ignacio se arañó las orejas. La canción llegó a la mitad antes de que detuviera la música. Su cuerpo se enderezó hasta alcanzar su imponente altura.

—¡Cuando salga, te mataré!

Agarré sus manos atadas y lo empujé hacia la silla metálica.

—Sí, sí. Puedes intentarlo si escapas.

—Te juro por Cristo que reduciré a cenizas todo lo que amas.

—Naz, tengo a tu hija.

Ignacio se quedó paralizado. Un destello de pánico marmorizó su mirada inyectada en sangre. Se dobló, acunando su cabeza, susurrando una oración con una voz aguda que nunca le había oído antes.

Bingo.

—Carmela vino a verme. Una chica preciosa. Muy dulce. Dispuesta a hacer cualquier cosa para salvarte.

Lo único que habíamos hecho era hablar.

Me recosté, perdido en el recuerdo de aquella belleza entrando en mi casa como si fuera suya. Muchas cualidades de Carmela me atraían: cuerpo de infarto, una confianza de agárrame-por-los-huevos, y su afinidad por los niños.

Todas las reservas sobre casarme con Carmela desaparecieron cuando recordé la devoción de Ignacio por sus hijas. Casi había

iniciado una guerra con los irlandeses después de que un miembro hubiera agredido a Mia, la menor. Quería retorcer la navaja, así que lo separaría de Carmela.

Le arrebataría a su preciada joya para siempre.

Ignacio se abalanzó con un gruñido, detenido por la mano de Vinn. *—¿Qué le has hecho a mi niña?*

—De todo. Fue una noche salvaje.

—¡Te mataré! ¡Mataré a toda tu puta familia!

—Relájate, Ignacio. No está peor que antes. —Le guiñé un ojo, provocando otro grito ronco—. De hecho, me la voy a quedar.

Si alguien me provocara así hablando de Mariette, le clavaría un picahielos en los huevos. Esto convirtió a Ignacio en una bestia rabiosa que saltaba hacia mí sin importar cuántas veces Vinn lo contuviera.

—*No*. ¡A mi hija no, hijo de puta!

—Dame información. Salva a Carmela. —Una aguda frustración me atenazó el pecho mientras él se sentaba, rechinando los dientes —. O seguiré haciendo lo que me dé la gana con ella.

Nada.

Tal vez no le importaba.

Ignacio intentó levantarse.

—¡No puedo decir nada!

—Estoy harto de tus gilipolleces. Dímelo, por el amor de Cristo. ¿Qué hizo mi hermano? ¿Por qué le disparaste? Estás alargando esto y me estás cabreando. Ten huevos y admite lo que hiciste.

Vinn lo empujó hacia abajo.

—*Michael*. Basta.

Me negué a cambiar de tema.

—¿Por qué asesinaste al hombre que te protegía?

—Michael, para.

Agarré el hombro dislocado de Ignacio y clavé mi pulgar en la articulación.

Su alarido me perforó los tímpanos.

—He dicho que *pares*. —Vinn me agarró del bíceps y señaló con la cabeza hacia la oficina—. Vamos a hablar.

Lo empujé.

—No he terminado.

—Sí que has terminado.

Desobedecer una orden directa de Vinn no era una opción, incluso si era familia. Me puse de pie, pateando la silla de lado. Ninguno de ellos me había visto realmente enfadado. Me conocían como el tipo divertido, el pacificador, el hombre al que todos elegían como padrino.

Ya no.

Todo en mi interior estaba retorcido y negro.

CINCO

CARMELA

Michael me ofreció una mano grande y callosa. *No* quería tocarlo, pero tenía pocas opciones. Sus dedos apretaron los míos, planchándome con su calor. Luego me sacó fuera y bajamos las escaleras. Mientras luchaba por seguir su ritmo, observé más detalles de la mansión.

Pasar mi vida en este lugar sin color parecía una tortura suficiente sin Michael acechando por su interior. Al pasar por la cocina, eché un vistazo al jardín trasero. Un jardín inglés rodeaba un césped verde y exuberante. Una solitaria casa en el árbol, construida con la misma madera que la mansión, se alzaba a la sombra de la casa. Una pelota azul descansaba en el arenero, que ni siquiera tenía una pala.

Dios, era triste.

La casa reflejaba la espiral descendente de esta familia porque la cabaña en la que había vivido hace meses no tenía esta atmósfera deprimente. Las fotografías montadas en la pared resplandecían con la amplia sonrisa de Serena, su difunta esposa. Había muerto en rehabilitación, persiguiendo el mismo subidón que la llevó allí.

Esperaba que los niños estuvieran bien.

Mirar sus rostros me llenaba el estómago de tristeza. Lo que les había pasado era tan injusto. Matteo solo tenía tres años. Me centré en su cara angelical, y una sacudida estremeció mi corazón cuando miré a Michael. Era difícil relacionar al hombre sonriente con la

oscura presencia a mi lado. Michael dirigió su amenaza al retrato familiar, comunicando más con una mirada de lo que podría con palabras.

—Solo están ahí por el bien de los niños.

En la cocina, una niñera se dispersó como si le hubieran ordenado marcharse cuando él entrara en la habitación. Michael se separó de mí para saludar a sus hijos, que estaban sentados en la encimera de granito.

Les sonrió radiante y gritó:

—¿Quién quiere tortitas?

—¡*Yo!*

Me maravillé ante su transformación de capullo malhumorado a papá ejemplar.

—Buenos días —saludé.

Los niños respondieron a coro. Me uní a Michael cerca de la cocina mientras mezclaba la masa de las tortitas desde cero y añadía arándanos formando caritas sonrientes.

—¿Necesitas ayuda? Puedo empezar con el bacon o cocinar algunos huevos.

—Gracias —Michael aclaró su garganta, suavizándose—. Eso suena genial.

Cogí un paquete de bacon y una caja de huevos. Michael observaba cada uno de mis movimientos, sin dejarme siquiera cocinar huevos revueltos en paz.

Cuando la comida estuvo lista, puse la mesa, y Michael preparó los platos para todos. Me senté junto a Matteo, con la cabeza palpitándome mientras mi prometido servía a los niños, y luego a mí. La mirada azul y crítica de Mariette me atravesó mientras me sentaba junto a su padre, quien me besó en la mejilla. Forcé una sonrisa mientras su rostro brillaba con una felicidad que no llegaba a sus ojos.

—Niños, tenemos que hablar. ¿Os acordáis de Carmela?

Matteo sonrió radiante.

—¡Carmel!

—*Carmela* —el barítono de Michael se suavizó—. Carmel es una ciudad en California.

—Se llama Caramelo —presumió Mariette—. ¡Como el dulce!

—No. Car-me-la. Es la prometida de papá. Se quedará con nosotros a partir de ahora.

La rubia cabeza de Mariette se levantó de golpe, sus labios formando un mohín.

—*¿Por qué?*

—Porque vamos a casarnos.

—*¿Por qué?*

—Porque nos queremos muchísimo —Michael deslizó sus dedos por mis hombros y plantó el beso más suave en mi sien—. Y no podíamos esperar ni un segundo más para comprometernos.

El semblante de Mariette se oscureció. Le lanzó una mirada fulminante a su padre, y luego su altiva desaprobación se volvió hacia mí.

Créeme, cariño. Yo tampoco estoy entusiasmada con esto.

Sin embargo, el niño de cuatro años resplandecía.

—¿Y mamá?

Michael se puso serio.

—Mamá está muerta.

Vaya.

Sentí eso como un golpe en el estómago.

Fue terrible escuchar la respuesta tan directa de Michael, y aún peor ver su confusión. ¿Cuántas veces había hecho Matteo esa pregunta, y cómo se sentiría al dar esa devastadora respuesta?

Mariette frunció el ceño mirando su plato.

—¿Por qué no puede volver?

—Se ha ido. Las personas que mueren no vuelven.

Matteo se encogió de hombros y volvió a sus huevos revueltos. Mariette se puso roja como un tomate, con la frente arrugada en un profundo ceño fruncido.

Me preparé para el estallido.

—Te odio —Mariette se puso de pie, su diminuta figura vibrando con una furia que parecía igualar a la de su padre—. ¿Por qué te vas a casar con ella? ¿Qué pasa con *mamá*?

Un nudo se formó en mi garganta.

—¡Mamá está muerta y es culpa tuya! —Mariette agarró su vaso y lo lanzó al suelo. Se hizo añicos sobre el mármol en cientos de piezas, y de repente deseé no tener corazón.

Dios mío.

Un horrible silencio llenó el aire, roto por la orden martilleante de Michael.

—*Ve a tu habitación*.

Mariette aullaba mientras corría escaleras arriba. Michael miraba al frente, su expresión vacía de todo dolor, pero este se derramaba sobre mí como melaza.

—¿Te importa si hablo con ella? ¿Michael?

Él suspiró profundamente.

—Adelante.

Me deslicé del taburete y subí la escalera, siguiendo el sonido de su llanto hasta una habitación reluciente de oro. Estaba acostada en su cama, envuelta en su edredón, y su rostro estaba inundado de lágrimas.

—No me gustas. Vete.

Ay.

—Solo quiero hablar.

—No. Vete.

—Cinco minutos, y luego te dejo en paz. Lo prometo.

Mariette se dio la vuelta, sorbiendo por la nariz.

Me hundí en el colchón.

¿Cómo demonios debería abordar esto? ¿Existía algún manual sobre cómo hablar con una niña de siete años sobre la muerte de su madre?

—Sé que esto debe ser confuso. Soy una extraña y, de repente, estoy en tu casa, desayunando contigo, haciendo cosas que tu

mamá solía hacer. No intento reemplazarla, cariño. Ella siempre será tu madre.

Mariette se volvió hacia mí, llorando.

—La echo de menos.

—Lo siento, cariño —aparté el pelo que se pegaba a sus mejillas húmedas—. Sé que estás disgustada, pero tu papá también lo está. Él también echa de menos a tu mamá.

—No es verdad. Él *odia* a mamá.

Probablemente cierto.

—¿Por qué piensas eso?

—Papá me odia.

—Tu papá te quiere más que a nada en el mundo —eso al menos no era mentira—. Su trabajo es mantenerte a salvo y feliz.

Mariette guardó silencio y se mordió el labio.

Cogí un libro infantil al azar de su mesita de noche.

—¿Puedo leerte un cuento?

—Vale.

Abrí las páginas con acuarelas y leí hasta que sus pestañas aletearon. Cuando su cuerpo se hundió, le deshice la coleta y alisé sus rizos sobre la almohada. Luego devolví el libro a su sitio y me levanté. Me dirigí hacia la puerta.

Michael estaba en el umbral.

Mi pulso se disparó al verlo bloqueando mi salida. Su mirada impasible se centró en su hija dormida. Cuando pasó sobre mí, sus labios se entreabrieron. Una emoción cruda emanaba de él, arrastrándome hacia delante como la luz que se arremolina en un agujero negro.

Me daba pena.

No pensé que eso fuera posible.

—Michael, ella no lo decía en serio. Echa de menos a su madre y está descargando su frustración. No entiende lo que dice.

—Has dicho muchas cosas en mi nombre.

Le seguí al pasillo y cerré la puerta.

—¿Qué se suponía que debía decir?

—La *verdad* —sus rasgos estaban retorcidos en las sombras, su sonrisa bestial—. Nunca la quise. Odiaba a esa yonqui, a esa inútil zorra. Me alegro de que ya no esté.

—*Michael*.

—No —Michael se alejó, como si no pudiera soportar la visión de mi lástima—. Déjame en paz.

—Necesitas relajarte. Han perdido a su madre. Necesitan risas y tonterías, no la cruda verdad.

—Joder, Carmela. *Vete*.

—¿Cuál es tu problema?

Él se dio la vuelta.

—*¡Son mis hijos, no los tuyos!*

Di un respingo, mi corazón envuelto en alambre de púas. Una súplica se atascó en mi garganta mientras su abrumadora rabia oscurecía el pasillo. Mi espalda golpeó la pared, y él se cernió sobre mí.

De repente, fui arrastrada a un tiempo diferente. Mis sentidos se llenaron de humo de clavo, dedos cicatrizados manoseando donde no tenían derecho, y brillantes latigazos de dolor en mis muslos... y no podía liberarme de Nick. En mi mente, mi exnovio estaba de pie con una chaqueta de cuero, su puño levantado para golpear.

—Por favor, no. *Por favor*.

Su palma ardiente tocó mi mejilla.

—¡Quítame las manos de encima! —me estremecí y le aparté de un manotazo—. *¡No me toques!*

—*Muy bien* —explotó la horrible voz—. Elige una habitación y quédate ahí.

Corrí por el pasillo y me lancé dentro de un estudio, temblando mientras echaba el cerrojo. Luego arrastré una silla bajo el pomo y me escondí debajo del escritorio. Vigilé la puerta y esperé a que temblara.

Así que me preparé.

SEIS

CARMELA

Mis sueños se habían convertido en cenizas.

Pronto, me casaría con un hombre al que odiaba. Firmaría *Carmela Costa* en un certificado de matrimonio y me ataría para siempre a un psicópata.

Formar una familia quedaba descartado. Los dos hijos de Michael significaban que era poco probable que quisiera más.

Eché la cabeza hacia atrás para que las lágrimas no emborronaran la máscara de pestañas.

Estaba sentada en una habitación de la Catedral de Boston, una magnífica estructura colonial de principios del siglo XIX restaurada por mi cuñado, Alessio. El coste de reservarla ascendía a decenas de miles de dólares, pero Michael no había escatimado en gastos para esta farsa de boda.

Yo quería una ceremonia pequeña; Michael insistió en un gran evento, me ordenó comprar un vestido de diseñador y reservó una actuación importante para la recepción. Era la fiesta del año, en lo que respectaba al submundo de Boston. Todos estarían aquí, desde políticos, directores ejecutivos, policías en la nómina de los Costa, hasta gángsteres de todos los rincones del noreste.

Un rayo de sol atravesó una nube, acariciando mi rostro con su calidez. Las ventanas doradas estaban cerradas contra el deslumbrante sol que atravesaba las nubes rodantes. Tan tentador. Podría abrirlas fácilmente y saltar hacia ese azul brillante.

Habían pasado siete días desde que Michael me llevó a su casa. Había organizado los detalles para esta boda de última hora con la ayuda de una planificadora contratada por Michael. Pensé que sería un desastre, pero más de trescientos invitados confirmaron su asistencia.

La estilista recogió mi melena de ébano en un grueso moño, con las flores de seda con perlas como capullos destacando como estrellas. Janet, una esbelta maquilladora, aplicó en mi muñeca muestras de dos brillos labiales rosas idénticos y examinó las franjas de color. Desenroscó uno y pintó mi boca.

Las campanas de la iglesia repicaron, marcando la media hora.

Janet suspiró, mirando a cualquier parte menos a mis ojos. Se inclinó y me quitó un pelo de la ceja con unas pinzas.

—*Perfecto* —cogió un bastoncillo de algodón del montón y absorbió mis lágrimas—. Los fotógrafos entrarán en cualquier momento.

No me gustaban las muestras de emoción. Odiaba perder el control. Nunca había estado borracha, lo que parecía un logro significativo a los veintisiete años, pero no podía mirarme al espejo sin que se me saltaran las lágrimas. Este debería haber sido el mejor día de mi vida.

Un puño golpeó la puerta, puntuando el último eco de la campana, y luego la voz humeante de Michael retumbó a través de ella. —Soy yo. Abrid.

Alguien abrió la puerta.

Michael entró, la luz del sol blanqueando su expresión hasta convertirla en algo saludable. Guapo, perfecto para una foto con el boutonnière blanco colgando sobre su solapa. Había domado su cabello color moca en una onda engominada. Llevaba un esmoquin azul marino y había suavizado su barba hasta convertirla en una sombra que se aferraba a su cuello. Sus ojos marrones brillaban con un remolino de ámbar dorado. Una preciosa sonrisa curvó su boca carnosa, completando el aspecto que siempre lo había consolidado como el Tipo Seguro.

Era una estafa.

En privado, el bastardo temperamental apenas hablaba. Durante mi aislamiento de siete días, me había encerrado en el ala este de su mansión y solo aparecía para discutir los detalles de la boda, ignorándome tan a fondo que era difícil aceptar que quisiera este matrimonio.

Michael observó mi vestido con un gesto de aprobación. Se detuvo a un centímetro de distancia, bloqueando los brillantes rayos. —Todos fuera.

Nadie discutía con un Costa.

Los trabajadores salieron de la habitación, haciendo tan poco ruido que parecía que atravesaban la madera. Los nudillos de Michael rozaron mi barbilla. Me tocó con la familiaridad de un amante.

Antes de esto, no habíamos hecho más que intercambiar cordialidades. En el bautizo de mi sobrina, se sentó a mi lado. Matteo había corrido por los bancos, así que lo atraje a mi regazo. Todavía recordaba la gratitud de Michael y el ardiente roce en mi mejilla cuando me besó.

—Te ves hermosa, Carmela.

El fantasma de sus labios parecía presionarme. Pisoteé las llamas crecientes. No iba a dejarme manipular.

—Deja de fingir ser agradable. Ambos sabemos que es una actuación, y no lo toleraré a mi alrededor. *Nunca*.

—Bien.

Su mano cayó y la luz en su mirada murió. Podría haberme reído de lo rápido que abandonó la fachada si esto no fuera tan deprimente.

—No deberías estar aquí.

—Me preocupa menos la superstición y más que mi novia se porte mal en la ceremonia —Michael se apartó del brillo del sol y dio un paso hacia la sombra—. Tenemos un largo día por delante. Mi familia está aquí, incluidos mis hijos. Matteo hará lo que se le diga, pero mi hija... ella no está contenta.

No me digas, Sherlock. —¿Qué esperabas? Le soltaste este matrimonio sin previo aviso. Te odiará para siempre.

—Ya me odia.

No me imagino por qué. —¿Qué quieres?

—Cuando estemos con mis hijos, declaramos un alto al fuego. Nada de peleas. Nada de insultos. Nada de portazos. Con ellos, somos la pareja perfecta.

—¿Qué recibo a cambio?

Su ceja se movió. —No serás castigada. Antes de que te enrolles las bragas, recuerda que te volviste loca por unos juguetes sexuales. Te rendirás después de cinco minutos.

Era un capullo por restregármelo en la cara.

—Vete al infierno, Michael.

—Tú decides —consultó su reloj con un movimiento de muñeca —. Si estuviera en tu posición, no lo consideraría una batalla que merezca la pena. Te haré suplicar piedad en un instante, y todas nuestras peleas solo hacen daño a dos niños inocentes que no pidieron esto.

Odiaba que sonara tan razonable, pero no tenía intención de arrastrar a esos niños a nuestro lío. —Tiene sentido. No quieres una repetición de tu último matrimonio.

Puso los ojos en blanco. —Muy ingeniosa.

—¿Hemos terminado?

—Aún no. Tengo algo para ti. La primera parte de tu regalo de bodas, por así decirlo —Michael señaló perezosamente hacia la puerta—. Traedlo.

Las puertas de roble se abrieron hacia dentro, y un hombre desaliñado entró tambaleándose. Su pelo estaba erizado por todas partes. Una vez libre de los soldados de Michael, se sacudió la chaqueta.

—*¡Quitadme vuestras putas manos de encima!*

Me puse de pie. —¿Papá?

Llevaba un traje cruzado, con el material arrugado en el pecho. Un apósito en forma de mariposa se extendía sobre una nariz muy

magullada. Se giró hacia Michael, quien sonrió y saludó.

—Ignacio —saludó Michael con una sonrisa tensa—. Me alegro de que hayas podido venir.

—¿Por qué estoy aquí, Costa?

—Para entregar a tu hija —Michael se pegó a mi costado, rodeando mi cintura con su brazo—. ¿No es preciosa?

Papá se giró, con la mandíbula cayendo mientras me observaba, vestido de novia incluido. —Dios mío.

Su horror con los ojos muy abiertos me dijo que no había tenido ni idea de nada de esto. Michael había detonado una bomba, bailado en las llamas y orinado sobre las cenizas carbonizadas.

—Naz, ¿no me creíste? —miró a mi padre, luciendo una sonrisa lobuna—. Te dije que me casaba con ella. Incluso te di una invitación.

Mi padre lo entendió, el bronceado desapareciendo de su rostro. —¿Todo esto por un rencor?

—Rencor —dijo Michael con voz inexpresiva—. Lo estás suavizando, Ignacio. Mataste a mi hermano. Me debes una vida, y prefiero tener la de tu hija.

—Enfermo de mierda. ¡Hijo de puta! —papá se agarró el pelo y gimió—. Carm, dime que está mintiendo. ¡No te vas a casar con este hombre!

Luché por mantener la calma. —Papá, es lo mejor.

—Sí, lo es —el suave ronroneo de Michael rodó por mis oídos mientras su mano subía por mi espalda, mostrando una temeraria falta de límites que le habría costado la ejecución hace unas semanas—. Cuidaré de ella, Ignacio.

—¡No puedes quitarme a mi hija!

—Ya lo he hecho.

Michael agarró mi cuello, sus dedos presionando mi pulso palpitante. Su contacto se deslizó hasta mi hombro, su palma pesada y caliente. Quemaba varias capas demasiado profundo, como su voz sedosa. Luego besó el borde de mi oreja, y me convertí en una antorcha humana.

Dos tipos se abalanzaron sobre mi padre cuando se lanzó hacia Michael, quien observó cómo mi padre perdía los estribos con una mueca en los labios.

—¡Carmela, no! No tienes que hacer esto. No arruines tu vida por mí. Él nunca te dará lo que quieres...

Michael se rio. —En realidad, tengo toda la intención de cumplir sus fantasías más salvajes.

Me enfrenté al monstruo que había usado a mi padre como piedra de afilar. —Me das asco.

—Vamos, Carmela. Es divertido.

—Diviértete a costa de otro, o haré que hoy sea insoportable para ti.

—No respondo bien a las amenazas.

—¿Crees que eres el hombre de mis sueños? Estás haciendo esto más difícil de lo necesario, egoísta hijo de puta —los guantes se quitaban si él pensaba que yo iba a ser amable—. Deja a mi padre en paz.

La sonrisa juguetona de Michael indicaba que no estaba en posición de dar órdenes. Él tenía todo el poder. —Ignacio, esta será la última vez que tu familia vea a tu hija. Espero que te comportes. Si no lo haces, te sacaré de la ceremonia y acortarás tu tiempo con Carmela. La única razón por la que respiras es porque yo lo permito. Puedo cambiar de opinión en cualquier momento.

Papá luchaba contra los soldados que lo sujetaban. Su frente se abultaba con venas palpitantes. Parecía al borde de un colapso.

Tomé sus mejillas entre mis manos. Papá se ahogó con un sollozo. Los hombres que lo sujetaban lo soltaron, y él se desplomó en mis brazos.

La mirada indiferente de Michael arañó mi piel. —Os daré cinco minutos.

Mi visión se inundó de lágrimas antes de que Michael saliera. Cuando se fue, papá se secó los ojos.

—No puedo creer lo que te ha hecho. Ojalá tuviéramos más de cinco minutos —temblé mientras me abrazaba—. Todo irá... irá bien.

Él... él no me ha tocado ni nada.

—Esto no es para siempre —dijo rápidamente—. Te sacaré, lo juro. Una vez que Alessio regrese...

—Papá, *no*. No lo involucres —me aferré a sus hombros—. Mia y Alessio merecen ser felices. Además, no tienes idea de dónde están.

La violencia de las bandas se había descontrolado desde el año nuevo. Estaba confinada a otros gángsteres, y mi cuñado seguía siendo un objetivo de alto perfil, incluso después de haberse retirado de un papel activo. Poco antes de que mi hermana Mia huyera de Boston con él, me había rogado que los acompañara.

Me había negado.

Alguien tenía que vigilar a mi padre testarudo, cuya resistencia a marcharse rayaba en lo suicida. Ya no había nada para él aquí. Ya no era un *don*, pero se ponía furioso ante la sugerencia de huir, y yo había dejado de mencionarlo. Mi padre no iba a ser expulsado de su casa, así que había cavado una trinchera y planeado capear el temporal.

—Michael cambiará de opinión. Aunque quizá tarde un tiempo —le di un beso en la mejilla—. Te quiero. Mantente a salvo.

—Yo también te quiero. Estás preciosa de novia, cariño —su tono tembló y se quebró—. No debería haber sido así.

Apretó mi cabeza contra su pecho mientras yo le agarraba la chaqueta con el corazón desgarrado.

La puerta se abrió de golpe y Michael entró como una ráfaga, la corriente de aire fresco primaveral se llevó el calor de la habitación.

—Te di cinco minutos. Has tenido diez —indicó a mi padre con un movimiento de dedos—. Vámonos.

—Dale guerra, Carmela.

Mi alma se hizo añicos cuando lo sacaron de mi vista y se encogió en una cáscara amarga cuando me encontré con la mirada gélida de Michael.

Dale guerra.

UN CIELO despejado reinaba en lugar de las tormentas prometidas. Las calles de Boston estaban milagrosamente libres de tráfico. La luz del sol se derramaba a través de las vidrieras, acariciando los pasillos con luz coloreada. Era como sacado de un sueño con la corona de flores de Mariette, los marcadores de pasillo con tulipanes, la alfombra de pétalos naranja-rosados, las columnas rebosantes de rosas, mi madre sollozando en la primera fila, y *Michael*.

La sonrisa radiante de Michael parecía arrancada de las revistas de bodas. Se veía tan feliz como su hijo, que llevaba un traje a juego. Había cogido los anillos del cojín de seda que sostenía su hijo de cuatro años y me deslizó la alianza en el dedo. Luego tomó mi rostro y nos besamos, sus labios suaves me acariciaron con un calor abrasador.

El gesto era seguramente protocolario para el fotógrafo, que nos alababa sin cesar: "qué pareja tan *preciosa*". Todos nos colmaban de admiración. Mis parientes estaban encantados con Michael, que dejó que su hijo cortara el pastel. Mi dama de honor, una de las primas de Michael, dio un discurso genérico. Las mujeres solteras me felicitaban por "haber domado al playboy".

Era un espectáculo.

Michael y yo nos sentamos con el cortejo nupcial, mi padre rodeado de soldados Costa. Había jurado no montar una escena, pero el coste fue un duro golpe a su orgullo. Papá apretó el mantel con el puño y no tocó el menú de seis platos, ignorando las oleadas de confit de pato, risotto de trufa negra y bogavante de Maine con mantequilla. Nunca le había visto ignorar la comida. Eso me molestaba más que cualquier otra cosa de esta estúpida boda.

Los que no estaban borrachos se estaban achispando en las mesas con manteles blancos. Mi lista de invitados parecía demostrar el turbio submundo de Boston. Funcionarios del ayuntamiento se mezclaban con mafiosos. Los políticos rondaban cerca del grueso círculo que rodeaba al jefe en funciones de la familia, Vinn Costa. Michael había pasado la noche haciendo contactos mientras yo

colgaba de su brazo. Innumerables tarjetas de visita llenaron su cartera antes de que finalmente nos sentáramos a comer.

Michael parecía complacido. Nuestro matrimonio le había conseguido un montón de nuevos contactos. Devoró su bogavante mientras yo observaba mi entorno.

—Cuéntame sobre ti.

—¿Quieres conocerme en nuestra *boda*?

Se encogió de hombros.

—Ya que estamos.

Dios, era una pieza de trabajo.

—Debes tener aficiones. Pinterest. *Barre*.

Obviamente pensaba que yo era una idiota superficial.

—Música.

Cantar sería más preciso. Solía sentarme en lo alto de la escalera y practicar la versión de Whitney Houston del himno nacional. Era habitual en El Rickshaw, un bar a diez minutos de mi antiguo piso, pero con las calles tan peligrosas como estaban, la noche de karaoke quedaba descartada. La música calmaba mi alma. Escuchaba doo-wop, blues, pop, cualquier cosa con ritmo.

—Fascinante —su cuchillo golpeó mi plato—. Come. Tu cuerpo necesita combustible.

¿De dónde sacaba el derecho de sermonearme?

—Me has quitado el apetito.

—Recuerda nuestro acuerdo, Carmela.

Me encogí de hombros.

—Nadie puede oírnos.

—Pero pueden *verte* —Michael agarró mi silla y se inclinó, con los ojos destellantes—. Buen comportamiento significa sonreír. Mírame sin fruncir el ceño. Actúa como si no quisieras que estuviera muerto.

No le importaba un comino. La indiferencia detrás de sus palabras me apuñaló más profundamente que si hubiera gritado. La tierra se había abierto y me había tragado entera.

—¿No queda nada del hombre que me gustaba, o me quedo con este imbécil para siempre?

—Insultarme entra en la categoría de mal comportamiento. *Primera falta*.

—Toca un pelo de mi padre, y te lo devolveré con creces.

—¿Me estás amenazando? Esa es la segunda falta —Michael tomó mi barbilla y me dio un casto beso—. Sigue así. Lo lamentarás cuando estemos solos.

Apreté el puño en mi vestido. No estaba segura de qué lo había provocado —su voz aterciopelada o el beso— pero no pude respirar hasta que se apartó.

—¿Qué significa eso?

—Tu padre no sufrirá. Tú sí.

El tono sensual sugería que ocurriría en el dormitorio. Mis uñas perforaron el encaje mientras Michael sonreía, dando golpecitos a mi plato.

—Es una fiesta, Carmela. Anímate.

Es una pesadilla.

Michael arrastró mi comida hacia su lado y cortó mi bogavante. Ensartó un trozo de carne y lo acercó a mí. Abrí la boca y se deslizó dentro. Michael irradiaba codicia mientras yo mordía. Los dientes del tenedor se deslizaron de mis labios, y la tibia mantequilla del bogavante se derritió en mi lengua.

—Mierda. Otra vez no —gruñó su disgusto mientras Matteo corría por la pista de baile, persiguiendo a una niña que lloraba—. Este crío, joder.

—¿Qué pasa?

Michael negó con la cabeza mientras se levantaba. Se acercó a su hijo de cuatro años, que se detuvo en seco y le suplicó que lo cogiera en brazos. Con una expresión de profunda desaprobación, Michael se arrodilló junto a él.

—Teo, ¿qué le has hecho?

—Nada —una tímida sonrisa se dibujó en la pequeña cara de Matteo.

—No mientas. ¿La besaste? —Michael adivinó lo peor del continuo silencio de Matteo y le tomó del brazo—. ¿Qué te dije?

Besar es solo para adultos, como casarse.

Solté un bufido y Michael me lanzó una mirada oscura.

No pude evitarlo. El absurdo de los acontecimientos del día había alcanzado un nuevo nivel. Michael fingía ser todo sobre límites. Qué ironía. El muy cabrón me había chantajeado a *mí* para casarnos, pero la ironía parecía perderse en él.

El ceño de Michael se profundizó.

—Pídele perdón. Ahora, Teo.

Matteo se metió los dedos en el pelo y se enfrentó a la niña que se agarraba a los pantalones de su padre.

—Lo siento, Ashley.

—No pasa nada, amigo —el padre de la niña, un hombre rubio con traje cruzado, agarró al hijo de Michael—. Dale un abrazo a tu tío Julian.

¿Tío?

No parecía emparentado con Michael. Los rasgos claros de Julian gritaban nórdico, el polo opuesto a mi marido. Llevaba sus ondas cobrizas recogidas en un pulcro moño y la barba incipiente dorada le cubría el cuello y las mejillas. Probablemente tendría unos treinta y tantos. Debía ser el hermano de Serena, lo que significaba que toda la familia probablemente estaba aquí.

Sentí un pinchazo en el estómago al imaginarlos sentados durante la ceremonia que ignoraba a su difunta esposa, borrándola tan completamente como si nunca hubiera existido.

—Carmela, este es Julian —dijo Michael sin emoción—. Julian, Carmela.

—Nos alegra que hayas podido venir —le estreché la mano—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, ha sido fantástico —Julian ofreció una sonrisa educada—. Felicidades a los dos.

—Gracias —dije, forzando una sonrisa.

—No puedo creer que recibiera la invitación hace solo una semana —la curiosidad ardía en la mirada de Julian—. ¿Por qué las enviasteis con tan poco tiempo?

—Porque acabo de hacerle la propuesta —el brazo de Michael rodeó mi cintura y me apretó la cadera—. Nos conocemos desde hace un tiempo. Esto llevaba mucho tiempo gestándose. ¿No es así, cariño?

Esa era mi señal para inclinarme hacia mi marido y besarle, lo que hice, chocando torpemente mis labios contra su mejilla.

Julian arqueó una ceja.

—No tenía ni idea de que estuvieras viendo a alguien.

—Bueno, yo no lo llamaría *salir juntos* —la voz de Michael perdió su cualidad ligera—. Más bien magnetismo animal.

Le clavé el codo en el estómago.

—*Michael*.

La risa maliciosa de Michael retumbó en mí.

Julian pasó por alto esa indiscreción, sonriendo.

—¿Cómo os conocisteis?

—En un restaurante. Era lo más caliente que había visto jamás, y todo lo que vi fue su cuello.

Lo recorrió con el nudillo, empezando por el hueco bajo mi oreja. Mi piel ardía casi tanto como mi rabia. Hablar así al hermano de Serena era totalmente insensible. No debería estar restregándome en la cara de Julian.

—Michael. Me estás avergonzando.

—Vale, de acuerdo. Le contaré cómo me declaré —la atención de Michael se desvió hacia Julian, que se había quedado callado—. Mis hijos ayudaron. Mi hijo de cuatro años hizo la pregunta mientras yo me arrodillaba. Pensé que tendría más posibilidades si los involucraba.

Dos podían jugar a este juego.

—Llevaban trajes a juego. Era *adorable* —acaricié la corbata de Michael, sonriendo—. Estaba llorando antes de terminar de pedirme que me casara con él. Fue tan dulce.

—¿En serio? Vaya. No puedo imaginar a Michael llorando por nadie.

—Ni yo.

Ambos hombres intercambiaron miradas venenosas, que Julian rompió con un suspiro.

—Deberíais venir tú y Carmela a casa. O ella y yo podríamos quedar para que jueguen los niños —Julian miró a la pequeña que se acariciaba contra sus pantalones—. ¡Di hola, Ashley!

—¡Encantada de conocerte, cielo! —extendí la mano hacia la niña, pero ella se apartó—. Oh, es preciosa. Me encantaría tener una...

—La agenda de Carmela está llena las próximas semanas —Michael tomó a su hijo de los brazos de Julian—. Qué lástima.

—Sí.

El tono de Julian era resignado, pero parecía arder de frustración cuando Michael entregó a Matteo a su au pair. Palmeó el hombro de Julian y le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Disfruta de la fiesta y no te lleves la plata.

La boca de Julian se torció y dio un paso atrás, tomando la mano de su hija.

—Vamos a ver si queda más tarta.

Los vi marcharse con el estómago revuelto por el vino y el bogavante sin digerir.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque necesitaba que supiera cuál es su lugar.

—¿Tenías que ser tan cretino?

—No, pero tiene sus ventajas. Te ves bien con color en las mejillas —la mirada de Michael era como un pararrayos—. Además, tercer *strike*.

—¿Por *qué*?

—Te burlaste de mi hijo.

—No, me estaba riendo de *ti*. Eres ridículo. Un hombre que obliga a una mujer a casarse no tiene derecho a enseñarle a nadie sobre límites. Él te observa con las mujeres. Tú eres la razón por la que de tal palo, tal astilla.

Una sombra oscura se extendió por las facciones de Michael. No había dejado de sonreír, pero las sombras transformaron su sonrisa

en una mueca tensa.

Sus dedos se clavaron en mi costado. —Es hora de volver a casa. *Ven*.

Clavé mis talones. —No soy un perro. No recojo, ni me quedo quieta, ni *suplico*.

—¿Recoger? No. Pero suplicarás.

Mi respiración se entrecortó. —Dijiste que no era una esclava.

—Eso no significa que no pueda jugar contigo.

SIETE

CARMELA

Atrapada.

No podía escapar de él aquí. Durante toda la noche, tuve la atención indivisa de Michael. Había contratado a una canguro para los niños, y nos habíamos dirigido directamente a su dormitorio. El calor se deslizó por mi columna como un dedo con la punta de fuego rodando hacia abajo. La velada terminaría aquí, y no había forma de evitar el momento en que nos metiéramos en la cama.

Tenía mucha experiencia con el sexo.

La mayoría no era positiva.

Sellé mi destino cuando dije «Sí, quiero», pero se me cerró la garganta cuando me imaginé acostándome con Michael. El tipo *seguro*, un hombre con una sonrisa empalagosamente dulce que arrastraba a todas las mujeres de la vecindad de rodillas. El que mi hermana había empujado en mi dirección.

Debería haber reconocido la mentira.

Michael usaba los buenos modales y la calidez como un escudo que reflejaba la desconfianza. Todo el mundo confiaba en él, incluida mi hermana. Pero la fachada que tanto se esforzaba por mantener parecía haber desaparecido, purgada por la muerte de su hermano.

Ahora había un vacío.

Me sequé las palmas y desaparecí en el baño, arrancando las horquillas de mi pelo, sacudiéndome las estúpidas flores y quitándome los pendientes de perlas. Me limpié el kilo de base de

maquillaje. Necesitaba quitarme este ridículo vestido, pero no llegaba a la parte de atrás.

—Carmela.

Maldita sea.

Me reuní con Michael en el dormitorio, quien me observaba con una mirada amarga. Sus dedos se blanquearon en el vaso. Este golpeó el carrito metálico del bar cuando dejó la bebida. Luego se acercó, deteniéndose a unos centímetros. Su mirada inflexible me taladraba.

Quería una disculpa.

No la iba a conseguir.

Michael no dijo nada, pero no tenía por qué hacerlo. Mi pulso latía con fuerza mientras levantaba un mechón de pelo de mi cara. Se le escurrió, y luego juntó mi melena en una coleta y la pasó al otro lado. El frío me picó en el cuello cuando bajó la cremallera, sus nudillos rozando mi piel. Su orden me calentó las mejillas.

—Quítate el vestido.

No me moví.

—*Haz conmigo lo que quieras*. Esas fueron tus palabras, ¿cierto?

Podría haberle llamado cosas que le había lanzado a Nick: enfermo, retorcido, cruel, *roto*. Michael era igual que mi ex-novio. Se aprovechaba de mujeres vulnerables, excepto que descubriría que ya no tenía límites que dañar.

Nada de lo que hiciera podría lastimarme.

Deslicé los tirantes de mis hombros. El delicado encaje resbaló por mis curvas y se arremolinó a mis pies. La carne de gallina se levantó en filas por mis brazos mientras me abrazaba a mí misma, esperando algún comentario degradante sobre mi cuerpo.

Acortó la distancia entre nosotros, su cintura rozando la mía.

—Todo. Fuera.

Desabroché mi sujetador y lo lancé a un lado. Traté a mis bragas y tacones con el mismo desdén, y luego imaginé una costa. El azul era el color calmante. Llenaría mi visión mientras él me empujaba a

la cama y se metía dentro de mí. Esperé, imaginando que caminaría hacia el azul.

Michael no se movió.

¿Por qué no me estaba tocando? ¿Qué estaba pasando?

Dirigí mi atención a sus pantalones abultados y a su camisa de botones color crema hasta su mirada ardiente. No estaba mirando a ningún lado más que a mis ojos, y eso me envió una descarga por la columna vertebral.

Acabemos con esto, bastardo. —¿Qué estás haciendo?

—Tomándome mi tiempo.

No quería que esto se prolongara. —¿Por qué?

—No me interesa tu miedo. Solo tu sumisión.

—No tienes ninguna de las dos.

—¿Cuándo te darás cuenta de que has ganado? Tu padre puede vivir. Lo salvaste. Estás casada conmigo.

Había escapado de Nick solo para ser torturada por otro villano.

¿Cómo era eso ganar? —Eso es un castigo, no una recompensa.

—Podrías haber acabado mucho peor. El mundo está lleno de hombres terribles. —La mano de Michael acunó mi mejilla—. Pero yo no soy uno de ellos. Ni de lejos.

Su palma ardiente me distrajo de la mentira en sus palabras.

—¿Cómo puedes decir eso, con tus antecedentes penales?

—Soy un rebelde, no un monstruo.

—Sí, estás ahí arriba con James Dean. —Sacudí la cabeza, suspirando—. Has sido arrestado por agresión.

—¿Quién no?

Resoplé. —*Yo*.

—¿En serio? Eso es sorprendente, dada tu reputación de rompepelotas.

¿Se suponía que esta charla desenfadada debía tranquilizarme?

—Te patearía los tuyos, pero eso solo te excitaría, y no me va patear las pelotas a un hombre para su gratificación sexual.

—Me gusta cómo funciona tu mente, pero no soy masoquista.

—Claro. Te gusta hacer daño a *otras* personas.

—No lo confundas, cariño. No hago daño a las mujeres. Las azoto. Me las follo. Las dejo doloridas y deseando más, y pronto, sabrás lo que se siente.

—No me atraes.

—¿Estamos fingiendo que los últimos seis meses no ocurrieron? —Sus ojos color bourbon parecían acercarme mientras hablaba—. Me deseabas, Carmela.

—Tu arrogancia es abrumadora.

—Me esquivabas cada vez que me acercaba. En fiestas, vacaciones, el bautizo de tu sobrina. Te fuiste corriendo después del servicio. Te busqué.

Me había sentido abrumada con su atención, y me había encerrado en mi habitación como una quinceañera. No era mi estilo. Cuando los hombres se pasaban de la raya, cuando me molestaban, les decía lo que pensaba.

—No me encontraba bien.

—Mentira. Te escondías porque te besé la mejilla. —Michael giró la cabeza, sus labios rozando mi oreja—. Eso se llama un flechazo.

Mi cara ardía, y me aparté bruscamente. —No tengo flechazos, y aunque los tuviera, no eres quien yo pensaba que eras.

—Nunca confíes en el tipo que solo te sonríe, Carmela.

Un buen consejo, dado demasiado tarde.

No soportaba hablar con él. Había sido tan transparente, y odiaba que me lo restregara. —Acabemos con esto.

—No.

Me tragué la sorpresa. —¿No?

Se me erizó el vello mientras Michael mantenía mi mirada, el silencio sofocante y caliente, como vapor. Parecía cómodo, sin ninguna prisa, tan controlado.

—Esto no es como quitarse una tirita. Me follo a las mujeres porque lo necesito, porque ellas me necesitan —dijo, su voz endureciéndose—. Un matrimonio conmigo no tiene por qué ser un infierno.

—No te creo.

—Lo harás.

Los botones se desabrocharon mientras se arrancaba la camisa. La tela tiraba sobre sus hombros esculpidos. Los músculos tensos y fibrosos ondulaban a través de brazos cubiertos de vello oscuro. Un impulso loco me rogaba explorar los amplios planos de su pecho y las losas de fuerza que definían su espalda. Dos hoyuelos que pedían mi boca se asomaban por encima de los pantalones de Michael, que desabrochó y dejó caer, exponiendo muslos musculosos y sus calzoncillos, abultados con una erección masiva. Me besó la mejilla. —*Quédate*.

Su calor desapareció mientras se retiraba a la mesita de noche. Me quedé inmóvil, contando las flor de lis en el papel pintado. Michael hurgó en el cajón y sacó algo que tintineaba. Regresó con una pequeña caja envuelta en plata.

—Tu segundo regalo de boda.

Probablemente no era una pulsera.

Sonrió con suficiencia mientras tiraba del lazo. Abrí el regalo, revelando una banda cremosa con una hebilla brillante.

Un collar.

Me había comprado un puto collar.

La sorpresa me clavó al suelo mientras apartaba mi pelo y ataba el grueso cuero alrededor de mi cuello, deslizando las correas por la hebilla. Tragué saliva, tocando los aros metálicos. No estaba mal del todo, como una gargantilla más gruesa de lo normal.

Todavía sujetándome, presionó su cuerpo contra el mío.

—*Ven*.

Michael enganchó un dedo a través de un gancho. Tiró, y tropecé hacia el colchón. Caminó hacia atrás, su sonrisa creciendo con deleite extasiado. Arrancó las sábanas y se deslizó en la cama, guiándome hacia delante.

Mis palmas se aplanaron sobre el satén mientras gateaba a cuatro patas, mis mejillas ardiendo. Me concentré en el brillo tornasolado del blanco bajo mis manos, y no en mi creciente humillación, que estalló en llamas con la suave risa de Michael.

—Mírate, actuando como la sumisa perfecta. Y yo que pensaba que me darías problemas.

Me iba a follar lo quisiera o no.

Ya había pasado por esto antes. Luchar contra él me causaría dolor, y el sexo con Michael no me mataría. Arriesgarme a su ira quizás sí. Le dejaría tenerme. Podría jugar conmigo todo lo que quisiera; no podía ser mancillada.

Se sentó sobre sus rodillas, tocándome ligeramente.

Me hundí en la cama mientras Michael se cernía sobre mí, aparentemente sin palabras. Después de unos momentos, ya no pude soportarlo más. —¿Qué estás haciendo?

—Bebiéndote con la mirada. —Michael se inclinó, plantando un beso abrasador en mi frente—. Eres preciosa.

—Ya has dicho eso.

—Lo decía en serio.

Lo que sea.

Retrocedió, sosteniendo una pluma. La pasó entre sus dedos, las barbas plegándose.

La miré con cautela. —¿Para qué es eso?

—Para esto.

La bajó hasta mi boca. Pequeñas sensaciones me rozaron como jirones de un viento fresco. Las caricias más suaves acariciaron mi piel en caminos sinuosos. Siguió mis hombros, la sensación haciendo cosquillas. Luego alcanzó áreas más íntimas, y mi pulso martilleaba.

—Esto ha estado en mi mente durante demasiado tiempo. Lo que quiero hacer contigo, cómo te haría llegar al clímax.

Ciertamente me estaba haciendo *sentir*.

La pluma rozó mi pecho. El cosquilleo patinó por la curva, estrechándose en círculos más ajustados hasta acariciar mi pezón. Sacudidas me golpearon como rayos. Mi pezón se contrajo, sus juegos alimentando el fuego que creía apagado para siempre.

No se suponía que fuera bueno.

Quería desvanecerme de mi cuerpo, desaparecer.

Michael lo hacía imposible. Cerrar los ojos elevó mi excitación porque imaginaba sus dedos en su lugar. Me rendí, mirando al techo, pero me tocó la mandíbula, y mi atención se dirigió a su hermoso rostro.

—Eres mía. No te dejaré esconderte.

Mis manos apretaron las sábanas. —Por favor.

—Por favor, ¿qué?

Para.

Exigir eso ya no tenía sentido, porque la agonía que imaginaba no coincidía con lo que me estaba haciendo. Nadie me había dado nunca placer, siempre lo tomaban. Tomado sin consentimiento, hasta que no tenía nada que ofrecer, solo exprimiéndolo de mí.

—¿Por favor... qué? —insistió.

—Y-yo no lo sé.

Todo era confuso, pero la sonrisa con hoyuelos de Michael sugería que entendía mi dilema.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo en un tono lleno de falsa preocupación—. Mírame.

—No.

—¿Asustada de ver algo que te gusta?

Mi corazón latía con fuerza mientras encontraba su mirada sesgada, lo que fue un error. Vi mi deseo reflejado.

Michael parecía empeñado en darme éxtasis. Rozó mis labios con el pulgar, casi hundiéndose. La pluma cambió de rumbo, sumergiéndose hacia el sur. Se inclinó, acariciando mi cuello. Un calor húmedo me azotó, y luego succionó.

Inhalé bruscamente.

Su sonrisa se presionó contra mi garganta, los besos volviéndose más hambrientos, más húmedos, *más calientes*. Empujó en un punto que latía salvajemente con mi pulso.

No debería disfrutar esto.

¿Qué demonios?

La pluma jugueteaba en círculos tentadores, bajando por mi escote y alrededor del otro pecho. Dondequiera que barría, me dolía.

Ansiaba más presión, más de este relámpago que me llenaba de tanto glorioso calor.

No, esto no debía pasar.

Dolor y horror eran todo lo que hombres como él sabían dar, y sin embargo esto era lo opuesto a todo lo que esperaba.

Su respiración entrecortada rozó mi piel. Michael agarró mi cadera, su agarre convirtiéndose en una caricia íntima que me robó el aire. Agarró mi trasero.

Me quedé allí, derritiéndome en las sábanas. —¿Qué me estás haciendo?

—Haciendo que me desees, tal como prometí.

Estaba funcionando.

La pluma patinó por mi abdomen, recorriendo mis caderas, deslizándose alrededor de mi muslo como el dedo más ligero, separando mis piernas. Mi mano voló a su pecho sin ser invitada. Se inclinó hacia mí mientras acariciaba mi clítoris. Un rayo de deseo me golpeó, la sacudida de placer atravesándome, el primer golpe de una tormenta que se gestaba.

Me arqueé hacia él, jadeando.

—Eso es, nena. Solo siéntelo.

Michael tiró la pluma a un lado. Pasó su palma sobre mi cuerpo, enviando una emoción oscura a mi sexo. Encontró mi clítoris y lo frotó en círculos lentos.

Un gemido escapó de mis labios.

Estaba atrapada en el ojo de una tormenta, rodeada por un torbellino que manchaba el sol. Michael estaba en todas partes, y pronto estaría dentro de mí, algo que me había aterrorizado momentos antes. Ahora me había rendido a él. No había escapatoria, ningún rincón de mi mente donde pudiera esconderme. Sería consciente de cada embestida.

Me deslicé por sus pectorales, recorriendo un rociado de pelo que sombreaba sus músculos. Su pulso tronaba bajo mi tacto. Mi mirada saltó a su cara sonrojada, ausente de arrogancia. Parecía poseído por la lujuria.

No puedo creer que esté haciendo esto.

Su boca quemó un camino por mi cuello mientras sus dedos se movían más rápido. La excitación humedecía mis muslos, y presionó más fuerte, la presión creciendo en una demanda que rogaba ser liberada. Rozó mi pezón. Un calor líquido me ahogó en un éxtasis que me encogía los dedos mientras mordisqueaba y chupaba. Luego se sumergió en mi sexo, recogiendo su humedad hacia mi clítoris, sin penetrar del todo.

Ruidos animales estallaron de mí. Agarré sus mechones castaños, hundiendo mis dedos en su cuero cabelludo con una fuerza que parecía animarlo. Chupó mi pezón hasta convertirlo en un punto endurecido. Luego dirigió su atención al otro pecho.

—Joder, *Cristo*.

—¿Él se lleva el crédito? —chasqueó la lengua, su voz medida—. Tan injusto.

—*Michael*.

Sus ojos revolotearon, y sonrió, como saboreando el sonido de su nombre. Lo observé lamerme, incapaz de concentrarme en otra cosa que no fuera esa ardiente imagen. Luego se alejó bruscamente, dejándome en un horrible vacío.

No, no, no.

—Creo que estás lista.

¿Lo estaba?

Mi corazón parecía estar explotando.

Michael se enderezó, quitándose los calzoncillos. Mi pulso se aceleró mientras mi mirada seguía su estómago musculoso hasta la sombra de vello que conducía a una larga silueta.

¿Iba a meterme *eso*?

Se me secó la boca mientras agarraba su polla y la acariciaba. La presionó contra mí. La cabeza frotó mi dolorido clítoris, electricidad rebotando en mi cuerpo.

—Eres... eres grande.

Hoyuelos se dibujaron en su cara. —No te preocupes. Seré suave contigo.

Se inclinó, empujando dentro de mí.

Su peso cargaba sobre mí. Me mordí el labio mientras la amplia presión me llenaba, el escozor perseguido por calor mientras se retiraba y avanzaba poco a poco. Su nariz tocó la mía mientras sus embestidas se profundizaban, haciendo que mi respiración se entrecortara.

—No pares.

Apreté sus hombros, aturdida por la confesión que nunca quise hacer. La risa de Michael me hizo cosquillas antes de que reclamara mi boca. Lento y sensual, como su ritmo. Sus labios revolotearon sobre los míos, chupando suavemente. Sabía a cítricos y menta, fresco y vivaz.

Lo atraje más cerca, profundizando el beso. Su lengua se deslizó a través, separando mis labios. Gemí, y se rió. Su ritmo se aceleró mientras me ajustaba, hundiéndose profundo y rápido. La sensación me apuñaló el estómago. No podía respirar. Sonidos desesperados escaparon de mí que él se tragó.

Sus brazos me ataron en un agarre de tornillo mientras me embestía. Los suspiros guturales de Michael se agudizaron en gruñidos. Me tiró hacia él, su boca aplastándome mientras nos disolvíamos en un frenesí. Follaba como si me necesitara, como si su alma gritara estar dentro de mí mientras movía sus caderas y empujaba hacia adelante.

Le arañé, cada centímetro de piel ardiendo por él. Le jalé el pelo. Sus labios me devoraron en frenéticas caricias. Su mano se deslizó entre nuestros cuerpos. Los dedos presionaron en mi clítoris, encendiendo la mecha de mi excitación. De repente desapareció, dejándome palpitando con un doloroso deseo mientras salía, su calor desaparecido.

No.

¿Dije eso en voz alta?

Michael se rió, su sonrisa rozando mis pechos, mis caderas...

Oh Dios mío.

Separó mis muslos. Su suspiro se expandió sobre mi sexo antes de que un calor húmedo me acariciara. Me derretí cuando el horno colosal regresó con venganza. Sus dedos se hundieron en mí, llenando el vacío mientras lamía mi clítoris.

Me convertí en una loca descontrolada. Me follaba, mis sensaciones construyéndose en un crescendo hasta que cerró su boca sobre mí y chupó. Una presión violenta tensó mis abdominales mientras llegaba al orgasmo. Me arqueé y convulsioné. Grité cuando se retiró, pero regresó un segundo después, su polla embistiéndome.

Me envolvió en un abrazo, nuestras bocas chocando mientras embestía. Agarré su cara, acercándolo más. Su lengua me azotó, y me saboreé a mí misma, ávida de más.

Me golpeó sin restricciones, follando con una pasión temeraria mientras devoraba mis jadeos. Su beso se rompió mientras luchaba por recuperar el aliento. Tocó su frente húmeda con la mía, sus suspiros profundizándose en gemidos satisfechos. Luego salió y se sentó. Michael se agarró a sí mismo, acariciándose rápido. Su expresión se suavizó de la tensión mientras terminaba en mi ombligo. Sus labios se crisparon en una sonrisa relajada. Cayó de lado y pareció admirar la vista. Luego agarró su camisa y me limpió.

El placer me envolvió como un resplandor besado por el sol. Mis ojos revolotearon, todo mi ser dolorido de la mejor manera.

Enganchó su dedo en el collar. Tiró, y cedí, demasiado cansada para resistir. Temblé mientras me cernía sobre él.

—*Acuéstate*.

La ira se extendió por mí, un aguijón que pinchaba mi burbuja de felicidad. Hasta ahora, había acudido cuando me llamaba, me había portado bien, y me había acostado. Lo único que quedaba era suplicar.

Humillante.

El cuero se clavó en mi piel. Mis brazos cedieron, y caí sobre su pecho. El calor floreció entre mis muslos. Las colinas de sus

músculos se amoldaron a los míos. El espacio entre nosotros se calentó hasta convertirse en un infierno.

Me ajustó, su brazo pesando sobre mí como un ancla. Su otra mano tiró de las sábanas sobre nuestros cuerpos. La tela se deslizó por mi estómago y se asentó como una fina membrana. Luego me acarició el pelo.

Lo soporté, con los ojos muy abiertos.

—*Duerme*.

Su última orden retumbó a través de mi espalda.

Sonaba ya medio dormido.

¿Qué acaba de pasar?

El veneno reemplazó el fuego en mis venas.

Había extraído ese orgasmo de mí. Me había devorado, había encendido mi alma, me había poseído, y me había hecho suplicar para demostrar algo. Lo peor de todo, mi cuerpo había traicionado mi sentido común.

Me imaginé deslizándome fuera de la caliente jaula de su abrazo y atravesando sigilosamente la habitación. Saliendo a la calle desnuda, *gritando*. Yendo a la policía con mi cuello con collar. Creerían cualquier cosa que les dijera. Luego Michael usaría sus conexiones para hacer desaparecer cada cargo que presentara. Mi padre sufriría.

Él creía que podía dominarme.

Estaba equivocado.

Y este retorcido juego sería uno del que se arrepentiría para siempre.

OCHO

CARMELA

La pesadilla era familiar.

Las rodillas me escocían por estar arrodillada sobre la madera astillada. Las botas con punta de acero de Nick crujían sobre las tablas, la única parte de él que podía ver. Estaba orgulloso de esas botas. Formaban parte de su identidad, como la chaqueta de cuero estampada con su nombre de motero, *Crash*.

El pelo rubio sucio de Nick le caía hasta los hombros en una onda despeinada que antes me encantaba tocar. No era el hombre más guapo, pero una vez tuvo la llave de mi corazón. Me había atraído con veneno endulzado con miel, y ahora no podía mirarle a los ojos. No podía apreciar las pecas salpicadas sobre su nariz. Su boca carnosa solía seducirme hasta que empezó a escupir las basuras más odiosas.

Solía imaginarnos en el altar: él con su chaqueta de cuero y yo con un vestido blanco. Le había entregado mi corazón, y él lo había reducido a polvo fino.

En mi cabeza, lo desafiaba.

Le llamaba *Trainwreck*. Hacía todo lo posible por mantenerme cuerda, especialmente cuando se ponía así de mal.

Me había golpeado frente a la sede del club, la humillación era peor que el dolor. Había dejado de mirarlos en busca de ayuda. Cualquiera con un mínimo de conciencia no podía mirarme a los ojos.

Estaba desnuda, indefensa.

Se detuvo, con las suelas a centímetros de mi cara. El carmesí había empapado el cuero. —Lámelo, Belleza.

—*No*.

Me agarró del pelo. —Lame su sangre de mis zapatos.

—No lo haré.

—Entonces tendré que poner tu boca a trabajar de otra manera.

Encontré su mirada oblicua, negándome a mostrarle miedo. —Que te jodan, Nick.

—Mala elección de palabras.

Le desgarré las manos en jirones, luchando por liberarme. Grité tan fuerte que mi voz se quebró. Él tiró de su cinturón y se desabrochó los vaqueros. Su polla se deslizó hacia fuera. Se hinchaba en sus manos como un pálido gusano.

Piensa en el océano.

Imaginé un horizonte azul zafiro sin fin sobre arena blanca. Las botas con punta de acero de Nick pateaban el agua mientras caminaba, profundamente dentro del azul, las olas lamiéndole los tobillos. Yo era ese océano. Yo era el agua que él profanaba. Llenar mis ojos con todo ese azul solía ayudar, porque él no podía volverlo negro. Él era solo una mota de oscuridad, una pulga. Más pequeño que una pulga, una ameba.

No podía hacerme daño.

Todo se desvaneció en la oscuridad.

Estaba tendida en una cama. Desnuda. El cuerpo de un hombre presionado contra el mío.

Agarró mi hombro, sacudiéndome.

—*Carmela*...

Le aparté de un manotazo y me lancé fuera de las sábanas, pero se habían enredado en mi torso. El suave contacto regresó, y le golpeé con el codo en el cuerpo.

Gruñó.

Me liberé y caí sobre un montón de ropa. Tenía que haber un arma en *alguna parte*. Si pudiera tomar ventaja por un minuto...

Las luces se encendieron.

Me giré, enrollando un cinturón alrededor de mi puño.

Michael estaba junto a mí, masajeando su pecho desnudo. Una marca roja destacaba en su costado izquierdo. Su mirada de párpados pesados se dirigió a mi mano, y después sus labios se curvaron.

—¿Qué vas a hacer, azotarme?

El pánico del sueño persistía como una niebla asfixiante. —*Aléjate*.

Agarró sus calzoncillos y se los puso. —Suelta el cinturón, Carmela.

Apreté mi agarre en el cuero. —Da un paso hacia mí y te haré daño.

—Adelante. Tu trasero quedará en carne viva cuando termine contigo.

—¡Lo haré, joder! ¡Aléjate de mí!

—Vaya, eso me ha puesto en mi sitio. —La travesura brillaba en sus ojos mientras se abalanzaba hacia delante.

Solté el cinturón y dejé volar la hebilla. Falló su cara y golpeó la pared. Michael agarró el cuero, enrollando la correa alrededor de sus brazos. Tiró. Me estrellé contra su pecho. Recogió mis muñecas en un puño y las ató detrás de mí. Un dolor agudo sacudió mi codo cuando me retorcí. No podía liberarme.

Esto era familiar. Demasiado familiar.

—Para... ¡*para*! ¡Por favor!

—*Tú* para.

—¡Tienes que soltarme!

Michael ciñó su brazo alrededor de mi cintura y me inmovilizó por completo. —Lo haré cuando te calmes de una puta vez.

No podía.

Mis sentidos estaban llenos de Nick. Pisoteé sus pies y hundí mis uñas en sus piernas. Él inmovilizó mis muñecas, deteniéndome. Grité. No podía liberarme. Estaba atrapada.

—¡Suéltame!

—Deja de luchar contra mí.

Clavé mi codo en su abdomen, pero era como el hormigón. Empujé con mis pies. Su espalda golpeó la pared. Su risa vibró a través de mi cuerpo. Me escapé de su agarre aflojado. Me agarró del brazo y perezosamente me arrastró de vuelta a su abrazo, que me envolvió como cuerdas. Me arrastró al suelo, un brazo cubriendo mi torso, el otro ciñendo mis piernas.

No.

Un grito se atascó en mi garganta.

—Respira. No voy a hacerte daño. —Michael me apretó contra su ardiente pecho—. *Respira*.

Metió mi cabeza bajo su barbilla, y su aroma terroso me rodeó en una nube embriagadora de bergamota y naranja especiada. Manos ásperas rozaron mi frente. Me estremecí. Cerré los ojos con fuerza mientras él acunaba mi cabeza. Esperaba dolor, una bofetada punzante, pero la suave presión regresó.

Calmante. Gentil.

¿Qué estaba haciendo?

Me retraje aunque no dolía. Mi corazón latía con fuerza mientras anticipaba el dolor. Clavé mi codo en sus costillas, retorciéndome a izquierda y derecha. Mi pánico alcanzó un crescendo, y el aire desapareció. Me desplomé en sus brazos, entumecida, rindiéndome.

Esta era la parte donde flotaría sobre mi cuerpo y desaparecería, pero Michael presionó su boca contra mi sien. Hice una mueca y me estremecí, pero después de dos besos más, mi cuerpo se derritió. El nudo en mi garganta se redujo mientras su corazón de metrónomo latía contra mi espalda, y su aroma me envolvía en una niebla que me abrazaba como un fuerte abrazo. Sus nudillos rozaron mi cabello. El calor floreció donde me besó. De repente, no había nada más, ni sus manos ni su cuerpo, solo la huella de sus labios.

Se sentía tan bien.

Mi respiración se ralentizó. Este era Michael. Y no me estaba reteniendo.

Aparté su brazo de un manotazo y me lancé al rincón opuesto.

Michael no me siguió. Permaneció en el suelo, con la espalda contra la pared, su rostro sonrojado. Parecía más vivo que en toda la semana. Me observaba con una inquieta avidez, la cabeza apoyada en su mano. Su pelo estaba de punta en todas direcciones. Se lo alisó hacia atrás en una onda suelta.

—Eso ha sido divertido.

—¿*Divertido*? —La palabra se pegó a la parte posterior de mi garganta—. Casi me provocas un ataque de pánico.

—Estaba controlando la situación antes de que se saliera de las manos. —El tono de Michael se oscureció, y la sonrisa se aplanó—. No tolero la violencia en mi casa.

—¿En serio? ¿Qué demonios es todo esto?

—Son juguetes, y hay una enorme diferencia.

Un nudo se hinchó en mi garganta. —Atas a mujeres.

—Solo a las que quieren que las ate.

Michael se abanicó el pecho sonrojado y me lanzó una mirada como si le hubiera acalorado demasiado, y esto reemplazó mi miedo con una oscura emoción.

—Me atacaste, Carmela. Eso no está bien.

—¿Me estás dando una lección?

—Te estoy diciendo las reglas.

Hundí mis dedos en la alfombra. —Me acorralaste.

—Lo dejaré pasar porque estabas asustada, pero no puedes volver a hacer eso. No soy tu saco de boxeo.

—*Está bien*.

Mi estómago se revolvió mientras imaginaba lo que podría haber pasado si hubiera golpeado a Michael. Nunca había lanzado un puñetazo antes de mi ex. Mi falta de control me hizo ver que estaba dañada.

Michael se sentó a mi lado. —¿Mal sueño?

Aparté la mirada.

—Parecía bastante intenso.

Preferiría beber ácido de batería antes que contárselo a *él*. —Déjalo, Michael.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Las evidencias de anoche latían entre mis piernas. Las marcas en mi pecho que cubrí, abotonando la camisa. Michael estiró las piernas, enfadándome con su elegancia casual. No merecía su atractivo.

Se inclinó, besando el lóbulo de mi oreja.

Me aparté de él. —No lo hagas.

—¿Qué? —Sonaba genuinamente sorprendido.

—Besarme. Tocarme. Actuar como si te importara. Nunca más. —Mi ira explotó cuando su ceja se elevó aún más—. Me debes honestidad, no manipulación.

—Estoy completamente perdido.

Mentiroso.

Sabía lo que estaba haciendo.

Dios, estaba cansada de que me utilizaran.

Me agarró la mano cuando me alejaba furiosa.

—Te tenía flotando en una nube anoche. No finjas que lo odiaste.

No lo odié, y ese era el problema.

No podía volver a ser tan vulnerable. —Nunca más.

NUEVE

MICHAEL

Sí, era un monstruo.

Pasé mi juventud en actividades mezquinas —acostándome con escorts de alto nivel, mujeres casadas, cualquiera que me llamara la atención— y no me importaban las consecuencias. Robé negocios. Maté. Ayudé a hombres mediocres a llegar a la cima con trampas, y no importaba cuántas personas destrozara, siempre había más idiotas esperando entre bastidores. Si un hombre tenía el dinero para comprarlos a todos, podía conquistar el mundo.

A los veintitrés, me convertí en el capitán más joven de la Familia Costa. Dirigía un equipo de seis hombres que me ayudaba a mover cocaína desde Montreal. Mi trabajo a tiempo parcial consistía en gestionar Sanctum, un club sexual clandestino lleno de mujeres hermosas. Era joven, las chicas estaban buenísimas, y me metía cualquier cosa que no estuviera clavada al suelo.

Entonces dejé embarazada a una chica.

De repente, era responsable de una vida además de la mía. Vendí mi ático, me mudé a las afueras y arreglé mi mierda. Serena era un desastre, pero si no fuera por mis hijos, estaría muerto.

Les debía todo.

Esa devoción obsesiva había chocado de frente con Carmela Ricci, la mujer con la que me había casado por un maldito capricho.

Me palpitaba la cabeza. Me había terminado media botella de vino. Necesitaba follarme a mi mujer, pero ella me detestaba, y yo

odiaba estar cerca de ella. Esas miradas cargadas. Su presencia hosca. Con mis hijos, Carmela era agradable, pero sus sonrisas incongruentes me carcomían. Su desprecio se quemaba en mis sábanas cada noche.

No soportaba estar en casa, así que me mantenía alejado tanto como era posible.

En los cinco días de mi nuevo matrimonio, Boston había visto una oleada de asesinatos espeluznantes, intentos de asesinato y coches bomba. Yo estaba a cargo del control de daños. La violencia no era obra nuestra, sino de un club de moteros títere llamado Rage Machine.

Recibía llamadas todo el día. Mi papel como asesor del jefe en funciones significaba que me encargaba de gran parte de la diplomacia. Considerando que Vinn era un desastre tratando con la gente, la mayoría de las reverencias me tocaban a mí. Todo el mundo estaba indignado por la reciente muerte de un civil —un misionero y padre de tres hijos, lo que significaba que, encima de todo, una congregación bautista entera pedía sangre.

Nada bueno.

Las muertes de civiles significaban un bloqueo en los negocios. La policía tomaba medidas drásticas, allanando operaciones de drogas irlandesas y de la Legión, lo que amenazaba nuestra alianza con ellos porque ya no teníamos los contactos de Alessio.

Un timbre resonó por mi casa, el persistente sonido sugiriendo la hostilidad de mi visitante. Miré a través de las ventanas emplomadas. El destello de un pelo rubio y un revelador abrigo de lana color caqui puso mis alarmas en alerta máxima.

Oh, mierda.

Brooke.

Era una prostituta de Sanctum con la que había estado liado el año pasado tras la muerte de Serena. Brooke tenía tetas grandes y falsas, un cuerpo delgado de modelo, y le encantaba el morbo. La sumisa perfecta. Se ponía de rodillas cuando señalaba el suelo, pero tenía un enorme inconveniente.

La locura.

Bajé corriendo las escaleras y me quedé paralizado cuando mi desprevenida esposa abrió la puerta, habiendo dejado entrar a Brooke. Era como pararse a mirar un accidente de coche. Tenía que verlo.

La luz del sol bañaba la piel bronceada de Carmela. Sus labios se curvaron en una sonrisa brillante que vaciló ante la mirada acusadora de Brooke.

—Hola, soy Brooke —su nasal acento de la costa oeste invadió mi casa—. Así que tú eres la esposa.

—Carmela —dudó antes de estrechar la mano de Brooke—. ¿Puedo ayudarte?

—Puedes apartarte. Necesito hablar con tu marido.

Carmela no se movió. Ocupó más espacio entre Brooke y el umbral. Esperaba que me llamara, pero Carmela no apartó la mirada de la rubia.

—¿Quién eres?

—Su novia —dijo Brooke, bajándose las gafas de sol—. ¿No te lo dijo?

Esa loca hija de puta.

Carmela se cruzó de brazos, sin picar el anzuelo.

—Él no te invitaría a nuestra casa.

—Tú no lo sabes.

Carmela frunció el ceño.

—¿Qué quieres?

Destrozar mi hogar, obviamente.

—Hablar con Michael.

—Sí, no lo creo.

Reanudé mi descenso, divertido por el tono cortante de Carmela. Estaba manteniendo una cabeza notablemente fría. Su falta de interés me llenó de orgullo.

Brooke golpeó el suelo con el tacón.

—Cariño, Michael y yo...

—*Señora Costa*.

—Señora Costa. Michael y yo nos conocemos desde hace tiempo.

—No me importa —dijo con frialdad, cerrando la puerta—. Esta es mi casa. Él es mi marido. Búscate el tuyo.

Brooke metió su puño en el marco.

—Se enfadará cuando descubra lo que has hecho.

—Me importa un bledo. Llévate tus Louboutins falsos de mi porche, o llamo a la policía.

Hora de intervenir.

Crucé la habitación a zancadas. El sonido de mis suelas en la madera resonó, y ambas me miraron. Mi rabia debió ser evidente porque Brooke se tambaleó antes de que cerrara la puerta de golpe.

—¿Papá? ¿Quién está ahí?

Mierda.

Mariette estaba a varios metros de distancia, mirándonos boquiabierta.

—¿Por qué estaba tan enfadada?

—Nadie, cariño. Solo una loca —agarré a Carmela por la cintura, su cuerpo plegándose al mío sin ninguna resistencia—. Cielo, ¿por qué no les preparas una merienda a los niños?

Puede que Carmela lo hubiera disimulado bien delante de Brooke, pero cuando la puerta se cerró, sus ojos me fulminaron.

—¿Por qué no lo haces *tú*?

—Me encargaré de la loca. Vamos.

Le sujeté la barbilla y besé sus líneas de preocupación, luego su mejilla, y después su enfurruñado mohín. Una descarga saltó en mí con la más ligera presión de sus labios.

Jesús, había electricidad entre nosotros.

Mujeres cínicas como Brooke ni siquiera se acercaban a mi esposa. La boca de Carmela, suave como la mantequilla, se fundió con la mía, sabiendo a vainilla, como las chicas que perseguía a mis veinte años, su pureza tan refrescante como un té helado. Incliné la cabeza y respondí a su beso tentativo con una caricia brusca.

Carmela hundió las uñas en mi costado.

Me aparté, con el corazón retumbando.

—Estaré en la cocina —Carmela se separó de mí, con la cara roja y una mirada salvaje. Parecía como si quisiera golpearme.

Me apuñalaría mientras dormía.

¿Dónde demonios estaba mi autocontrol?

Observé a Carmela llevarse a Mariette del vestíbulo, fijándome en el trasero de mi esposa. Me llevó un momento recordar a la psicópata que esperaba fuera. Abrí la puerta de golpe.

Como era de esperar, Brooke no se había marchado.

—¿Una loca? ¿Te *encargarás* de mí? —estalló en cuanto salí—. ¿Quién te crees que eres?

—Un hombre poderoso que puede hacer tu vida miserable —le agarré el brazo y la empujé hacia atrás—. ¿Qué haces aquí?

—¡Me enteré de que estabas casado!

Así que había decidido presentarse en mi casa como una lunática. Sin límites. La había ignorado después de que no dejara de enviarme mensajes. Había bloqueado su número, dos veces. Había comprado otra línea solo para acosarme.

¿Qué pasaba conmigo y las chicas locas?

¿Tenía un cartel incrustado en la frente?

La mirada llorosa de Brooke se deslizó hasta la ventana de mi salón, donde Carmela observaba con los brazos cruzados.

—¿Cómo has podido casarte con *ella*?

—Cuida tu tono.

Su voz se quebró.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Eso es asunto tuyo?

—No puedes estarlo —parecía torturada por la idea, lo que me pareció hilarante—. No habrías tonteado conmigo.

—Entonces ella no estaba en mi vida, y chupármela de forma semi-regular difícilmente te da derecho a estar celosa. Nunca te prometí nada.

Las rodillas de Brooke golpearon el suelo.

—Por favor.

Una chica guapa de rodillas era mi debilidad. Debería haberme llenado la polla de calor, pero estaba tan flácido como un muñeco de trapo.

—Levántate.

—Oblígame —ronroneó.

—Esto no es una escena. Terminé contigo hace meses. Tienes suerte de que no te mate por emboscarme en mi casa y acosar a mi mujer. Sal de mi propiedad.

—¡Dijiste que no habías superado a Serena! —se levantó de golpe y me dio un empujón en el pecho—. ¿Por qué dirías eso?

—Mentí para librarme de ti.

—¡Eres un maldito cabrón, Michael!

Esto era lo que me merecía por dejar a una mujer con suavidad. *Nunca volveré a meter mi polla en una loca, jamás*.

Se resistió a la presión mientras la conducía hacia la verja.

—¡Le diré a todo el mundo la verdad sobre ti!

—¿Vas a contarles el tamaño, la forma y el sabor de mi polla? Siéntete libre de gritarlo a los cuatro vientos.

—Traficas con mujeres en Sanctum. Eres un *monstruo*.

Qué mentira tan ridícula.

La empujé hacia la acera.

—Adiós, Brooke.

—¡Sé lo de Serena! Ella era una chica de Sanctum. La conociste allí y la dejaste embarazada.

¿Por qué estaba indagando en mi pasado?

—Cuidado, Brooke. Recuerda con quién estás hablando.

Claramente necesitaba el mismo recordatorio.

Brooke era una buscadora de peligro. Que yo la estrangulara probablemente sería el punto culminante de su miserable vida.

—¿Sabes lo que piensan las chicas de ti? —se aferró a mi brazo, y me la quité de encima—. Algunas te adoran. Otras creen que asesinaste a tu mujer.

Cerré de golpe la verja de hierro forjado y me dirigí a la casa. Las amenazas de Brooke me siguieron en gritos agudos.

Revelaría mis crímenes. Me odiaba. Me hundiría.

Ponte a la cola.

Serena murió por sobredosis en rehabilitación. Todo el mundo lo sabía.

¿No?

Brooke mentía. Me había lanzado eso a la cara para desestabilizarme, y funcionó. La idea de que hubiera maltratado a Serena durante un solo segundo durante nuestra relación desastrosa me dejó tan agitado que me lancé contra una mancha rosa y negra.

Sujeté a Carmela con una mano en su cintura. La visión de ella congeló mi ira. Estaba impresionante con el kimono. Una manga ancha cayó cuando se recogió sus ondas castañas, exponiendo la longitud de su delgado brazo de piel olivácea. Se me secó la boca al contemplar sus curvas llenando la seda, la tentadora sombra de su clavícula, los picos de sus pechos, el hueco en la base de su garganta suplicando un beso.

—Carmela, ella no significa nada para mí.

Se colocó un mechón detrás de la oreja.

—No me importa.

—Amenazaste con llamar a la policía.

Sus cejas se fruncieron mientras se alejaba de mi lado, dirigiéndose al salón.

—Eso fue por tu bien, no por el mío.

La atraje a mis brazos de un tirón.

Se giró, con manchas rojas ardiendo en sus mejillas.

—*Michael*. Para.

—No hasta que admitas que estás cabreada.

—Vale. Estoy enfadada —se liberó de mi agarre con el codo, abandonando su inexpresividad—. Estoy atrapada en esta casa con un hombre al que detesto, que tiene amantes y las invita.

—¿Te perdiste la parte donde la eché?

La sospecha y la furia oscurecieron su mirada.

—No toleraré a otra mujer, Michael. Tengo mi orgullo. Si me eres infiel, te dejaré.

¿Pensaba que la dejaría ir?

Qué mona.

—No soy un infiel.

—¿Importa si te creo?

Sí, joder, importa.

—Si vas a odiarme, me gustaría saber que me lo he ganado.

—Secuestraste a mi padre. Robaste mi libertad y mi felicidad. Créeme, te lo has ganado.

Pasó por mi lado.

Bloqueé su camino.

—Lo mismo se aplica a ti.

—¿Perdona?

—Exijo lealtad —me incliné, su aroma a vainilla desencadenando docenas de recuerdos de aquella noche—. Te guste o no, soy tu única opción.

—Puede que seas mi marido, pero *no* me posees.

Carmela me empujó, mucho más fuerte que el patético golpecito de Brooke en mi pecho. La fuerza me hizo retroceder un paso.

La primera sonrisa genuina en días se dibujó en mi rostro. Si estaba tan molesta por una infidelidad, ya había aceptado este matrimonio. No tenía intención de estropear nuestra vida juntos, pero la cabeza de Carmela...

Eso era juego limpio.

DIEZ

CARMELA

No vuelvas.

Dejé el cursor sobre el botón de enviar. ¿Sonaba esa línea demasiado ominosa? Releí mi correo electrónico.

Querida Mia,

Este será mi último mensaje. No puedo entrar en detalles. Sé que es vago, pero no es seguro que nos comuniquemos. Estás mejor dondequiera que estés que aquí. Las calles de Boston están inundadas de violencia. Solo es cuestión de tiempo antes de que esta ciudad implosione. Solo me quedo por mamá y papá.

Si hay algo que me alegra, es que tú y Alessio escapasteis. Estoy orgullosa de que dieras ese salto de fe. No puede haber sido fácil.

Por favor, vive la vida al máximo.

Te deseo a ti, a Alessio y a la pequeña Lexy toda la salud y felicidad. Os quiero.

No me digas dónde estás.
No vuelvas.
C

Se montaría en el primer avión a Boston si usara eso. Seleccioné el bloque de texto, pulsé Eliminar y comencé de nuevo.

Querida Mia,

¡Siento que a Lexy le estén saliendo los dientes! Con suerte, lo superará pronto. ¡Pobrecita! Ese vídeo de su rabieta era adorable. Tengo tantas fotos de Lexy en mi móvil que la gente me pregunta si es mi *bebé.*

Aunque adoro tus actualizaciones, no me envíes más fotos. Vinn me pregunta por Alessio cada vez que me ve. Están obsesionados con encontraros, y sé que estáis tomando precauciones, pero no merece la pena el riesgo.

¡Todos están genial! Mamá y papá son caseros. Papá está metido en la jardinería. Es demasiado entusiasta con las tijeras. Nuestros rododendros están pelados. Vuelve loca a mamá.

Yo estoy bien. Ya no vivo en el centro de Boston, pero ¿adivina qué? Estoy trabajando a tiempo completo en Sanctum como camarera.

¿No es una locura? Michael me dio el trabajo. Y tienes razón. ¡Es un encanto! <3 <3 <3

¡Dale besos a la pequeña Lexy de mi parte!

Con cariño,
C

Todo el correo era una sarta de mentiras. Lo envié de todos modos.

Transmitía el mensaje sin levantar sospechas, e incluso preparaba el terreno para un romance entre Michael y yo. Odiaría perderse mi

boda, pero al menos no la pillaría por sorpresa si la noticia llegaba a su escondite. Mi hermana perdería la cabeza si supiera lo que realmente ocurrió.

Estaba apretujada entre veinteañeros que tecleaban en sus portátiles. Me estaba acostumbrando a mi nueva rutina: levantarme temprano para preparar el desayuno a los niños bajo la vigilancia de las niñeras. Me seguían todo el día. Tener a un miembro del personal encima mientras preparaba sándwiches de ensalada de atún era desconcertante.

Odiaba a Michael, pero sus hijos eran adorables.

Era imposible fruncir el ceño cuando Matteo me echaba los brazos al cuello cada mañana, o cuando Mariette me declaró su mejor amiga después de unos días de prestarle toda mi atención. Eran una distracción bienvenida, pero estaba inquieta.

Así que había caminado hasta la cafetería más cercana durante mi tiempo libre con una escolta, un hombre alto y malhumorado llamado Vitale. Fumaba fuera a pesar de las miradas de reproche de los clientes. La lluvia resbalaba por las ventanas de la cafetería mientras bebía mi té, distraída por un vídeo que se reproducía en la pantalla de un hombre.

—El alcalde de Boston declara el estado de emergencia mientras la violencia de bandas aterroriza a los ciudadanos. A continuación, en una hora: la Comisión de Investigación de Contratos Públicos en Construcción expone la corrupción en el ayuntamiento...

La voz se cortó cuando insertó un auricular en el portátil.

Un movimiento detrás del cristal llamó mi atención. Un hombre apareció a la vista. Reconocí el blazer de Michael y guardé mi móvil. Se acercó a Vitale, quien golpeó el escaparate y me señaló. Vitale aplastó el cigarrillo con el zapato y se alejó. Michael inclinó la cabeza, encontró mi mirada y saludó con la mano.

Hola, imbécil.

Sonrió radiante al entrar en la tienda. Las cabezas femeninas se giraron mientras se abría paso entre las mesas. Su suave disculpa acarició mis oídos como seda cuando tropezó con una joven, que se

sonrojó mientras él la rodeaba. Se le daba excelentemente bien parecer inofensivo.

Detuve ese hilo de pensamiento.

No necesitaba pensar en sus otros talentos.

Sacó una silla y se sentó.

—¿No es lo suficientemente bueno el té de casa? —preguntó.

—Quería un minuto a solas sin que estuvieras cerniéndote sobre mí como una gárgola.

—Debe ser difícil encontrar privacidad en una mansión de nueve habitaciones situada en una propiedad de tres acres. —Michael ladeó la cabeza—. ¿Algo que quieras contarme?

Mierda.

—No realmente.

—Carmela. Estás tramando algo.

—Debo de no tener nada más que hacer que cuidar de tus hijos y chuparte la polla.

Una sonrisa se dibujó en su mejilla.

—Ojalá.

—Vete al infierno, Michael. Tengo una vida.

—¿Y con quién la has compartido?

Con nadie.

Había dirigido el negocio legítimo de mi padre desde los veinte. Era poco ortodoxo que un don permitiera a su hija tanto control, pero me gustaba gestionar el restaurante y el casino. Siempre supuse que papá me estaba preparando. Luego me puso las cosas claras. Mi *marido* se encargaría de todo eso. Mi deber era casarme con un extraño, Alessio Salvatore. Se había acordado que nos casaríamos.

Estaba asustada.

Entonces un depredador se abalanzó mientras yo era vulnerable.

—Tenía a mi familia hasta que tú me la quitaste.

—Sí, ese alcohólico asesino al que llamas padre, tu madre y Mia. Por cierto, ¿dónde está Mia? —Michael se inclinó, con el ceño fruncido en fingida preocupación—. ¿Denunciaste su desaparición?

—Todavía no he tenido tiempo.

—Interesante. ¿Cuánto tiempo llevan desaparecidos? ¿Tres meses?

Más o menos.

—Probablemente estén pasándoselo en grande en el Amazonas, donde no hay cobertura móvil.

Me miró fijamente.

—¿Esa es tu historia?

Tamborileé la mesa, deseando que mi marido y sus preguntas inoportunas desaparecieran.

—Es una posibilidad.

—Alessio en la selva, con las serpientes, arañas e insectos —murmuró, riendo—. ¿Has conocido a tu cuñado? Es un italiano de pura cepa. No se va a esconder sin una charcutería italiana a la vuelta de la esquina.

—Era una maldita broma. No tengo ni idea de dónde están.

—Me alivia que aún conserves el sentido del humor, con tu hermana desaparecida y todo eso. No puedo ni imaginarlo. Si fuera yo, no descansaría hasta encontrarla. Perdería la puta cabeza. Debes estar preocupadísima.

Mensaje recibido.

Mantuve la boca cerrada y aparté mi taza de Michael.

—Estoy bien.

—Oh, cariño. A veces me preocupo por ti. —Michael me dio una palmadita en la mano—. Puede que cedas bajo interrogatorio.

Joder, joder, joder.

Me puse de pie, metiendo el teléfono en mi bolso. Me eché el bolso por encima del hombro, casi golpeando la cara de Michael. Me abrí paso entre la cola de adictos a la cafeína y casi choqué con una mujer que equilibraba cuatro cafés en una bandeja.

Michael me alcanzó, cogiendo la puerta con el codo.

—¿He tocado un punto sensible?

—*No lo hagas*.

Michael me pellizcó la muñeca, obligándome a detenerme.

—No soy idiota, Carmela. En el momento en que dejó de registrarse, lo supe. Todo el mundo lo *sabe*.

—¿Qué quieres que te diga? No tengo ni idea de dónde están.

—Quiero lo mismo que tú: que Alessio se mantenga lejos.

Como si me lo creyera.

—Lo que sea.

—Solo digo que no tienes que mentir.

—*No estoy mintiendo*.

Me agarró del bíceps y me dirigió a su lado.

—Esto es importante. Vinn no olvidará a Alessio. Cuanto más tiempo permanezca lejos, peor será la venganza de Vinn.

Se me puso la carne de gallina donde me sujetaba el brazo.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Si Vinn descubre que mi *esposa* ha ocultado el paradero de Alessio todo este tiempo, supondrá que te ayudé. Eso sería muy malo para ambos.

Vinn era otro Nick más. ¿Qué podía hacerme que no me hubieran hecho ya?

—No le tengo miedo a Vinn. Es un gánster con un complejo. He conocido a los de su tipo. Todos son iguales.

—Puede que tu columna vertebral sea de acero, pero dudo que quieras cargar con la culpa de dejar huérfanos a mis dos hijos.

Me mordí el labio.

—Vinn no te haría eso.

—No hay nada que mi primo no haría.

Michael tenía que estar faroleando. El jefe Costa no mataría a Michael, un mafioso oficial, sin una buena razón. Por otro lado, había oído cosas sobre Vinn. Alessio lo llamaba Mussolini, entre otros nombres degradantes.

—O te llevo a casa y te ato, o me dices la verdad.

Tenía en la punta de la lengua desafiarlo, pero no marcaría la diferencia.

Michael lo sabía.

Tenía que decirle algo.

—Me pidieron que fuera con ellos.

—¿Cuándo?

—Antes de que se fueran. Decidí quedarme, y nos despedimos. No tengo ni idea de dónde están, Michael. Te lo juro por Dios.

Michael me tomó la cara, sus manos deslizándose por mis mejillas. Me escrutó, sus ojos bailando sobre mis rasgos.

—¿Estás en contacto con ellos?

—*No*.

Suspiró, sin parecer convencido.

—Te daré el beneficio de la duda, pero más te vale no estar mintiendo, Carmela.

Mis entrañas aún hervían por su amenaza, y quería contraatacar.

—Tienes suerte de que tus hijos no se parezcan a ti.

Levantó una ceja.

—Matteo es prácticamente mi clon.

—En apariencia, quizás. No podríais ser más diferentes en personalidad.

—¿En qué sentido?

—Él es dulce. Tú eres horrible. Él es sensible. Tú eres un cabrón frío. A él le importa la gente. A ti no.

Michael sonrió.

—Simplemente es más hábil manipulándote.

—Tiene *cuatro años*.

—Eso es lo suficientemente mayor para saber cómo ponerte de su lado. Sabe que tienes un corazón blando y está aprovechándose.

—No proyectes tus motivos en tu hijo.

—Todo es blanco o negro para ti, ¿verdad? Bueno o malo. Él es inocente. Yo estoy corrupto. No es así como funciona el mundo. —Michael me agarró por los hombros, guiándome a través del aparcamiento—. Deja de verme como un villano. Soy tu marido.

—Como si que me obligaran a firmar papeles en una iglesia significara algo.

—Para mí sí significa algo.

Una oscuridad se había deslizado en su voz: un indicio del monstruo.

Mi ánimo se desplomó cuando me llevó hasta el coche.

—Este matrimonio nunca funcionará.

—Nos llevamos muy bien la noche de bodas. —Abrió la puerta, indicándome con la cabeza que entrara—. Sube.

—Me utilizaste para demostrar algo.

—Tienes razón. Demostré que me deseas tanto como yo a ti, y eso te está consumiendo.

Una gota de lluvia golpeó mi mejilla. Michael la quitó antes de que rodara, un gesto que hizo que mis entrañas dieran un vuelco.

—¿Qué estabas haciendo aquí, Carmela? ¿Planeando tu escapada?

—No voy a ir a ninguna parte. Tus hijos necesitan ayuda contigo como modelo a seguir.

—No podría estar más de acuerdo.

ONCE

MICHAEL

Algunas mujeres querían hijos.

A otras les gustaba la *idea* de tenerlos.

Serena era de las segundas. No se dio cuenta de cuánto odiaba la maternidad hasta que la responsabilidad cayó en su regazo. Se comportó decentemente durante un tiempo, pero luego se volvió demasiado difícil. Dejó de intentarlo. Mis hijos pagaron el precio de su desapegado enfoque hacia la crianza.

Carmela se despertaba cuando decía que lo haría. Llevaba a los niños al parque, se aseguraba de que Mariette terminara sus deberes y ayudó a mi hija a preparar una caja de recuerdos con las cosas de Serena. Cuando Mariette echaba de menos a su madre, la abría. Sencillo, y *funcionaba*. Mariette la guardaba bajo su cama.

Después de un par de semanas sin ningún contratiempo con Carmela, me relajé. La vigilaba a través del sistema de cámaras, pero no con mucha frecuencia. No se parecía en nada a Serena, y a menudo descubría nuevas cualidades que apreciar, como la total ausencia de drama en Carmela.

Hace varios días, Mariette irrumpió en nuestro vestidor y encontró el maquillaje de Carmela. *Accidentalmente* había estropeado uno de los bolsos caros de Carmela. Pasé horas temiendo su crisis, pero cuando Carmela regresó de su cita en el salón de belleza, se encogió de hombros ante el daño. La confusión

de Mariette cuando Carmela la abrazó destacó en mi mente porque recordaba haber sentido el mismo desconcierto.

Quizás me había acostumbrado a la locura.

Nunca me di cuenta de que podíamos resolver problemas sin una discusión a gritos que derribara las paredes. Follar y pelear: era todo lo que conocía. Carmela me mostró que existían formas más sensatas de vivir.

Salí al exterior.

Un frente cálido nos había dejado un clima suave. El rocío se aferraba a la hierba, pero se estaba secando bajo el vibrante sol. Jilgueros amarillos saltaban de las ramas mientras yo caminaba bajo el cornejo. El jardín se estaba volviendo verde. La vida corría a través de las enredaderas aparentemente muertas que se enmarañaban por la propiedad, floreciendo con hojas gruesas.

Mi preciosa morena estaba tumbada sobre una manta bajo los rosales crecientes. Su pelo con mechas caramelo brillaba donde la luz moteada lo acariciaba. Estaba recostada de lado, llevando una camiseta rosa brillante recortada sobre unas mallas negras, susurrando a mi hijo con voz dulce mientras intentaba tentarlo con botes de plastilina.

Mi hijo de cuatro años negó con la cabeza y desapareció detrás de un árbol. Sonriendo, Carmela se puso de pie y persiguió a Matteo, quien chilló cuando los brazos de ella le rodearon la cintura. Le hizo cosquillas en el pecho y le besó la mejilla. Mi hijo estaba encantado con toda la atención. No podía quitarle los ojos de encima.

Yo tampoco.

Carmela había recogido su melena de ébano en un moño despeinado. Aun así, no distraía de sus labios carnosos, sus cejas arqueadas y sus curvas irresistibles. Me la imaginé con tacones y bañador, posando junto a un coche vintage. Honestamente, había poco que pudiera hacer sin dejarme boquiabierto.

Matteo giró la cabeza. —¡Papá!

Corrió, un borrón de tie-dye arcoíris, hasta chocar contra mis rodillas. Mi pecho se tensó cuando me atrapó las piernas en un agarre de torno. Cuando me incliné, él me rodeó con sus brazos. Lo levanté hasta mi cadera, lamentando el día en que sería demasiado grande para sostenerlo. Las lágrimas humedecían sus pestañas.

—¿Estás bien, campeón?

—Hace un segundo lo estaba —Carmela se unió a mi lado en una brisa de aromas florales, frotando la espalda de Matteo—. Quizás necesita una siesta.

—Qué va. Pronto tiene que ir a preescolar.

Matteo se apartó de mí, sollozando. Su dolor me golpeó el estómago como una patada rápida. No era el típico llanto de me-he-raspado-la-rodilla. Probablemente Matteo no sabía qué hacer con la atención incondicional de Carmela. Mi pobre hijo nunca había tenido realmente una madre.

Parecía al borde de una crisis, y el afecto de Carmela pareció hacer efecto. Lloró, escondiendo su cara en mi cuello.

—¿Qué pasó? —Carmela le alisó el pelo, viéndose afligida—. ¿Qué te pasa, cariño?

Matteo negó con la cabeza.

Le di palmaditas en el hombro mientras el cuello de mi camisa se empapaba. Me senté en los escalones que llevaban a mi casa mientras él se acurrucaba en mi regazo, llorando. Cada vez que Carmela tocaba a Matteo, él aullaba más fuerte.

Carmela pareció tomarlo como un fracaso personal. Se apartó, el brillo desapareciendo de sus facciones. —¿Qué hice mal?

—Nada —Me desplomé aliviado cuando un coche se detuvo en la acera y tocó el claxon—. ¡Mira, tu transporte a la escuela está aquí!

Matteo lo miró, hipando. Se deslizó de mi regazo, con las lágrimas brillando. Su llanto se detuvo cuando vio el Lexus negro.

Una Carmela desconcertada le entregó sus cosas. Acompañamos a Matteo hasta el conductor, que lo acomodó dentro. Nos saludó con la mano a Carmela y a mí. Ella le devolvió el saludo, radiante. Cuando el coche desapareció calle abajo, su sonrisa se desvaneció.

No había soltado mi mano. —¿Por qué está tan disgustado?

—Los niños de cuatro años lloran por todo.

Ella seguía mirando en la dirección del coche. —Se abruma fácilmente.

—Eso es cortesía de su querida difunta madre.

—¿Qué pasó? —Carmela apretó mis dedos, con voz ronca—. ¿Les pegaba?

Una furgoneta blanca en un aparcamiento ardió en mi mente. Los ecos de sus gritos atravesaron el canto de los pájaros, succionando el calor del mundo hasta que el frío se filtró en mi pecho.

Me solté de su agarre y me dirigí al interior.

Carmela estaba claramente horrorizada. Ya estaba asumiendo lo peor, y no podía soportar su lástima. Había hecho lo que pude para minimizar el daño que Serena había causado, pero nada aliviaba jamás la culpa.

—¿Michael?

Me erizo. —No sigas por ahí.

—No estoy pidiendo los detalles escabrosos. Solo quiero tener una idea general de lo que vivieron. Si han sido maltratados...

—A menos que estés lista para revelar los momentos más oscuros de *tu* vida, *déjalo estar* —Agarré la bolsa de compras que había dejado en la mesa de la cocina y se la puse en los brazos—. Te he comprado un regalo.

Carmela la dejó a un lado, fulminándome con la mirada.

—Ábrelo.

Sus labios se tensaron mientras arrancaba el papel de seda, sacando un bolso Burberry.

Había encontrado una tienda y buscado el bolso que mi hija había arruinado, pero ya no tenían ese modelo, así que compré algo parecido. No tenía ni puta idea de bolsos. Lo eligió una empleada.

—¿Para qué es esto?

—Mariette destrozó el tuyo. Pensé que te gustaría un reemplazo.

Carmela lo dejó sobre el granito, ablandándose. —No tenías que hacer esto, Michael.

—Quería hacerlo.

—Agradezco el gesto —dijo con firmeza—. Pero no me importa el maldito bolso. No puedes lanzarme regalos y esperar que tus problemas desaparezcan.

Bueno, había funcionado con la última esposa.

—No hagas preguntas cuyas respuestas no puedas soportar.

—¿Quién dice que no puedo?

Porque era tan pura como la nieve recién caída. —La vida no es un cuento de hadas. Las respuestas no siempre son bonitas.

—Créeme, lo sé.

—¿Cómo podrías entenderlo?

Carmela me lanzó una mirada llena de veneno.

—¿Algo que quieras decir?

Ella levantó una mano. —No me tientes.

—Te mueres por desahogarte, así que hazlo. Sácalo de tu sistema.

—Me caen bien tus hijos, pero *tú* no me gustas —Carmela agarró un paño de un cajón y limpió las migas del mostrador—. Y no creo que me vayas a gustar nunca.

No es sorprendente. —Continúa.

—Eres un matón —retumbó, tirando el trapo en el fregadero—. Un cabrón sin alegría. Estás solo. Sufres por tu hermano y por Serena.

—No podrías estar más equivocada.

Ella ladeó la cabeza y sonrió. —¿Sobre ella o sobre todo lo demás?

La echaría si mis hijos no la quisieran ya. —¿Cómo que no tengo alegría?

—Evitas los eventos familiares. No quieres unirte a la banda o a la fiesta de pijamas y baile...

—Golpear ollas y sartenes no es música.

Me lanzó una mirada fulminante. —Es divertido.

—Me está reventando los tímpanos.

—¡Estoy ayudando a tu desagradecido culo, lo que notarías si dejaras de comportarte como un idiota!

Carmela soltó aire en un flujo constante, el único signo de que estaba angustiada más allá del ligero tono rosado de sus mejillas. No había conocido a nadie con más elegancia. Hermosa, incluso cuando me miraba como a un bicho bajo su talón.

La acerqué a mí. —¿Me odias, Carmela?

Parte del fuego en sus ojos se atenuó.

—Me estás dando pocos motivos para no hacerlo.

—Intento cambiar eso.

Miró el bolso. —¿Por qué?

—Mirarte es una tortura, pero no tocarte me está *matando*.

Sus curvas de reloj de arena llenaron mis manos, desencadenando una docena de imágenes de nosotros enredados entre las sábanas. El rubor de Carmela se había extendido hasta su cuello y pecho, y me incliné para besarle la mejilla. Sus labios se entreabrieron y dejó escapar el más pequeño de los suspiros.

—¿Debería decirte lo que pienso de ti?

Sus fosas nasales se dilataron. —Estoy bien, gracias. Ya he tenido suficiente verdad.

—Podría sorprenderte.

—No necesito oírlo.

—El hombre que estuvo antes que yo te dejó una herida profunda —Tracé una cicatriz invisible sobre su corazón—. Estás sufriendo. Estás sola. Y pronto comerás de mi mano... porque solo yo puedo darte lo que más deseas en el mundo.

Levantó la cabeza, desconcertada.

Nada era más excitante que una mujer fuerte entregando el control: ese colapso de cada capa de defensa hasta que todo lo que quedaba era su verdadera esencia. La llave del alma de Carmela no era difícil; la había descubierto en los primeros minutos de conversación.

Ella aún tenía que descifrarme a mí.

DOCE

MICHAEL

Yo era un gánster, no un diplomático.

Pero se esperaba que arreglara nuestra deteriorada relación con Legion MC. Los moteros no entendían por qué ya no podíamos detener las redadas policiales. Querían una tajada mayor. Exigían esto y *aquello* mientras aterrorizaban Boston con su club títere, Rage Machine. El presidente de Legion había solicitado una reunión, así que reservamos un local para eventos donde era poco probable que estallara la violencia, un comedor de ladrillo rodeado de tapices de alces.

Los ricos y sus animales majestuosos.

La universidad de la Ivy League, Bourton, no era el lugar ideal para discutir negocios, pero era terreno neutral. Nadie estaría tentado a abrir fuego en un campus universitario. Nico había donado tanto dinero que lo único que teníamos que hacer era mencionarlo. Además, la comida no estaba mal.

Mi rama de olivo incluía barbacoa gratis, que la escoria motera devoraría como ratas. El vapor se elevaba en espiral desde las bandejas calientes que habían sido rebuscadas minutos antes de que llegara el presidente. Carmela y yo nos sentamos contra la pared, rodeados de trajes. Ella llevaba un vestido rosa con un escote pronunciado, y no podía mirarla sin imaginarme mi boca en sus tetas. Eventualmente, tendría que encontrar a Vinn, pero no tenía ningún deseo de separarme de lo más brillante de la sala.

Estaba de mal humor, probablemente porque me pillaba mirándole el escote continuamente. Me dio un golpecito en la barbilla, obligando a mi mirada a estrellarse contra sus profundos ojos marrones por tercera vez.

—¿Dónde está tu autocontrol?

Casi muerto. —Me estoy conteniendo ahora mismo.

Carmela puso los ojos en blanco, con su delineado de alas, desdeñándome. Bebió su Prosecco, con el cuello inclinado en un arco elegante.

—Actúas como si nunca hubieras gemido mi nombre durante el sexo.

Se atragantó, sus labios brillantes por el alcohol. Me imaginé reclamando su puchero y chupándolo hasta dejarlo seco, o mejor aún, derramando más de ese líquido dorado entre sus pechos y lamiéndolos hasta dejarlos limpios.

Nuestra noche de bodas nunca estaba lejos. Cada minuto abrasador tocando a Carmela estaba fresco en mi mente. Tenía un cuerpo precioso. El sabor de ella invadía mis sentidos cuando me masturbaba. Había infundido en mi sangre una lujuria imprudente que no se callaba.

Carmela dejó la copa. —¿Podemos no hablar de...?

—Me encanta el sonido que haces cuando te corres. Me pregunto qué ruido harás cuando te folle la boca.

Carmela apretó los dientes. —Eso no va a pasar.

—Sí, supongo que terminar en tu boca es un desperdicio de semen.

Me lanzó una mirada suspicaz. —¿Qué se supone que significa *eso*?

Estaba lanzando pistas del tamaño de yunques, esperando que las piezas encajaran en su cerebro. Todo lo que tenía que hacer era *preguntar*... mi respuesta sería *sí*.

Me incliné sobre la mesa, luchando por mantener mi voz uniforme, por ser paciente. —Sabes lo que significa.

—No, no lo sé.

Quizás era así de obtusa. —Jesús.

—O lo explicas o te callas.

—No puedo. Eso no te haría ningún favor. —Mis nudillos se deslizaron bajo su cuello, presionando su pulso palpitante—. Averigua lo que quieres.

—A mi familia.

Esto era una pérdida de tiempo. Si no estaba lista para aceptarlo, forzarla por ese camino infligiría más daño.

Se estremeció cuando besé su frente y se ensombreció como si las nubes se desplazaran sobre ella. —Me debes tu confianza, pero no me dejarás a solas con los niños.

—Lo haré. Algún día. ¿No merezco puntos por eso?

Aparentemente no.

Su rostro se arrugó mientras se desprendía de mis manos y se alejaba con paso firme, desapareciendo entre la multitud. Una piedra se hundió en mi estómago mientras las cabezas se giraban para observar el borrón rosa cruzar el suelo de mármol.

Un par de hechos se hicieron evidentes.

Uno: Carmela tenía un bloqueo mental del tamaño de Texas.

Dos: deseaba estar en su lado bueno.

Era impropio en mí. Carmela podía asumir lo que quisiera sobre mí. Yo estaba tratando de echar un polvo. Sería una situación beneficiosa para ambos. Ella necesitaba salir de su negación.

Quizás eso nunca pasaría.

No podía confiar en ella, y ella nunca vería más allá del bastardo que había torturado a su padre. Después de Serena, desde luego no me involucraría en otra relación. Casarme con Carmela era por mis hijos, y quizás un poco por mi carrera. Ella no me amaría, y eso estaba bien... la puta que me amaba estaba *loca*.

Carmela amaría a mis hijos.

Eso era todo lo que importaba.

Mi estado de ánimo se desplomó cuando un hombro ancho empujó el mío.

Vinn arrastró una silla y ocupó el lugar vacante de Carmela. Se acomodó en la silla, que gimió con su peso. Su apariencia bien afeitada y el traje negro canalizaban a un James Bond italiano. Todavía no me acostumbraba a ver a mi primo en traje. Era más de sudadera y vaqueros, pero tenía que vestir acorde al papel.

Lanzó un brazo sobre mis hombros. —¿Problemas en el paraíso?

—Estamos genial.

—Oh, Mike. ¿Qué esperabas? Secuestraste a su padre. Todo lo que dice y hace está bajo coacción.

—¿Te pedí tu maldita opinión?

—Si lo hubieras hecho, te habría dicho que no te casaras con una desconocida. ¿Por qué lo *hiciste*?

—Marca todas las casillas de mi lista.

—Como un millón de otras chicas.

La mirada de Vinn me taladraba, pero no tenía interés en escucharlo burlarse de mí durante la próxima media hora cuando le diera la verdadera razón.

—No me arrepiento. —Terminé mi bebida, el calor golpeando mi garganta—. Ella hace felices a Mariette y a Matteo, y eso es todo lo que importa.

—Casi suena como si te lo creyeras.

—Ocúpate de tus asuntos.

—Bien. ¿Has preguntado por Alessio?

Hundí la mirada en mi vaso. —No tiene ni idea de dónde está.

—¿Crees que está diciendo la verdad?

—Sí, tengo acceso a sus correos electrónicos.

Lo cual era una mentira, pero planeaba piratearlos eventualmente.

Vinn se frotó las sienes, su frente ondulándose en una muestra poco característica de tensión.

—Alessio volverá. —Me lo imaginé con una camisa hawaiana y pantalones cortos, y resoplé—. Es demasiado italiano como para contentarse con embutidos de supermercado que saben a culo.

Echará de menos sus expresos, cannolis, prosciutto di parma, y volverá.

—Te juro por Dios que... perdió la puta cabeza cuando nació ese niño.

—Algún día, te pasará a ti también. —Le di una palmada en el bíceps—. Entonces entenderás por qué me casé con Carmela.

—No voy a tener hijos, nunca, y que te casaras con Carmela siempre será una locura. —Hizo un gesto hacia el otro lado de la sala—. Hablando de eso, tal vez quieras salvarla.

—¿Qué?

Señaló a un Anthony borracho, que se tambaleaba mientras charlaba con mi esposa. Anthony era el hijo de Nico Costa, el verdadero jefe de la familia que cumplía una condena de cinco años en la cárcel. Anthony era un antiguo alumno de esta ridícula escuela. Se había graduado con una licenciatura en psicología y no había hecho nada con su vida más que ir de fiesta y abusar de las drogas. Solíamos salir juntos todo el tiempo hasta que me volví más sensato y dejé la cocaína.

Todo lo que había necesitado era el motivador adecuado: la paternidad.

Había esperado que tuviera un momento de revelación, pero el hombre tenía treinta y cuatro años.

Mi silla se echó hacia atrás antes de que me diera cuenta de que me había levantado. Los cuerpos bloqueaban mi camino hacia Carmela, cuya sonrisa se ensanchaba mientras Anthony se inclinaba con un guiño conspiratorio. Llevaba una chaqueta de Bourton sobre pantalones y parecía sorprendentemente compuesto, dado su estado. Ese era el peligro con Anthony. A primera vista, era difícil decir que estaba tan perturbado.

Me vio y brindó al aire.

—¡Mikey!

Gemí ante el apodo. —Hola, Anthony.

—*Tony*, tío. Es Tony. ¿Cuántas veces tengo que recordártelo?

—Al menos unas cuantas más.

Oculté mi sonrisa y agarré la cintura de Carmela, distraído por la tela ajustada que abrazaba sus caderas. La ceñí a mi lado. Luego presioné mi boca bajo su barbilla, besando ese punto delicioso.

Carmela sonrió radiante, deslizando sus brazos dentro de mi chaqueta.

—Vosotros dos sois tan monos. —Anthony agitó su bebida, los hielos tintineando contra el cristal—. Me dan ganas de vomitar.

Mequetrefe. —Estoy bastante seguro de que es por el Jägerbomb.

Anthony bebió, frunciendo el ceño. —¿Qué *ves* en él?

Se te nota la envidia, pequeño cabrón desdeñoso.

Me contuve el comentario porque estaba ansioso por oír lo que ella diría.

—Muchas cosas. —Carmela colocó una mano en mi pecho y me miró fijamente—. Michael tiene un gran sentido del humor. Me respeta. Es leal... se juega todo por la familia.

—¿Algún plan para tener hijos?

Miré a Carmela, que parecía no querer responder. Tragó saliva con dificultad y me miró.

—Carmela se muere por tener un bebé. —Sonreí con suficiencia a mi esposa, cuyo rostro registró un shock desnudo—. Llegaremos a eso pronto, ¿verdad?

Anthony dio un sorbo a su cóctel. —Nunca he conocido a un tío que quisiera tener hijos.

—Tonterías. ¿Qué hay de Alessio?

—Es un bicho raro... no cuenta. —Anthony se encogió de hombros, arrastrando las palabras—. Parece ser algo que los hombres aguantan para mantener a una mujer.

—No para mí.

Anthony me lanzó una mirada negra.

—Eso es lo que me encanta de ti —dijo Carmela con entusiasmo, en un tono dulce que reservaba para Mariette—. Eres un padre increíble.

¿Lo decía en serio?

Lo había dicho antes, pero nunca con una caricia en su voz. Me golpeó en el único lugar donde era vulnerable. Tenía que saber si me estaba tomando el pelo, pero no pude leer nada en su expresión.

Las manos de Carmela se deslizaron por mi garganta. Se detuvo, con su boca a centímetros de distancia.

Me incliné, con el corazón martilleando...

Anthony hizo un ruido juvenil, partiendo nuestra energía. Murmuró un adiós antes de alejarse pisando fuerte.

Podría haberle lanzado mi vaso a la cabeza.

Carmela se deslizó fuera de mi chaqueta y retrocedió, con las mejillas rosadas. —Es todo un personaje.

—Es un dolor en mi puto culo. —Gruñí, mirando mi reloj—. Maldición. Tengo una reunión que me importa un carajo, pero cuando regrese te sentarás en mi regazo toda la noche.

—¿No te dará eso una erección?

Probablemente. —Intenta no romper demasiados corazones.

TRECE

CARMELA

Odiaba las fiestas de los mafiosos.

Mi padre no soportaba que tuviera veintisiete años y siguiera soltera, así que cada pocos meses invitaba a todos los mafiosos solteros a una barbacoa. Mamá cargaba con la mayor parte de la cocina, por lo que yo ayudaba a amasar la masa para la pizza de tomate y mantenía el licor fluyendo para esos hijos de puta codiciosos.

Habían abarrotado la casa de mis padres como alimañas: ratas gordas, hambrientas de poder y devoradoras de queso. Algunos tenían edad suficiente para ser mi padre. Hombres con barrigas prominentes. Tipos que hablaban demasiado alto y me miraban lascivamente con sonrisas repugnantes.

Sentía que estaba reviviendo el pasado en esta fiesta con todos los soldados de Costa y sus esposas. No había familias. Era aburridísima, y no tenía a Matteo y a Mariette para hacerme compañía.

Bebía mi Prosecco a sorbos, incapaz de quitarme de la cabeza a Michael y las cosas que había dicho. *Carmela se muere por tener un bebé*. Jamás había insinuado algo así, a pesar de que era cien por cien cierto.

¿A qué demonios estaba jugando?

Hombres vestidos de cuero se deslizaban entre la multitud, dirigiéndose al bufé. Mi pulso se disparó cuando un gigante de metro

ochenta con barba pelirroja llenó su plato de filete. Tatuajes decoraban sus brazos, y un parche de Legion MC cubría su pecho.

La banda de Nick.

Mi estómago se congeló.

Michael había mencionado que era una reunión con sus socios, pero no tenía ni idea de que se refería a *Legion*. Nick podría estar aquí.

Tenía que irme. Abrí mi teléfono y le llamé, pero saltó directamente al buzón de voz. Mis pensamientos se aceleraron. Estaría mejor en casa que aquí. Quedarme me ponía en riesgo de tropezarme con Nick, quien probablemente seguía viviendo en un mundo de fantasía donde yo era su cariñosa novia y él no me repugnaba.

Aparté a la gente a empujones en mi prisa, saliendo por la salida de servicio detrás de las cocinas.

El aire gélido me abrasó los pies y las piernas. Unos hombres holgazaneaban contra el muro, fumando. Chaquetas de cuero aparecieron a la vista mientras me apresuraba a pasar.

Un silbido de lobo me caló hasta los huesos.

—Levántate el vestido. Enséñanos ese coño.

—¿Quieres dar una vuelta, nena?

El barítono familiar echó gasolina al fuego. El universo no podía ser tan cruel.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —Un hombre se despegó de la pared, tirando su cigarrillo—. Espera.

Aceleré el paso, mis tacones repiqueteando en el pavimento. Una caja de luz brillaba adelante. Si llegaba hasta ella, podría llamar a seguridad del campus...

—Oye, te estoy hablando. —Unos pasos pesados golpearon el hormigón con un tintineo metálico—. Nena, espera.

Me agarró del hombro mientras algo se colaba en mi nariz.

Clavo.

Antes solía asociar ese aroma con el hogar, pero ahora me recordaba a la muerte. El olor venía de los cigarrillos negros de Nick.

Muchas veces le había visto encenderlos. Antes de que nuestra historia de amor se convirtiera en *Atracción Fatal*, le compraba cajetillas y se las dejaba en sitios para que las encontrara.

—He dicho que esperes, joder. —Su tono juguetón se evaporó mientras me clavaba los dedos en el antebrazo. Su boca se torció en una mueca que se suavizó cuando me giré—. *Belleza*.

Tenía el mismo aspecto que hace meses, seguía llevando su pelo dorado en una ondulación desordenada al estilo californiano. Un revoltijo de imágenes moteras le envolvía las mangas con tinta vívida y negra. Una sombra oscura le cubría la mandíbula y las mejillas. Mantenía la barba corta porque le crecía en parches irregulares. Nick me acarició el rostro, con los ojos vidriosos de lujuria.

—Hola, Nick.

—*Hola, Nick*. ¿Eso es todo lo que merezco?

La amplia mano de Nick se posó sobre mi pecho mientras empujaba, con demasiada fuerza. Cuando me hacía daño, me soltaba una sarta de gilipolleces. *No conozco mi propia fuerza, nena*. La imponente complexión de Michael era igual de fuerte, y nunca me había lastimado.

Tenía la sensación de que se burlaría de un hombre que usara esa excusa.

—Nick, me haces daño.

Nick siseó, aplastándome contra la pared. Sus dedos se deslizaron por mi cuello y apretaron mi arteria. Me desplomé, con el corazón acelerado, los pulmones luchando. Le encantaba mantenerme al borde de la asfixia.

—Nick, para.

—¿Dónde has estado? Te he buscado por todas partes.

Presionó, cortando mi vínculo con la vida. Nick me miraba jadear por aire, sus labios curvados en una codicia sádica. Su boca atrapó la mía, hambrienta, devoradora. Una oleada de vómito amenazó mientras su lengua me abría los labios. Sabía a sus asquerosos cigarrillos, las especias de clavo invadiendo mis sentidos. Me besó

mientras manchas negras devoraban mi visión. Me soltó, y la avalancha de oxígeno inundó mi cuerpo con vigor.

Tiré hacia un lado. —Quítate de encima.

—No he terminado contigo, Belleza.

—Apártate.

—¿Quieres hablar? —Retrocedió varios centímetros. Suspiró, centrándose en mi escote—. Empieza explicándote.

—He estado ocupada.

—¿Haciendo qué, huyendo de mí?

Nick no tenía ni idea de que estaba casada. Si lo descubría, me aplastaría la garganta. Un leve hormigueo recorrió mi columna. Llevaba mucho tiempo preparada para morir. Deseaba que lo hiciera de una vez.

Al menos estaría libre de él.

La sospecha oscureció su mirada. —Carmela.

—Estoy aquí con otra persona.

—Me estás tomando el pelo. —Su dedo me pinchó el cuello. Dibujó una línea como si imitara una hoja, su uña marcando mi piel —. Tiene que ser eso. Soy un hombre celoso. Sabes que no tomo prisioneros.

—Lo dejamos.

—Nunca estuve de acuerdo con eso. Me abandonaste, y desde entonces hemos estado jugando al gato y al ratón. —Se deslizó bajo mi vestido, subiendo por mis muslos para agarrarme el trasero—. Te encuentro. Peleamos. Follamos. Luego huyes. Admito que fue divertido por un tiempo, pero ahora necesito que vuelvas.

Le aparté bruscamente. —Nick, se acabó.

—Y una mierda. Te quiero.

No, no, no. —Ya no siento lo mismo.

Nick me arrancó de la pared. —No puedes hablar en serio.

—Hablo en serio. No éramos buenos juntos.

—Gilipolleces. Tenemos lo que todo el mundo desea.

—¿Que es...?

—Amor.

Él era incapaz de sentir empatía, y yo no le quería. Quizás pensé que sí al principio, pero era muy ingenua. Su sobreprotección, los grandes gestos, las exageradas muestras de afecto, los regalos extravagantes... eran una imitación hueca del amor.

—Eres mi mujer. —Nick se dio un golpecito en el bíceps, en la rosa blanca y negra—. Estás en mi corazón, Carmela. En mi alma. Estoy harto de tirarme a chicas que se parecen a ti pero no son tú. Te quiero cada día, no de vez en cuando.

Como si un tatuaje probara algo más que su obsesión.

—Me pegabas constantemente.

Puso los ojos en blanco. —Estás exagerando.

—No lo estoy. Me hiciste daño tantas veces que tardé semanas en curarme de todo lo que me hiciste.

—Estás loca...

—Me violaste delante de tus hermanos.

—Te lo advertí. Te dije que una relación conmigo sería intensa. *Dijiste que no te importaba*.

—No tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.

—Si me convertí en un monstruo, fue porque tú me empujaste.

—No quiero volver a verte nunca. —Me solté de su agarre y me froté la marca roja—. Hemos terminado.

—No. —Nick negó con la cabeza, su expresión enloquecedora—. Superarás esto.

Me dirigí hacia la entrada de servicio, y la presencia tóxica de Nick me siguió, exigiendo mi atención.

—No me des la puta espalda. —Me agarró del brazo izquierdo, frunciendo el ceño ante algo.

Cerré el puño. Demasiado tarde.

—¿Qué cojones? —Pasó su pulgar por mi alianza de boda, elevando la voz hasta convertirse en un grito—. ¡¿Qué has hecho?!

—Nick...

—¿Estás casada? —Dejó caer mi mano como si estuviera destrozado—. ¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido encontrar la felicidad? ¿Cómo me atrevo a estar con alguien que no me pega? Me trata como a un ser humano y no como a una muñeca hinchable, que es lo único que tú has hecho jamás.

—¡Te acostaste conmigo hace dos meses!

—¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Pelear contigo? Entraste en mi casa por la fuerza. Estás enfermo. Métete en un agujero y muérete. —Se me cerró la garganta mientras apartaba las imágenes de nuestro último encuentro—. Te odio, joder. Te odio muchísimo.

—Carmela...

—No. Tuviste tu oportunidad y la arruinaste.

Un pesado silencio llenó el espacio entre nosotros, roto solo por sus hermanos, que estaban piropeando a otra mujer.

Una amarga sonrisa se tambaleó en su rostro. —¿Quién es, Carmela?

—No es asunto tuyo.

—Dame su nombre. Dijiste que me querías. Querías que nos casáramos y tuviéramos hijos, ¿o me lo *imaginé*? Puta mentirosa. Zorra. —Los gritos de Nick atrajeron la atención de los empleados reunidos junto a la puerta—. ¿Quién coño es?

—Michael Costa.

—Michael Costa. —La voz de Nick descendió a un hervor mortal —. Nunca os he visto juntos, ¿y de repente estás casada con ese dago wop?

—Sí, y gracias a Dios, no se parece en nada a ti.

Su mano giró, y mi mejilla explotó de dolor. Mis palmas golpearon el cemento, las piedras clavándose en mi piel.

Delante, un grupo de hombres con batas se acercaba. Uno de ellos hablaba por teléfono, fulminando a Nick con la mirada, quien cuadró los hombros y silbó a sus hermanos. Normalmente, Nick no lo pensaría dos veces antes de destrozarlos, pero estábamos en un campus universitario. Retrocedió, sus ojos reducidos a rendijas malévolas.

—Señora, ¿está bien? —Un hombre de piel oscura, de unos cuarenta años, me ayudó a incorporarme—. ¿Deberíamos llamar a la policía?

—No. Estoy bien.

Los hombres preocupados formaron un círculo a mi alrededor mientras volvía a entrar en el local.

—¿Seguro que está bien?

—Estoy bien.

Debí de repetir esa frase miles de veces en las semanas después de escapar de Nick, cuando todos veían que era una sombra de mi antiguo yo. Tropezarme con Nick no me alteró. Mis manos temblaban porque hacía frío.

Estaba bien, excepto por la inmundicia que era Nick, asentada pesadamente en mi estómago. Me revolvía violentamente. El ácido subió por mi garganta.

Aparté a la gente a empujones y me incliné sobre una papelera. La amargura raspó mi lengua mientras vomitaba. Siempre vomitaba cuando Nick se marchaba. Cada maldita vez. No importaba que nunca tuviera la oportunidad de violarme, porque me encontraría y lo haría otra vez, y otra, y esto nunca terminaría.

La rabia que me consumía podría haber eclipsado el sol.

—Desaparezco unos minutos, y pasa esto. —El calor de Michael acarició mi espalda, y de repente una servilleta flotaba cerca de mis labios—. ¿Estás bien?

—No.

Cuando me enderecé, la sonrisa de Michael se tensó y el bronceado desapareció de su rostro. —¿Qué demonios ha pasado?

—Mi ex novio está aquí. Me ha pegado.

—¿Qué coño? ¿Hablas *en serio*?

—Tuvimos una relación muy mala, pero lo dejamos hace tiempo. —Me toqué la marca en la mejilla—. Está con Legion. Se enteró de que estoy casada y se puso furioso.

—Ya veo. —La voz de Michael se enfrío a temperaturas bajo cero mientras sus brazos me envolvían en calor—. ¿Dónde está ese

cabrón?

—Fuera.

Colocó mi cabeza bajo su barbilla, acariciándome el pelo. —Te mandaré a casa con Vitale. Date un baño. Haz algo relajante.

—No quiero estar sola.

—Iré justo detrás de ti. Lo prometo. —Hizo un gesto a Vitale, que se despegó de la pared—. ¿Cómo se llama?

—Crash.

CATORCE

MICHAEL

El nombre me sonaba familiar.

Todos los apodos de moteros se mezclaban porque eran nombres jodidamente estúpidos: Axel, Diesel, Crash. ¿Estaría ya cogido "Accidente de Mamá"?

"Mala relación" significaba palizas y violaciones. Muchos comportamientos de Carmela ahora tenían perfecto sentido. Las señales de alarma que debería haber notado me golpearon en la cara.

Los hombres que pegan a las mujeres están solo medio escalón por encima de los pedófilos. Crash era escoria. La aterrorizaba para sentirse importante porque su ego era frágil. Encontraría a ese pedazo de mierda. Lo arrastraría a mi coche, lo metería en una celda oscura y pasaría unos días infligiéndole un dolor inimaginable.

Había enviado a Carmela a casa con Vitale. Estaba destrozada. Me llevó un tiempo calmarla, y luego reuní a las tropas. Seis ejecutores Costa —brutos con ganas de pelea— y después interrogamos al personal. Me dieron un relato mucho más desgarrador.

—¿Que hizo qué?

Mi voz humeaba de rabia y la atmósfera pulsaba de furia. Todos querían golpear a los moteros. Cuando era pequeño, mi hermano bebía y despotricaba sobre los tíos de los MC que corrompían a buenas chicas italianas. La profunda desconfianza hacia los moteros

estaba en nuestra sangre. Los Costa somos protectores con los nuestros. Nada nos enfurecía más que las sucias manos de los moteros sobre nuestras mujeres.

—La estranguló —repitió el encargado del catering de unos cuarenta años—. Ella intentó huir, pero el cabrón no la dejaba. La llamó puta. La abofeteó.

Un silencio descendió sobre la habitación.

Hombres habían muerto por ofensas menores, pero lo que Crash había hecho era atroz. Había agredido a mi esposa. Yo era la mano derecha de Vinn... ¿este tipo estaba loco?

Su destino estaba sellado. Moriría lentamente.

—¿Dónde está?

Frunció el ceño, con la boca tensa. —Pareces un buen hombre. No querrás meterte en ese tipo de problemas.

—Amigo, yo soy el problema. —Le di una palmada en la espalda y le metí un billete de cincuenta en el bolsillo—. Gracias por la información. Te agradecería que mantuvieras para ti lo que has visto.

Tan pronto como desapareció de la cocina, alguien estampó su puño contra la pared.

—¡Deberíamos matarlos a todos!

De acuerdo.

Me enfrenté a los lobos hambrientos desesperados por pelear. —Nadie va a disparar su arma. ¿Entendido? Lo último que necesito es tener al gobernador encima por un tiroteo en una escuela.

Asintieron.

—Hablo en serio. Alguien debe mantener la cabeza fría, porque no sé si yo puedo.

—Vamos a joderlo, jefe.

Mi hombro embistió la salida de servicio, que se abrió de golpe hacia un callejón oscuro entre dos edificios. Un contenedor estaba a mi izquierda, y la basura salpicaba el suelo. Los moteros holgazaneaban contra la pared de ladrillo, fumando, con sus Harleys aparcadas en fila. Me derramé en la fresca oscuridad, mis ejecutores

cubriéndome la espalda mientras me acercaba a los hombres que llevaban chaquetas de cuero.

—¡Crash!

Giraron sus cabezas hacia mí. No tenía ni idea de cuál era él. Carmela lo había descrito como rubio y alto.

—¿Quién de vosotros es Crash?

—Yo soy.

Una voz suave me atrajo hacia un hombre con cuerpo de defensa. Tinta negra envolvía sus brazos y llevaba cuero desgastado sobre una camiseta de Metallica. Estaba en la mitad de los veinte, sus rasgos claros me recordaban a Julian. Tenía el pelo echado hacia atrás. Una capa de barba dorada se aferraba a su mandíbula. Las mejillas redondeadas le daban una inocencia infantil que chocaba con el atuendo de motero. Parecía un crío que había visto demasiado *Sons of Anarchy*. Fumaba un cigarrillo negro, que lanzó en mi dirección. Chispas rojas bailaron por el pavimento.

—Así que tú eres el dago que se casó con mi chica.

Estaba pidiendo a gritos morir.

—Y tú eres el violador amante del cromo.

Sus amigos se deslizaron desde las sombras, alcanzando sus armas. Él levantó una palma y se detuvieron. —¿Es eso lo que dice que soy?

—Nunca te menciona.

—Porque no hay comparación. —La boca de Crash se curvó en una sonrisa arrogante—. Está protegiendo tus sentimientos porque no la satisfaces. Conozco a mi mujer. No quiere a un tipo bueno.

—¿Qué te hace pensar que soy bueno?

—No eres un macho alfa. Eres una perra beta, y no eres lo que ella quiere. Vas a dejarla.

—Sobre mi puto cadáver.

Se encogió de hombros. —De ninguna manera te dejaría vivir después de probar el coño de mi mujer.

Fue como si una salpicadura de sangre me hubiera cegado. Agarré mi cuchillo. Lancé un tajo, enterrando la hoja. Perforó su

cuero y golpeó algo duro. No hubo chorro de calidez.

El cabrón llevaba armadura.

Sus nudillos aplastaron mi cabeza. Dos puñetazos más alcanzaron mi mandíbula. Trastabillé. Mis ejecutores se lanzaron contra los moteros, armados con cuchillos y porras. Embestí con mi hombro en el estómago de Crash, inmovilizándolo contra el contenedor. Él me golpeó. Un golpe en mis riñones me derribó.

Maldito cabrón.

Apreté los dientes y le golpeé el vientre. Desenvainó una hoja y cortó, obligándome a saltar. Bloqueé sus golpes con mis antebrazos hasta que una puñalada salvaje se clavó en mi piel. Gruñí cuando el calor se derramó en mi palma. Su cuchillo silbó en el aire. Lo evité, agachándome y lanzándome. Agarré su muñeca, la retorcí y arranqué el mango. Luego le derribé la pierna.

Su rodilla golpeó el hormigón, y le sujeté. No podía agarrarlo. Dejé caer mi arma. Le metí en una llave de estrangulamiento. Empujó con sus pies, intentando desalojarme. Empujó mi barbilla y golpeó. La agonía estalló en mis entrañas. La náusea irradió desde el fuego en mi entrepierna.

Lo solté, jadeando.

Se abalanzó.

Tomé una botella que rodaba bajo el contenedor y la balanceé como un palo de golf. Se rompió en su mejilla, lloviendo cristal sobre el pavimento. Crash maldijo y tropezó. Agarré su chaqueta y lo arrastré al suelo. Estrellé su cara contra los fragmentos, presentando mis nudillos a sus ojos, su nariz, golpeando cada centímetro expuesto. Recogí los trozos rotos y se los metí en la boca.

—*Ahógate con esto*.

Crash rodó de lado, vomitando.

—*¡Basta!*

Vagamente, reconocí el barítono de mi primo mientras manos ásperas agarraban mis brazos. Tiraron. Mi codo se estrelló contra una mandíbula. Me arrancaron de encima de Crash. Otro cuerpo me

placó, derribándome. Rugí cuando Crash se puso en pie, escupiendo carmesí.

—¡Dejadme ir, joder!

Un miembro pelirrojo de Legion palmeó el hombro de Crash. —¿Estás bien, tío?

—Quítate de encima. —Crash lo empujó. Recogió un cuchillo del suelo. Sus hermanos lo asaltaron. Cuatro de ellos lo sometieron, pero era como un tigre rabioso. Cortó el pecho del de la barba pelirroja, rasgando su corte de cuero. Entonces el presidente entró en la pelea, golpeando con el puño el cráneo de Crash.

Cayó. Sus palmas golpearon el asfalto.

—Te di una maldita orden. —El presidente de Legion estaba al lado de Vinn, cuyas facciones pétreas no revelaban nada—. ¿Qué demonios está pasando?

Crash se puso lentamente de pie, sus labios sangrantes extendidos en una mueca burlona. —Costa y yo tuvimos un desacuerdo.

—Agredió a mi esposa. Tengo testigos. Exijo su vida.

—Carmela me pertenecía antes de ser tuya. —Crash giró la hoja en su palma—. Devuélvemela.

—Si tienes que exigir a una chica, no es tuya.

—La robaste...

—Yo *le propuse matrimonio*. Ella dijo que sí. —Me reí, señalando la cara sorprendida del presidente—. Incluso él piensa que estás loco.

—Hace dos meses me la estaba follando. ¡Estábamos juntos!

—Y luego te dejó tirado. Qué pena. —Destrozaría a este hijo de puta y quemaría su mentirosa boca con un soplete—. Quizás deberías haberle ofrecido algo más que tu pequeña polla.

—Te haré pedazos, Costa. Destruiré tu mundo y a todos los que están en él.

Este imbécil no se daba cuenta de que lo había marcado para la matanza.

—Nunca tendrás la oportunidad.

—Ya basta. —Vinn me empujó, sus acciones chocando con su voz templada—. Aquí no, Mike. Mira dónde estamos.

No aparté la mirada de Crash. —Voy a matar al bastardo.

—*Aquí no*.

El presidente hizo un gesto a sus hombres, que arrastraron a Crash hacia las motos. Por mucho que quisiera terminar esto aquí, no podía ejecutarlo en un campus universitario. Una víctima de disparos en terrenos de la Ivy League atraería atención nacional. Esta no era la forma de deshacerse del ex de Carmela.

Pero lo mataría.

Pronto.

CELEBRAMOS UNA REUNIÓN DE EMERGENCIA. Vinn hizo de diplomático con el presidente de Legion, quien insistió en que su capitán de ruta había cometido un error de juicio. Era como si Crash no hubiera manoseado y golpeado a mi esposa. Esperaba que nos diéramos la mano y olvidáramos, lo que nunca sucedería. Según Vinn, no era la primera vez que Legion era blando con Crash. Entonces grité al receptor y amenacé con cortar su suministro de drogas, y cedió. Éramos libres de matar a Crash, siempre que pudiéramos encontrarlo.

Probablemente estaba refugiado en un motel, lamiendo sus heridas. Si no fuera por Vinn, Crash habría muerto en una camilla entre escupitajos de vidrio. Su orgullo estaba destrozado. Carmela lo había rechazado y yo le había dado una paliza.

Tenía que morir.

Finalmente me calmé. Visité urgencias para que me cosieran. Era pasada la medianoche cuando llegué a casa. Con el corazón acelerado, subí las escaleras hacia nuestro dormitorio.

La luz se filtraba bajo la puerta.

Mierda. Estaba despierta.

Dudé antes de entrar.

Carmela dio una vuelta. Se había limpiado, pero marcas rojas grababan sus mejillas como si las hubiera apretado durante horas. No llevaba nada más que la camiseta negra que yo usaba para dormir. Avanzó hacia mí, con los ojos ardiendo.

—Bastardo. ¡Por qué no me llamaste! —Carmela me agarró, su frente palpitando con una vena pulsante—. He estado fuera de mí de preocupación. No respondías a mis llamadas. No sabía si debía contactar con hospitales o la morgue o...

—Mira, lo siento. Pensé que estarías dormida.

—¿Dormida? ¿Estás loco? —Carmela se hinchó como un sapo, aferrándose a mi chaqueta—. Hijo de puta loco.

Me envolvió en un abrazo de oso y se deshizo en sollozos. El aliento se atascó en sus pulmones mientras luchaba por inhalar.

Me estaba matando.

Nunca la había visto derrumbarse. Mis palabras se atascaron en mi garganta mientras se aferraba a mí.

—Lo siento. —Acuné su hombro, enterrando mi nariz en su dulce aroma—. No pretendía disgustarte.

—¿Qué pasó?

—Luché con él. No acabó en buenos términos.

—No seas ambiguo.

—Me cortó el brazo, así que le metí cristales en la boca. Sigue vivo...

—Dios mío —gimió, tocando el vendaje—. Estás loco.

—Está bien. Solo un rasguño.

Carmela se desmoronó mientras desataba el nudo de mi corbata y empujaba la chaqueta de mis hombros. Miró la tira de blanco que envolvía mi brazo, su voz ronca de arrepentimiento. —Lo siento mucho, Michael.

—Lo haría otra vez. Y otra. Carmela, respira. Estás a salvo.

Carmela negó con la cabeza, tan agitada que no podía exhalar sin temblar violentamente. —Le odio. Desearía que desapareciera.

Estoy en ello. —¿Cuánto tiempo ha sido un problema?

—Un par de años.

—*¿Años*?

—A veces me deja en paz unas semanas. Me mudo constantemente. Alquilo apartamentos bajo seudónimos. Hago todo lo que puedo para evitarlo. Siempre consigue encontrarme.

No sabía por dónde empezar. —¿Cómo conociste a este tipo?

—En un bar. —Cerró los ojos—. Creía estar enamorada. Estuvimos juntos un tiempo. Huí para estar con él, pero después de unos meses viviendo con él, se convirtió en una película de terror. Le dejé, pero él no me ha dejado a mí.

—Podrías haberme pedido ayuda. Estuviste en mi casa en Navidad. Salíamos todo el tiempo. Me habría encargado de él por ti.

—Tienes dos niños adorables.

—¿Qué tienen que ver ellos con nada?

Todo.

Mi estómago se hundió mientras Carmela se desplomaba sobre el colchón, la depresión descendiendo sobre ella como un manto.

—Eras un tipo tan bueno. No podía meterlo en vuestras vidas.

Nada de lo que había dicho esta noche me devastó más. —Vales la pena, Carmela. No me importa en qué tipo de problemas estés.

Su cabeza se hundió.

—Crash es la razón por la que nunca me diste una oportunidad. ¿Verdad?

Carmela se metió en la cama y se subió la colcha hasta la frente. Solo amortiguó ligeramente su llanto, y su agonía me dolía más que mi herida palpitante.

Me senté a su lado, apartando la colcha para acariciar sus mechones de ébano.

—¿Quieres compañía?

Asintió.

Me desvestí, deslizándome junto a ella. Carmela lanzó su brazo sobre mi pecho y se acurrucó cerca, su calor quemándome.

Alisé su manga. —¿Qué pasa con la camiseta?

—Olía a ti.

Miraba al frente, con expresión vacía.

Presioné mis labios en su mejilla, y cuando nos tocamos ella hizo un sonido desesperado, una inspiración aguda que se clavó en mi pecho. Giré mi cabeza y atrapé sus labios. La sal de sus lágrimas se deslizó sobre mi lengua. La besé más fuerte, decidido a detener ese sonido terrible que desgarraba las entrañas.

Suspiró, derritiéndose en las sábanas. Su tacto se deslizó hasta mi cara mientras se inclinaba hacia el beso. Sus brazos se enroscaron sobre mí profundizándolo. Estaba tan ansiosa, chupando, mordiendo, su deliciosa boca reclamando cada rincón de la mía.

Mis manos recorrieron sus muslos. Ella se frotó contra mí. Le arranqué la camiseta en un torbellino de algodón negro y pelo enredado. Mi polla se endureció mientras ella se retorcía en una posición que aplastaba sus pechos contra mí. Amasé su culo, siguiendo la curva hasta la cintura, subiendo por su piel aterciopelada. Mis pulgares rozaron el costado de su pecho. Acaricié sus tetas y ella estrelló su boca contra la mía. Agarré su cadera y cambié nuestras posiciones.

Las ondas morenas de Carmela se extendieron sobre el satén blanco. Su lengua azotó mis labios, invadiendo mis sentidos con vainilla. Mis instintos gritaban responder a su suavidad con fuerza brutal, pero tiré de las riendas de mi excitación.

Me gustaba el sexo duro.

Ataba a las chicas en posiciones comprometidas. Las azotaba y las obligaba a suplicar por orgasmos. Me encantaba, y me aseguraba de que a ellas también. Cuando estaba frustrado —cuando la vida se volvía demasiado estresante— me follaba a mujeres.

Pero Carmela necesitaba a un hombre gentil ahora.

Yo era lo más alejado de eso, pero podía intentarlo. Conté hasta diez. Cerré los ojos y apreté los dientes. La mano de Carmela vagó por debajo de mi abdomen. Rodó sobre mi polla y apretó. Su pasión despertó un impulso primitivo que gritaba una palabra: *Domina*. Era más que un deseo; un imperativo de control atrapó mis extremidades e hizo que mi polla se endureciera.

Tenía que parar.

Me di la vuelta sobre mi espalda, alejándome de ella. Carmela me siguió, su tacto ardiente mientras se deslizaba hacia mis calzoncillos. Moví su mano hacia donde mi corazón tronaba. Ella se liberó de mi agarre, elevando mi lujuria a un incendio de cinco plantas.

La aparté de mí.

—¿Qué pasa?

Salí tambaleándome de la cama. —Lo siento. No puedo ser lo que necesitas.

El dolor destelló en el hermoso rostro de Carmela.

Esto es demasiado intenso.

QUINCE

CARMELA

Nunca volvería a amar.

Apenas había sobrevivido a mi última relación. El amor era un asesino indiscriminado de corazones, y el mío estaba roto sin remedio. Pero la pelea de Michael con Nick había puesto eso en duda.

Me había defendido.

Le había metido cristales por la garganta a Nick sin inmutarse. Michael no había perdido el tiempo con veinte preguntas. Me había creído y había actuado rápidamente.

Eso lo significaba todo para mí.

Me dije a mí misma que Michael estaba defendiendo su orgullo, no a mí, pero no podía separar sus acciones de la seguridad que me habían proporcionado. Y quizás no le amaba, pero había espacio en mi corazón para sus hijos.

Los amaba.

Matteo era un niño tan dulce. Me abrazaba en cada oportunidad, decía cosas hilarantes y adoraba a Michael. Su hija era más complicada. Su feroz independencia me desafiaba. Era propensa a dar portazos y a los te-odio. Era reservada, como su padre.

La responsabilidad sobre ambos niños me hacía sentir necesitada, pero por mucho que me perdiera en este nuevo papel, no podía olvidar que Nick seguía ahí fuera.

Enormes robles se alzaban sobre nosotros como gigantes mientras paseábamos por el césped verde intenso hacia el parque infantil. Mariette corrió adelantándose, gritando de placer mientras se lanzaba a un columpio. Las piernas de Matteo corrieron hacia la casa de árbol de plástico. Golpeó el tambor de bongó y giró la rueda de engranaje.

La mirada de halcón de Michael se fijó en sus hijos. Líneas de sueño marcaban su rostro, pero aparte de eso, parecía normal. Una barba indómita cubría su mandíbula y cuello, y sus ondas color moca estaban medio domadas. Cuando sus ojos ámbar me miraron de reojo, mi corazón dio un salto.

—¿Qué pasa?

Sonreí.

—¿Quieres café?

Su atención se desvió hacia los niños.

—Claro, me gusta con...

—Leche y suficiente azúcar para un coma diabético. Lo sé.

Levantó las cejas mientras yo caminaba hacia el puesto de café.

El rocío se aferraba a la hierba, humedeciendo mis tobillos mientras el sol atravesaba el cielo turbio. Era una hermosa mañana de primavera. Flores de cerezo flotaban en el viento, aferrándose a mi pelo. El aire fresco mordía mis mejillas. Mientras preparaba el café de Michael, examiné la ligereza en mi pecho: *felicidad*.

Me coloqué al lado de Michael, entregándole la taza.

—Le he puesto cuatro azucarillos.

—Perfecto —frunció el ceño mirándolo, como si sospechara que tenía veneno, pero bebió de todos modos—. Gracias.

—Tienes debilidad por lo dulce —dije cuando me lanzó una mirada inquisitiva—. Caramelos de menta en todos tus bolsillos. Y encontré tu alijo escondido en el vestidor.

—No me había dado cuenta de que me observabas —no estaba enfadado. Parecía halagado—. ¿Vas tras mi corazón, Carmela?

—¿Con una taza de café mediocre?

—No está mal —la sonrisa de Michael se ensanchó—. ¿Qué más crees que sabes?

—Te estás comiendo todos los aperitivos de los niños. ¿No tienes vergüenza?

—*Ninguna*.

—Qué monstruo.

—Les di la vida. Lo mínimo que pueden hacer es darme sus Snack Packs —los dedos de Michael rozaron mis mallas y me pellizcaron el trasero—. ¿Eso es todo lo que tienes?

—Tu verdura favorita es el brócoli. Tienes debilidad por los trajes de cuadros. Usas un cuchillo de mantequilla para cortar carne. Podría seguir y seguir, pero no importa. Tus rarezas no ofrecen ninguna pista sobre quién eres como persona. Y quiero conocer a mi marido.

Michael actuó como si estuviera escuchando a medias, su mirada hiperfocalizada en los niños, pero se quedó quieto.

—Háblame de tus padres.

—Mi padre está muerto —dijo sin rodeos—. Falleció cuando yo tenía cinco años. El tipo que conociste en nuestra boda es el novio de mi madre.

—Siento lo de tu padre.

—No lo recuerdo. El funeral se me quedó grabado, pero aparte de eso... es un desconocido.

Así que creció sin padre. Eso me llenó el estómago de tristeza.

—¿Qué pasó después de que muriera? ¿Quién te ayudó a criarte?

—Daniel —toda la luz pareció desaparecer dentro de Michael—. Mi hermano tenía quince años.

—Eso es mucha presión para un adolescente.

—Sí, pero hizo lo que pudo. Preparaba almuerzos y me acompañaba a la escuela. Me compraba todos los dulces que quería. Cuando crecí, me llevaba a las salas de juegos y me ponía un rollo de diez dólares en monedas en la mano. Era mucho dinero en aquella época. Especialmente para un niño. Daniel no era perfecto.

Ni siquiera era agradable, pero fue lo más parecido a un padre que tuve.

Nubes rodaron sobre nuestras cabezas, bloqueando el sol. Se sacudió la melancolía, y la sonrisa volvió a su rostro.

—La vida conmigo no es tan mala, ¿verdad?

—No es una tortura.

—No te excedas con los elogios, cariño. Cuando sueltas esos cumplidos, mis rodillas tiemblan.

Le tomé del hombro y le besé la frente.

Me miró fijamente, jugueteando con la taza vacía.

—¿Te pongo nervioso? —pregunté.

Resopló.

—No.

—Desde que te hablé de Crash, has estado diferente.

—Estoy intentando ser delicado. No estoy dando excusas ni evadiéndome de nada. Te estoy diciendo la verdad —se inclinó, su aliento haciéndome cosquillas en la mejilla—. No tengo un botón de pausa, cariño. Cuando estamos calientes, es difícil parar.

—Nunca te pedí que cambiaras.

—Me casé contigo para construir una vida mejor. Si cedo a mis impulsos, *te haré daño*. Y no puedo vivir con eso.

—No sabes eso con seguridad.

—Es un riesgo que no soy lo suficientemente egoísta para tomar. Quiero que seas feliz.

No podía estar hablando en serio.

Mi corazón lo bebió de todos modos. Había esperado que *alguien* me apreciara. Nadie había visto nunca mi valía. Nunca se preocuparon por mirar más allá de mi cara y mi cuerpo.

—Estás mintiendo.

—Entonces, ¿por qué me casé contigo?

No tenía respuesta.

Michael ya no se parecía al monstruo que había conocido en su mansión. Las piezas iban cayendo, como un disfraz mal ajustado

sobre un hombre hermoso. Me había absorbido como un agujero negro, atrayéndome a su oscura órbita.

Está mintiendo.

No me importaba. Necesitaba esto.

Lo arrastré por las solapas, besándolo con fuerza.

Michael dejó escapar una risa sorprendida en mi boca. Un rumor vibró en su garganta, el sonido profundizándose mientras lo aplastaba contra un árbol. Su gruñido se asentó entre mis muslos cuando me dio la vuelta.

Apoyó su mano en mi espalda antes de que yo golpeara la madera. Nuestros cuerpos se amoldaron. Su labio atrapó el mío con un destello de dientes que mordisquearon antes de que un calor líquido me recorriera. Me devoró con un movimiento lento y agonizante mientras se deslizaba hacia abajo con caricias sedosas.

Me aparté, lo justo para ser calentada por su perezosa sonrisa.

—¿Así eres cuando no me odias?

—Nunca te odié, Carmela.

—Yo tampoco te odio.

—Menos mal.

Se inclinó hacia adelante, reclamándome de nuevo. Fue más suave que la última vez, su lengua rozando mi labio en una exhibición tan lasciva que estábamos a segundos de que alguien nos llamara la atención.

—Te deseo. Al *verdadero* tú —acaricié su cabello, con los dedos enredados en su pelo—. No al hombre que fingías ser.

DIECISÉIS

CARMELA

Canté a pleno pulmón una balada italiana. Las notas agudas forzaban mi voz porque la cantante era soprano, y yo contralto primera. Había bajado la tonalidad dos semitonos pero aún era demasiado, así que cambié a una canción de Patsy Cline.

Mientras se desvanecían las últimas letras de "She's Got You", unos aplausos estallaron desde una habitación. Mi estómago se tensó mientras seguía el sonido hasta el despacho, donde mi marido descansaba en la oscuridad. Un resquicio de luz cortaba su rostro en diagonal, iluminando el tenue contorno de su silueta. Estaba sentado en el sofá, con los pies sobre la mesa de café. Juntó sus manos.

—*Bravissimo*.

Sentí manchas de calor quemándome las mejillas. No tenía problema cantando delante de extraños. Michael era otra historia. —Has llegado temprano.

—Tuve una complicación.

No era más que una forma, lo que no me daba pista alguna sobre su estado de ánimo. Pareció adivinar el mío por el silencio.

—Todo está bien. Sigue cantando.

—No puedo cuando estás aquí.

—¿Crees que me voy a reír?

Mi ansiedad tenía más que ver con su presencia, que ondulaba hacia mí como zarcillos oscuros, atrapándome sin importar dónde me escondiera. Siempre había sido abrumador de manera similar a

Nick. Michael era un monstruo de otro sabor. Quería saber hasta dónde se le podía empujar.

—Está bien. Ya he terminado de practicar.

Michael ladeó la cabeza. —¿Cómo es que nunca te escucho?

—Lo hago cuando no estás.

—Estamos casados. Ya no tienes que esconderte de mí.

No iba a dejar pasar esto.

—No me estoy escondiendo. A veces le canto a Matteo.

—Ese niño te tiene comiendo de su mano. —A Michael no parecía importarle, a juzgar por la suavidad de su voz—. Ahora me tiene a *mí* leyéndole cinco cuentos por noche.

—No puedo evitarlo. Lo quiero.

Se me escapó antes de poder tragarme la confesión.

Querer era una palabra peligrosa. Nick había hecho cosas indecibles en su nombre, y hombres como Michael consideraban a sus hijos extensiones de sí mismos. No existían grados de separación entre él y Matteo. Asumiría que lo quería a *él*. Lo usaría en mi contra.

¿Qué demonios me pasaba?

—¿Estás diciendo la verdad? —El tono de Michael estaba cargado de sospecha—. ¿O me estás adulando?

—No me importa adularte.

—Eso sí lo creo.

Quedó suspendido entre nosotros, calentando el aire. Entonces Michael interrumpió el silencio con una orden cortante como un látigo.

—*Ven*.

Crucé los brazos. —Pídelo con educación.

Michael golpeteó el sofá antes de ceder. —Por favor.

Me sorprendió que cediera tan fácilmente. Me acerqué a él, hundiéndome en el espacio a su lado. Michael giró la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

Michael se puso rígido, como protegiéndose de un golpe. —¿Por qué los quieres?

—N-no lo sé. Simplemente los quiero. —Miré a Michael, que era imposible de leer en la oscuridad—. Son niños adorables, y conecto rápido.

—Yo nunca podría sentir eso por los hijos de otra persona. Soy indiferente a todos menos a mí y a los míos.

—Yo no soy tan despiadada.

—Porque no tienes uno propio.

Eso me caló como ácido. —Gracias por recordármelo, capullo.

—Carmela, estoy dispuesto a intentarlo.

Mi estómago se tensó.

Un *bebé*.

No podía haber querido decir eso.

Me agarró la muñeca, tirando de mí hacia abajo antes de que me hubiera levantado del sofá. —Podría darte un bebé.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, pero me gustaría follarte.

—No bromees. Con esto no.

—No lo hago. Intenté decírtelo hace semanas. Te lo he insinuado bastante, pero tienes la cabeza más dura que mi primo. No puedes creer nada bueno de mí.

—Quieres un bebé. —Seguía atascada en esa bomba—. Conmigo.

—¿Por qué no querría?

—Bueno, para empezar, ya tienes dos. ¿Qué harías con otro?

—Hay ventajas en tener hijos contigo, Carmela. Además de lo obvio. —El muslo de Michael presionó contra el mío—. Matteo es medio italiano. Nunca seguirá mis pasos, pero nuestros hijos sí.

Dios mío. —¿Y si tenemos niñas?

—Entonces les trenzarás el pelo y yo les construiré casas de muñecas.

—¿Y si tenemos un hijo?

—Lo prepararé para esta vida. Necesito a alguien que tome el relevo cuando sea viejo. —Michael se inclinó, suavizando el tono—.

Tienes que estar de acuerdo con eso.

No esperaba menos de un hombre como él, aunque me dolía en el corazón. —¿Y qué hay de Teo?

—¿Qué pasa con él?

—¿Planeas lo mismo para él?

Michael negó con la cabeza. —El niño es demasiado sensible.

—¡Es perfecto!

—Lo sé. No es una crítica. Me encanta lo bueno que es, pero tengo que afrontar los hechos. Tenías razón. No nos parecemos. Además, siendo solo medio italiano, nunca lo aceptarán. No puedo pedirle que se una a algo que nunca lo aceptará.

Esta conversación era una locura.

—Ni siquiera estamos embarazados.

—Prefiero aclarar las cosas ahora. Depende de ti. Soy feliz de cualquier manera.

Esto era demencial. —¿Estás bien con las citas médicas y cambiar pañales y...?

—¿Quieres un bebé o no?

¿Era una pregunta seria?

—*Por supuesto*. Siempre he querido ser madre. —Jadeé cuando la atención de Michael se desvió hacia la cremallera de mi cuello—. ¿Qué estás...?

—Hagamos un bebé.

Michael bajó la cremallera de mi vestido, deslizando su mano por mi espalda. Mientras el algodón se desprendía de mi cuerpo, me bajó los tirantes del sujetador, persiguiéndolos con besos ardientes. Su boca era éxtasis. Acarició mi pecho, su lengua siguiendo los movimientos de su pulgar. Michael me acarició la pierna hacia arriba, la oleada de placer me desequilibró.

Pasé mis dedos por su suave cabello, y Michael me recompensó con un mordisco agudo. Me arrastró a su regazo. Mis muslos se extendieron sobre los suyos mientras me acunaba como a una muñeca.

Desgarré su camisa, recorriendo su pecho, deslizándome sobre los bloques de músculo. El deseo se alojó en mi garganta como un puño. Lo desvestí, la humedad empapando la tela.

—¿Qué es esto?

—Sangre —murmuró—. Pero es mía, no te preocupes.

—Mierda. Voy a por vendas.

—Tengo toda la curación que necesito justo aquí. —Me besó, y luego rozó el borde de mis bragas—. Y *aquí*.

Oh *Dios*. —¿Qué sacas tú de esto?

—Te follo como yo quiera.

Una oscura emoción recorrió mis venas ante su tono cortante.

Era una advertencia.

Una que debería atender, porque estaba cubierto de sangre. Algo letal se agitaba en él, pero no lo desataría hasta que yo consintiera. Un pesado silencio robó el aire mientras consideraba rendirle el control.

—Cualquier cosa por un bebé.

Tomó mis muñecas, su agarre mordiendo. —*Carmela*.

—Estoy dispuesta a encontrarnos a mitad de camino.

—Eso no existe. Es todo o nada.

—Continúa. —Agarré su mano y la guié más abajo—. Es mi elección.

Michael agarró mi barbilla y me dio un beso duro. Se escapó de mi agarre y me arrancó el sujetador. Luego empujó mi vestido, quitándome el tanga, sus caricias más ásperas. Un fuego floreció donde sus labios me presionaban, y su lengua acariciaba con calor líquido.

Con cada prenda empujada de mis pies, Michael me acunaba en sus brazos. Lentamente, se desabrochó. El cuero golpeó sus pantalones mientras sacaba el cinturón. Lo sostuvo tenso y me rozó la mandíbula.

—No puedo ser suave. Cuando follo, es brusco. Es intenso. Es lo opuesto a tus necesidades. Tienes que saber que esto no es malicia.

Simplemente no puedo contenerme. Estoy tratando de ser un buen marido.

—Está bien. Puedo manejarte.

—Destruiré tus límites, Carmela. Todos ellos. Si no estás sintiendo eso, será mejor que saques tu trasero de aquí.

—Yo también te deseo.

Estrechó su agarre. —No puedes decirlo en serio. No puedes.

—He dicho *sí*...

—*Ya basta*.

Me besó.

Fue tan brutal que me cortó la respiración. Saboreé su esencia terrosa mientras abría mi boca. Inclinó la cabeza, la caricia aplastándome. Besó mi arco de cupido, y luego mi labio inferior.

Pasó el cinturón alrededor de mi cintura. Subió por mi abdomen, apretándose, cortando mi movilidad. Se deslizó bajo mis pechos, y acarició mis pezones. Lo apretó, aplanando mis tetas.

Semanas cuidando de sus hijos no habían apagado el deseo de tener un bebé. Mi corazón estallaba de celos cuando sus hijos se amontonaban en su regazo. Había empezado a resentirme con él, pensando que nunca estaría de acuerdo. No había nada que no daría por esa experiencia.

Quería esto.

Podía hacerlo.

Mientras me sujetaba, mi mundo se volvió silencioso y oscuro. Me sumergí en un estado de entumecimiento. Me hundí en sus brazos, rindiéndome.

Michael emitió un sonido triunfante y se inclinó hacia adelante, su sonrisa presionando contra mis labios fríos. Se apartó.

—*No*. No puedes desaparecer.

Me levantó de golpe. Me empujó hacia atrás, sus manos deslizándose hacia mi trasero. Luego me levantó.

Mis piernas golpearon el escritorio.

Me recogió por debajo de los muslos y me empujó sobre la dura superficie. Pisapapeles y carpetas se dispersaron cuando apartó

todo. Luego me tumbó en la madera. Retrocedió y se dirigió a las cortinas, abriéndolas de golpe. La luz inundó la habitación.

Jadeé.

Manchas de carmesí habían teñido sus mangas. Se arrancó la camisa, sus labios curvados en una sonrisa feroz. No había suavidad en él. El monstruo había salido a jugar.

Se arrodilló, separando mis rodillas bruscamente mientras su cabeza desaparecía entre ellas. Su boca abrasó mi coño, y chupó. Un calor delicioso acarició mi clítoris. Adelante y atrás, lamió. Un intenso calor abrasó mis mejillas mientras gemía. Convulsiones bajaban por mi pierna mientras fruncía los labios, arrastrándome hacia él.

Dios santo, era caliente.

Todo en mí ardía. Me retorcí sobre mi estómago, desesperada por apretar y perseguir sus provocaciones, pero el agarre de Michael nunca cedió.

Golpeó mi trasero.

Ardí con el golpe, pero lo calmó con un pase de su mano. Luego me golpeó de nuevo.

Y *otra vez*.

Cada vez, más fuerte. No lo suficiente para hacerme gritar, para llevar mis límites al extremo. Pero incluso si nunca aliviaba la piel en carne viva, su lengua estaba allí, lamiendo y follándome. No me importaba en absoluto ser azotada si seguía usando su boca. Mientras se arremolinara en mi humedad, que empapaba mis muslos. Grité, incapaz de soportar la aguda frustración, la agonía de no poder cabalgarlo.

De repente, se apartó.

¡*No*!

Lloré cuando se fue, al borde de la autodestrucción por el palpitante dolor que necesitaba algo que llenara...

Los pantalones de Michael se arrugaron en el suelo. Se presionó contra mis piernas, mientras tomaba mi cintura. Su polla rodó sobre

mi clítoris, resbaladiza con mi excitación. Me tiró de la atadura, su voz rezumando lujuria.

—Te encanta esto. ¿Verdad? —Agarró mi cara y me provocó con un toque feroz—. Te he hecho una pregunta.

—Sí.

—Voy a follarte muy fuerte. —Su agarre se deslizó a mi garganta —. Recuerda lo que dije, Carmela.

¿Qué parte?

Entró en mí con un empujón brutal. Su polla me embistió, sin darme tiempo a ajustarme mientras apretaba, cortando mi oxígeno. Un zumbido vacío llenó mi cabeza mientras me montaba. Era abrumador, la longitud deslizante y resbaladiza masajeando mis chispas hasta convertirlas en un rugiente infierno. Luché por respirar, tomando menos aire, y aun así me froté contra él. Empujé hacia atrás, sin ningún deseo de entumecerme.

Se sentía demasiado bien, maldita sea.

Un gemido necesitado estalló de mis labios apretados.

Michael movió sus caderas y me lo dio más fuerte. Un golpe crujió sobre mi trasero, la vibración hormigueando en mi coño. La euforia hormigueaba en mi boca. Brillaba alrededor de los dedos que ralentizaban mi aire. Cabalgaba su polla, que expulsaba lo que quedaba de mi oxígeno.

Más.

Mi pecho ardía mientras intentaba inhalar. Mi orgasmo se estaba acumulando, apretándose. Se instaló en un ritmo frenético. Su palma se movió entre nosotros mientras frotaba círculos en mi clítoris, el suave toque despertando electricidad en mi núcleo.

Me inmovilizó. El agarre en mi garganta se soltó, y mi orgasmo se estrelló contra mí como un camión. Un grito desesperado salió de mí. Jadeé, estrangulada por una profunda embestida mientras terminaba dentro de mí. El calor chorreó mis paredes mientras sus músculos se convulsionaban, su mano aún frotando.

Había prometido destruir mis límites y lo había hecho. Mis barreras yacían en ruinas, todas ellas obliteradas por Michael.

Y estaba más que feliz.

Un afrodisíaco como nunca había conocido me envolvió mientras Michael me despegaba del escritorio. Me desabrochó, y mis brazos quedaron flácidos. Arrastrándome contra su pecho, cayó en el sofá. Metió mi cabeza bajo la suya y me sostuvo, la locura purgada de él, no más mortal que un osito de peluche.

Me toqué el cuello, asombrada por el dolor entre mis piernas.

¿Por qué su dominación se sentía tan liberadora?

¿Por qué quería que lo hiciera *otra vez*?

Michael me cepilló el pelo, limpiando las lágrimas que corrían por mis mejillas. —Bajo mi control será tu lugar favorito. Te lo prometo.

TENDRÍA UN BEBÉ.

No estaba embarazada, pero solo era cuestión de tiempo. Habíamos hecho el amor tres veces más ese día, Michael despertándome en medio de la noche, su erección presionando contra mi espalda. Ya había descargado una aplicación para seguir mi ciclo y había calculado cuándo estaba ovulando. Compartí el calendario con Michael, que había aceptado reservar esos días para nosotros. Su apoyo era más de lo que había esperado.

Estaba cautelosamente optimista.

Esperaba con ansias que Michael volviera a casa, y no solo por el increíble sexo. Lo echaba de menos. Ocurrió después de despertarme una mañana y encontrar la cama vacía. Un vacío se abrió en mi pecho. Abracé la almohada de su lado durante una hora antes de darme cuenta de lo que significaba ese vacío: estaba desarrollando *sentimientos*.

Mierda, mierda, *mierda*.

Con Nick, fue amor a primera vista. Me enamoré perdidamente de él, y su obsesión se había clavado en mí con ganchos afilados. No sabíamos tratarnos bien. Nunca tuvimos veinticuatro horas sin una

discusión explosiva, gritos, peleas y sexo enfadado. Arrancármelo me había herido profundamente.

Michael y yo nunca peleábamos realmente. No tenía hábitos molestos. Su mundo se extendía por un vasto paisaje. No era un caso perdido emocional. El hombre quería acostarse con su esposa, jugar con sus hijos y hacer reparaciones. En las semanas que llevaba aquí, había repintado la valla, rejuntado el baño, arreglado los armarios de la cocina, y la lista continuaba. Siempre estaba buscando algo que reparar, casi como si lo calmara.

Me gustaba que fuera autosuficiente y que diera generosas propinas a su personal, y que no se creyera demasiado bueno para revisar las trampas para ratas en el espacio bajo el suelo. Su rutina podía ser predecible, pero yo anhelaba estabilidad.

Quizás esto funcionaría.

Sonreí mientras comprobaba el rack de cordero chisporroteando en el horno. Los niños jugaban fuera. Michael había invitado a su familia para Pascua, y habíamos pasado la mañana preparando una búsqueda de huevos en el jardín. En lugar de beber con los adultos, Michael hacía de niñera. Los niños se amontonaban en su espalda, exigiendo su atención. Pintaba huevos con su hijo y agrupaba a los niños cuando era hora de merendar. Michael nunca era más feliz que cuando estaba con Mariette y Matteo. Era dulce de ver, pero también me apuñalaba en algún lugar profundo.

Solo faltaba una cosa en la imagen perfecta: mi familia.

Mia se había ido. Mis padres, prohibidos de por vida. Nunca celebraríamos un día festivo juntos. Nunca sostendría a mi sobrina y, para colmo, Matteo había desarrollado el preocupante hábito de huir de mí.

Lo perseguí hasta la cocina de granito, un dolor punzante en mi costado por perseguir su pequeño trasero. Chilló cuando chocó contra Michael, cuyo vino se derramó por el borde.

Lo dejó y se chupó los dedos. —¿Adónde vas?

—¡Persígueme!

—No. La cena estará lista pronto. —Michael se arrodilló, limpiando la hierba de la camisa de Matteo—. Lávate las manos antes de comer.

—Iba a hacer que hiciera eso, pero sigue escapándose. —Intenté atrapar a Matteo, que escapó entre las piernas de su padre y salió disparado hacia otra habitación—. ¿Ves?

Michael miró por encima de su hombro, encogiéndose de hombros. —Hace eso.

—¿Estoy haciendo algo mal? Nos llevábamos bien, y ahora... es como si me *odiara*.

La suave risa de Michael se hundió en mi vientre. —Definitivamente no.

—¿Les gusto?

—Están locos por ti.

—Siempre te querrán más a ti. Has estado ahí toda su vida.

—Dale tiempo, Carmela. El amor no se gana de la noche a la mañana.

Sabía que tenía expectativas poco realistas, pero era difícil desapegarme de niños de los que cuidaba todos los días. Les cantaba canciones. Les leía cuentos. Veíamos películas, jugábamos, nos acurrucábamos.

Michael me agarró del brazo cuando me dirigía hacia Matteo. —Hablando como un gilipollas sobreprotector, te estás tomando tu papel demasiado en serio. La casa está llena de adultos. No le pasará nada.

—Entré aquí y cogí a tu hijo sin que nadie lo notara.

—*Yo lo noté*. —Levantó una ceja—. Todos pensarán que te gustan más mis hijos que yo.

—Bueno, es así.

—¿Cómo puedo cambiar eso? —Su caricia se deslizó hasta mi mano, la suavidad llenándome de vapor.

—No puedes competir con Matteo.

—Lo sé, y ni siquiera voy a intentarlo, pero al menos dime que te estás ablandando. —El tono de Michael me hizo sentir sumergida en

calor líquido—. Porque tú ciertamente estás creciendo en mí.

—Tus hijos son más felices, y tú mojas tu polla. ¿No es eso todo lo que querías?

—Quiero tantas cosas de ti, Carmela. Es imposible reducirlas a solo un par. —Los dedos de Michael rozaron mi mejilla, y luego mi cuello—. ¿Seguro que estás bien?

—Te lo he dicho un millón de veces, sí.

Había caído bajo el hechizo de Michael.

Las órdenes entregadas con esa voz. Su posesión sobre mi cuerpo. La pasión.

Me había encantado todo.

Los cinturones, cuerdas y juguetes que me desconcertaban al principio ahora parecían ridículamente inofensivos. Los veía por lo que eran: trozos de nylon y cuero de vaca. Solo la persona que los empuñaba podía hacerme daño.

Ese no era Michael.

—¿Estás bien? —pregunté, mirándolo.

—No lo sé. Tanto follar me está agotando.

Me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco, pero no luché cuando me recogió en sus brazos. Me hundí en su abrazo increíblemente cálido e intenté no sonreír por toda la felicidad que brotaba de mi interior.

—Solo estoy preguntando, Michael. El matrimonio es cosa de dos, o eso dicen.

—Me vendría bien una mamada. —Se rio cuando le clavé las uñas en la espalda—. Vale, bien. Hay algo que quiero.

—¿Qué?

El calor se deslizó alrededor de mi cintura mientras me acercaba. Su boca rozó mi mandíbula. Varios besos más abrasaron mi cara y mi oído antes de que su susurro entrecortado cortara mis confusos sentimientos.

—Sal conmigo.

DIECISIETE

MICHAEL

La felicidad era algo caprichoso.

En mis veinte, la perseguía con una serie de metas ridículas. Seré feliz cuando gane dos millones de euros al año. Estaré satisfecho cuando me acueste con tres chicas a la vez. Estaré contento cuando no esté atrapado en un matrimonio muerto con una mujer a la que odio.

Te haces una idea.

Me preparó para la decepción porque las metas nunca dejaban de alejarse. No fue hasta que las destruí que encontré alegría en las cosas cotidianas: una taza de café, la lluvia lavando el pavimento, follar con Carmela.

Había sido una mañana perfecta.

Perfecta, como el beso persistente de Carmela cuando intenté despedirme. Dulce y ardiente. No quería soltarme, y dejarla se sentía mal. Me había dado todo lo que quería, y eso me había hecho sentir optimista.

Quizás esto podría funcionar.

Tal vez seríamos como esas parejas irritantemente alegres que normalmente detestaba.

Estaba en las nubes después de que ella me hubiera cabalgado toda la noche, y nunca había estado tan exhausto. Mi cara se agrietó con una sonrisa ridícula mientras entraba en Sanctum, mi club de sexo clandestino.

El club era todo negro con detalles dorados, y cada rincón estaba lleno de mujeres hermosas y tipos sedientos de culos de alta clase. Chicas con máscaras de seda animal y lencería de diseñador colgaban como adornos junto a sus acompañantes masculinos. Una mujer desnuda estaba a cuatro patas, equilibrando una bandeja de bebidas en su espalda mientras dos hombres charlaban. Otras hacían striptease. La gente follaba en chaises longues y sofás, en habitaciones con puertas abiertas.

Puro hedonismo. Locura.

Solía participar, pero esos días habían terminado. Caras familiares me sonreían, pero las ignoré. Nunca había sido tan indiferente a las mujeres desnudas. Me dirigí directamente hacia la entrada circular. Las puertas se abrían a una sala iluminada por la luz anaranjada de una pared de cristal con chimenea. Muebles de obsidiana llenaban el espacio, con siluetas apenas visibles reluciendo. La lechada plateada alrededor de los ladrillos brillaba. Esta zona era solo por invitación. Era donde manteníamos a nuestros clientes VIP, príncipes saudíes, realeza británica, cualquiera que necesitara más privacidad.

Divisé a un hombre estoico de pie fuera de un reservado junto con el destello de cabello rubio de Julian. Su expresión decía que estaba mortalmente aburrido. Tecleaba en su smartphone, y su pálida mirada se encontró con la mía cuando me acerqué.

—Hola, Michael.

Gruñí. —¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Toda la noche.

Eché un vistazo dentro del reservado. El cabello de Anthony se derramaba sobre el cuero, con los ojos cerrados y los labios curvados en perezosa satisfacción. —¿Está colocado?

—Probablemente.

Joder, Anthony.

El padre que hay en mí quería arreglarlo, guiarlo de la mano y enseñarle cosas. Sobre todo, deseaba poder estrangularlo. Era un dolor en el culo, como mi hijo de cuatro años a veces, excepto que no amaba a Anthony incondicionalmente.

El reservado era un desastre. Botellas vacías, cristalería, montones de polvo esparcidos por la mesa de mármol. El idiota se creía Scarface. Las chicas se servían rayas de coca mientras yo entraba pisando fuerte.

—No se permiten drogas en este club.

Leticia se enderezó, frotándose la nariz. —¿Qué... Michael? Oh, mierda. —Le dio un codazo a la otra mujer, una recién contratada—. Michael, lo sentimos mucho. No... él nos lo ofreció.

—Fuera.

Se escabulleron.

—*Michael*. Qué sorpresa. —Anthony se incorporó—. Siéntate, únete a mí. ¿Quieres un poco?

Sabía perfectamente que yo había dejado la cocaína.

—Tengo dos niños en casa.

—Eres tan aburrido como Alessio. —Anthony palmeó su chaqueta, recuperando un paquete de cigarrillos. Se puso uno entre los labios y buscó un mechero—. No importa. ¿Cómo has estado?

—Cabreado.

—¿Por qué?

—Para empezar, estoy aquí en vez de dejando embarazada a mi mujer.

Anthony hizo una mueca. —Joder, tío.

—Tengo suficiente en mi plato sin necesidad de ti. Me pasé el día hablando con nuestros socios. Tratando de convencerlos de que te mantendrás fuera de problemas. Me estás matando, Anthony. De verdad. *¿Qué coño estás haciendo?*

—Fumándome un cigarrillo.

—Aquí no se fuma. —Se lo arranqué de la boca y lo aplasté—. Y no permito drogas en Sanctum. Ni ahora, ni nunca.

Anthony sonrió mientras me lanzaba una mirada con los párpados pesados. —Tú mandas.

Le di un bofetón en la cara, y el brillo en los ojos de Anthony ardió más intensamente. —No me contestes.

—¿Quién demonios te crees que eres, mi *padre*? Tenemos la misma edad.

—Compórtate como un niño y te trataré como a uno.

Anthony se pasó las manos por el pelo, comportándose como si estuviera al borde de un colapso. —Que te jodan, Michael. Tengo una adicción.

—¿Cuántos viajes a rehabilitación necesitas?

—No lo entiendes.

—¿Por qué sigues haciendo esto? ¿Es un grito de ayuda? ¿Un intento de suicidio prolongado? ¿Quieres morir?

Su voz se oscureció. —No.

—No te creo.

—No —se enfurruñó—. No quiero morir.

—Entonces demuéstralo. Deja de hacerte esta mierda. —Le agarré del brazo, asombrado de cuánto peso había perdido—. Ve a casa y mantén un perfil bajo.

—Dame algo que hacer, y juro que dejaré la coca y... y los clubes.

Estaba totalmente a favor de darle algo de responsabilidad al imbécil, pero Nico era inflexible sobre mantener a su hijo fuera de la mafia.

—Absolutamente no.

—¡Yo soy el siguiente en la línea! Debería ser el jefe en funciones, no Vinn.

—Uno, eres un desastre. Nadie seguirá tus órdenes. Dos, esto no es Inglaterra. No *heredas* el trono sin más. Tres, te matarán si apareces en público. Todos los gánsteres de Boston van a por ti.

Anthony agarró la botella de vodka y se la llevó a los labios. Se la arranqué de las manos y resistí el impulso de partírsela en la cabeza. Lo saqué del reservado y lo empujé a los brazos de un guardaespaldas.

—Le prometí a tu padre que te mantendría vivo, pero parece que estás empeñado en matarte, así que te corto el grifo. No más visitas a Sanctum.

—*Vale*. Viviré del cuento en otro sitio.

Hablar con él era una pérdida de tiempo.

Me enfrenté a su guardaespaldas, que tenía bolsas bajo los ojos. —Voy a contratar a más tipos para ayudarte. Lo quiero rodeado día y noche. Nada de drogas. Nada de alcohol. Nada de putos clubes.

—Entendido.

Hice un gesto con la mano, indicando que deberían irse.

Anthony me lanzó una mirada llena de veneno mientras lo arrastraban hacia la salida, y luego me volví hacia Julian. Observaba cómo Anthony se marchaba, riéndose cuando intentó agarrar a una prostituta por el camino.

—Yonqui inútil.

Eso me molestó, viniendo de él. —Cuando veas a Anthony con drogas, me llamas inmediatamente. No después de que haya esnifado una cantidad delictiva de cocaína.

—Michael, estás librando una batalla perdida. Este chaval va a morir.

—Si ese idiota muere, Nico nos matará a todos. —Le hice una seña a Julian, que me siguió a una sala privada—. Necesito que hagas algo.

—Claro. ¿De qué se trata?

La impasibilidad de Julian me irritaba. Probablemente estaba molesto porque le delegaba mis tareas de mierda, como cuidar a Anthony. Había perdido su trabajo hace un año. Me dio lástima y le ofrecí trabajo porque Serena me lo suplicó. De alguna manera, seguía en mi puta vida.

—Quiero que gestiones los eventos de etiqueta de este club.

Julian se reclinó, suspirando. —¿Qué sé yo de planificación de eventos?

—Organiza una fiesta cada dos viernes para inducir a más pringados en Sanctum. Cuanto menos esté aquí, mejor.

—Lo entiendo. Mujer feliz, vida feliz. —Julian hundió la cabeza en la palma de su mano—. Lo haré, pero solo si tenemos citas para jugar regularmente. Quiero tener relación con los hijos de mi hermana.

Y yo preferiría que desapareciera. —De acuerdo.

—¿Cómo va todo en casa?

—Estamos bien.

—Vale —dijo con tono alentador—. Carmela parecía disgustada en vuestra boda. Me pareció extraño. Luego pregunté por ahí, y nadie sabe cuándo empezasteis a salir.

—¿Tienes alguna pregunta?

Julian dudó. —¿Por qué le pediste matrimonio?

—Ya te lo dije. La conozco desde hace tiempo. Nos reencontramos en el cumpleaños de mi hija, y al final, quise casarme con ella.

—Así que le pediste matrimonio, y ella aceptó. Así sin más.

—Sí, capullo.

—Relájate, no estoy buscando pelea. Tú y Serena no erais una buena pareja. Odiaría que la historia se repitiera.

—Cierra la puta boca.

Me levanté y tiré de la puerta, señalando hacia fuera.

Ese era el problema con Julian. Era un cabrón sarcástico bajo toda esa falsa preocupación. Detestaba a toda la familia. Ahora el muy cabrón se había metido en mi cabeza.

Carmela parecía demasiado buena para ser verdad.

Era increíble con los niños y sin dramas. Había respetado todo lo que le pedí —nada de peleas— algo que nunca sucedió con Serena. Pensé que tendría que tirarle tarjetas de crédito y tolerar retiros de fin de semana en Nantucket, pero todo lo que quería hacer era jardinería. Carmela arrancó el césped y construyó jardineras mientras yo estaba en el trabajo. Plantas de tomate ahora alineaban la pared este. El otro día, la pillé recortando un folleto.

¿Con quién coño me había casado?

Era una niña rica que usaba cupones. Una belleza que metía las manos en la tierra. Era una contradicción andante, y no podía descifrarla.

Me molestaba.

Miré fijamente mi portátil mientras Julian se marchaba, cerrando la puerta suavemente. Cuando el pestillo hizo clic, abrí la tapa. Abrí un navegador web y escribí las credenciales de su correo. Lo había hackeado hacía semanas, pero me había contenido de violar su privacidad.

No debería.

Pero tenía que hacerlo.

Un forúnculo supurante burbujeó en mi estómago mientras registraba su bandeja de entrada, sin encontrar más que mensajes promocionales. Luego me sumergí en su carpeta de enviados, decidido a no dejar piedra sin remover, y lo que vi me destrozó.

Me cago en la puta.

Mis labios se curvaron mientras leía cada mensaje, incluido el que afirmaba que yo había contratado a Carmela. En cuestión de segundos, había extraído la información de la cámara de las fotos de Alessio y descubierto su ubicación. ¿Vacacionando en el Amazonas? Y una mierda. Estaba en Boca Ratón, Florida.

Descuidada.

Había limpiado el contenido de estos correos para mantener oculta a su hermana, pero eso no me molestaba.

Me había mentido a la cara.

Juró que no tenía idea de dónde estaban.

¿No le expliqué lo importante que era traerlo de vuelta?

Miré fijamente el texto hasta que las líneas negras se fundieron con el blanco, y una náusea de rabia envolvió mi cuerpo. Mi impulso de facilitarle la vida a Carmela se esfumó.

Carmela no tenía idea de con quién se había casado.

Respondí al correo:

Michael me obligó a casarme con él. Ayúdame.

DIECIOCHO

CARMELA

Michael apretó mi pelo entre sus puños. Sus jadeos acariciaban mi cuello mientras su cuerpo se mecía como una ola. Sus músculos se deslizaban bajo mis manos, el sudor lubricando su piel bronceada como aceite. Hundió su cara en mi cuello. Succionó y mordió con fuerza.

Estalló con un gemido sin palabras.

Algo salvaje en Michael explotaba cuando me follaba. Tal vez eran sus orgasmos, la forma en que sonaban como una herida, o su agarre en mis muñecas cuando se corría. Un gruñido bajo retumbó en su pecho. Sus muslos temblaron con espasmos mientras se derramaba dentro de mí. Su respiración se calmó. Me soltó, la oscuridad purgada de su ser.

Me encantaba tener sexo con él.

Pero atesoraba los momentos en que se derretía en mí, besándome. Era tan sensual que valía la pena enfrentarse a las llamas. Esta noche, sin embargo, sus besos me quemaban con mordiscos al rojo vivo.

—¡Papá! *¡Papá!*

Michael se apartó de mí, gruñendo. Tiró de las sábanas para cubrir nuestros cuerpos mientras Matteo irrumpía en la habitación, vestido con su pijama. Se lanzó sobre el colchón y se abalanzó sobre la espalda de Michael.

Michael hizo una mueca. —Campeón, danos un minuto.

—¿Qué le estás haciendo a Caramel? —Matteo apretó sus brazos alrededor del cuello de Michael—. *Carmela*.

—Cosas de adultos. Teo, ve a jugar con tu hermana.

—Quiero dormir con Carmela.

Michael le dirigió a su hijo una sonrisa irónica. —Si fueras cualquier otro tío, sería un no rotundo.

—¡Hay demasiada gente en esta cama! —rugió Matteo mientras se lanzaba entre nosotros—. Papá, tú puedes dormir en el suelo.

—*¿Qué?*

Me cubrí la cara y me reí.

Michael se puso unos bóxers antes de arrastrar a Matteo fuera. Yo fui al baño. Michael se unió a mí, abrazándome por detrás. Su corazón martilleaba mientras me envolvía con su cuerpo cubierto de sudor.

—Mi dulce caramelo.

Una oleada de calidez acompañó esas palabras. —¿Aún quieres salir?

—Claro que sí. He contratado a una niñera.

Me duché, me puse un vestido de cóctel y me maquillé. Cuando terminé, volví con él.

Michael se peinaba, con la mirada fija en el espejo. Su frente se arrugó en un profundo ceño fruncido, y entonces me miró. La mirada se convirtió en contemplación y sus labios se curvaron en algo feroz. Dejó caer el peine y se acercó a mí como un cazador acechando a su presa.

—Eres toda una tentación. Deja los vaqueros de mamá y ponte esto todos los días.

—¿Cuándo me has visto alguna vez con pantalones?

—No presto atención a tu ropa. Solo cuando tu atuendo me pone tan duro que mi cerebro deja de funcionar. —Su dedo empujó mi barbilla hasta que encontré su mirada—. Espérame fuera.

—¿Por qué?

—No puedo ir a cenar con el arma cargada.

Me empujó hacia la puerta y me dio una palmada en el trasero. Veinte minutos después, Michael salió del dormitorio. Se había afeitado la cara, peinado el pelo a los lados y se había puesto una americana azul marino sobre unos pantalones negros.

Bajamos, nos despedimos de la niñera y nos metimos en su Audi, mi estómago saltando de emoción.

—¿Adónde me llevas?

—A un sitio que te gustará —respondió impasible mientras salíamos de la entrada—. El tráfico es horrible.

—¿Has hecho reserva?

—No hace falta.

Interesante. —Ahora me pregunto si me he arreglado demasiado.

La mano de Michael se deslizó por mi muslo, su tacto quemando a través de la tela. —Estás de rechupete, con mayúsculas.

—Tú también estás guapo. Me alegro de que hagamos esto.

—Yo también. ¿Sabes qué? Nos toca vacaciones familiares. Estoy pensando en Florida.

—¿Disney World? Sí, sería genial.

Negó con la cabeza. —No Orlando-Miami. Palm Beach. Quizás Boca Ratón.

Mi corazón galopó acelerado. —Claro.

Michael frunció el ceño. —¿Qué pasa?

—Estoy bien, solo estoy pensando.

—¿Pensando qué, cariño?

Cariño. —¿Te encuentras bien? Pareces diferente.

Me lanzó una mirada desconcertada que me hizo dudar de mí misma.

La conversación terminó cuando nos detuvimos en una calle familiar. Salió del Audi y le lanzó las llaves al aparcacoches. Luego tomó mi mano, sonriendo tan ampliamente que debí de haber imaginado cosas.

Leí el nombre del restaurante en el toldo iluminado y jadeé.

—¡Este es el local de mi padre!

—Lo sé.

—¿Cómo? —No había estado dentro en meses—. Prácticamente crecí aquí.

Michael sonrió al edificio, como si estuviera perdido en la nostalgia. —Era uno de los títulos de propiedad que tu padre me transfirió.

—¿Vamos a comer aquí?

—A menos que no quieras.

—No, esto es perfecto. Gracias, Michael.

Fue como si la rareza en el coche nunca hubiera sucedido. Agarré su chaqueta con los puños y le besé. Al principio estaba rígido. Una estructura de piedra que respiraba pero no emanaba ni un ápice de calor.

Entonces abrió su boca.

—Por supuesto, nena. Pensé que te gustaría comer aquí antes de que lo derribe.

DIECINUEVE

MICHAEL

Carmela me miró boquiabierta como si le hubiera disparado a su perro. La luz blanca palideció la piel dorada de Carmela mientras nos deteníamos bajo el toldo. El brillo se desvaneció de su sonrisa.

—¿Qué quieres decir con derribarlo?

—Boston no necesita otro restaurante italiano. He hecho un estudio de mercado en la zona, y ¿adivina qué tiene una gran demanda? *Tiendas de marihuana*.

—*¿Qué?* —Su voz sonó como un trueno.

—Voy a convertir este lugar en un dispensario de marihuana —saboreé la devastación en su rostro—. Solo efectivo. Perfecto para blanquear dinero.

—Así que vas a deshacerte del negocio limpio de mi padre para construir una tienda de marihuana que el FBI acabará registrando —los ojos de Carmela irradiaban furia sin restricciones—. Es la idea más estúpida de la historia.

—Estoy pensando en llamarlo Starbuds.

—¿Por qué querrías meterte en ese negocio? Hay muchísima regulación.

—Nos autorregularemos. Sobornaré a los funcionarios municipales para que miren hacia otro lado —le puse la mano en el hombro y la giré hacia el edificio—. Lo pintaré de gris con acabados en verde. Vaciaré la cocina. Donaré los muebles a albergues para personas sin hogar.

—No vas a destrozar mi puto restaurante.

—Tengo el título de propiedad. Puedo hacer lo que quiera.

Antes de que pudiera abrir la boca, la encargada recogió nuestros abrigos y nos acompañó a una mesa.

El comedor estaba rodeado de ladrillo. Reservados acolchados de color marrón espresso se apoyaban contra la pared, junto a rústicas mesas de madera. Lámparas de hierro fundido colgaban sobre ellas, y el resplandor blanco rebotaba en el cuero barnizado. Cortinas negras transparentes cubrían las ventanas. Era la misma estética que la de mi casa.

Un cuarteto de jazz tocaba música en un pequeño escenario. Era una mierda sonora y aburrida. El espacio estaba lleno de parejas jóvenes. Era precioso. Ignacio había invertido una fortuna en la remodelación.

Agarré la carta de vinos cuando nos sentamos, frunciendo el ceño. —Estos precios son un robo.

—Mira a tu alrededor, Michael. A la gente le encanta venir aquí —Carmela se inclinó sobre la mesa—. *A mí* me encanta estar aquí.

—Entonces te sugiero que pidas todo lo que puedas porque voy a cerrarlo.

—¿Por qué harías eso?

Porque eres una puta mentirosa. —Estoy expandiéndome hacia nuevas oportunidades de negocio.

—¡Hazlo en una de tus propiedades!

—Ahí vas otra vez —me burlé, leyendo el breve menú—. Cariño, estamos casados. Lo tuyo es mío.

—¿Así que no te importará si arruino tu casa?

—Adelante.

—No lo entiendo —su voz tembló, el sonido atravesándome—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Este restaurante no significa nada para mí, pero significa algo para ti. Lo cerraré. Me importa un carajo.

—¿Qué demonios te pasa?

Muchas cosas.

—Nada. Me gusta verte acalorada y molesta —me dirigí al camarero que hacía muecas—. Lo queremos todo.

—Señor, no hacemos porciones más pequeñas...

—Sabes quién soy. Tráeme todo el maldito menú o estás despedido.

El hombre palideció. —Entendido.

Carmela dejó la copa, con los dedos pellizcando el tallo como si deseara que fuera mi cuello. —Si tocas un solo ladrillo, te juro por Dios, Michael.

—¿Pondrás sal en mi café? ¿Rayarás mi coche? ¿Destruirás mis juguetes sexuales? —disfrutaba viéndola retorcerse—. Se pueden reemplazar.

—Puedo pensar en algunas cosas de tu cuerpo que echarías de menos.

—No tienes agallas —me incliné hacia delante, dándole palmaditas en la mano—. Además, te ataría antes de que acercaras un cuchillo a mis huevos.

—Más te vale dormir con un ojo abierto.

—Te ataré al cabecero de la cama. *Problema resuelto*.

El camarero se acercó con nuestros entrantes: bruschetta, pulpo a la plancha y burrata. Carmela sonrió radiante al camarero, lo que hizo que se quedara hasta que le lancé una mirada penetrante. Ella se lanzó sobre la bruschetta y acumuló queso, su cara impregnada de avaricia mientras comía.

Gimió. —Tan bueno.

—Eres ridícula.

—Michael, pruébalo.

Lo hice.

Hundí los dientes en la ciabatta glaseada con albahaca. El sabor fuerte y a nuez me transportó al Mediterráneo, donde había probado un fantástico cuenco de pesto. Nada en Estados Unidos se había comparado jamás. Todo lo que veía eran las aguas turquesas y las sombrillas blancas de Portofino. La visión se desvaneció detrás de Carmela, que me observaba con una sonrisa de complicidad.

—Sabe exactamente como Italia, ¿verdad?

Intenté no disfrutarlo. —No está mal.

—El secreto está en los piñones. La mayoría de los sitios los importan de China. Más baratos, pero el perfil de sabor no es el mismo. Hay que ir a la fuente. El Mediterráneo.

Aparté el entrante medio comido, odiando que ella me hubiera llegado a través de la comida, entre todas las cosas. —Portofino.

—¿Ves? —Carmela aprovechó eso, radiante—. Esto no es *solo* otro restaurante italiano, Michael. No tienes idea de lo mucho que insistí por esos frutos secos. Cuestan una fortuna, pero valen la pena. No puedes comerlos sin que tus papilas gustativas exploten.

—¿Qué eres, la jefa de cocina?

—Dirigí este lugar durante un tiempo. Trabajé en muchos de los negocios de papá —Carmela cogió su tenedor y frotó una marca de agua—. Venía aquí, trabajaba los turnos de comida y cena, y asistía a reuniones con sus constructores.

—¿Constructores?

—Sí, papá quería una cervecería y una sala de degustación. Era un proyecto enorme, muchos permisos. Tratar con la construcción fue una pesadilla. Tenía que estar encima de ellos por cada cosa menor.

—¿Qué tiene una cervecería además de cuatro paredes y hormigón?

—Burocracia. Tardó una eternidad.

Una sonrisa se dibujó en mi mejilla. Una mujer luchadora existía bajo toda esa belleza. Me sentí atraído por ella por sus tetas y su culo. Me gustaban las curvas, y ella tenía muchas. Nunca pensé que hubiera hecho algo con su vida además de gastar el dinero de su padre.

Ahora lo sabía mejor.

No era una flor marchita ni una mocosa de alto mantenimiento. Era una luchadora. Una chica que trabajaba doce horas al día solo para mantenerse ocupada. Sonaba como yo. Este nuevo lado suyo me llenó el estómago de temor.

Necesitaba destruir a esta mujer antes de que me matara.

Le hice una seña. —Ven.

La irritación cruzó su mirada. —¿Qué quieres?

¿Podía hacer algo sin discutir?

—Te estoy dando la oportunidad de salvar el restaurante de tu papi.

Se deslizó de la silla, sus grandes ojos se ensancharon con una esperanza que yo aplastaría.

—Ya que eres una mujer renacentista, debería ser fácil para ti entretener a este público. Sígueme.

Sus mejillas se sonrojaron mientras me abría paso entre las mesas, dirigiéndome directamente al escenario. Desplegué un billete de cien dólares y me acerqué al hombre que cantaba en el micrófono.

Agité el dinero en su cara.

—No hacemos peticiones de canciones...

—Fuera. Deja que mi esposa cante —metí el dinero en su mano. Cuando levantó la ceja, le metí varios billetes más—. Lárgate.

Se apartó, la música se detuvo bruscamente. Los clientes ni siquiera nos miraron.

Carmela me miró boquiabierta. —Michael, ¿qué estás haciendo?

—Tú eres el entretenimiento de esta noche —señalé a los hipsters que estaban sumergidos en su boloñesa y su vino—. Haz que toda la sala aplauda y no arrasaré este lugar.

—De acuerdo.

¿De acuerdo?

Carmela sonrió como si le hubiera entregado un trofeo y se dirigió al tipo detrás del teclado. —¿Puedes tocar "Valerie" en mi bemol?

Para cuando volví a mi asiento, Carmela ya se había despojado de toda emoción. Parecía tranquila, en su elemento. Ajustó el pie del micrófono como si lo hubiera hecho miles de veces.

La banda arrancó con un ritmo alegre y jazzístico. Una vez que la gente posó los ojos en la magnética mujer del escenario, nadie

apartó la mirada. Carmela cantó la letra a pleno pulmón. No la reconocí, pero las voces se unieron en el estribillo.

Era perfecta. Nunca tropezó con una letra. Sonaba genial, y antes de que terminara la melodía, la mitad del local gritaba el estribillo. La gente aplaudió cuando terminó, incluso el maldito camarero. El guitarrista le puso la mano en el hombro, vocalizando un *buen trabajo*. Ella devolvió el micrófono, radiante como si hubiera tomado un chute de éxtasis. Las miradas siguieron a mi morena despampanante hasta nuestra mesa, donde las miradas celosas de los hombres me taladraron la espalda.

Carmela rebotaba con una vivacidad que nunca había visto antes. La intensidad incandescente de su confianza me cegó. —Yo gano. Tú pierdes.

No me importaba.

Estaba asombrado. —Has estado increíble.

Carmela se hundió en su silla, con las mejillas sonrojadas.

—¿Dónde demonios aprendiste a actuar? —arrastré mi silla para sentarnos uno al lado del otro—. ¿Cómo has hecho *eso*?

—A todo el mundo le gusta "Valerie". Es un tema popular —Carmela se encogió de hombros, picoteando los calamares fritos—. He tenido mucha práctica. Solía cantar en karaokes.

—Parecías muy feliz ahí arriba.

—Lo estaba. Cantar es mi pasión. Si tuviera que hacerlo de nuevo, me habría unido a una banda.

—¿Por qué no puedes?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Has hecho feliz a una sala llena de desconocidos. Todavía te están mirando. Tal vez perteneces al escenario, Carmela.

Carmela tenía la misma expresión que fuera. La bruschetta se deshizo entre sus dedos. Se los limpió con la servilleta, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—Podrías hacer actuaciones en mi club. Organizo eventos de etiqueta todos los meses. ¿Interesada?

—Dios mío, sí. Sí, me *encantaría*.

Me volví hacia la comida, pero ella me agarró la muñeca.

Con los ojos ardiendo, presionó su boca contra la mía. Me besó de una manera en que nunca lo había hecho antes. Una corriente eléctrica me recorrió, su agresividad estimuló mi polla, despertando sentimientos que deberían haber permanecido dormidos.

Nos separamos. Ella aplastó sus labios contra mi mejilla hasta que la aparté sin entusiasmo.

—Vale, tranquilízate.

—No puedo evitarlo. Es lo que siempre he querido.

Brindé por ella. —Por tu nueva carrera.

Se derritió. —Gracias.

—No me cuesta nada.

—Te debo una. No me hubiera atrevido si no fuera por ti.

—¿Estás de broma? Pensaba que ibas a caer de bruces.

Sorbió su vino. —La broma es tuya.

No podía seguir enfadado con ella. —Me han dado una lección.

—Me gusta un hombre que admite la derrota.

—Bueno, yo admiro a una mujer que me demuestra que estoy equivocado.

Las mejillas de Carmela se sonrojaron. —Nunca sé dónde estoy contigo.

Mojé su dedo en la salsa de pesto y la lamí. —Vamos a casa. Te lo enseñaré.

CARMELA NO SALÍA de mi cabeza.

Imaginaba sus tetas llenando mis manos, sus labios rojo rubí ordeñando mi polla, cómo me despertaba con sus muslos extendidos sobre mí, y cómo había saboreado suave y dulce. Su boca y su coño, la forma en que iba y venía. Le había gustado tanto que lo había hecho de nuevo esta mañana.

También había tomado una foto de Carmela, profundamente dormida en mis sábanas. La miraba tan a menudo como un adolescente enamorado.

Darle una actuación en Sanctum no era un acto de amor. Estaba aplacando a mi esposa. Alimentando su fantasía. Ni siquiera me importaba que me hubiera dejado en ridículo con mi desafío. Respetaba que le hubiera dado la vuelta a la situación sin montar un numerito. Tenía muchas más agallas de lo que le había reconocido, y me gustaba como modelo para Matteo. Necesitaba una madre que no tuviera rabietas. Sí, había mentido, pero eso fue una semana después de nuestro nuevo matrimonio, y estaba protegiendo a Mia. Podía perdonar eso.

Durante la dicha post-orgásmica de anoche y la bruma entre el despertar, estaba en paz. Así me mantuve hasta que llegué a Sanctum.

Julian quería estar en cualquier sitio menos aquí.

Su cara estaba contraída por la fatiga, su mandíbula normalmente bien afeitada brillaba con la barba incipiente, y tenía que hablar con él sobre su camisa arrugada. Un empleado de Sanctum no podía parecer que acababa de salir de la cama.

—¿Hay alguna razón por la que no puedas usar una plancha?

Su boca se torció. —Mi hijo estaba enfermo y la niñera llegó tarde. Tuvo un accidente de coche, así que no tuve tiempo. ¿Te parece bien?

—Tienes los ojos inyectados en sangre.

—Por trabajar de noche —Julian se pasó la mano por el pelo y suspiró—. Aunque no me puedo quejar del paisaje.

Nunca le había explicado que conocí a su hermana aquí. No tenía ni idea de que era una prostituta. Serena le contaba a su familia despistada que era actuaria, lo que era hilarante porque los únicos números que conocía eran los gramos de heroína para colocarse.

Estaba coqueteando con el desastre teniendo a Julian en Sanctum. Alguien mencionaría a Serena, y la verdad lo destrozaría.

—Yo lo hice durante años. Aguanta y no dejes que las chicas te timen —miré el calendario colgado en la pared—. Necesito que me hagas un favor.

Julian se dejó caer en la silla y soltó un suspiro gigantesco. Su actitud era desagradecida, teniendo en cuenta que yo había pagado la ropa que llevaba puesta.

—Quizás necesites otro recordatorio de por qué trabajas para mí.

Los labios de Julian se tensaron antes de que emitiera un apenas audible no. —No tienes por qué ser tan capullo.

El desafío efímero de Julian se apagó como un petardo fallido. Así era él: un perdedor fácil de intimidar que se rendía a la menor presión. Toda su familia estaba llena de caracteres débiles.

—Mi esposa actuará en nuestros eventos de etiqueta a partir de ahora. Dale todo lo que necesite. Resulta que es una cantante fenomenal —un leve resplandor de orgullo calentó mi pecho—. Puede hacer lo que quiera, siempre que el ambiente sea bueno y la gente se esté registrando como socios.

—¿Tu esposa va a trabajar aquí?

—La advertí sobre este lugar —eso no significaba que confiara en que los salidos no intentaran ligar con Carmela—. Vigílala.

—Vale.

—Hay algo más —deslicé una gran foto policial del ex de Carmela sobre la mesa—. Estate atento a este hombre.

—¿Quién es?

—Escoria motorista. Se hace llamar Crash —golpeé la foto, arrastrando su atención hacia mí—. Esto es importante. Si lo ves, me llamas. *Inmediatamente*. Si intenta marcharse, entretenlo. Dale todo. Invítale a las bebidas y a las chicas. Ponte de rodillas y chúpale la polla. No le dejes marchar. ¿Entendido?

—Michael, no soy un gánster. No tengo ningún interés en involucrarme. Deberías usar a uno de tus soldados...

—Sé un hombre de una puta vez. No te estoy pidiendo que lo mates. Solo haz que se quede.

Dudaba que Crash apareciera por aquí, pero tenía que prepararme para cualquier posibilidad.

—De acuerdo.

—Si Carmela está aquí, llévala a un lugar seguro. No puede encontrarse con este tipo. ¿Entiendes?

—¿De qué se trata esto?

—Cuanto menos sepas, mejor —Julian abrió la boca, pero lo despedí con la mano como a una chica de Sanctum—. Y cámbiate esa puta camisa. Tengo extras en mi armario.

Julian murmuró algo indistinto mientras salía de la habitación arrastrando los pies. Mi mirada cayó sobre la foto policial de ojos muertos de Nick Smith. Había puesto un precio considerable por su cabeza. Era solo cuestión de tiempo antes de que alguien lo entregara.

Desde que Carmela me contó toda la historia, me había consumido la venganza. El cotilleo que rodeaba la ruptura de Carmela y Alessio nunca mencionó a un motorista ni un cautiverio de ocho meses. Alessio había mantenido cada detalle repugnante en secreto, desalentando cualquier mención de Carmela.

Había omitido el incidente tan a fondo que lo había apartado de mi mente. Ella afirmaba que lo había hecho para ahorrarle la humillación, pero eso era una estupidez. Alessio era un capullo egoísta. No quería quedar mal.

¿Por qué no había matado a Crash?

¿Por qué coño no luchó más fuerte por Carmela?

Necesitaba que Alessio volviera.

Tenía muchas *preguntas*.

VEINTE

CARMELA

Me bajé del escenario.

Los camareros aplaudieron entre el servicio de bebidas. Los hombres silbaron y aplaudieron. Aunque había titubeado en algunas letras por puros nervios, había terminado mi primera actuación.

Increíble.

Una energía sin límites recorría mi cuerpo mientras me dirigía directamente hacia la barra de ébano. Solo era la telonera para el acto principal, pero me convenía. Necesitaba la práctica. Cantar en un antro no era nada, pero actuar en un establecimiento de alta clase me ponía los nervios de punta.

Mis manos temblaban mientras buscaba dentro de mi bolso.

—Necesitas una copa —Un desconocido enmascarado acercó un vaso con líquido ambarino cerca de mi codo. Era lo suficientemente mayor como para ser mi abuelo—. ¿Cómo te llamas?

—Carmela, y está casada —el tono grave de Julian cortó el aire mientras se pegaba a mi costado, canalizando una vibra de marido celoso.

—Disculpad —dijo el hombre, alejándose.

El ex cuñado de mi marido se pasó los dedos por sus gruesas ondas rubias.

—Podría haberlo manejado yo sola.

—Sí, pero Michael me dio instrucciones específicas. Algunos tipos pueden volverse muy espeluznantes —Una amplia sonrisa se dibujó

en el apuesto rostro de Julian—. Tenía mis dudas, pero has estado increíble.

Una oleada de calidez me recorrió. —¿En serio?

—Tienes una voz espectacular, chica.

—Quizás cambie la tonalidad para "*Someone to Watch Over Me*". Creo que era demasiado grave.

—No, estás perfecta. Tu voz es clara como una campana —Se apoyó en la barra, ignorando a una rubia desnuda que le hacía ojitos —. Eres demasiado elegante para este lugar.

—Con el tiempo, me pasaré a locales más íntimos, pero este es un buen comienzo.

No me importaba que fuera un club de sexo. Nadie se toparía conmigo aquí, así que no importaba si me equivocaba, y Julian era receptivo a mis peticiones. No habíamos pasado mucho tiempo juntos aparte de alguna cita de juego ocasional de una hora, pero era una persona afable.

No entendía por qué Michael tenía tantos problemas con él.

—¿Cómo te trata Michael?

—Bien. Los niños también están genial —Acaricié mi vestido, incapaz de luchar contra el rubor que comenzaba a teñir mis mejillas —. ¿Cómo está tu hija?

—Está con su madre esta semana —Se frotó el puente de la nariz y bostezó—. Maldita sea. El turno de noche es duro. No tengo ni idea de cómo Michael lo hizo durante tanto tiempo. Solía trabajar de noche mientras mi hermana cuidaba de los niños. Dormía durante las mañanas, se despertaba al mediodía y pasaba el día corriendo detrás de Mariette antes de tener que volver a empezar todo de nuevo.

Bebí un sorbo mientras la pena parecía emanar de Julian.

Parpadeó, con la voz tensa. —¿Menciona alguna vez a Serena?

—Nunca.

Torció el labio. —*Cómo no*.

A decir verdad, me moría por conocer toda la historia. Había escuchado historias salvajes de Mia. —¿Cómo era ella?

—Preciosa. Como tú, en ese aspecto. Tenía una risa ridícula. Podía ser cálida y amable, pero también egoísta. Caprichosa. Codiciosa.

—Michael odia hablar de ella.

—Seguro que le gustaría olvidar que existió, pero esos niños siguen siendo mitad de mi hermana.

Puse mi mano en su hombro. —Para que lo sepas, no estoy intentando reemplazarla. Animo a los niños a hablar de ella. Mariette tiene una caja de recuerdos. Quiero que recuerden a Serena.

Sonrió, con los ojos brillantes. —Espero que no te trate como la trataba a ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tenían una relación volátil. Muchas peleas. Quiero a mi cuñado, pero puede ser duro. Mi hermana me llamaba todo el tiempo, llorando. Si necesitas ayuda, pídemela. Estoy a una llamada de distancia.

—Gracias —La piel se me erizó ante su tono sombrío—. Lo tendré en cuenta.

—¿Qué es eso? —Un brazo enfundado en una chaqueta se deslizó por mi cintura, atrayéndome hacia el cuerpo de un hombre. Un ramo de tulipanes envuelto en celofán apareció en mis manos. Luego, una voz profunda me hizo cosquillas en el oído—. *Bravissimo*.

Un calor intenso abrasó mis labios mientras el beso de Michael me quemaba por dentro, y luego se enfrentó a Julian, irradiando agresividad.

—¿Hay alguna razón por la que estés aquí parado?

Julian suspiró y murmuró una despedida. Michael lo observó desaparecer en el mar de chaquetas negras. Su mirada lobuna siguió a Julian hasta que agarré su corbata.

—¿Por qué tienes que ser tan grosero?

Me pellizcó la mejilla. —Necesita que le bajen los humos.

—No, no los necesita. Es un buen tipo.

—Eso mismo dijiste de mí al principio —Michael juntó su frente con la mía, sonriendo—. ¿Todavía te gustan los tipos buenos?

—Me importa cómo tratas a la gente. No quiero ser conocida como la esposa del imbécil.

—Ya lo eres.

Gruñí. —¿Por qué odias a Julian?

—No lo respeto. Es un cabrón sarcástico e ingrato.

—¿Te mataría suavizarlo un poco?

—Probablemente no, pero no lo haré.

Acunó mis mejillas.

El calor subió por mi cuello. —¿Y eso por qué?

—Te gusto tal como soy.

—¿Ah, me gustas?

Sonrió. —Sí.

Había recorrido un largo camino desde mi primera noche. Me había defendido de Nick. Me había conseguido actuaciones en un club. Eventualmente me daría un bebé. Me daba abrazos, enviaba emojis tontos, preparaba mi desayuno y me colmaba de pequeños actos de amabilidad. Algo más cálido que el afecto envolvía mi corazón cuando me abrazaba.

Levanté las flores hacia mi nariz, inhalando su aroma. —¿Cómo sabías que son mis favoritas?

—Fácil. Las escogiste para nuestra boda.

—¿Te acuerdas de eso?

—Es difícil olvidar cualquier cosa desde que entraste en mi vida.

Incliné la cabeza y lo besé. Respondió a mi presión con una ráfaga de caricias ardientes. Su suspiro acarició mi boca. Luego se apartó, con los ojos cerrados como si saboreara mi sabor. Su expresión se transformó en una sonrisa perezosa.

Me cogió del codo y me arrastró lejos de los invitados que se mezclaban con mujeres semidesnudas. Entró en un pasillo vacío y oscuro donde puertas abiertas invitaban a entrar en habitaciones.

—Estás amable hoy.

—Tú y esa maldita palabra.

Me agarró por la cintura y me empujó dentro de una habitación. Un estremecimiento recorrió mi columna mientras me acorralaba

contra la pared. Golpeó mi brazo contra el hormigón y me ajustó un brazalete de cuero alrededor de la muñeca.

—Estoy loco por ti, Carmela. Por eso soy *amable*.

Dios santo.

Una segunda sacudida atravesó mis costillas.

¿Lo decía en serio? ¿Era parte del sexo? Asumí que el coqueteo juguetón empezaba y terminaba en el dormitorio, pero lo había traído a *Sanctum*. Me miraba como si yo hubiera colgado la luna en el cielo.

Se me secó la boca al comprenderlo todo.

Su pasión me recordaba a otro hombre.

Nick.

VEINTIUNO

MICHAEL

El diablo nos hace pecar, pero nos gusta retorcernos en su agarre.

Mi madre decía eso todo el tiempo. Lo consideraba una tontería heredada, pero nunca estuve sobrio el tiempo suficiente para hilvanar dos pensamientos. No lo entendí hasta que dejé las drogas. Una vez que el síndrome de abstinencia me sumió en migrañas constantes, lo único en lo que podía pensar era en consumir más.

No podía funcionar sin drogas. Había permitido que me consumieran, destruyendo todo lo que me gustaba de mí mismo. Nunca me di cuenta de lo mal que había destrozado mi cuerpo hasta que dejé la cocaína. Los niños me salvaron de la autodestrucción, pero otro diablo esperaba entre bastidores.

Venganza.

Había conseguido el número de Crash.

El sentido común dictaba que no debería contactar con el tipo que iba a matar, pero los investigadores privados que había contratado no encontraban al cabrón. Necesitaba saber en qué burdel infestado de ratas dormía para poder *estrangularlo*.

Quería que se enfadara.

Esperaba que metiera la pata y mostrara su cara en algún sitio. Abrí mi móvil desechable y marqué. Mi pulgar pulsó el botón verde de llamada antes de haberme calmado.

Sonó una vez.

—Crash —contestó una voz monocorde.

—Soy Michael.

—*Costa*. ¿Cómo conseguiste este número?

Sonreí. —No te preocupes por eso.

—No tengo nada que decirte.

Yo tenía mucho que decir. —¿Cómo va tu boca? ¿Aún curándose?

—¿Te molesta que me estuviera chupando la polla dos meses antes de decir "sí, quiero"?

—Nunca salimos, así que no hay golpe a mi orgullo. Sabes, ella tampoco me quería a mí —giré en mi silla, mirando por la ventana—. Pero al menos yo fui lo bastante hombre para conservarla.

—No la perdí.

—Sí que la perdiste.

—Solo porque me gusta la caza...

—Te gané. Se casó conmigo.

—¡Aún no ha terminado! —bramó como un animal herido—. Tú eres el chulo. Yo soy su para siempre.

—Lo tienes al revés. Ella lleva mi anillo. Estamos construyendo una vida juntos. Tendremos un bebé. Tú eres un violador, un perdedor quemado. *Escoria* de motero.

—¡Devuélvemela, pedazo de mierda!

—Quemaré tu moto y la tiraré a la bahía antes de dejarte tocarla.

—Cierra tu puta boca, o te patearé los dientes hasta la garganta para cerrártela...

—Te encontraré —gruñí al auricular—. Me colaré en tu casa mientras duermes y te destriparé. Pero antes de eso, me estaré follando a mi mujer.

—Asesinaré a toda tu familia de guineanos, maldito dago...

Terminé la llamada. Luego rompí la carcasa antes de arrojar el teléfono destrozado contra la pared. Amenazar a mis seres queridos tocó un punto sensible.

Salí de mi despacho cuando los pasos de Carmela resonaron en la escalera. Desapareció en nuestro dormitorio. Entreabrí la puerta, atraído por el sonido de la ducha. Mi mirada se posó en un par de tacones junto a la cama, unas bragas arrugadas, un sujetador.

Acaricié las almohadillas aterciopeladas, aún calientes de sostener sus tetas. Mi polla se endureció mientras una oleada de calor subía a mi entrepierna, y entonces me dirigí al baño.

Carmela estaba detrás del cristal medio empañado. El agua rociaba su cuello y hombros. Me embebí de sus curvas bronceadas, cada hendidura y hoyuelo, sus pechos en forma de lágrima, los arcos elegantes que estaban prohibidos a otros hombres. Pensé en Crash, cómo una vez codició a la misma mujer y ganó su confianza, solo para mancillarla e infligir daño a ese cuerpo.

Necesitaba ejecutar a ese bastardo.

La puerta hizo clic al cerrarse.

Carmela giró la cabeza. Sus labios se entreabrieron, observándome antes de volverse hacia el chorro de la ducha. Se enjabonó, masajeando su cuero cabelludo, corrientes de espuma blanca fluyendo por donde mis manos anhelaban tocar.

Me quité la camisa y desabroché el cinturón, saliendo de mis pantalones y calzoncillos. Entré en el vapor de la ducha. Las cejas de Carmela se movieron cuando me metí bajo el chorro de agua.

Las cosas estaban mejor entre nosotros.

Despertaba en una nube de vainilla, con su brazo extendido sobre mi pecho. A veces era todo lo que podía hacer para no decir las tres palabras que rogaban por salir, pero solo había abollado su armadura. Si se lo dijera, entraría en pánico. Los gruesos muros de Carmela se alzaban cada vez que insinuaba tener sentimientos más fuertes. Tenía algo que ver con Crash.

Le masajeé los hombros.

Carmela dejó escapar un suspiro entrecortado, recostándose en mi abrazo.

—No te digo lo suficiente lo hermosa que eres —acaricié su piel olivácea y besé su hombro—. El mayor crimen que he cometido.

—Eres un cursi.

—Y sin embargo, te encantan mis bromas tontas.

Carmela puso los ojos en blanco y sonrió, sus hoyuelos creciendo mientras se giraba hacia mí. Echó sus brazos alrededor de mi cuello

y me besó, azotándome con una electricidad que saltaba por todas partes.

Atrapé sus labios con un destello de lengua y dientes. Palpé sus curvas, besando la hendidura bajo su oreja. El calor que abrasaba mis entrañas era insoportable. Se alzó hacia un infierno cuando Carmela agarró mi cintura, provocando el borde de mi polla mientras descendía.

Cerré el agua.

Tropezamos hacia el dormitorio. Cogí una toalla y la sequé hasta que Carmela suavemente la apartó de mis manos y me envolvió con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien te cuidó?

—No necesito...

—Lo sé. No necesitas a nadie —agarró mi barbilla y rozó mis labios—. Por eso me gustas tanto.

Te necesito.

Me besó, cortándome antes de que pudiera pronunciar mi confesión.

Carmela era la vida en mis venas, el fuego en mi alma, y una vez que estuviera embarazada, no me dejaría. Tenía que cerrar el trato.

Me mordió, calmando el dolor con su lengua. Se apartó, ampliando su sonrisa sexy. Sus uñas arañaron mi cuerpo mientras descendía hasta sus rodillas. La sangre se drenó de mi cerebro cuando Carmela palpó mis muslos.

Le agarré el pelo. —¿A qué estás esperando?

—A que me digas cómo lo quieres.

Mi polla se sacudió al verla, desnuda y arrodillada. —No deberías necesitar instrucciones.

Su toque me hizo cosquillas en los testículos antes de agarrar mi miembro, deslizándose arriba y abajo. Acarició, masajeando el reguero de líquido preseminal alrededor del glande. Su piel aterciopelada me provocó hasta que estuve listo para destrozarla. Besó la punta. Me lamió con calor húmedo.

Una sacudida golpeó mi ingle. Balanceé mis caderas y me deslicé a lo largo de su boca. Sus labios se separaron. Me introdujo dentro. Rocé su cuero cabelludo mientras se inclinaba hacia delante. Su estrecho calor me abrazó. Joder, llegó profundo.

Palpité, intentando no correrme como si tuviera dieciocho años y no treinta y cuatro. Controlar las llamas era casi imposible cuando me la metía hasta la garganta, sus ojos fijos en los míos. Se apartó, jadeando.

—Sí, descansa un poco. Eso fue un trabajo duro.

Se rió.

Mi pecho se tensó cuando engulló mi polla. Tracé la longitud de su cuello, subiendo por el delicado arco y bajo su mandíbula. Sus músculos se flexionaron. Era hermoso de ver. Fui seducido por esta Sirena chupadora de pollas, que parecía decidida a drenarme.

—Más despacio. Me harás correrme.

No lo hizo. Carmela trabajó vigorosamente, mostrando esa sonrisa coqueta cada vez que hacía una pausa. Me provocaba con el cosquilleo de su lengua, sus suaves mejillas y su toque, deslizándose arriba y abajo por mis piernas.

Mis dedos se hundieron en su pelo. No soportaba ceder el control. Permitir que me diera placer era más de lo que podía soportar. Le habría follado la cara, pero el deseo se derritió cuando encontré su mirada.

No podía.

Verla en esta posición me desgarraba porque me obligaba a enfrentar mis crímenes. La inocencia brillaba en esos grandes ojos marrones que confiaban en mí. Me lo había dado todo.

¿Y qué le había hecho yo?

La detuve con una mano en sus hombros. Luego la levanté y la arrastré a mi abrazo.

—¿Por qué me has parado?

Nos dirigí hacia la cama. —Porque prefiero hacer esto.

—¿Lo estaba haciendo mal?

—Eres perfecta. Siempre perfecta.

La bajé sobre el colchón. Me deslicé entre sus muslos y entré en ella. Mis labios encontraron los suyos mientras mis caderas se mecían, lento y dulce. Sus piernas ciñeron mi cintura. Suspiró cuando la llené profundamente. Se aferró a mí, pero resistí la tentación de montarla como una bestia.

Quería hacerle el amor.

¿Cuándo fue la última vez que hice esto? En mis primeros veinte, descubrí que me gustaba el fetichismo y nunca miré atrás. Lo vainilla no me hacía nada. Si no estaba dominando a una mujer, me aburría. Pero no me apetecía ser rudo.

Pulsé dentro y fuera, rodando sobre su piel lubricada. Besé su puchero mientras el calor se entretejía en mi pecho. Mi ritmo aumentó, y Carmela se arqueó. Me agarró y me tiró, pero no perdí el control. Sus ojos me exploraron. Preguntas nadaban en su mirada, unas que no respondería.

Aún no.

Nuestro acto de amor alcanzó un crescendo de embestidas rápidas y besos desordenados. El orgasmo de Carmela sacudió su cuerpo. Sus paredes me apretaron, masajeando mi polla hasta que me corrí. Me enterré en ella. Una ola de euforia drenó la fuerza de mis miembros mientras me derramaba en ella.

Carmela presionó su sonrisa en mi mejilla y mordisqueó mi oreja. —Eso fue diferente.

—Vainilla —agarré un mechón de su pelo y lo inhalé.

—¿Y te gustó?

—Por supuesto —besé su cara sonrojada, sorprendido por la genuina preocupación en su voz—. Siempre eres genial.

—Solo quiero que estés satisfecho.

Estaba más que satisfecho.

Estaba enamorado.

VEINTIDÓS

CARMELA

Mi vida era un cuento de hadas.

Las nubes de tormenta se habían disipado, y el horizonte de mi brillante futuro me esperaba. Aguardaba a que regresara el cretino mordaz, pero Michael parecía comprometido a ser el marido perfecto.

Se sentía diferente. Nunca me despertaba sin su mano en mi muslo o cadera. Tardaba más en soltarme cuando me abrazaba, y arrastraba los pies cada vez que tenía que irse, aunque quizás fuera porque cocinaba con más frecuencia. Le horneaba dulces porque devoraba paquetes enteros de galletas compradas, y no quería que comiera porquerías llenas de conservantes.

—Tengo que irme —Michael terminó la galleta de canela y besó las cabezas de los niños—. Hasta luego, pequeños.

—*Espera*. —Sumergí una cuchara en la olla sobre la cocina y se la ofrecí a Michael—. Prueba esto.

Michael dio un sorbo. —¿Qué es? ¿Sopa?

Hice una mueca. —Salsa para espaguetis. No me digas que está aguada.

—Un poco —admitió—. Pero sabe genial.

—He usado demasiadas verduras.

¿De qué otra forma conseguiría que estos niños comieran adecuadamente? No podía creer lo difícil que era hacerles consumir algo que no fuera patata.

—Estará bien. Deja que hierva a fuego lento unas horas.

Michael se detuvo cuando atrapé sus manos, maravillándome del calor que invadía mi interior cuando se inclinó hacia delante, sus labios rozando los míos como plumón de ganso...

—¡Dejad de besaros! —chilló Mariette, mirando a su padre con enfado—. Siempre estáis besándoos. Es asqueroso.

Michael agarró a Mariette y le plantó un sonoro beso en la mejilla. Luego le despeinó la trenza y se marchó.

—Qué asco —murmuró, limpiándose la cara.

Ellos comieron y yo lavé los platos. El timbre sonó mientras limpiaba las encimeras. Tiré el trapo en el fregadero y fui a abrir la puerta, observando al hombre que estaba apoyado en la verja de hierro forjado. Su piel era tan oscura como la mía, y llevaba unos pantalones azul marino ajustados bajo una camiseta negra con cuello en V. Tenía un cabello negro y espeso, y facciones angulosas. Su aire melancólico se derramaba por el jardín. Una expresión de alivio inundó su rostro mientras se enderezaba, haciéndome señas.

—¿Alessio? —Salí fuera, boquiabierta ante lo que debía ser un espejismo—. ¿Qué haces aquí?

Me apresuré hacia la verja y la abrí de un tirón.

Alessio entró, pasándose la mano por sus cabellos color café espresso mientras miraba a través de mí, hacia la mansión. —¿Está Michael aquí?

—No, acabas de perderle. —Mis ojos ardieron cuando Alessio me envolvió en un abrazo feroz—. No puedo creer que estés aquí.

—Mia está en la casa. Larguémonos de aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Carmela, ¿podemos jugar a las veinte preguntas en mi casa? Quiero irme antes de que él aparezca.

—¿Por qué estás siquiera aquí? —Me dirigí al interior, frustrada cuando mi cuñado se quedó en el jardín—. No te quedes ahí. Entra.

—No he venido a perder el tiempo.

Pero metió las manos en los bolsillos y me siguió adentro, con la mirada ampliada recorriendo los retratos en las paredes, los dibujos

de los niños pegados en la nevera, y a mí.

—Leí tu mensaje. No podía creerlo, para ser sincero. Pensé que seguramente alguien había hackeado tu correo, así que pasé las últimas semanas contactando con mis antiguos contactos... y me lo contaron.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, pero fue un error *volver*. Llévate a Mia y marchaos. —Cada segundo que se quedaba les ponía en peligro—. ¡Todavía os están buscando!

—No me iré sin ti.

—Alessio, estoy bien. Estoy respirando y todo. —Me golpeé los costados, odiando su lástima—. No me mires así.

—Cariño, ¡me pediste ayuda!

—¿Qué?

Mi ex prometido me miró boquiabierto como si hubiera sufrido daño cerebral. Frunció el ceño mientras yo me alejaba de su lado, caminando hacia la sala de estar. Ambos niños estaban sentados en el sofá, apuñalando sus iPads. Sus cabezas giraron bruscamente, y Matteo gritó.

—*¡Zio!*

Mariette empujó a su hermano a un lado en su prisa por abalanzarse sobre Alessio, cuya expresión de conmoción no cambió. Parecía estar despertando de una pesadilla terrible. Le dio unas palmaditas en la cabeza a Mariette.

—Hola, cariño.

—¿Dónde has estado, *Zio*?

La mirada de Alessio giró hacia mí, con los ojos muy abiertos. —Tú no lo enviaste. Fue él.

—¿Enviar *qué*?

—¡El puto correo! —Bajó la voz ante el jadeo escandalizado de Mariette—. Tú... *él escribió*... que te obligaron a casarte.

Todo encajó cuando Alessio abrió su móvil y me mostró el mensaje.

Michael me obligó a casarme con él. Ayúdame.

Yo nunca había escrito esas palabras. Me habría hecho el harakiri antes de arrastrar a mi hermana y su marido de vuelta a Boston.

Michael había hecho esto.

Había violado mi privacidad. Había atraído a mi cuñado a una trampa, y lo había hecho sin consultarme. La traición me cortó hasta el hueso. Se me quedó atragantada en la garganta.

—Tienes que irte. Ahora mismo. —Agarré sus brazos y los apreté —. No tienes ni idea de a qué te enfrentas.

—Sí. Tus padres están desaparecidos.

¿Qué? —¡Están en casa!

El rostro de Alessio se arrugó con tristeza. —Desaparecieron hace semanas. Nadie los ha visto ni ha sabido de ellos.

Mi calidez se desvaneció. Las luces parecieron atenuarse. Mi mundo se redujo a un paisaje desolado.

—No. Eso es imposible.

—Carmela, yo estuve allí. El césped está descuidado. Su buzón estaba tan lleno que la oficina de correos dejó de repartir. Han desaparecido —dijo, incrédulo—. ¿No lo sabías?

LIBERARÉ A IGNACIO.

La voz indiferente de Michael me atormentaba durante el rápido trayecto a la mansión de Alessio, los niños charlando todo el camino. No le había dicho a Michael que me había ido y no estaba segura de qué hacer. Apenas podía mantenerme entera, con los hombros temblando, mis jadeos silenciados por la música que Alessio había puesto a todo volumen. Su mirada preocupada me recorrió una vez que aparcamos en su entrada. Escalades negras rodeaban la casa de estilo georgiano-revival, pero toda la seguridad no detendría a Michael.

Alessio subió a Matteo a su cadera mientras caminábamos hacia su casa. Mariette voló a través de la puerta batiente y se lanzó escaleras arriba, donde mi hermana estaba de pie con pantalones

capri blancos y una blusa rosa. Rompí a llorar cuando la morena del tamaño de una pinta corrió a través del jardín. Se estrelló contra mí, con los brazos ciñendo mi cintura en un abrazo de oso. Entramos tambaleando, riendo y llorando mientras Alessio guiaba a los niños.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —Mia me palmeó el hombro como si buscara heridas—. ¿Deberíamos llamar a un médico?

—Estoy bien.

La siguiente media hora se sintió como una repetición de las semanas después de que escapé de mi ex novio, cuando mi cuerpo maltratado era todo lo que veían. Todavía me miraban como algo roto, y me revolvía las entrañas porque no estaba dañada. Había sobrevivido a Nick. Sobreviviría a Michael, pero *esto* dolía como el infierno.

Las uñas manicuradas de Mia se clavaron en mis hombros mientras nos acomodábamos en su sala de juegos, que parecía cubierta por una capa de polvo. —¿Por qué no me lo *dijiste*? ¿Por qué fingiste que todo estaba bien?

—Porque merecías ser feliz.

—¿Y tú? —se preocupó, sujetando mi palma en su diminuta mano—. ¿Crees que me alegra saber que estabas siendo torturada...?

—Michael nunca me puso una mano encima.

Mia intercambió una mirada con Alessio, quien se sentó junto a su esposa. —No importa. Se pasó de la raya.

—Dijo que liberaría a papá si me casaba con él. Pensé que cumpliría su palabra. Supongo que estaba tan desesperada, pero fue tan *estúpido* por mi parte. No puedo creer que confiara en él.

Nunca liberó a mi padre.

Papá probablemente estaba muerto. ¿Y mamá? Quién coño sabía.

La devastación me puso de rodillas. Mis manos golpearon el suelo mientras el dolor se acumulaba en mi garganta, estallando en un grito. Mia se arrojó sobre mí, disolviéndose en lágrimas mientras los llamados a la calma de Alessio eran ignorados.

Mi vida era una mentira.

Me había engañado, y yo había caído, seducida por su encanto y la promesa de un bebé.

¿Cómo podía hacerme esto?

¿Cómo podía ser tan cruel?

Rompí en sollozos fuertes y sin restricciones, el sonido resonando por toda la casa. Mia se aferraba a mí, su gruñido bajo temblando de ira. Nada me calmaba, ni las promesas de Alessio ni el apoyo de mi hermana; no fue hasta que un pequeño cuerpo se presionó contra mi costado que guardé silencio. Unos dedos tocaron mis mejillas mientras una voz suave suplicaba.

—No llores, mamá.

Esa palabra me partió en dos, llenándome del placer más dulce y la agonía más aguda. Michael debió haber animado a Matteo a llamarme así, sabiendo lo que significaría para mí. Me había manipulado desde el principio.

Los quería demasiado.

No podía dejar a Michael sin abandonar a sus hijos.

—Lo siento, cariño. —Me limpié la cara y forcé una sonrisa—. Estoy triste porque hace mucho tiempo que no veo a tu tía. Está bien. Ve a jugar con tu hermana.

Los cálidos ojos de Matteo me llenaron de pena. Eran tan parecidos a los de su padre. Volvió al montón de LEGO y agarró puñados de ellos, rociando a Mariette con bloques de colores.

—Debería mandarle un mensaje a Michael.

—Carm, no deberías volver allí. —Mia miró boquiabierta a Alessio, como si le pidiera orientación—. Te ayudaremos.

—No puedo. Me necesitan.

Alessio y Mia intercambiaron miradas preocupadas. —Sobrevivirán. Tienen un equipo de niñeras.

—Los quiero.

—Encontrarás a alguien más. —Alessio se bajó a sus rodillas, suavizando el tono—. Tendrás tus propios hijos.

—No. No voy a dejarlos.

Un timbre resonó desde el bolsillo de Alessio. Siseó en el receptor, y luego nos enfrentó. —Está aquí.

Suspiré, poniéndome de pie.

—Quédate con nosotros. Tenemos mucho espacio.

—Nunca lo permitirá. —Mi interior se derrumbó cuando la puerta principal crujió, el suelo resonando con su paso juvenil—. Está bien. Me iré.

—No, no está bien —gruñó Mia, agarrando la chaqueta de Alessio —. No puedes dejar que se la lleve.

—¡No puedo impedir que un hombre se lleve a sus hijos!

—No, no puedes.

La cadencia ahumada de Michael pareció absorber todo el aire mientras se paseaba, envenenando la habitación con su presencia. Mi marido examinó a Alessio con el labio curvado.

—Te ves muy bronceado. Supongo que Boca Raton te sentó bien.

La mandíbula de Alessio se tensó. —¿Qué quieres?

—A mi esposa y mis hijos. *Ahora mismo*.

—Deberían quedarse aquí unos días.

—No. Pertenecen conmigo. Deberías prepararte para la llegada de Vinn. Está en camino. —Michael inclinó la cabeza y me dedicó una dulce sonrisa—. *Ven*.

Mia apretó los puños mientras Michael arrastraba a su hija.

—Un placer verte, Mia. Lamento que no pudieras asistir a la boda. Compartiremos las fotos contigo.

Nos siguieron hasta la puerta, el rostro de Mia vívido de miedo.

Alessio agarró la manga de mi marido. —Estás muerto para mí.

Michael se liberó de su agarre. —Historia genial, tío.

VEINTITRÉS

MICHAEL

Los ojos de Carmela echaban chispas.

En cuanto acosté a los niños, se dirigió con paso firme al vestidor. Se bajó la cremallera del vestido y arrojó la delicada tela a un rincón. Se quitó los tacones de una patada, con sus curvas tentadoras totalmente a la vista. Carmela se deslizó los tirantes del sujetador por los hombros. Su mirada ardía con lágrimas contenidas mientras eliminaba cada barrera, y mi miembro se endureció, indiferente a su dolor.

Pero yo no lo era. —¿Qué estás haciendo?

—Dándote lo que quieres.

Carmela apoyó su mano en mi pecho y me empujó, con la fuerza suficiente para hacerme retroceder. No entendía lo que su rabia me provocaba, los peligrosos impulsos que despertaba. —Todo lo que siempre has querido es un cuerpo para usar y una mente para *manipular*.

—Sabes que eso no es cierto.

—Ya no sé quién eres. Solo sé que eres un mentiroso y una vergüenza para tus hijos.

—Por eso me casé *contigo*. Tú eres su brújula moral. —Di un paso atrás, conteniendo mis sentimientos hirvientes—. Carm, todo lo que he hecho ha sido por nosotros.

—¡Te metiste en mi correo electrónico!

—Tenía fuertes sospechas de que mentías cuando te pregunté por tu cuñado. Tu historia era ridículamente endeble. Sí, leí tus correos. ¿Quieres una disculpa? Búscala en otro sitio.

—Que te jodan.

—Mis hijos son más importantes que Alessio, y su ausencia amenazaba su seguridad. ¿Lees las noticias? Está empeorando ahí fuera. En parte porque nos dejó sin sus contactos. No me arrepiento de haber manipulado a Alessio.

—Porque eres un cabrón.

—No estás enfadada porque engañé a *él*. Estás disgustada porque crees que te traicioné a ti. *No lo hice*. Siempre he estado de tu lado.

—¡Violaste mi privacidad!

¿Por qué se obsesionaba con un detalle tan insignificante? —Revisa mis mensajes. Me importa un bledo.

Lancé mi teléfono sobre la alfombra. Esperaba que echara un vistazo a mi móvil, pero negó con la cabeza como si yo fuera peligroso.

—No puedo estar contigo.

Mis entrañas se retorcieron. —¿Por qué?

—Porque no es solo el correo. Mentiste sobre mi padre. Fuiste deshonesto con todo. Me siento estúpida por haber creído en ti. Casarme contigo fue un gran error. Me llevaré a los niños unos días.

—¿Quieres arrancarme el corazón también? No puedo vivir sin ellos.

Y eso la incluía a ella.

—Vete al infierno.

Se ahogó, con sus palabras cargadas de tanta amargura que mi piel hormigueó. Temblaba, con las manos cerradas en puños. Carmela estaba furiosa, y eso me daba esperanza.

Le importaba.

Así que confesé lo último que estaba ocultando.

—Carmela, te quiero.

El color desapareció de su rostro. Agarró una maleta, la puso de lado y la llenó con montones de ropa. De repente, no podía irse lo suficientemente rápido.

—Te quiero.

—*Aléjate*.

No había movido ni un músculo. —¿Por qué?

—Porque me estás asustando. No me quieres, Michael.

—Nunca he sentido esto por *nadie*.

—Eso se llama obsesión.

Estaba equivocada.

La amaba.

La revelación no llegó en un momento digno de Hallmark con confeti y fuegos artificiales. Fue un fuego lento. Su foto era el salvapantallas de mi puto teléfono antes de que me lo admitiera a mí mismo. Ella estaba en mi mente todo el tiempo, y había empezado a pensar cosas locas.

—Es amor.

—No, Michael. Amas lo que he *hecho* por ti.

—¿Por qué no pueden ser ambas cosas?

—Estoy diciendo que no lo es. —Caminaba de un lado a otro del vestidor, con los dientes tan apretados que rechinaban entre sí—. Ese es el problema con los hombres como tú.

—¿Por qué tienes tanta prisa en descartar mis sentimientos?

—El último hombre casi me amó *hasta la muerte*.

—Carmela, yo no soy él. —La vi quedarse inmóvil cuando le tomé la mano—. Te quiero. ¿Qué tengo que hacer para demostrarlo?

—N-no lo sé.

—¿No te demuestro que me importas? ¿No he estado ahí? Te he dado todo lo que has pedido. ¿Qué más necesitas? Dímelo y es tuyo.

—Esto es demasiado intenso. —Manchas de calor ardían en sus mejillas—. Necesito un descanso de ti.

Pero yo no quería un descanso. La quería en mis brazos, en la cama, en el sofá, en mi oficina, en cualquier parte y en todas partes.

—Has encendido un fuego dentro de mí. ¿Cómo se supone que debo apagarlo?

—*Averígualo*.

—Ya lo he hecho. Te quiero.

—Cállate. —Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras negaba con la cabeza—. ¡No me quieres!

—Sí, te quiero. Porque si no fuera así, habría matado a tu padre cuando amenazó con ir tras mis hijos.

—¡Él no haría eso!

—Lo dijo, Carmela. —Me froté el cuello, recordando los últimos comentarios de Ignacio después de nuestra boda—. Estaba dispuesto a dejarlo ir, pero entonces abrió su maldita boca.

—*¿Qué hiciste con mis padres?*

—Los perdoné. *Por ti*. Fui contra mi instinto y el sentido común porque te quiero.

—¿Dónde están?

—En Italia. Están bien. —Suspiré mientras ella temblaba—. Te lo oculté porque me preocupaba que me odiaras.

—Lo hago. ¡Te odio, joder!

Su indiferencia me habría dolido, pero la rabia hizo que mi sangre fluyera.

—Cariño...

Su mano giró, estrellándose contra mi oreja. Mi piel ardió con la brutal bofetada, y Carmela emitió un jadeo horrorizado, retrocediendo hacia el vestidor.

Esto era enfermizo.

No debería.

Agarré su muñeca cuando volvió a balancear el brazo, tirando de ella contra mi pecho. Me incliné hacia delante, mi nariz tocando la suya. Me tragué su susurrado *que te jodan* y reclamé su boca.

Se estremeció cuando mis labios acariciaron los suyos. Jadeó, y profundicé el beso. Mi lengua persiguió su sabor dulce mientras la besaba más fuerte...

Su puño se estrelló contra mi mandíbula.

Retrocedí tambaleándome, aturdido por el dolor inesperado, y luego le agarré la muñeca. La inmovilicé contra la pared, con el corazón martilleando.

No violencia.

—Discúlpate.

—No.

—Discúlpate, o te castigaré.

—Siento que tu educación fuera tan jodida que te convirtió en un ser humano *sádico*. —Su pasión se quebró mientras se deshacía en lágrimas—. Siento haber confiado en ti. Siento haber pensado que podríamos criar a un hijo. Siento haberte visto alguna vez.

Agarré el collar de la estantería y se lo puse alrededor del cuello. Lo abroché antes de que pudiera quitárselo, y luego le susurré al oído.

—Yo no siento nada de esto.

La oscuridad estalló. Todo lo que había construido para contener mis peores impulsos se desmoronó. Todo lo que había encerrado se precipitó hacia Carmela.

La arrastré al colchón. No había nada amoroso en cómo la empujé sobre la cama. Me subí encima de ella. La codicia me había consumido. Enredó sus dedos en mi pelo. No tiró ni empujó. Me observaba con una rabia hirviente que era tan jodidamente excitante.

Inclinó la cabeza, provocándome con un mohín entreabierto. Su piel ardía con el calor del desprecio. —Te odio.

—*Demuéstramelo*. Usa tu boca, no tus palabras.

Carmela agarró mi mandíbula y estrelló sus labios contra los míos. Me quité la chaqueta, y luego la camisa. Mi cinturón golpeó mis pantalones al arrancarlo. Carmela destrozó mi cuerpo mientras cada barrera desaparecía. Mi pecho desnudo se amoldó a sus pechos mientras nos besábamos con besos frenéticos y mordiscos. La sangre se filtró en mi lengua, el sabor metálico mezclándose con su dulce vainilla, un sabor que había corrompido.

Me arañó. Sus uñas se clavaron en mi trasero como pequeñas heridas punzantes de odio. Acepté el dolor. Podía golpearme, arañarme hasta hacerme sangrar o gritar. No importaba.

Siempre la amaría.

Especialmente sus pechos. Los lamí mientras ella gemía. Recorrí con la lengua su pezón. Su agarre se suavizó. Besé entre sus pechos, bajo sus costillas, donde su corazón latía con fuerza, y bajé por su vientre. Separé sus muslos, deslizando los dedos a lo largo de su hendidura. Jugué con ella mientras permanecía inmóvil, con los puños clavados en las sábanas.

—¿Ahora me deseas?

—*Cállate*.

Su insolencia envió una ola ardiente por mi columna. Merecía tener la marca de mi mano grabada permanentemente en sus nalgas, así que la volteé y le agarré el pelo. Tiré de los mechones, obligándola a arquearse. Luego, estampé mi palma en su trasero.

Se giró, con las mejillas ardiendo. —¿Qué coño estás haciendo?

—Disciplinando a mi esposa.

Carmela se liberó bruscamente. Agarré sus muñecas y las inmovilicé sobre los hoyuelos de su espalda. Se retorció, inmovilizada por mi peso. —¡Quítate!

—¿Qué te dije la noche después de nuestra boda? —Le di una palmada en el trasero, saboreando su rubor rosado—. Dime la regla que rompiste.

—¡Nada de violencia!

—Estarás tan sensible que no podrás sentarte durante horas.

Carmela se estremeció con cada golpe, su boca crispándose cuando pellizcaba y acariciaba la zona ardiente. Gimió. No tardó mucho en que su piel olivácea se sonrojara. Me deslicé arriba y abajo por sus gruesas curvas. El jadeo de Carmela se fundió en un suspiro.

—Tendrás un bonito recordatorio durante unos días —siseé en su oído—. Cada vez que veas mi mano, recuerda lo que sucede cuando me desobedeces.

La expresión de Carmela estaba aturdida cuando la volteé y me acomodé entre sus muslos. Arrastré mi miembro por su clítoris, deslizándome en su humedad. Empujé sus piernas sobre mis hombros y me incliné. Me introduje en ella, con fuerza. Su respiración se entrecortó mientras me anclaba.

—Que te jodan.

—Eso es lo que estoy haciendo. Estoy follando el odio que sientes hacia mí. —Salí y me hundí profundamente, y ella jadeó—. Ódiame. Pelea conmigo. No importa. Siempre te amaré.

Su gruñido se profundizó en un gemido rico. —Te odio.

Y sin embargo, seguía atrayéndome más cerca, gimiendo, persiguiéndome con sus suaves labios. Me odiaba, pero no podía tener suficiente de mí. Se acurrucaba conmigo en el sofá, en la cama, en todas partes. Su influencia había enriquecido la vida de mis hijos. Hacía tantas cosas para que la amara.

Así que lo hice.

¿Cómo podía ser eso una sorpresa?

Agarrando su garganta, apreté mientras su corazón martilleaba. Mi boca chocó contra la suya. La embestí con fuerza, mis empujones la empujaban hacia atrás. Se deslizó por mis brazos, atacándome con besos. Mordió mi hombro. Su lengua humedeció el escozor.

Sujeté sus caderas y arremetí contra ella. Luego mi miembro se contrajo, y un grito brotó de mí. Mis extremidades temblaron. La euforia enredó mi cuerpo, tan rápida como el alcohol corriendo por las venas. Besé las lágrimas que se deslizaban por su mejilla mientras pulsaba adelante y atrás.

Carmela estaba cerca. Se balanceaba, encontrándose con mis embestidas. Sus cejas se fruncieron mientras se aferraba a mí. Clavó sus uñas en mí, con los dientes apretados. Hizo un sonido frustrado y agarró mi cuello.

Le di un beso de Príncipe Azul. Carmela respondió a mis suaves caricias con una pasión furiosa. Arañó mis costillas, convulsionando alrededor de mi miembro. Espasmos ondularon por su rostro, como ondas de choque de placer.

—Te quiero.

Sus ojos seguían velados de dolor. —Deja de decir eso.

—Seguiré repitiéndolo hasta que se meta en tu cabeza dura.

Carmela se separó de mi lado. Se bajó de la cama, agarró una bata y me lanzó una mirada temerosa antes de salir corriendo. Sus pies descalzos golpearon la madera mientras desaparecía en otra habitación. El cerrojo se deslizó en su sitio.

No la perseguí. Llevaría tiempo recuperar su confianza.

Quería que ella lo tuviera todo.

Pero tenía que ser conmigo.

VEINTICUATRO

CARMELA

Te quiero.

Cada vez que la calidez de esas palabras me invadía, se me cerraba la garganta. Me quedaba paralizada. Mi cuerpo se tensaba por el pánico. Michael seguía con su vida como si nada hubiera cambiado, pero para mí todo era diferente.

Te quiero.

Esta era mi peor pesadilla.

El amor de Nick casi me había destruido. ¿Qué haría el de Michael?

De alguna manera, había olvidado que la verja de hierro forjado de Michael no era una utopía de valla blanca. Se había sentido como un hogar. Había empezado a apreciar sus sillones de cuero y sus sofás gris acero. Las paredes ya no eran tan frías después de que hubiera pegado las pinturas de los niños por todas partes. Mis coloridas mantas habían alegrado el lugar, y una vez que sustituí las piezas que odiaba por muebles más suaves y femeninos, me había sentido cómoda.

No le vi mucho durante los días siguientes. El regreso de Alessio tuvo consecuencias. Había funcionarios del ayuntamiento que cortejar, gánsteres que controlar y un público rebelde al que tranquilizar. La máquina de relaciones públicas de Alessio necesitaba tiempo para trabajar.

Pasé horas con mis padres, que habían regresado de Italia. Tener a todos en casa era agradable, pero la tensión subyacente me impedía relajarme. Le había contado a mi padre y a Alessio sobre el regreso de Crash a mi vida. Estaban disgustados, especialmente mi padre. Papá se derrumbó en lágrimas. Alessio golpeó la pared con el puño, destrozando un marco de fotos.

Yo no sentía nada más que una vaga molestia. Ya era bastante difícil procesar lo que había ocurrido sin tener que lidiar con los sentimientos de los demás, así que vagué por la casa hasta que les oí discutir con voces cada vez más altas.

Alessio estaba de pie con la espalda contra la estantería, sus ojos negros fuertemente cerrados. —No pensé que Vinn iría tras mi familia. Me *equivoqué*. Lo siento.

Papá negó con su cabeza canosa. —La has cagado, chico.

—Lo sé —Alessio se dejó caer en una silla, frotándose la cara—. Mia y yo queríamos salir de esto.

—Eso es un sueño imposible. Ya no tienes una figura paterna porque está encerrado, así que te daré un consejo. Espabila. Tienes una familia.

—Estaba intentando hacerla feliz...

—Mi hija es una chica joven. Pero tú? Tú lo sabías mejor, maldito *idiota*.

Me quedé boquiabierta mirando a papá.

Alessio le fulminó con la mirada. —Tienes razón.

No había resentimiento en sus palabras, solo resignación.

Papá hizo un sonido despectivo y salió furioso de la habitación. Las paredes temblaron cuando una puerta distante se cerró de golpe. Alessio miraba al suelo, lo que me dejó en la incómoda posición de tener que consolar a mi ex.

Nos habíamos odiado, pero había recorrido un largo camino desde aquel gánster enfadado que solía ser mi prometido. Su amor y devoción por mi hermana habían cambiado mi percepción.

—Todo irá bien —le apreté el hombro—. Mia lo superará. No es tonta. Sabe que no puedes simplemente dejarlo.

—Es una soñadora —dijo, con la aspereza suavizada en su voz—. Decirle a alguien que renuncie a su final feliz es duro. Siempre habrá una crisis.

—No tiene por qué abandonar toda esperanza. Una vez que se asiente, se dará cuenta de que criar a un niño rodeada de familia es mejor que hacerlo sola en Florida.

—Sí, si no fuera por la violencia constante —negó con la cabeza, como deshaciéndose de los recuerdos—. No importa. He vuelto. Si pudieras hacerme un favor y visitar a Mia, yo... *mierda*.

—¿Qué?

Alessio se acercó a la ventana, fulminando con la mirada al Audi que se detenía junto a la acera. —*Michael*.

Una oleada de ira me recorrió. —No debería estar aquí.

—¿Esperabas que te hiciera caso?

—Te veo luego.

Alessio gruñó mientras observaba la calle.

Salí de la casa arrastrando los pies, sin molestarme en buscar a mi padre. Probablemente estaba bebiendo copiosamente, y mamá estaba ocupada en la cocina, preparando un festín para personas que parecían poco predispuestas a coexistir.

Michael paseaba por el camino de entrada, su mirada encapuchada suavizándose al posarse en mí. Me apretó contra su pecho de cachemira. Entonces vio a Alessio y me clavó los dedos en los hombros. Me tomó la cara entre las manos y me besó. Fue un beso duro y posesivo, la presión dolorosa llenándome de calor. Su mano bajó por mi columna hasta posarse en mi trasero.

Actuaba tanto como Nick.

Me asustaba.

—Se supone que debes mantenerte alejado de mis padres.

—No puedo tener suficiente de ti —Michael rodeó mi cintura con el brazo mientras nos dirigíamos hacia su coche. No dejaba de mirar a Alessio, y luego le hizo un corte de mangas.

—Michael, *para*.

—Estoy bromeando —la sonrisa de Michael vaciló mientras abría la puerta del copiloto—. No puedo evitar sentirme un poco celoso. Ese hombre estuvo comprometido contigo.

—No le importaba nada.

Michael hizo un sonido de duda.

—Éramos la peor pareja. Nos odiábamos —me acomodé en el asiento de cuero, estremeciéndome ante la idea de tener a Alessio como marido—. Está bien, pero no me gustaría vivir con él.

Michael se hundió en el asiento del conductor, jugueteando con la llave. —No es asunto mío, pero...

—No, no me acosté con él.

—No era eso lo que iba a preguntar. ¿Cuál fue tu reacción cuando se casó con tu hermana?

—Preocupación. Pensé que era un maltratador —la ironía de eso nunca dejaba de clavarse en mis costillas—. Nunca le quise. No es mi tipo.

—¿Y cuál es?

Las comedias románticas que había devorado me habían hecho creer que mi hombre ideal sería alguien amable, divertido y romántico. ¿Y qué había elegido? Psicótico. Dañado. *Obsesivo*.

Michael arrancó el coche, sonriendo. Me apretó el muslo mientras nos alejábamos de la acera. —Bueno, tú eres mi tipo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Te lo diría más a menudo si no me miraras con el ceño fruncido, pero eres una mujer preciosa. Alessio tiene ojos. Debe de haberse arrepentido de dejarte escapar.

—Michael, no le gustaba. Una vez que me encontró con Nick, se marchó... —dejé de hablar, pero el daño ya estaba hecho.

—¿Qué? —Michael pisó el freno y giró la cabeza—. ¿Te encontró?

Mierda.

—¿Qué quieres decir con que *te encontró*?

—Nada —hice un gesto con la mano, con el corazón martilleándome—. Olvídalo.

Michael se detuvo en una calle residencial, dedicándome toda su atención. —Quiero oír esto.

—Prefiero no hablar de ello.

—Lo harás —sus palabras palpitaban con ira contenida—. Ahora mismo.

El motor se silenció cuando Michael giró las llaves. Me mordí el labio mientras su mirada me taladraba la piel.

—Hoy, Carmela.

—Vale. Alessio me encontró con Nick, aproximadamente un mes después de que me fugara.

Me miró boquiabierto. —¿Estás *de broma*?

—No. Le supliqué que se fuera, así que lo hizo.

—Te encontró en un club. Con Crash. No puedes hablar en serio.

—Le dije que se fuera, Michael.

—Me importa una mierda. Te dejó allí. *Sola* —la voz de Michael casi desapareció—. Esto me da asco.

—¿Por qué?

—Debería haberse dado cuenta de lo que te ocurriría. Lo sabía perfectamente —el tono de Michael se agrió—. El muy cabrón fue tras tu hermana. ¡Ese hijo de puta!

—Michael, *para*. Nunca te contaré nada si vas a reaccionar así.

—Lo siento.

Michael rebajó la agresividad y me apretó la mano. Dijo poco durante el trayecto. Una vez que llegamos a casa, arrojó las llaves sobre la encimera.

—¿Qué te pasa?

—Nada —dijo sin expresión, pero sus manos se cerraron en puños—. Estoy bien.

Vale.

Me dirigí a nuestro dormitorio, y los suaves pasos de Michael me siguieron. Llevaba una caja. —Compré un test ya que mencionaste que te sentías indispuesta.

—Eso fue solo un día —se me tensó la garganta—. ¿Quieres que me haga esto?

—No tienes por qué, pero ¿no sientes curiosidad?

Claro que sí.

Lo abrí de un tirón y me metí en el baño. Michael atrapó la puerta antes de que se cerrara. Se quedó allí, como una sombra. Su expresión era pensativa mientras yo orinaba en el palito.

—Bueno, ¿qué dice?

—Aún no lo sé —la electricidad recorrió mi piel mientras tiraba de la cadena y lo dejaba junto al lavabo—. Nunca he hecho esto antes.

—Yo tampoco —Michael se encogió de hombros—. Ambos niños fueron... accidentes felices.

—¿No aprendiste la primera vez?

—Me gusta ser padre. Nunca estuve en contra de tener más —Michael se sentó en la bañera, dedicándome una sonrisa maliciosa—. Y sigo sin estarlo.

—¿Y si dice que sí?

La posibilidad era real, y ahora el miedo se mezclaba con la emoción. No habría escapatoria de Michael una vez que estuviera embarazada. Estaría aún más pendiente de mí de lo que ya estaba.

Michael se inclinó hacia delante. —Concertamos una cita con el médico, averiguamos de cuánto estás y empezamos a discutir sobre nombres para el bebé.

—Estoy enfadada contigo, Michael. No lo olvides. Tienes mucha suerte de que mis padres estén sanos y salvos. Si les hubiera pasado algo, te habría pedido el divorcio.

—Buena suerte encontrando un abogado que lleve tu caso —bromeó, deslizando la mirada hacia el test—. ¿Qué dice?

Se me hundió el estómago al leerlo. La decepción brotó en mi interior, la amargura arañándome la garganta.

Una línea.

No embarazada.

VEINTICINCO

MICHAEL

Necesitaba a Crash muerto.

Era solo cuestión de tiempo antes de que Carmela se quedara embarazada. Una vez que eso ocurriera, nunca dormiría con los dos ojos cerrados. Mis incansables esfuerzos por encontrar al tipo no habían llegado a ninguna parte, así que regresé rápidamente a casa de Ignacio. El Lexus de Alessio seguía aparcado en la entrada de Ignacio.

Bien.

Me tocaba hablar con mi nuevo pariente político. Verlos a través de esa ventana me había provocado una desagradable impresión. Confiaba en mi esposa, pero no podía ignorar que tenían una historia, por breve y sin amor que fuera.

Mi puño aporreó la puerta.

Ignacio respondió en pantalones de chándal y una camisa de punto, bebiendo un cóctel. No parecía importarle que su captor estuviera en su puerta.

—*¿Qué quieres?*

—Solo charlar.

Ignacio gruñó con fastidio y retrocedió hacia su mansión, su mirada insolente deslizándose de mí como si fuera un molesto gato callejero. No miró para ver si le seguía. Entró tranquilamente, haciendo señas a su esposa.

Ella me sonrió radiante. —¡Hola, Michael!

María tenía la figura de Carmela, pero la inocencia de ojos grandes de Mia. Me besó las mejillas. Claramente, no tenía idea de que yo había torturado a su marido. Ignacio le había contado una historia falsa para explicar su desaparición. Yo estaba presente cuando la llamó. Pensé que era un idiota por desperdiciar una llamada telefónica.

Ahora lo entendía.

La amaba. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo, incluso ofrecer su casa a tipos como yo. Si no hubiera asesinado a mi hermano, habría admirado a este hombre. Carmela había heredado su valentía. Esperaba que ella la transmitiera a mis futuros hijos.

Ignacio deslizó un brazo alrededor de mis hombros y sonrió. —María, ¿puedes traernos algo de comer?

Hice un gesto negando. —No te molestes.

—No es molestia.

María revoloteaba de los armarios a la nevera, trayendo esto y aquello mientras su marido me conducía al comedor. Era igual que mi madre, amable con los invitados e insistente con las ofertas de comida.

—¿Qué ocurre? —Ignacio bebió, acomodándose en su silla—. ¿Has venido a tocarme las narices con mi otro inútil yerno?

—Yo no soy inútil.

—¿Qué has hecho aparte de *intentar* hacer mi vida miserable?

—Te di unas vacaciones en mi villa toscana en lugar de unas permanentes con Jesús.

Se rió amargamente.

—Estoy aquí para hablar de Crash.

La expresión de Ignacio se oscureció hasta el negro de medianoche mientras María dejaba los aperitivos. —¿Por qué?

—Quiero saber todo sobre él.

—De nuevo. *¿Por qué?*

—Me estoy ocupando de él.

Ignacio resopló. —¿Esperas que me crea eso?

—No me importa si lo haces. Es lo que voy a hacer.

Se hundió en su silla de respaldo de mimbre, ofreciendo una vaga sonrisa a María, quien desapareció en la cocina. —Mátalo, y serás mi yerno favorito. Todo quedará perdonado.

—Hago esto por ella, no por ti. Se merece justicia.

—Vaya. —Ignacio comió de la tabla de embutidos, sonriendo—. Quizás no seas un capullo inútil.

—Tienes una boca muy sucia, Naz.

—No te tengo miedo.

Obviamente. —¿Y eso por qué?

—Porque eres puro ladrido.

—¿Cuántas veces te he golpeado?

Ignacio me ofreció prosciutto, que rechacé. —Si me quisieras muerto, estaría en un agujero. En cambio, me enviaste a Italia para engordarme y emborracharme.

Ignacio se rió, y eso envolvió mi cuerpo en fuego. Me agarró la muñeca y tiró antes de que me levantara. —Te estoy tomando el pelo, Mike.

—No me llames *Mike*. —Así me llamaba mi hermano, y no soportaba que él lo hiciera—. Estoy aquí para hablar de Crash.

—Te mandaré por mensaje toda la información que tengo. No es mucho. Los investigadores privados que contraté no consiguieron nada útil, y Carm me hizo despedirlos.

Podría haber gritado.

Todo lo que tenía que hacer era vigilar a Carmela, y habrían encontrado a Crash hace meses. Me entristecía pensar en cómo había sufrido, poniendo una sonrisa valiente para todos mientras ese capullo la aterrorizaba.

Ignacio levantó la ceja cuando rechacé un cornetto.

—No, gracias. No voy a comer aquí en la próxima década. —Recogí mi abrigo—. Avísame si se te ocurre algo más.

De camino a la salida, María me asaltó con sobras. Las rechacé cinco veces antes de que me metiera ziti en las manos. La mujer era insistente. La corpulenta figura de Alessio se deslizó en el pasillo. Me lanzó una mirada significativa y señaló hacia fuera. Nos despedimos

de los Ricci. María ignoró la negativa de Alessio a llevarse ziti. Luego nos quedamos en el aire fresco, sosteniendo nuestros recipientes Tupperware.

Alessio me encaró, sus rasgos pétreos endureciéndose. Era como una nube oscura. Su mirada lanzaba relámpagos como si le hubiera enseñado mi polla.

—¿Estás enfadado porque me casé con tu ex?

Estuvo en silencio tanto tiempo que me puso la piel de gallina. —Estoy cabreado porque estás jugando con mi familia. Carmela se merece algo mejor.

—Yo soy mejor que tú.

Le guiñé un ojo y me dirigí a mi coche, sonriendo cuando sus pasos rasparon el pavimento detrás de mí.

—Michael, ¿por qué te casaste con ella?

—No te debo ninguna explicación. —Me reí cuando abrí la puerta del coche, y él la cerró de golpe—. ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? No estás en posición de hacer nada excepto lo que yo quiera, así que vete a la mierda.

Me agarró del hombro. —Déjala ir.

—Carmela ya no es asunto tuyo. —Me zafé de su agarre y tiré el ziti en una papelera—. Es mía.

—La obligaste a este matrimonio. Ya ha pasado por suficiente horror.

—¿De quién es la culpa?

Los ojos de Alessio se cerraron como persianas en ventanas. —Nunca le hice daño.

—No te importaba. La dejaste por *muerta*.

Esperaba que lo negara, pero Alessio se pasó la mano por el pelo, algo que hacía cuando estaba abrumado.

—La abandonaste con ese motero de mierda.

—Ella quería quedarse con él, Mike.

No podía mirarlo igual nunca más, no después de enamorarme de Carmela. —La dejaste sola en un club de moteros. ¿Qué pensabas que iba a pasar?

—No tenía idea de que fuera peligroso.

—Deja de mentir. —Le empujé el pecho, haciéndole retroceder varios pasos—. Querías a la más joven.

—Cuidado, Mike. No querrás decir algo de lo que te arrepientas.

—¿Por qué, volverás a largarte?

Puso el recipiente sobre el capó de mi coche. —Ella no me lo tiene en cuenta, ¿por qué lo haces tú?

—¡Porque te quedaste mirando mientras ese lunático la violaba! Se ha convertido en un gran problema porque tú no actuaste. Dios mío, no eres el tipo que yo pensaba.

—Tú tampoco. Has perdido el rumbo.

—¿Qué quieres decir?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. —Alessio levantó la barbilla, sonando inexpresivo—. Es mejor que no vengas más por aquí.

Un borde afilado me cortó por dentro, pero no podía perdonar a Alessio.

Lo miraba y veía a un *cobarde*.

Buen viaje. —Tú y yo hemos terminado, pero seguiré visitando a mi suegro.

Abrí la puerta de golpe y me hundí en el asiento. Alessio no se había movido de su sitio. Miraba al frente, con las facciones congeladas.

—Cuidado con los pies, gilipollas.

Arranqué el coche y me marché. El recipiente de plástico salió volando del techo y se estrelló, derramando ziti por la carretera.

Que le den.

El psicótico ex de mi esposa merodeaba por las calles porque Alessio la había cagado. Debería haber acabado con la vida de Crash. En su lugar, se fugó con la *hermana* alegando que era amor. Increíble.

Mi teléfono sonó cuando me acercaba a nuestra entrada. —¿Sí?

La voz frenética de Vinn resonó por el altavoz. —Han secuestrado a Anthony.

VEINTISÉIS

MICHAEL

Lo secuestraron mientras paseaba a su perro. Encontraron a su Husky tirado en una zanja, muerto de un solo disparo. Anthony había despedido a sus guardaespaldas. Todo lo que tuvieron que hacer fue agarrarlo.

Cubetas de dulces envueltos en papel blanco llenaban el almacén de la tienda de golosinas, que usábamos para reuniones. Metí la mano en un recipiente metálico y agarré unos cuantos, arrancando el papel. El azúcar rico cubrió mi lengua.

Vinn estaba sentado a la mesa, con la piel drenada de color, sus ojos sin vida. Su mirada negra como la pez se desvió hacia mí, sus iris tan oscuros que se mezclaban con sus pupilas.

—Estamos jodidos, Mike.

No era propio de él entrar en pánico. —No podemos obsesionarnos con las consecuencias.

—El tío Nico nos matará. ¡Su hijo! Su único hijo fue secuestrado bajo *mi vigilancia*.

—Sí, es grave.

—Estamos acabados —Vinn apartó su silla de una patada, furioso —. ¡No voy a morir por ese yonqui!

Fue una suerte que hubiera enviado a todos fuera de la habitación.

Vinn agarró el escritorio y lo lanzó contra un estante. Los caramelos de taffy salado se derramaron por el suelo. Desenvainó su

cuchillo Ka-Bar y apuñaló el cojín hasta que el relleno se derramó por los cortes, y luego arrojó la silla contra otro estante, tirando latas de las baldas con un estruendo enorme.

—Todo saldrá bien, colega.

—No, no saldrá —Se giró hacia mí, todavía con el cuchillo en la mano—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Vamos a recuperar a Anthony.

La esperanza brilló en el rostro de Vinn antes de morir en un desastre horrible. —Quien haya hecho esto está sacándole el corazón a Anthony mientras hablamos.

—No creo.

—Eres demasiado optimista.

—Mataron a Comet. ¿Por qué no disparar también a Anthony? —Desenvolví un caramelo y me lo metí en la boca—. Si fuera un asesinato, no se lo habrían llevado.

—¿Por qué no nos han contactado con sus exigencias?

—Lo harán. Confía en mí. ¿Tenemos algún testigo?

—Solo uno —Vinn se frotó la frente—. Su vecino dijo que todos iban vestidos de negro. Llegaron en un SUV. Dispararon al perro. Lo agarraron. Se fueron.

—¿Dónde diablos estaban sus guardaespaldas? —Alessio se separó de la pared y descruzó los brazos—. ¿O también la cagasteis en eso, idiotas?

Revisé mi móvil, comprobando si tenía llamadas perdidas. —El imbécil los despide todo el tiempo.

Alessio se pasó la mano por su melena de ébano, maldiciendo. —Contactaré con el juez Gilstrap para conseguir las grabaciones de las cámaras de su calle. Alguien tendrá que decírselo a Nico.

Nadie quería ese trabajo.

La mano de Alessio tembló mientras pasaba el pulgar por su lista de contactos.

Vinn hizo una mueca. —Le llamaré yo.

—No. Dejadme que lo maneje yo —Alessio soltó un suspiro—. Lo aceptará mejor si viene de mí, pero deberíamos tener más

información para él además de «han secuestrado a tu hijo y no tenemos ni idea de dónde está».

—Deberíamos mantenernos ocultos por un tiempo. Alojarnos en un hotel y cambiar de habitación constantemente —Necesitaba ir a por los niños, *joder*—. Llamaré a nuestra gente en la cárcel. Nico necesitará más músculo.

Un puño golpeó la puerta, y Alessio dejó entrar a Vitale. Se acercó a mí, desbloqueando su teléfono. —Tenemos una situación.

Una imagen grotesca apareció en la pantalla. Una mujer desnuda acurrucada sobre la hierba, con las briznas enredadas en su largo cabello negro. Marcas de ligaduras rodeaban sus muñecas y cuello. Sus ojos vidriosos miraban al cielo.

Elena.

Una chica de Sanctum, y la prostituta más feliz que jamás había conocido. Horneaba galletas para todos en Navidad. Habíamos tonteado un par de veces. Elena era una de las pocas chicas que no se pegaban como lapas. Era agradable.

Ahora estaba muerta.

Miré su abdomen. Una daga sobresalía de sus costillas, con una nota.

TENGO A VUESTRO PRÍNCIPE.
DEVUÉLVEME A ELLA.

El aire desapareció de mi pecho.

—La encontraron en el aparcamiento de Sanctum —Vitale deslizó el pulgar, mostrando vistas adicionales del cadáver—. Nos hemos encargado de ella.

Vinn se acercó a mi lado. —Supongo que entiendes qué significa esto.

Enfermo de mierda. —Sí. Es un mensaje para mí, de Crash.

Un tintineo de cristal llamó mi atención hacia Alessio, que había dejado caer su móvil. La pantalla se había astillado en pedazos.

—Quiere a mi mujer —expliqué, mirando a Vinn—. Debe haber secuestrado a Anthony esperando un intercambio. Lo importante aquí es que Anthony está vivo.

Vinn amplió la fotografía. —Necesitamos tender una trampa.

Mi garganta se tensó. —No voy a involucrar a Carmela.

—No estoy sugiriendo eso —Vinn señaló a Alessio, que le fulminó con la mirada—. Enviamos un correo electrónico de Carmela al psicópata.

—Podría funcionar —murmuró Alessio—. Está como una cabra.

—Pero no es *estúpido* —Negué con la cabeza—. Buscaremos el club de Rage Machine. Triplicaremos la recompensa por información. No involucraremos a mi maldita esposa.

—¿Y si solo...

—*No*. Ella no puede enterarse de esto —Mi mirada pasó de Alessio a Vinn—. No vamos a meter a Carmela en esto.

—Estoy de acuerdo. La familia está fuera de límites —murmuró Alessio con un atisbo de desdén—. Me encargaré de lo que hablamos.

Se fue, cerrando la puerta de golpe.

—Anthony nunca sobrevivirá a esto —La mirada vacía de Vinn recorrió el desastre—. Incluso si lo sacamos, nunca será el mismo.

Pues qué mala suerte.

Yo la mantendría a salvo. Aunque eso significara que Anthony tuviera que ser el sacrificio.

VEINTISIETE

CARMELA

Matteo corría vueltas alrededor de la mesa de café.

Tropecé cuando chocó contra mis rodillas, trastornando el plato lleno de sándwiches de pepino y salami. Gemí cuando uno se deslizó por el borde y golpeó el suelo.

Me hundí en el sofá azul acero en forma de L mientras Matteo recorría el salón a toda velocidad. —Teo, cálmate.

—¡No!

Limpié el desastre y pasé los aperitivos a Mariette, que fulminó a Matteo con la mirada. —Cariño, no veremos la película hasta que te sientes.

Matteo chocó contra la mesa, tirando las palomitas.

Mariette lo miró con desprecio. —Eres un cabezahueca.

—¡Tu cara es un culo! —chilló él, con los ojos llenándose de lágrimas.

Una lluvia blanca cayó sobre la cabeza de Matteo mientras ella le arrojaba puñados del cuenco. Él se lanzó. Forcejearon, Mariette sometiendo a Matteo en una llave de cabeza.

Les lancé un cojín. —Mariette.

Soltó a Matteo, que hurgó entre los cojines buscando palomitas caídas y se las metió en la boca.

Le agarré la mano. —Teo, no comas palomitas del sofá.

—¡Pon la película! —rugió Mariette, rebotando en el cojín—. ¿Viene papá?

—No estoy segura. —Fruncí el ceño, mirando en dirección al despacho—. Iré a por él. Mariette, vigila a tu hermano.

Había visto muy poco a Michael. Cuando estaba en casa, se encerraba en el despacho todo el día. Rechazaba las comidas. Se quedaba mirando al vacío, con la mandíbula tensa en una tensión que seguía creciendo.

Mi vida nunca sería perfecta.

Me di cuenta en casa de Mia cuando la sonrisa dentuda de Anthony Costa apareció en las noticias de la noche. Su desaparición había consumido las vidas de nuestros maridos; habían dejado temporalmente a un lado su enemistad para trabajar juntos. Michael había desviado el tema del secuestro de Anthony como hacía con todos los asuntos de los Costa. *Todo estaba bajo control*.

Nunca lo estaba.

Crecí rodeada de violencia. Mia y yo habíamos asistido a tantos entierros que tratábamos a los directores de funerarias por su nombre de pila. Mi padre disparó a un hombre en la nuca en nuestro patio trasero. ¿Por qué pensé que podría tener dos hijos y un marido cariñoso y comprensivo que *no* fuera homicida?

Cogí un sándwich y entré en una habitación con suelo blanco y paredes de hormigón. Una estantería empotrada ocupaba el lado izquierdo. Su escritorio estaba en el centro.

Michael descansaba en un sillón de cuero, con una camisa negra sin mangas sobre unos vaqueros oscuros. Nunca le había visto con tejanos. Le quedaban bien. La forma en que los pantalones se adherían a sus muslos me provocó una punzada de calor en el pecho. Sus trajes le estilizaban, pero estos le hacían parecer un futbolista.

Llamé a la puerta. —Es noche de película. Los niños preguntan por ti.

—Empezad sin mí.

Su tono me hizo dudar. Últimamente, sonaba tan cargado. Era como si exhalara plomo. Fruncía el ceño mirando al escritorio. Tenía la barba descuidada.

—Te he traído algo para picar. —Deslicé el plato sobre el escritorio.

Sus labios se curvaron en una breve sonrisa. —Gracias.

Michael apenas lo miró, lo que hizo sonar mis alarmas.

Tomé su hombro. —¿Qué te pasa?

Me miró la mano y luego la cara. —¿Por qué tiene que pasarme algo?

—Porque cuando los tíos rechazan la comida, es porque el mundo está en llamas.

—No todos los hombres somos iguales.

—¿Estás bien?

—Pensando en Anthony. —Michael jugueteó con el sándwich. Tomó un bocado y lo dejó.

—¿Tenéis alguna pista?

—No realmente.

No conocía bien a Anthony, pero esperaba que estuviera bien. Parecía problemático pero inofensivo. —¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Pareces disgustado.

—Estoy preocupado, pero por lo demás estoy genial. Estoy contento con mi vida. —Me tomó la muñeca, atrayéndome más cerca—. ¿Tú no?

Era una pregunta complicada.

—No mientras secuestran a hijos de jefes.

—Olvídate de él. *¿Eres feliz?*

No debería serlo, pero mi respuesta sincera era sí. Guardarle rencor parecía mezquino, considerando los hechos. Ya le había perdonado en mi corazón. —Me gustaría ver más a menudo a mis padres y a mi hermana.

Miró al suelo con enfado. —Pues hazlo. Pero no esperes que te acompañe.

—¿Por qué?

—Porque ellos me odian, y yo los odio a ellos.

—¿Qué tienes contra Mia?

—Nada. Es con Alessio con quien tengo un problema. —Se amargó, mirando furioso su escritorio—. Es un cobarde. Te dejó morir.

—Creía que era tu mejor amigo.

—Ya no.

El brazo de Michael me rodeó la cintura y me atrajo a su regazo. El calor me subió a la cara mientras me sujetaba con fuerza, su ira vibrando a través de mi espalda.

—Es un capullo. Te abandonó con ese monstruo. —La devastación brilló en sus ojos color bourbon—. No le importaron una mierda las consecuencias. Simplemente te dejó allí.

—Estás siendo muy duro. Le dije que estaba a salvo.

—No lo estabas, y él lo sabía mejor. Si hubieras sido mi prometida, nunca habría hecho eso.

Sinceramente, no sentía ninguna animosidad hacia Alessio. Nos obligaron a un compromiso que no queríamos, y yo le había abandonado. Me había enamorado de otro hombre. No tenía ningún deseo de que Alessio me persiguiera.

Pero las llamas lamían mi cuerpo cuando era Michael.

Le besé. Michael se tensó y luego se fundió en mí. Las chispas bailaron por mi piel mientras sus dedos jugueteaban con mi cintura. Me deslizó sobre el escritorio. Su contacto navegó por debajo de mi vestido, y me besó con caricias largas y tortuosas que me recordaron cuánto me gustaba estar desnuda con él. Había pasado una eternidad... joder... casi una semana.

—¿Vamos a ver la película o estáis besándoos toda la noche? —La voz seca de Mariette interrumpió la sala.

Nos separamos de un salto cuando Mariette se cruzó de brazos. Michael se rio mientras me subía los tirantes sobre los hombros hormigueantes. Luego tomó mi mano, y nos dirigimos al salón cubierto de palomitas. Quitó los granos del sofá antes de sentarnos juntos. Matteo se zambulló en el hueco de su brazo.

Estaba oscuro y tranquilo. Los latidos de Michael pulsaban en mi espalda. El ritmo de su respiración me arrulló hasta que cerré los

ojos. Me hundí en el olvido mientras él me acariciaba la sien y susurraba palabras que aceleraron mi corazón.

—Te quiero.

TODAVÍA QUERÍA UN BEBÉ.

El deseo se convirtió en una obsesión en toda regla para cuando salí de casa de Mia y llegué a nuestra tranquila calle bordeada de robles. Me había golpeado con fuerza mientras jugaba con mi sobrina de catorce meses, que había empezado a caminar.

Las burbujas casi habían desaparecido. Un aroma floral saturaba el agua tibia. El calor me lamía el cuello mientras el jabón chisporroteaba. Había desaparecido en nuestro baño, esperando que él lo notara.

No esperé mucho.

En cuanto acostó a los niños, el pomo giró. Los zapatos Derby de Michael aparecieron a la vista, el resto de él oculto en el espejo empañado. La imagen de mi marido bien vestido atravesando el vapor hizo que mi piel ardiera.

Se acercó a la bañera, con una sonrisa que lamió mi cuerpo.

El aire era sofocante, el agua hirviendo, y no podía soportarlo. Mi dedo del pie enganchó la cadena que bloqueaba el desagüe y la sacó de su sitio. Michael agarró una toalla, tomándose su tiempo.

Me la tendió. Extendí la mano.

Entonces la apartó bruscamente.

—No vi venir esa.

—¿Entonces por qué intentaste cogerla? —Michael sonrió mientras me secaba. Me dio toques en la cara y absorbió las gotas que se aferraban a mis hombros. Me envolvió, arrodillándose mientras me limpiaba el estómago y las caderas. El algodón bajó por mis piernas. A juzgar por la sonrisa que se volvió feroz, asumió que estaba dispuesta a más que un simple coqueteo.

Tenía razón.

Michael se puso de pie, deslizando el algodón en mi pelo. Me masajeó la cabeza. —¿Quieres juguetear?

—Necesito más que follar contigo de vez en cuando, Michael.

—Lo estábamos haciendo bastante a menudo.

—Eso fue antes de que descubriera que eras un mentiroso. No eres el hombre del que me estaba enamorando.

—Quizás sí lo soy. Nunca fingí ser bueno. Hazme una pregunta.

—¿Qué?

—Dijiste que no sabes quién soy, así que *pregunta*.

No podía pensar mientras su pulso golpeaba mi piel desnuda. —Cuéntame sobre tu vida.

—Crecí siendo pobre. No teníamos dos monedas para frotar después de que muriera mi padre, así que mi hermano dejó la escuela para trabajar. Le devolví el favor cuando fui mayor: viajes a Italia, regalos, ese tipo de cosas.

—¿Cómo eras de niño?

—Como Matteo, pero mucho más malo.

—Entonces, eras su opuesto.

—Era energético. Siempre rebotando por las paredes, causando problemas, sembrando el caos en las aulas porque no podía estar quieto.

Ese lado suyo había pasado a Matteo.

Michael me dio un codazo. —¿Y tú?

—Mis años de adolescencia fueron incómodos. Tenía pechos grandes a los diez años, así que tuve que defenderme de los hombres desde muy joven. Papá nunca quiso que saliera con nadie, así que no lo hice. Me dijo que guardara mi pureza para mi marido, lo cual nunca tuvo sentido. ¿Por qué tenía que ser pura? Él seguro que no lo era.

Michael se rio. —Yo dejé de ser puro a los quince. Lo hice en el asiento trasero del coche de mi hermano, que robé para tirarme a mi novia. Me dio una paliza, pero valió la pena.

—¿Tu hermano te pegaba?

—Sí. Resentía haber dejado la escuela para cuidarnos. Peleábamos constantemente. Cuando tenía trece años, me apuñaló en el muslo. Me habría desangrado si no hubiera entrado en razón y llamado a la ambulancia.

Le froté el bíceps. —Dios, lo siento mucho.

—Era un capullo, pero aun así le quería.

Pensando en mi padre, asentí. —Sí, sé a lo que te refieres.

—¿De verdad?

Encontré su mirada, sobresaltada por su tono.

¿Le *quería* yo?

Se inclinó, su olor envolviéndome como una niebla.

—Michael, quiero seguir intentándolo.

La toalla se aflojó. Golpeó el suelo con un chapoteo húmedo.

Sus palmas recogieron mi cara. —Pensé que nunca lo preguntarías.

—Solo quiero un bebé. No estoy diciendo que yo...

—*No me importa*.

Su agarre se posó en mi cadera. La otra mano apartó mi pelo del hombro, y un escalofrío violento recorrió mi piel. Una caricia ligera como una pluma navegó por mi abdomen mientras su aliento se deslizaba por mi cuello.

Gemí.

El pecho y la entrepierna de Michael se presionaron contra mí. Giró mi cabeza hacia él, los dedos agarrando mi mandíbula mientras su otra mano se deslizaba por mis piernas.

Jadeé cuando rozó mi clítoris. La suave presión golpeó el deseo en un cuerpo que no se preocupaba por los crímenes de Michael.

Sus labios se estrellaron contra los míos.

Frotó mi clítoris en círculos rápidos, deslizándose arriba y abajo por mi hendidura. Gemí, arqueándome contra él. Se desabrochó los pantalones y se quitó el cinturón, que cayó con un tintineo. Me empujó sobre la encimera del baño, frotándome más fuerte.

Mis manos golpearon el espejo, mis extremidades al borde del colapso. Su polla se deslizó dentro. Gemí mientras me llenaba.

Había pasado demasiado tiempo. Necesitaba esto.

Dios, cómo me hacía sentir.

Con Michael, rendirse nunca se sentía como una derrota. No cuando deslizaba su lengua por mi cuello y azotaba mis pechos como si estuviera hecha de azúcar. Ni cuando separaba mis muslos y bebía de mi coño.

Pura dicha.

Me sentía venerada.

Me agarró del pelo y me folló. Un escalofrío se disparó en mi corazón mientras nos observaba en el espejo empañado. Era jodidamente hermoso, un espectáculo de poder masculino mientras se quitaba la camisa. Se agachó, su boca retorciéndose en un gruñido mientras se transformaba en una bestia en celo.

Estaba tan duro. Era como ser empalada. Siseé, pero Michael no fue suave conmigo.

Me levantó, su mano rodeando mi garganta. El gruñido de Michael reverberó profundamente mientras me penetraba. Apretó, y un relámpago de placer me atravesó. Con la respiración entrecortada, me revolví contra él. Mis músculos se tensaron. Me golpeó más rápido. Mis manos resbalaron del espejo. Me atrapó antes de que cayera. Las últimas embestidas fueron como dos golpes rápidos mientras gemía.

Me soltó. El aire fluyó a mis pulmones. Me corrí con un gemido estremecido, el sonido entrecortado por sus caderas golpeantes. Me desplomé sobre la encimera, temblando. Arrastró sus nudillos por mi pelo. Un retumbar resonó en su pecho.

—Te quiero jodidamente.

Mis ojos ardieron.

Quería devolvérselo, pero necesitaba el calor que acompañaba a esas palabras sin el aguijón del miedo.

Le besé antes de darme cuenta de mi error. Alimentar sus sentimientos era peligroso. Tenía que parar.

Tarde o temprano, lo volverían loco como le pasó a Nick.

El amor le había arruinado.

Y a Michael... lo destruiría.

VEINTIOCHO

MICHAEL

Los domingos solían ser mi día favorito.

Cada fin de semana, metía a los niños en el coche y nos íbamos a casa de mamá. Serena normalmente estaba lo suficientemente sobria para aguantar la cena, aunque yo tenía que controlar minuciosamente su consumo de vino.

El asiento vacío de Daniel pesaba en mi mente mientras nos sentábamos a comer la salsa de mamá. El ambiente era sombrío, probablemente porque Carmela había ocupado el sitio de Daniel cerca de la puerta corredera de cristal. No tuve el valor de decirle que debería haberse quedado en casa, pero ella insistió en venir. Carmela quería que todos nos lleváramos bien.

Amaba eso de ella, pero era ingenuo. Nunca confiaría a Ignacio mis hijos. No perdonaría a Alessio ni haría las paces con ese *capullo*.

El tenedor de mi hermana chirrió contra la cerámica mientras enrollaba su pasta. Mamá miraba fijamente su plato y bebía. Al menos no había estallado en lágrimas. Carmela persuadía a Matteo para que terminara su cena. Sus médicos querían que ganara más peso, pero era un comedor obstinado. Carmela había empezado a triturar sopa de verduras.

—¿No quieres ser tan fuerte como papá? —Carmela le apretó sus pequeños bíceps—. No crecerán si no comes. Vamos. Un bocado más.

—No —Matteo sacudió su maraña de rizos—. No tengo hambre.

Carmela empezó de nuevo con una táctica diferente:

—No puedes levantarte de la mesa hasta que termines.

Liana observaba con una ceja levantada. Mi hermana era una mujer menuda y prácticamente una niña con solo veinte años. La consideraba familia, pero no estábamos emparentados. Mamá la adoptó después de que un asesinato de la mafia la dejara huérfana cuando tenía cuatro años. Daniel la había criado con una mano mucho más suave.

La mirada de Liana se apartó de Carmela.

—¿Va a venir Vinny?

Otra vez con esto.

—*Vinny*. Se moriría si te oyera llamarle así.

La esperanza brillaba en sus ojos azules, algo que deseaba que desapareciera.

—Es como siempre le he llamado.

—No es Vinny. Es el jefe —ignoré a Carmela apretándome el muslo y pinché una albóndiga—. Recuérdalo.

—¿Está de camino?

Dios, no iba a dejarlo estar.

—Ni idea —mojé un trozo de pan en la salsa—. ¿Por qué?

—No me devuelve las llamadas.

Por supuesto que no.

—Pequeña. Deja ya esa antorcha. Vinn no está interesado. Busca a otro antes de que te rompa el corazón otra vez, y te quedes para vestir santos.

A juzgar por la repentina ausencia de cuchillos y tenedores entrechocando, me había pasado de la raya. Liana se puso roja como la remolacha y me fulminó con la mirada.

—No es mi novio.

Bien.

Sabía perfectamente que yo no lo aprobaba. Él nunca, jamás correspondería sus sentimientos. Daniel me diría que lo dejara estar, pero estaba harto de verla agonizar por mi despiadado primo.

Carmela parecía querer ocupar el lugar de mi hermano. Agarró mi rodilla, apretó y arrastró la mano por mi muslo.

Vaya.

Le cogí la pierna. Las uñas de Carmela se clavaron en mis pantalones. Aparté la silla antes de que me apuñalara los huevos.

—*Michele*. Tu hermana solo está preocupada —mamá usaba la pronunciación italiana de mi nombre cuando me comportaba como un imbécil.

Lástima que nunca funcionara.

—Yo también lo estoy. Está colada por nuestro primo.

—No estoy colada por nadie —siseó—. Y no somos parientes, gilipollas.

—Eh. *Ese lenguaje*.

Mamá cogió el cuenco de salsa y se lo pasó a Carmela, que se sirvió una segunda ración sobre su pasta. Liana salió disparada, desapareciendo en un borrón rosa. Carmela hizo una mueca en su vaso de agua, y Mariette levantó la cabeza, pensativa.

—¿Qué es un gilipollas?

—Genial —miré en dirección a Liana, elevando la voz hasta gritar —. ¿Ves lo que pasa cuando maldices en la mesa?

El altivo desapruebo de Carmela se profundizó hasta convertirse en asco.

—Me estás avergonzando.

—*¿Yo?*

—Sí. Ve a disculparte.

Vale.

Me levanté suspirando. Mi hermana estaba enfurruñada en la cocina, rompiendo una servilleta en cuartos, paseando de un lado a otro, con sus ojos azules derramando lágrimas. Era tan *sensible*. Nunca sabía qué decir. Nuestra diferencia de edad a veces hacía que pareciera que vivíamos en planetas diferentes.

—Li, lo siento.

Liana se cruzó de brazos.

—No me gusta hacerte daño, pero sabes que tengo razón.

—Cállate y mantente fuera de mi vida. No eres Daniel. Nunca has actuado como un hermano mayor.

Ay.

—No quiero que cometas los mismos errores que yo.

—Créeme. No lo haré. Te vi destruirte con Serena —Liana tiró los cubiertos en el lavavajillas—. Echo de menos a Vinny. Ojalá viniera más a menudo. Eso es todo.

Había dejado de pasarse hace un año, después de que Nico lo promoviera a jefe en funciones. Probablemente ella solo había venido porque esperaba que Vinn apareciera.

Dios.

—¿Por qué no te buscas un buen chico?

—¿Por qué no vas tú a un terapeuta para tus problemas de ira? ¿O tu adicción a las drogas? O cualquier hoyo en el que te hayas metido *esta* vez. No necesito *tus* consejos. Métete en tus malditos asuntos.

Bueno, eso ha ido bien.

Cerré la boca y dejé a Liana. Mi madre se encargó de vigilar a los niños mientras Carmela recogía los platos.

Le besé la mejilla.

Carmela apretó los labios.

—No deberías haber hecho eso.

—*¿Qué?*

—Estás quemando puentes con tu hermana.

Mis entrañas se retorcieron.

—Vinn no es lo suficientemente bueno para ella.

Sus ojos brillaron con desaprobación.

—¿Tenías que humillar a la pobre chica?

—Odio que suspire por Vinn —la ayudé a recoger los platos, suspirando—. Lo ha amado desde que eran niños.

—¿Y qué? Es una chica joven. Dale un respiro.

—Por eso quiero mantenerla alejada de Vinn —resoplé—. Él es demasiado denso para darse cuenta.

—¿Por qué no se lo dices?

—No es mi lugar.

—¿Pero sí es tu lugar impedir que salga con el hombre que quiere?

—Es un hombre violento con adicción a las drogas —los cubiertos repiquetearon cuando los tiré en un cuenco—. Yo estuve casado con alguien similar. Mi hermana nunca va a pasar por eso. *Punto*. Fin-de-la-puta-historia.

—Vinn parece saludable.

—Ha estado sobrio durante años, pero aun así.

Había mucho más que podría decir, pero no lo haría.

Quería a mi primo. De verdad, pero nunca confiaría en él cerca de mi hermana.

Carmela llevó todo a la cocina.

—Decidir eso por ella no funcionará. Deja que cometa sus propios errores.

—Ni de coña.

Mi atención se dirigió hacia la puerta principal cuando una llave raspó la cerradura. Se abrió para dar paso a un hombre de hombros anchos con una mandíbula ancha y cincelada.

Joder.

Carmela se rio mientras Vinn entraba, deslizando las llaves en su chaqueta salpicada de lluvia.

Mamá corrió a su lado.

—Siéntate. Come.

—Hola, *Zia* Lena.

—¿Tienes hambre?

—No, estoy bien —se inclinó, besando el aire junto a su mejilla—. Estoy aquí para hablar con Mike.

—Deberías comer. Siéntate —mamá preparó una montaña de pasta y le agarró del codo, guiándolo hacia el comedor.

—Estoy lleno.

—Negarse a mi madre es inútil —grité, secando el plato que Carmela había lavado—. No te dejará en paz. Solo di que *sí*.

Vinn se dejó caer en el asiento, mientras mamá le preparaba rápidamente una servilleta, agua y cubiertos. En pocos segundos, había reunido suficiente comida para alimentar a un equipo de fútbol y se la puso delante a Vinn, que parecía haberse resignado.

Un estruendo de pies bajó por las escaleras. Liana apareció en la puerta, radiante. Me estremecí cuando se acercó de un salto. Las manos de Carmela se clavaron en mí, pero la ignoré.

—Hola, Vinny. ¿Cómo has estado? —Liana deslizó su brazo alrededor de su cuello y lo abrazó—. No te he visto en siglos.

Vinn miró hacia arriba, con el mismo aspecto de siempre cuando se enfrentaba a la pura fuerza del afecto de mi hermana: profundamente incómodo. Le dio unas palmaditas.

—Bien.

¿Le mataría fingir un poco de calidez?

Liana no se desanimó por su respuesta monosilábica.

—¿Leíste mis mensajes?

—Sí, lo siento... He estado muy ocupado.

Liana no captaba las indirectas.

La mirada de Vinn recorrió a mi hermana y me encontró. Sus ojos se estrecharon con una súplica puntual de *sálvame-de-tu-hermana*, que solía ignorar porque me encantaba verlo retorcerse. Dejó de ser divertido cuando me di cuenta de que el enamoramiento infantil de Liana no desaparecía.

Hace seis años, cuando se unió a los Marines, Liana estaba hecha un puto desastre. Me llamaba cada semana, llorando. A Vinn le dispararían. Moriría. Nunca lo volvería a ver.

Regresó a casa meses después, expulsado tras un incidente del que se negaba a hablar. Nadie quería contratarlo después de su baja deshonrosa, así que le conseguí un trabajo como ejecutor. Poco después abandonó su hábito de drogas, pero nunca volvió a ser el mismo.

Golpeé la pared con los nudillos.

—Vinn y yo tenemos que hablar de negocios. Li, ¿puedes dejarnos solos?

Sus brazos se desprendieron de Vinn, que no pareció notar su decepción ni captar su mirada persistente. Eran dos de las personas más tontas que jamás había conocido.

Me hundí en el asiento junto a Vinn.

—¿Qué pasa?

—Anthony ha sido secuestrado, y tú estás cenando en domingo.

—¿Se supone que debo poner mi vida personal en espera? —agarré la bebida de Carmela y me la bebí—. Siempre habrá una crisis. Aprende de Alessio, que nunca se tomó un descanso y se quemó.

—Sí, pero nada se le escapaba.

—Excepto cuando secuestraste a su mujer.

Hizo un sonido divertido, ya casi a la mitad de su comida.

—Rage Machine.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los clubes títere son pruebas de fuego para los miembros con parche. Si pasan por un guante de crímenes violentos, son aceptados en el club principal, Legión. Parece atraer a tipos sin neuronas —Vinn suspiró y se pasó la mano por su pelo negro azabache—. En fin, ¿adivina quién es el líder?

—¿Crash?

—El presidente afirma que ha perdido el control de su pequeño experimento, lo que significa que Legión está en las últimas. Lo matarán, y no tenemos los números para una guerra.

—Entonces importamos soldados del viejo país.

—Eso llevará tiempo. Negociaciones —Vinn picoteaba su boloñesa sin interés—. Deberíamos haberlo matado mientras escupía cristal.

Carmela entró. Le lancé una mirada significativa, pero se sentó a mi lado.

—Cariño, estamos teniendo una conversación.

—¿Estáis hablando de Crash? —cortó mi negativa, frunciendo el ceño—. He oído su maldito nombre. Dejadme ayudar. Tengo más razones para quererlo muerto que cualquiera de vosotros.

—¿Qué vas a hacer? ¿Marchar a su club y pegarle un tiro? —Vinn se burló, señalando hacia la cocina—. Sigue lavando platos.

Le golpeé el brazo.

—No seas grosero.

—¡Hablo en serio! ¡Usadme para atraerlo!

Me quedé rígido como una piedra.

—Vinn, ¿puedes dejarnos un segundo?

Se dirigió pesadamente hacia la sala, donde mi hermana lo abordó. Sus voces retumbaban de fondo, pero aparté mi atención de ellos y tomé la barbilla de Carmela.

—¿Cuántas veces tengo que repetirme? Déjame que me encargue de él.

—No me parece bien.

¿Qué significa eso?

Carmela se apartó de mi lado, empujando la silla debajo de la mesa. En un torbellino de faldas, desapareció en el baño. Se escuchó un sollozo antes de que la puerta se cerrara. Carmela no era muy dada a llorar. Era un pilar de fortaleza —una de las muchas razones por las que la amaba—, pero algo había hecho desmoronarse su determinación.

Empujé la puerta para abrirla.

La cortina de pelo casi ocultaba su ceño fruncido. Aspiró con fuerza cuando me acerqué. Se dio la vuelta, como avergonzada por sus lágrimas.

—Lo atraparé, Carmela. Yo...

Ella se giró.

—¿Por qué estabais hablando de una guerra?

—Estaba exagerando.

—No ayudas minimizando todo. ¿Crees que soy idiota? Leo las noticias. Sé que estás estresado hasta el límite. Y no soy un jodido robot. Si matar a Nick significa iniciar un enorme conflicto, no lo quiero.

—Esto nunca te tocará a ti o a los niños.

Hizo un sonido desesperado.

—Michael, estoy preocupada por *ti*.

Ah.

Me di cuenta de que Carmela había estado despierta toda la semana cuando yo llegaba a casa, sin importar la hora. Quizás *realmente* estaba enamorándose de mí.

Por fin.

—¿Desde cuándo esto va sobre *mi* vida?

—Cállate —capturó mi boca con un roce de su lengua. Sus brazos rodearon mi cuello.

Cerré la puerta de una patada, y luego la levanté sobre la encimera. Los ojos de Carmela brillaban mientras me colocaba entre sus piernas.

—Vamos a comprobar lo silenciosa que puedes ser.

VEINTINUEVE

CARMELA

—¡Más alto, mami!

Empujé a Matteo en el columpio. El sol de media mañana acariciaba mi rostro con calidez. A veces, destellos de Michael se manifestaban de formas encantadoras —las sonrisas tímidas, la actitud juguetona—, pero su hija era igual que él.

Ferozmente independiente.

Intransigente.

Cuando Mariette me llamaba *Caramel*, lo hacía sin la inocencia de Matteo o la dulzura de Michael. Yo era la intrusa. Matteo apenas recordaba a su madre biológica, pero Mariette tenía años de recuerdos. Todavía estaba de luto. Me fulminaba con la mirada cada vez que pillaba a su hermano llamándome *mami*. Michael había dejado de fingir que le importaba Serena. Debía ser desgarrador para ella ver a su padre encariñándose con otra mujer.

—¡Deja de empujarme!

Una mancha rosa y azul atravesó corriendo el parque infantil, aullando mientras Mariette se erguía en lo alto del tobogán, con los brazos cruzados sobre su camiseta del tigre con lentejuelas.

Oh, Mariette. —¿Qué has hecho?

—Le he dicho que se vaya a casa. Es estúpida —soltó con un tono mordaz—. Estamos jugando a los piratas. No a las *animadoras*.

—Cariño, no usamos esa palabra.

—¡Papá sí!

—Cuando tengas treinta y cuatro años, podrás decir lo que quieras. Hasta entonces, seguirás las reglas.

El labio de Mariette se curvó, haciendo eco de la mueca de su padre. Ignoró a los niños que se empujaban por el tobogán y se deslizó hacia abajo. Sus deportivas golpearon la grava, y luego se acercó a su hermano, dándole un empujón en el columpio. El calor que me erizaba el pecho se suavizó al verla jugar con Matteo.

Al menos *ellos* se llevaban bien.

Saludé con la mano a una niña de tres años que cruzaba mi camino. Sus ojos se abrieron de par en par mirando algo por encima de mi hombro.

Una sombra se cernió sobre mí. Luego el cuerpo de un hombre se apretó contra el mío. Me agarró por la cintura y se deslizó hacia arriba, apretando.

Sonreí, apoyándome contra Michael. —Has vuelto.

—*Así es*.

Todo mi cuerpo se quedó frío y oscuro.

Esa voz.

Deslicé la mirada desde los niños hasta el hombre de mis pesadillas.

Nick estaba ahí con toda la indumentaria de motero: camisa a cuadros bajo su chaleco de cuero, botas con punta de acero, la pistola medio escondida en sus vaqueros. Los rayos de sol lo bañaban con una luz cálida. Este heraldo de la muerte estaba completamente fuera de lugar en un parque infantil.

—¿Pensabas que me rendiría contigo?

Me sujetó la mandíbula.

No.

La boca dura de Nick aplastó la mía. Me besó como un hombre devorado por el hambre. Me metió la lengua hasta la garganta. El aroma a clavo violó mis sentidos mientras me envolvía en caricias que me dejaron sin aliento y que no devolví.

Le clavé los dedos en las costillas.

Se detuvo justo antes de maltratarme, con su sonrisa intacta. No parecía importarle que no le hubiera correspondido.

—Nick, no deberías estar aquí.

—Está bien, nena. Te llevo a casa. —Mis entrañas se retorcieron cuando su atención se dirigió a los hijos de Michael—. Nunca más tendrás que cuidar de sus críos.

—*Déjalos fuera de esto*.

La mirada feroz de Mariette se clavó en Nick mientras se alejaba del columpio de Matteo. —Tú no eres *papá*. No puedes besarla.

—Puedo hacer lo que me dé la puta gana.

—¡Nick, para! —Tiré de su chaleco de cuero, y cuando eso falló, lo zarandeé—. Nick. Mírame.

—Así que esos son sus hijos, ¿eh?

—Nick, no tienes que hacer esto. No les hagas daño. Haré lo que sea. Iré donde quieras, por favor...

—Relájate, nena. No voy a hacerle daño a nadie.

—¡Déjalos en paz!

Las mujeres en el parque infantil miraron a Nick y se alejaron rápidamente. Me apartó de un empujón, con los ojos brillantes mientras se acercaba.

—¡Mariette, corre!

No se movió.

Nick me lanzó una mirada exasperada mientras metía la mano en el bolsillo lateral y sacaba un cargador. Luego se arrodilló junto a Mariette.

—Solo les estoy dando un regalo.

—Nick, por favor, para. —Busqué a nuestro guardaespaldas, pero no se le veía por ninguna parte—. Por favor...

Sacó dos balas del cargador. Metió una en la camiseta de Matteo y ofreció la otra a Mariette. —Esta es tuya.

Hijo de puta enfermo.

Mariette extendió su mano temblorosa.

Nick dejó caer la bala en su palma, y luego le dio una palmadita en la mejilla. —Dile a tu papi que es de mi parte. Me llamo Crash.

Una agonía me desgarró las entrañas cuando Mariette rompió en sollozos.

Nick se puso de pie, con el rostro inexpresivo. Luego me agarró del bíceps. —Ahora, nos podemos ir.

—Espera. Déjame despedirme.

—Eres una sentimental. —Suspiró, negando con la cabeza—. Date prisa.

Me volví hacia Mariette. —Cariño, tengo que irme con Nick.

—¿Por qué? —exigió.

—Necesito que seas valiente. Quédate cerca de tu hermano. —Le puse mi teléfono en la palma—. Tan pronto como me vaya, busca a un adulto. Llama a tu padre.

—¿Nos vas a dejar?

Su tono roto me partió el alma. Tomé la mano de Mariette y la junté con la de Matteo. El teléfono temblaba en su agarre. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Por qué te vas?

—No quiero irme. —Los envolví en un fuerte abrazo—. Os quiero muchísimo a los dos.

Forcé una sonrisa. Su último recuerdo de mí no estaría manchado de horror, así que me tragué mi angustia. Les di la espalda mientras mi estómago se derrumbaba.

Nick sonrió radiante a los niños y dio media vuelta, con las manos en los bolsillos. Unos moteros holgazaneaban cerca de los árboles que rodeaban el animado parque.

Caminó a mi lado. —Dame tu mano.

Cuando me negué a descruzar los brazos, me agarró la muñeca y me arrancó el anillo del nudillo. Un destello brilló en el aire mientras lo lanzaba hacia el parque infantil, donde estaban Mariette y Matteo.

Un aullido silencioso me atravesó.

¿Cuándo sería la próxima vez que los vería?

Nunca.

TREINTA

MICHAEL

NÚMERO DESCONOCIDO

Estoy listo para entregar a Tony Costa.

El número coincidía con el que había llamado semanas antes. El mensaje era de Crash, que había enviado una foto como prueba de vida. Habíamos estudiado minuciosamente la borrosa imagen de Anthony, que seguía vistiendo su pantalón deportivo y camiseta. Tenía la barba descuidada. Cadenas envolvían sus brazos y piernas. Su ropa estaba sucia, pero no salpicada de sangre. Su expresión vacía me preocupaba. La había visto antes en Vinn, después de que regresara de su servicio militar. Era como si se hubiera rendido.

Mensajes adicionales decían que me preparara para una llamada a las once de esta mañana, lo que nos llevó al ático monocromático de Vinn. Estábamos en su sala de estar, con líneas de negro, grises y blanco. La luz entraba a raudales por los ventanales que daban al centro de la ciudad.

¿Estaría Anthony en algún lugar de ese laberinto que se extendía abajo?

—No me gusta esto.

La colosal figura de Vinn se enderezó sobre la mesa de hormigón. Sus ojos se desviaron de la pantalla silenciosa de mi teléfono. —Ya lo has mencionado.

—Un tipo que envía notas adjuntas a prostitutas muertas no va a entregar a Anthony.

—Nos hemos quedado sin opciones.

—No creo que debamos seguirle el juego.

—No voy a ignorar al secuestrador de Anthony. —Vinn dio un trago a su bebida energética y se metió un puñado de almendras en la boca—. Solo estás preocupado porque pida a tu mujer.

—Lo hará, lo que convierte esto en una pérdida de tiempo. Podríamos estar buscándolo. *Tengo a tu príncipe* —resoplé, repitiendo las palabras de la nota—. Esto es un juego para él.

Vinn me hizo un gesto desdeñoso. Su camisa arrugada colgaba como una bandera maltratada sobre sus pantalones. Recorría su apartamento monocromático, frotándose la mejilla sin afeitar. Estaba jodidamente agotado, todos lo estábamos. Desde que Crash se llevó a Anthony, habíamos estado trabajando sin descanso para encontrarlo.

Hace varios días, un conmocionado Alessio regresó de un viaje a Nueva York para visitar a Nico en prisión. El tío Nico estaba *furioso*. La noticia sobre la desaparición de su hijo fue recibida tan mal que había atacado a Alessio. Los guardias tuvieron que apartarlo. Nos culpaba a *nosotros* por el secuestro de Anthony. Nadie estaba a salvo. Si su hijo moría, todos estábamos jodidos.

Necesitaba que Anthony estuviera bien. Le había hecho promesas a Carmela, promesas susurradas en la oscuridad mientras yacía allí, exhausto y envuelto en sus brazos.

Te amo.

Nunca te dejaré.

¿De qué servían mis sentimientos si moría?

—Son las once. —Vinn se puso de pie. Su corpulenta figura proyectó una sombra alada sobre el frío suelo—. Quizás debería hablar yo.

—Me envió el mensaje a *mí*.

—No puedes perder los estribos con este tipo. Si hiere a Anthony...

—Ya lo ha hecho. ¿Viste la foto? —Negué con la cabeza mientras Vinn se encogía de hombros—. El sadismo es lo de Crash, y Anthony es un blanco fácil.

Vinn me agarró del hombro y apretó con fuerza. —No pierdas los nervios. No importa lo que diga sobre Carmela. No le des una razón para lastimar a Anthony.

Lo aparté. —Vale.

El teléfono sonó.

Respiré hondo y acepté la llamada.

La detestable cara de Crash apareció en la pantalla. Estaba sentado en un reservado de lo que parecía ser una cafetería. Un vaso de agua frente a él.

Una sonrisa presuntuosa curvó su labio. —Costa, gracias por unirte.

—¿Dónde está Anthony?

Dio un sorbo a su bebida. —Llegaré a él en un minuto. Quiero charlar primero.

—¿Vamos a ir al grano en algún momento de este siglo?

Vinn gesticuló violentamente, articulando sin voz: *Mantén la calma*.

—No eres quien yo pensaba. Asumí que eras mi opuesto total. Aburrido. Seguro. Sin carácter. Luego investigué. Sobre ti. Sobre ti y Belleza. Nadie podía decirme cuándo empezasteis a salir. Y me refiero a *nadie*. Todos me dieron la misma historia. Aquellos a quienes persuadí para que hablaran, claro. Afirmaron que *tú obligaste a Carmela a casarse*.

El tono de juicio en su voz era precioso. —Si le debo una disculpa a alguien, es a ella. No a la mierda de persona que tengo delante.

—¿Yo soy el cabrón? Tú la arrastraste al altar. Le pusiste una pistola en la cabeza a su padre. —Otra suave risa resonó a través del altavoz—. ¿Crees que eres mejor que yo? Mírate al jodido *espejo*, asqueroso dago.

—¿Dónde está Anthony?

—Oh, que le jodan. Es un quejica. No entiendo por qué te importa ese pene flácido.

—Porque es el único hijo de Nico, y nunca ha estado involucrado en el negocio familiar...

—Vosotros los italianos y vuestros legados. ¿De qué sirve eso si está vinculado a un hombre como él? *Lo que sea*. Lo mantendré vivo si haces una cosa.

—No te voy a entregar a Carmela.

—Belleza es mía.

—Su nombre es Señora Costa —siseé en el teléfono—. Y no voy a entregar a mi mujer, enfermo de mierda.

Puso los ojos en blanco, sonriendo. —No necesito tu permiso. Esto ya es un hecho consumado.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo a tu mujer.

—Que te jodan. —Una horrible descarga me atravesó el corazón. Entonces mi teléfono vibró con una notificación que mostraba el nombre de Carmela—. Me está llamando ahora mismo, imbécil.

—Esa es tu hija.

—*No hables de mis hijos*.

—Cuando los recojas, quiero que preguntes por el regalo que les di. —Me guiñó un ojo, y luego sonrió a algo fuera de la pantalla—. Saluda, cariño.

La cámara se movió, revelando el brazo de una mujer y el vestido blanco con estampado de anclas que había llevado esta mañana, y el rostro aterrorizado de mi mujer. Carmela estaba sentada en el reservado, inmovilizada al lado de Crash.

No, esto no podía ser real.

—La recuperé. ¿Cómo se siente, Costa?

Un aullido herido salió de mi garganta mientras él acariciaba su hombro y jugueteaba con su sujetador. Era como si me apuñalaran. La agonía retorció mis entrañas con fuego. Carmela se apartó de él, su boca contorsionándose. Su dolor duplicó mi angustia.

—Mírala bien. Nunca la volverás a ver.

—*¡Déjala ir!*

—Nunca.

—Carmela, ¿dónde estás?

—*No puedo decírtelo*. Lo siento. —Mi mujer gritó por el altavoz—: ¡Recoge a los niños! ¡Están en el Parque Salmon Creek!

No.

—*¿Dónde estás?*

—Está conmigo —retumbó Crash, dirigiendo la vista hacia él—. Y ahí es donde se va a quedar. Si detecto el menor rastro de un Costa, aplastaré el cráneo de Anthony. ¿Capisce?

—¡Más te vale dormir con los dos ojos abiertos! Porque no descansaré hasta que la lleve a casa.

—Ella ya está en casa.

La llamada terminó, pero mi teléfono seguía vibrando.

Una salvaje esperanza se apoderó de mí cuando *Carmela* apareció en la pantalla. Apreté el móvil contra mi oreja, pero la voz que respondió no fue el ronco suspiro de Carmela.

Era la de mi hija.

—*Papá*, ¡nos ha abandonado!

TREINTA Y UNO

CARMELA

Lo mataría, joder.

El hijo de puta puso una bala en el bolsillo de Matteo. Había provocado a una niña de siete años, aterrorizado a su padre y secuestrado a Anthony. Su lista de crímenes no dejaba de crecer, y podría haberle clavado un tenedor en el cuello, pero eso no me ayudaría a ganar. Las repugnantes manos de Nick nunca volverían a tocar a un niño.

Nick sacó su Zippo y encendió un cigarrillo de clavo, con el humo perfumado enroscándose alrededor de su silueta. —Contrólate, Carmela.

—¡No tenías por qué hacerles daño!

—No lo hice.

—Asustaste a esos niños inocentes, y ahora pensarán que los abandoné.

—No entiendo por qué te importan tanto sus hijos —el disgusto de Nick pareció crecer cuando me desplomé contra la pared—. ¿Qué coño te pasa?

—*Tú* —agarré su chaqueta de cuero, las lágrimas cayendo por mis mejillas—. Tú eres lo que me pasa. Destruyes todo lo bueno. Eres un cáncer. *Nunca* deberías haberlos tocado.

Nick miró mis puños golpeando su pecho y los sujetó. Apretó con fuerza. —Has perdido la cabeza.

—Les quiero.

Nick me abofeteó, y el escozor intensificó mi rabia. Me miró como si estuviera preocupado por mi cordura. —Reacciona.

—No estoy loca.

—¿Estás tan desesperada por tener hijos? ¿Te rebajarías a cuidar de los mocosos de otro hombre?

—Pasé semanas cuidando de ellos —mi mirada vagó por el aparcamiento hasta la autopista—. Me arrancaste de lo que me hacía feliz.

Nick me fulminó con la mirada a través de su velo de humo. —Yo te daré un bebé.

Ni hablar.

No querría tu engendro ni aunque fueras el último hombre sobre la Tierra.

Si soltara eso en voz alta, me haría tragar una bala. Discutir con Nick cuando estaba tan volátil me ganaría un viaje a la morgue. Necesitaba calmarme.

Mis uñas se clavaron en mi palma. —Nunca quisiste hijos.

—Eso fue antes de darme cuenta de que te escaparías con un tipo dispuesto a darte lo que yo no —Nick sacudió su cigarrillo y suspiró, con malicia impregnando su tono—. Podrías habérmelo *pedido*.

—Lo hice. Dijiste que no.

Gracias a Dios, joder.

La mandíbula de Nick saltó con un tic nervioso. Odiaba que le demostraran que estaba equivocado, y ni siquiera él podía olvidar nuestras peleas. Me había roto el corazón tantas veces diciendo que preferiría tirarse de un puente antes que ser padre.

—Es mala idea —Nick tragó con dificultad, sus pupilas reducidas a puntos. Raramente abría su coraza, pero de repente se abrió de par en par. La incomodidad emanaba de él en oleadas nauseabundas —. Seré un padre de mierda.

No supe qué decir, porque era cierto.

—¿Lo serás?

—Sin duda alguna —la pálida mirada de Nick me recorrió mientras exhalaba humo por la nariz—. No tengo ni idea de por qué los quieres, por qué *alguien* los quiere.

—¿No quieres dejar tu legado?

—¿Qué tengo yo para legar, Carmela? ¿Enfadarme tanto que no puedo ver con claridad y despertarme con una puta muerta en mi cama? —Nick dio otra calada—. Sabías perfectamente cómo era yo, y aun así los suplicaste. Eres la única chica que ha hecho eso.

Pues claro.

—No soy material de padre, Preciosa —su enorme mano envolvió mi cabeza, sus dedos como hielo—. Tienes que darte cuenta.

—Entonces libérame —*Por favor, Dios, haz que esto funcione*—. Si no los quieres, está bien. Lo entiendo. De verdad. Pero necesito ser madre. Me merezco esa experiencia. No puedes quitarme eso.

Sus ojos brillaron con emoción.

—Nick, está bien. Puedes dejarme ir.

—*No puedo*.

Me atrajo a sus brazos y me dio su versión de un abrazo, que se sentía como una jaula de acero. No podía dar calor a nadie, porque no poseía ninguno.

Nick se apartó. —*Lo haré*.

Me besó en la sien.

Me dieron ganas de vomitar.

TREINTA Y DOS

MICHAEL

Frené en seco y abrí la puerta de golpe, abandonando a Vitale mientras corría hacia el parque en forma de cuenco. Hojas rosadas cubrían el suelo. Una niña con camiseta amarilla jugaba en el arenero. Todo era azul y verde. Brillante y alegre. El mundo giraba en una neblina de risas infantiles y el crujido de los columpios mientras gritaba llamando a mis hijos.

—¡Mariette!

Era como gritar contra el viento. No podía oírme. Solo registraba la aspereza en mi garganta.

—¡Matteo!

Al sonido de mi voz, Matteo siempre salía disparado de donde estuviera y chocaba contra mis rodillas, pero no se oía el pitter-patter de sus pies.

Recorrí el parque como un tornado. Mi mirada barrió el césped. Le había dicho a Mariette que se escondiera. Probablemente eso estaba haciendo, pero la batería del teléfono de Carmela se había agotado un minuto después de iniciar la llamada.

Tenían que estar a salvo.

Un destello dorado captó mi atención en la rama de un pino gigante. Miré fijamente el hueco entre las ramitas. Un pelo rubio asomaba entre la espesura de agujas. Me acerqué al grupo de árboles y me agaché. Dos pares de ojos brillaron. Separé las ramas, y un cuerpo voló a mis brazos.

Abracé a mi hijo con fuerza, derrumbándome por dentro. Él apretó su cara manchada de lágrimas contra mi cuello y sollozó. Mi hija salió gateando del árbol, con lágrimas resbalando por su barbilla. La agarré y la atraje contra mi pecho.

—¿Estáis bien?

Ella negó con la cabeza.

—¿Os ha hecho daño? —Palpé su estómago, sus vaqueros, notando algo duro y pequeño—. ¿Qué es esto?

—El hombre malo me lo dio.

Saqué una bala.

Una piedra se me formó en la garganta. Era como si un alambre de púas me apretara el corazón. La apreté en mi puño, temblando. Encontré otra en el bolsillo de la camisa de Matteo.

Había tocado a mis hijos.

Un velo rojo cubrió mi visión mientras levantaba a Matteo a mi cadera.

—Crash se llevó a Carmela, papá —el labio de Mariette temblaba —. ¿Va a volver?

—Sí, cariño. La encontraré.

Las balas tintinearon. Me las guardé en el bolsillo.

Las reservaría para su cráneo.

Crash había visto su último amanecer.

NO PODÍA IR TRAS ÉL.

Por mucho que quisiera buscar a Carmela. Tenía que reforzar la seguridad alrededor de mi casa, esperar a que viniera mi hermana, y *entonces* podría marcharme. Vinn ya había corrido la voz, pero como Rage Machine no llevaba colores identificativos y su lista de miembros era desconocida, nadie sabía dónde buscar.

Matteo no se consolaba. Lo acuné contra mi pecho y le cubrí los oídos, soltando obscenidades por teléfono.

—Haz que el juez firme una orden judicial. Estrángulo si es necesario. Necesitamos su matrícula. ¡Me importa una mierda! Hazlo, o te daré otra razón para odiarme.

Una vez finalizada la llamada, solo quedó el suave llanto de Matteo. El peso completo del secuestro de Carmela me golpeó. Se había sacrificado para proteger a los niños de ese psicópata, que me había manipulado como a un idiota. Había programado esa reunión, sabiendo que estaría distraído, y luego se había paseado tranquilamente por el parque. ¿Dónde se suponía que estaba el soldado que debía vigilarla? Comprando un café. Lo haría matar.

Crash había deshecho las costuras de mi vida y había destrozado mi alma en *dos*. La imagen de su mano en el hombro de ella me atormentaba. El dolor irradiaba hasta mis dientes.

Tenía que salvar a mi esposa antes de que la asesinara.

Eso tenía que ser parte de su plan final. Un hombre que se hacía llamar *Crash* no se preocupaba por nadie. Su ego no podría soportar que ella me hubiera elegido a mí. La torturaría, y luego mataría a la mujer que amo.

No.

Tenía que encontrarla.

No podía vivir sin ella.

Un timbre resonó por toda la casa, y corrí hacia la entrada. Liana. Por fin, joder. Bajé a Matteo, que se aferraba a mis pantalones. Arrancarlo de mí fue lo más difícil del mundo. Sus gritos me atravesaban.

—Matteo, ¿qué pasa? —Entró, su mirada ampliada llena de preguntas mientras recogía a Matteo en sus brazos—. ¿Está bien?

—Han secuestrado a Carmela.

—¿Qué?

—No tengo tiempo para esto. Vitale os llevará a un hotel. Te quedarás con los niños. No pongáis un pie fuera. ¿*Entendido*?

—Vale, vale —susurró—. Pero...

—Tengo que ir a buscarla. —Agarré mis llaves—. Cuídate.

—Cuidaré de ellos. No te preocupes.

—Si pasa algo, llévate a mamá y salid de la ciudad. Pídele ayuda a Vinn.

Los ojos de Liana se llenaron de lágrimas mientras me agarraba por los hombros.

—Por favor, no hagas lo que sea que estés planeando.

—Tengo que hacerlo.

—¡Tus hijos te necesitan!

No iba a aceptar ese consejo.

Me solté de sus manos y me dirigí hacia la puerta.

—¡Michael, te quiero! ¡Ten cuidado!

Fuera, mi primo holgazaneaba junto a la verja, con el teléfono pegado a la oreja. Vinn terminó su llamada, su rostro pétreo esculpido con un gesto sombrío.

—Estará bien.

Palabras inútiles, pero me aferré a ellas.

Arranqué el coche.

—Todos están en esto, Mike. La encontraremos a ella y a Anthony. Vamos a Legion.

—Hemos pasado el punto de las negociaciones.

—Oh, no pienso hablar —Vinn empujó la bolsa de lona en el asiento del copiloto. La abrió y sacó un H&K MP5 de las profundidades negras—. Hay un silenciador y una culata plegable.

—¿Quieres disparar contra el club?

—Crash ha sido un problema durante años. Ahora se ha separado de ese club de títeres y Legion no hace nada más que quedarse sentados de brazos cruzados. La ciudad está en un alboroto con bombardeos, civiles muertos, y ahora se ha llevado a tu mujer. Les voy a enviar un mensaje. Si no controlan a su perro rabioso, volveré con más armas.

—Me parece bien. Yo conduzco.

Un pesado silencio envolvió el coche mientras conducía en dirección al club. Vinn enroscó el silenciador y armó el H&K, equilibrándolo sobre su muslo. Una vez que nos acercamos al centro comercial, Vinn bajó la ventanilla.

—Daremos un par de vueltas.
Accioné el intermitente.
—Asegúrate de darle a sus putas motos.

TREINTA Y TRES

CARMELA

Mientras el viento secaba mi cara, recordé la noche en que nos conocimos. Había ido a un antro a beber. Papá acababa de informarme que tenía planeado que me casara con Alessio Salvatore, un gánster con una reputación violenta. No tenía ningún interés en caminar hacia el altar con *él*.

Así que me escapé a un bar.

Dos copas después, un motero se deslizó en mi reservado. Sus muslos apenas cabían bajo la mesa. Me puso una copa en las manos, algo afrutado. Había bloqueado mi escapatoria, pero lo único que recordaba era la euforia de ser vista por un hombre como él. El tatuaje de diamante con el uno por ciento debería haberme repelido, pero el licor había nublado mis sentidos y saltaron chispas cuando colocó su brazo sobre mis hombros. Me gustaba que fuera tan directo. Me *encantaba* que no le importara de quién era yo hija.

No teníamos nada en común. Él escuchaba heavy metal. Era la única música que no soportaba. Él no tenía familia. Yo vivía para la mía. Él era un mujeriego. Yo nunca había tenido novio. Éramos como el aceite de oliva y el whisky, pero eso no nos impidió enamorarnos.

Media hora después, me subí a su moto. Me alejó de mis guardaespaldas y me llevó a su casa, donde tomó mi virginidad. Yacía en sus brazos mientras él fumaba. Luego me dijo que era su chica y que nunca me dejaría marchar.

Nick todavía me miraba con esa mirada fija que disparaba en mi corazón un pánico que antes había confundido con excitación.

Nos detuvimos en una zona boscosa al oeste de Boston. El olor a pino impregnaba el aire. Nick apagó el motor y se quitó el casco.

Me bajé de la moto.

Me acompañó hasta la casa de estilo rancho. Las botas de Nick crujieron en las tablas del suelo mientras abría una puerta oxidada. Sus dedos rozaron mi trasero cuando entré, y un escalofrío me heló la columna cuando su cuerpo se pegó a mi espalda.

—Recuerda lo que hablamos. Vas a *portarte bien*.

Michael había hecho un comentario similar, pero no había ni pizca de alegría detrás de las palabras de Nick.

—No te gusta cuando me porto bien.

—No estoy de humor para lidiar con tu descaro.

—Pensaba que te gustaba eso de mí —repliqué—. ¿O por qué me llevaste?

—Porque te quiero, zorra loca. Nunca dejaré que otro hombre se interponga entre nosotros.

—Nunca pedí que me salvaran.

—Eso es lo que me gusta de ti. —Nick me empujó contra la pared, su beso era como el acero—. No muchas chicas podrían sobrevivir siendo mi mujer, pero tú eres dura.

Cuando lo dejé, desde luego no me sentía fuerte.

Sus gruesos dedos golpearon mi mejilla, y escoció, pero no era nada nuevo. Me había hecho daño todo el tiempo. La mano de Nick engulló la mía mientras me empujaba hacia un salón convertido en bar. La casa estaba saqueada. Manchas de humo trepaban por las paredes. El cristal crujía bajo mis pies. Quemaduras de cigarrillos marcaban la alfombra.

—¿Qué es este lugar?

—Un escondite temporal. Nos mudaremos a otro sitio mañana.

Retratos destrozados de una familia aparentemente saludable adornaban los suelos. Nick cogió uno, sonriendo. Dio unos golpecitos al hombre del polo.

—Esta era su casa.

Obviamente. —¿Qué le pasó?

—No nos dejaba acampar en su terreno, así que lo matamos a tiros.

Mi corazón latía con fuerza en mi garganta. —¿Y su mujer?

—La vendí.

—¿Vendí? ¿Como en *tráfico*?

—Es mejor que dejar un cadáver, y gano un buen dinero con el mercado de carne. Es un gran negocio. —Arrojó el retrato a la chimenea llena de latas arrugadas. El marco se hizo añicos en una nube de cenizas.

Mi horror por el tráfico humano de Crash apenas se registró. No podía procesar nada.

—¿Es eso lo que harás conmigo?

La boca de Nick se tensó. —Tú no estás en venta.

¿Estaría mintiendo?

—No me crees —reflexionó con una carcajada—. ¿Iniciaría una guerra solo para dejarte chupar la polla de otro tipo?

Hombres con chalecos de cuero saludaron a Nick, quien les devolvió un saludo magnánimo. Mientras nos sentábamos en una mesa cuadrada alejada del caos, una mujer deslizó una cerveza frente a Nick. Llevaba una camiseta de tirantes de Metallica sobre unos shorts. Los tatuajes cubrían sus muslos y brazos. Se inclinó, acariciando su hombro.

La cara de Michael apareció en mi cabeza, y una docena de otros recuerdos de ser abrazada por él, su tacto, su olor, su boca, todo lo que me reconfortaba, se alojó en mi garganta y se hinchó.

Estar atrapada con este imbécil me recordó lo que Nick siempre había carecido, de lo que Michael poseía infinitamente: calidez, lealtad y amor. Amor real, no esta obsesión tóxica.

Lo echaba de menos.

Necesitaba a mi marido.

En mi miseria, me imaginé que irrumpía por la puerta. Vi cómo explotaba el cráneo de Nick y Michael me arrancaba hacia el refugio

de sus brazos. Un mundo sin él parecía sin vida.

Me sequé los ojos cuando la chica dejó una bebida frente a mí. La tentación de tener los sentidos adormecidos era demasiado fuerte. La bebí de un trago, temblando.

Una mano fría me arrastró a través de la mesa, hacia el hombre que detestaba.

—Siento no haberlo entendido. Tú y *Costa* no tenían sentido. Sabía que no era correcto. Nunca me traicionarías. Cuando supe la verdad, eras inalcanzable. —Su voz bajó, suave y ronca—. No tenía idea de que estabas obligada.

Todavía pensaba que *Michael* era el villano.

Psicópata. —No fui obligada. Teníamos un acuerdo.

—Nena, vamos. Eres más inteligente que esto. El tipo tenía completo control sobre ti.

Cerré los puños, furiosa. —Deberías haberte mantenido alejado, Nick. Habrá graves consecuencias por llevarme.

—No las tendríamos si dejaras de huir.

Lo peor que podía hacer era someterme.

Odiaba a las presas fáciles.

—¿Qué es, gilipollas? ¿Fue culpa de Michael o mía?

—De ambos —gruñó—. Tuviste oportunidades de llamarme.

No podía soportar disculparme con este pedazo de mierda. —Eres la última persona a la que pediría *ayuda*. Tuve que dejarte. Ibas a matarme.

—Nunca haría eso.

Estaba en completa negación.

—Nick, ¿cuáles son tus planes? Ahora que me tienes, ¿qué harás?

—Para empezar, quiero quitar el hedor de ese tipo de mi mujer. —Me arrancó la mano. Salí volando del asiento, y me arrastró a su regazo. Su aliento sopló en mi oído—. Luego encontraré a ese cabrón. Lo mataré. A su familia. A todos ellos. A cada *maldito* Costa.

—No puedes.

—Haría cualquier cosa por ti.

Su boca devoró la mía.

Pensé en fingir que era mi marido, que su tacto no me daba asco, que el clavo que me invadía era el sabor fresco de Michael, y que sus ojos se arremolinaban con ámbar en lugar de verde. Intenté imaginar los labios de Michael, su cuerpo, su barba incipiente haciéndome cosquillas en la piel.

No.

Michael estaba en mi corazón. Fingir con Nick era imposible.

No podía hacerlo.

No lo haría.

Me levantó de un tirón. Hizo un ruido angustiado mientras me empujaba a través de la habitación. Golpeé una columna, el dolor irradiando por mi columna mientras Nick me maltrataba. Luego cambiamos de posiciones, y me arrastró. Se apartó para patear una silla a un lado en su camino hacia el dormitorio.

—No, no.

Manoseó mi cremallera.

—No.

La puerta se cerró de golpe. Mi espalda golpeó la pared. Nick se quitó el chaleco de cuero y lo arrojó a la esquina. El sonido disparó miedo en mi vientre. Luego se quitó la camisa de cuadros, presionando su pecho desnudo contra mí.

—¡Nick, no!

Le abofeteé.

Su palma golpeó mi mejilla, arrojándome sobre la cama. Un dolor como un martillo golpeaba mi cráneo mientras él se hundía en el colchón.

Los dedos se enredaron en mi pelo mientras me tiraba de la cabeza hacia atrás. —*No vuelvas a hacer eso*.

—No te detenías.

—Eres un dolor en el culo, Carmela. ¿Qué te pasa? ¿Costa te golpeaba? ¿Te hacía daño? —La voz de Nick bajó a un susurro—. Lo hizo, ¿verdad? Por eso estás tan jodida.

¿Cuán delirante era este tipo?

—*Nunca*. —Encontré su mirada fruncida, con los puños apretados —. Nunca me pegó. Es bueno conmigo.

—*Bueno*. —Sonrió, encerrándome con sus brazos—. ¿El hombre que amenazó a tu padre y te obligó a casarte es *bueno*?

—Sí.

—Estás completamente loca.

—Qué rico, viniendo de ti.

—Oye, no soy yo quien está enamorada de su secuestrador.

¿Yo? ¿*Enamorada* de Michael?

El pensamiento me apuñaló, la cuchilla al rojo vivo de esas palabras abriendo mi negación. No podía negarlo.

Amaba a Michael.

Dios, lo amaba. Realmente lo hacía.

No podía vivir sin nuestras tardes perezosas, los chistes cursis, sus peculiaridades y sus abrazos por detrás. Lo amaba tanto que quería que esparcieran mis cenizas con las suyas para que siempre pudiéramos estar juntos. Él había traído luz a mi oscuridad. Había insuflado aire en mis pulmones.

Otro pensamiento que me golpeó en las entrañas.

Michael también me amaba.

Y no se lo había devuelto.

Era como un puño apretando mi garganta. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Sollocé. Me agarré la cara, pero nunca había podido ocultar ni una sola cosa a Nick, y ahora él lo sabía. Me mataría.

—Verte así me destroza. Te ha jodido. —Nick acunó mi mandíbula, sus callosidades frotando mi piel—. Te arreglaré.

—¿Qué?

—No te preocupes. Te ayudaré a superar esto.

Mi garganta se tensó mientras me bajaba la cremallera.

—Te ayudaré a olvidarlo.

Aunque viviera en el calabozo de Nick el resto de mis días, el calor del amor de mi marido nunca me abandonaría.

Nick descendió sobre mí. Su pulso golpeaba mi pecho, un desafortunado recordatorio de que tenía corazón. Me bajó el vestido.

Su gemido de aprecio hizo que mi estómago se revolviera. El gemido se profundizó en un gruñido enojado. Nick se cernió sobre mí, fulminándome con la mirada. Presionó un pulgar sobre una marca roja. Siseó, enderezándose.

—¿Qué coño te hizo?

—Son chupetones —gruñí—. No moratones.

Su mano cubrió mi boca. Me pellizcó los labios. —Ni una palabra más sobre Costa.

—No me amenazó para llevarme a la cama —respondí bruscamente, presa de la necesidad de defender a Michael—. Fui *voluntariamente*.

—Cariño, solo crees que lo hiciste. No soporto que te haya tocado.

—¿Entonces por qué me llevaste de vuelta?

—Porque me perteneces.

Lo dijo con cero pasión, como si los chupetones hubieran robado su deseo. Una ola de alivio me golpeó hasta que el dedo de Nick enganchó mi ropa interior. Comenzó a besar mi muslo.

El pánico se hinchó detrás de mis costillas. Apenas me mantenía entera, mis pensamientos desenfrenados con oraciones y súplicas.

—No quiero hacer esto.

—¿Después de meses de montar su polla, estás harta de la mía? *No lo creo*.

Me arrancó el tanga.

—¡Nick, esto es demasiado intenso! No estoy lista, *realmente* no estoy lista.

Desabrochó sus vaqueros y me sujetó los brazos. Luego abrió mis rodillas, bajándose.

—¡No!

Me agarró del cuello y apretó. —Una vez me dijiste que ser profundamente amada por alguien te da fuerza. Puedes soportarme.

No, no puedo. —¡Nick, para!

Nick hizo una pausa, su sonrisa ensanchándose. Se bebió mi miedo como un afrodisíaco. Mantuvo su toque ligero. Avanzaba y

bajaba por mi antebrazo, a través de mi cuello.

—¿Por qué, lo disfrutas más con él?

Por supuesto. —Yo... los dos sois buenos.

—Quiero la verdad. —Se oscureció como una nube de tormenta —. Te hice una pregunta. ¿Quién es mejor amante?

Michael. —No voy a responder a eso.

—Lo harás. Y sabré si estás mintiendo. Siempre lo sé.

—No.

—Dímelo. —Me metió un dedo en la boca—. O dejaré de ser tan amable.

Le mordí hasta que se retiró.

Un golpe se estrelló contra mi cabeza. La agonía irradió hasta mis dientes. Me pegaría sin importar lo que dijera, así que lo miré de frente, sonriendo.

—*Michael*. Puede hacerme venir con su voz.

—Porque haces lo que él quiere. —Resopló, la diversión chocando con su mirada malévola—. De lo contrario, tendrías muchos más *chupetones*.

—Él no lastima a las mujeres.

—Oh, nena. Eres tan ingenua. He estado en su club. He hablado con sus putas. Le pagué a una para que me lo contara todo —se interrumpió con una sonrisa burlona—. Me contó todo tipo de cosas. El hombre se excita castigando a sus mujeres. *Igual que yo*.

La comparación me enfureció.

—Supongo que tienes un tipo, Carmela.

—Cállate. No lo entiendes.

—¿*Entender*? Cariño, yo soy él.

No.

—Te lo demostraré. —Los dedos de Nick se curvaron alrededor de mi garganta y apretaron, luego sus labios se moldearon a los míos, la suave presión llenándome de bilis. Se echó hacia atrás, susurrando—. Él hace esto cuando se corre, ¿verdad?

—Cierra la puta boca.

—Le gusta cuando estás atada. Le encanta cuando te arrodillas. Cuando luchas. Igual. Que. A. Mí.

Me volví. —¡Para!

—No tengo que follarte. Estoy dentro de ti, Carmela. —Se despegó de mí, su pecho desprendiéndose—. Siempre.

—*Quiero a mi marido*.

—Veremos cuánto dura eso.

TREINTA Y CUATRO

MICHAEL

Vinn recibió un disparo en el tiroteo desde el coche.

La bala se coló por el hueco de su chaleco y le impactó en el hombro. Arrastré su trasero al hospital de Alessio, donde el personal no informaría de la herida de bala a las autoridades.

Matamos a seis moteros. Uno de ellos era el presidente.

Sus caras aparecieron en las noticias de la noche: dos miembros y cuatro aspirantes. Habíamos sumido a Legion en el caos, lo que no era nuestra intención, pero me importaba una mierda la seguridad pública o las alianzas rotas. Solo me preocupaba mi esposa.

¿Estaría bien?

¿Le estaría haciendo daño?

La echaba de menos con un vacío en los pulmones, un dolor absoluto que me consumía. Mi estómago no se había destensado en las veinticuatro horas que llevaba desaparecida, porque mi mente se llenaba de imágenes violentas. No tenía ni idea de lo que él estaba haciendo, pero si le hacía daño, teñiría de rojo las calles de Boston con sangre de moteros. Mi misión en la vida sería matar a tantos como fuera posible. No podrían ni cagar sin estar pendientes de mí. Haría conocer mi nombre y tomaría mi venganza.

Todos sufrirían.

—Michael.

Levanté la mirada del reluciente suelo cuando una palma se deslizó por mi pelo. Liana estaba de pie con un pijama de franela,

sus ondas castañas recogidas en una coleta alta.

—¿Estás de broma? Se suponía que debías quedarte con mis hijos.

—Mamá está con ellos. Están a salvo —Liana se dejó caer en el asiento junto al mío—. ¿Qué ha pasado?

Di un sorbo a mi café tibio, el único sustento que me había permitido. —No puedo contarte nada.

—¿Está bien?

No estaba en condiciones de consolar a nadie. —Ni idea.

—¿Y Carmela?

—N-no lo sé.

Me frotó la espalda. —Quizás deberías dormir.

—Tengo que encontrarla.

—Has hecho todo lo que has podido.

—No hasta que haya colgado a cada puto motero de esta ciudad.

—¿Es usted Michael Costa? —Una mujer asiática con uniforme rosa se adelantó—. Soy la doctora Yang. Fui la cirujana que asistió en la intervención de Vinn. Fue herido en el plexo braquial, que es el gran conjunto de nervios que controla la función del brazo.

—¿Podrá usarlo?

—No lo sabremos hasta dentro de unas semanas. Lo más probable es que necesite una cirugía adicional. Puedo llevarles a verle ahora.

Nos llevó donde Vinn yacía, envuelto en gasa. Miraba al techo en un sopor inducido por las drogas, con la boca entreabierta. Su expresión permaneció inexpresiva mientras Liana acercaba una silla.

—*Vinny*. He venido en cuanto me he enterado.

Puso su palma sobre la mano de él. La mirada de Vinn se desvió hacia sus dedos entrelazados. Su labio se crispó.

—Estoy bien.

Liana le alisó el pelo, su voz espesa por las lágrimas. —Me alegro de que estés bien.

Un golpe en la puerta atrajo nuestra atención hacia una enfermera. —Lo siento, pero el horario de visitas ha terminado.

Tienen que marcharse.

Apreté el tobillo de Vinn. Liana se inclinó sobre Vinn y le besó la mejilla. Sus ojos parpadearon cuando ella se separó de él. Él se tocó el lugar donde los labios de ella le habían rozado.

Nos fuimos. Liana se acurrucó en la sala de espera, sacando una manta de su gran bolso y poniéndosela sobre los hombros.

—Li, vete a casa. Duerme.

—Me quedo con Vinny.

Casi dije algo, pero un recuerdo de la desaprobación de Carmela cortó mi impulso. Liana se acurrucó en un asiento de plástico mientras yo me dirigía hacia la escalera, tan cansado que podría haberme desplomado por los escalones. Descendí un tramo antes de darme cuenta de que alguien llamaba mi nombre.

—¡Michael! —Los rasgos curtidos de Alessio nadaron en mi reconocimiento mientras se enderezaba la chaqueta—. Te he estado llamando.

—No te he oído —Una cantidad nauseabunda de esperanza se alojó en mi garganta—. ¿La has encontrado?

—No, no la he encontrado. Lo siento.

Por supuesto. Ya le había fallado una vez.

El asco se revolvió en mi estómago. —Entonces apártate de mi vista antes de que te rompa la cabeza.

—Quiero ayudar.

—Construye una máquina del tiempo, miserable cabrón. Mata a Crash cuando se suponía que debías hacerlo porque ahora no hay nada que puedas hacer —Agarré su cuello, un odio corrosivo vaporando el aire entre nosotros—. No te soporto.

—Deja de culparme por cosas fuera de mi control.

—¡Podrías haberlo detenido hace años!

—Era su maldito novio —bramó, empujándome—. Ella quería quedarse. Me lo suplicó. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Salvarla del psicópata.

—Sí, debería haber usado mi bola de cristal mágica y predecir que se convertiría en esto, igual que tú deberías haber visto lo que

Serena les estaba haciendo a tus hijos...

Mi puño se estampó contra su cara. Él me lanzó escaleras abajo. Lo embestí contra la pared, y luego nos estábamos destrozando mutuamente. El dolor se extendió como una telaraña por mi mandíbula, y entonces él me apartó de un empujón, con los ojos ardiendo.

—¿En qué ayuda esto a Carmela?

Mi ira se disolvió. Continué mi descenso, mi miseria como un cuchillo dentado serrando mi corazón. Dolía tanto. —La quiero, joder. Él no. No puedo hacer esto sin ella. No puedo recoger los pedazos y seguir adelante.

Apretó mi hombro.

Me sacudí mi dolor. —Busca su club. Donde sea que se esconda, ahí es donde están Carmela y Anthony.

—Todo el mundo está buscando miembros de Rage Machine, pero no llevan parches. Nadie sabe quiénes son estos cabrones. La policía ni siquiera sabe que existen, pero deben estar sobornando a todo el mundo. Necesitamos a alguien de nuestro lado que haya hablado con él recientemente. De lo contrario, esto llevará una eternidad.

Me detuve en la planta baja, paseando por la escalera. —No conozco a ninguno de sus asociados aparte de Legion.

—¿Se te ocurre algún sitio que podría haber visitado?

Pasé las páginas en mi teléfono, buscando ideas hasta que mi pulgar se deslizó sobre la foto de Elena.

Sanctum.

A LA MIERDA ESTE LUGAR.

Había soltado tanto dinero aquí que podría haber abierto una clínica para adicciones. Cuando Alessio era el protegido de Nico y el mejor amigo de Anthony, nos íbamos de fiesta aquí cada fin de

semana. Pensaba que estaba viviendo la gran vida, pero todo lo que había hecho este club era distraerme de lo que importaba.

La música dreampop pulsaba en pasillos semiiluminados mientras paseábamos sobre el mármol negro. Alessio frunció el ceño a la morena que se arrimaba a su lado. Se apartó, mostrando su anillo de boda.

—Eso no es un problema para *mí* —ronroneó ella.

—No estoy aquí para jugar.

Alessio gritó el nombre de Elena por encima del ruido mientras yo escaneaba el mar de mujeres desnudas. Un destello de cabello rubio llamó mi atención. Los ojos delineados de Brooke mostraron terror cuando se escabulló a otra habitación. La seguí y la divisé agachada entre dos sofás.

—¿Por qué te escondes de mí?

Corrió hacia la puerta.

Le agarré el brazo. —*Brooke*.

—Estoy trabajando, y estás en medio.

—¿Estabas aquí cuando Elena fue asesinada?

La boca rosa de Brooke tembló mientras se soltaba de mi agarre. —¿Por qué?

—Mi esposa está jodidamente desaparecida. Se la llevó el asesino de Elena, y necesito detalles sobre esa noche.

—¿La has perdido? Qué pena.

La agarré por la garganta. —No estoy jugando. Te aplastaré la vida.

—¡No sé nada!

—Se me ha acabado la paciencia —apreté lo suficiente para que su respiración se volviera irregular—. Habla.

—El hombre de la foto que pusiste vino aquí, haciendo todo tipo de preguntas sobre ti.

—¿Sobre mí? —Aflojé la presión en su cuello, con el pulso acelerado—. ¿Como qué?

—Con quién follas. Cómo te gusta follar. Ese tipo de cosas.

—¿Y *hablasteis*?

—Yo no —jadeó, clavando las uñas en mis dedos—. Fue Elena. Estaba soltando un montón de pasta, comprando el silencio de todos. Debieron ser al menos treinta mil. Le pidió a Elena que se fuera a casa con él. Ella dijo que sí.

—Y luego la tiró en el aparcamiento —me limpié la cara—. Por esto no debes irte del club con *nadie*. ¿Qué más pasó?

—Eso es todo lo que sé. *Lo juro*.

Me aparté de ella y me tiré del pelo, atormentado por imágenes del cuerpo sin vida de Elena. —¿Quién estaba trabajando ese día?

—¿Quién soy yo, la encargada? *Mira el horario*.

El encargado.

Una sospecha oscura se disparó en mi corazón.

Julian.

TREINTA Y CINCO

CARMELA

Nunca volvería a ver a Michael.

Nunca más me regalaría tulipanes, dibujaría corazones en notas Post-it, ni me llevaría a mi primera ecografía. Me perdería el quinto cumpleaños de Matteo. No estaría allí cuando los niños crecieran hasta la edad adulta.

Estaría *aquí*.

Con Nick.

Me dejaría embarazada para atraparme. Nunca le sonreiría al bebé ni cambiaría pañales ni haría nada que no fuera egoísta. Nuestro hijo crecería en un hogar violento. La despiadada infidelidad de Nick reduciría mi espíritu a polvo. Me asfixiaría.

De ahora en adelante, todo sería oscuridad absoluta. No más luz. Solo la desesperación aplastante de estar atrapada con este hombre.

Nick me había encerrado en su destartalada habitación. Se había sumido en un sueño inquieto en la cama de matrimonio, su cuerpo como un bloque de hielo. Cuando la luz del sol se asomó por las persianas romanas, se despegó del colchón y desapareció para hacer algún recado.

Me vestí rápidamente, recorriendo con la mirada las pertenencias de Nick: cigarrillos de clavo, un encendedor Zippo, revistas de restauración de motocicletas. La persona que había vivido allí antes que Nick había colgado un calendario en la pared y había marcas de cortes donde Nick había lanzado cuchillos. Colillas de cigarrillos

esparcidas por el suelo. Nick era descuidado con sus armas, pero con el lugar rodeado de moteros del uno por ciento, nunca lograría salir por la puerta.

Mi vieja chaqueta de cuero colgaba en la silla arrimada al escritorio. Tragué saliva con dificultad al ver las palabras estampadas en la espalda.

PROPIEDAD DE CRASH.

Toqué la tela gastada que una vez cubrió mis hombros. Ponérmela se sentiría mal, como deslizarme en una piel que no me ajusta. No me la pondría; no soportaría ni un segundo más de esto.

Unas pesadas botas rasparon la madera mientras giraba el pomo de la puerta. Nick agachó la cabeza bajo el marco y entró con una bolsa de plástico. Tenía surcos bajo los ojos mientras me empujaba una caja rosa en las manos.

—Hazlo.

Mi pulgar rozó el texto. Una prueba de embarazo.

Un nudo se alojó en mi garganta. —¿Por qué?

Me agarró del brazo y me condujo al baño de azulejos blancos, con la mirada pálida entrecerrada pero resuelta. —Haz la maldita prueba.

—¿Podría tener algo de privacidad?

—*No*.

Nick cruzó sus gruesos brazos. Abrí la caja y saqué la prueba. Me temblaba mientras me sentaba en el inodoro y orinaba en el palito. Nick me lo arrebató de la mano y volvió a su posición, golpeando la encimera con los dedos. Miraba fijamente la pequeña ventanilla.

—¿Cuánto tarda esto?

—Un par de minutos.

Me apoyé contra la ducha. No creía estar embarazada, pero ¿y si lo estaba?

¿Qué me haría?

Nick se fue, guardándose los resultados para sí mismo. Se pasó la mano por su pelo rubio. Se desabrochó los primeros botones de su

camisa a cuadros, más agitado de lo que nunca lo había visto. Mi interior hervía.

Sus dedos palidecieron, y luego recogió el envase. Lo que leyó en el cartón le hizo frotarse la frente.

—*Mierda*.

El plástico resonó al caer al suelo. Dos líneas marcaban la ventanilla.

Estaba embarazada.

Mi corazón se hinchó y se contrajo, el alivio enfriado por el bloque de hielo deslizándose contra mi costado. Nick se desplomó a mi lado. Miraba al frente, pálido e inexpresivo. Parecía que le hubieran disparado.

Era la mejor noticia, pero mis ojos se inundaron con la dulce miseria de que Michael no estuviera aquí para compartirla conmigo. Tendríamos un bebé. Era todo lo que había deseado. Mi visión se empañó.

Me agarró la mandíbula. —¿Es mío?

Definitivamente no era suyo.

Nick pareció interpretar mi emoción como confirmación. Su palma se deslizó sobre mi vientre y me acarició. —Nunca usamos condón.

Me quedé boquiabierta.

—Esto ha pasado tan rápido. Una vez, y *pum*, estás embarazada. Dios mío.

¿Creía que estaba de cuatro meses?

¿Sabía algo sobre el embarazo?

—Has engordado como siete kilos desde entonces. —Nick se deslizó de la cama, pasándose las manos por el pelo—. ¿Cómo no lo vi venir?

El idiota no consideraba que cuando estábamos juntos yo me moría de hambre por el estrés, y estar con Michael me había sanado. Permitir que Nick creyera esta absurda fantasía me revolvía el estómago, pero podría facilitar mi escape.

Tenía que salvarnos.

—¿Qué pensabas que pasaría cuando te corrieras dentro de mí?

—No estaba pensando. —Nick abrió una caja negra, sacando un cigarrillo—. ¿Existe alguna prueba para asegurarme de que soy el padre?

—No puedes fumar cerca de mí.

Lo tiró al suelo. —*¿Existe una puta prueba?*

—Sí, pero no está disponible sin receta.

Temblando, se desabrochó la pistolera de la cintura y dejó caer la pistola en su mesita de noche.

Podría cogerla.

—Criaré a nuestro bebé sola.

—Ni hablar.

—Nick, no podrás soportar las alimentaciones nocturnas, los gritos, los pañales sucios, y te largarás cuando el niño esté enfermo y necesite ir al médico.

Los ojos de Nick me lanzaron rayos. —Tendremos ayuda. Igual que *Costa*.

—No sois iguales. Él quiere esto conmigo.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Todas las niñeras del mundo no podrían reemplazar a un padre como Michael.

—Te dijo lo que querías oír. Sabe que nunca lo dejarás si te quedas embarazada. Es un buen mentiroso. Eso es todo.

No. —Estás equivocado.

—Cuidado con la actitud, Carmela. Mi paciencia tiene límites.

No eran iguales.

Me estaba afectando, la constante comparación con mi marido. Nick estaba decidido a empañar mi hermosa vida con Michael, pero nunca podría parecerse a lo que Nick había hecho: la tortura, las palizas y las violaciones.

—Te salvé de un hombre que te usaba como una esclava, y tú crees que es mejor que yo. Llámame roto. *Vale*. Eres tú la que tiene el cerebro dañado. Me suplicaste un bebé, y cuando dije que no, te aferraste a una versión inferior de mí.

Lo tenía todo al revés.

—No le quiero porque se parezca a ti. Es un padre increíble y una pareja maravillosa, y me siento segura cuando estoy con él. Me escucha. Quiere lo mejor para mí. Tú nunca me diste eso. Eres un infiel. Un maltratador. No te *pareces* en nada a él.

—Mató a seis personas anoche. Tipos de Legión. Tiroteo desde un coche.

—¡No me importa! —Quizás era enfermizo que no me importara, pero era la verdad. Michael tendría que hacer algo mucho peor que matar a un grupo de gánsteres para que me volviera contra él.

—Te importaría si fueras tú misma. —Paseó por la habitación, con el color volviendo a sus mejillas—. Tenemos que irnos. Tengo que encontrar a Costa. Necesito poner fin a esto, especialmente ahora.

No. —Nick...

—¡Basta! —rugió, girándose hacia mí con los puños en alto—. Vamos a tener un maldito hijo juntos. Deja de suspirar por un hombre que no sobrevivirá al fin de semana. Una vez que esté muerto, serás libre. Y entonces nos casaremos.

—*No*.

—Sí.

Me empujó hacia la puerta, pero clavé mis talones.

—¡Michael no va a morir, y nunca me casaré contigo!

—Entonces te demandaré por la custodia completa y sobornaré al juez. Haré que me dé al mocoso. Nunca volverás a ver a nuestro bebé.

¡No es tuyo!

—Ponte tu chaqueta. Vámonos.

La presencia de Nick, dura como el acero, desapareció, y luego me empujó el cuero a los brazos.

La arrojé al suelo.

Los ojos de Nick la siguieron. Su mano giró, estrellándose contra mi cara. El golpe me lanzó contra su mesita de noche. Mi cráneo agrietó la madera. Algo pesado se tambaleó encima.

Su pistola.

La agarré y disparé.

Un marco de foto explotó junto a la cabeza de Nick. Se estremeció mientras apuntaba a su pecho. Unas botas retumbaron en el pasillo. Voces gritaban fuera. Rompían puertas lejanas.

Nick me miró con los ojos muy abiertos. —*¿Qué demonios?*

—¡Manos arriba! Te mataré.

—No asesinarías al padre de tu hijo.

Tú no lo eres. —Tengo que alejarme de ti.

—Mátame —se burló—. Te violarán. Todos ellos.

—¡Cierra la puta boca!

—*De acuerdo*. Cálmate. —El tono de Nick era suave, suplicante—. Respira hondo y mira dónde estás.

—Tengo que irme.

—Harás daño al bebé.

La puerta se abrió de golpe y apareció un hombre con una escopeta.

—Axel, no. ¡Apártate, joder! —Nick agarró el cañón, poniéndose en la línea de fuego—. Carmela, baja la puta Sig.

—*No*.

Nick le rugió al motero: —¡Apártate!

El hombre retrocedió. Nick se volvió hacia mí, apretando los labios. Un destello de sorpresa cruzó su mirada. —¿En serio me vienes con esta mierda de pistolera? ¿Es porque soy el padre?

—Te dije que no me pegaras.

—¿Sacas una pistola porque te *abofeteé*?

—Sí.

Nick tragó saliva con dificultad. —Carmela, esto no es un juego. Morirás. Baja el arma.

—Al menos seré libre. —Señalé hacia el pasillo—. Muévete.

Retrocedió hacia la oscuridad, riendo. —¿Cuál es tu plan? ¿Atacarás a todo el club?

—Me voy.

Una risa fría y aguda resonó por los pasillos. Dio un paso adelante, con los ojos llenos de diversión.

—Te juro por Dios, Nick.

—Preciosa, estás rodeada. No hay forma de que salgas de aquí. —Nick fulminó con la mirada a los hombres que se acercaban—. ¡Cualquiera que dispare a mi *embarazada* señora tendrá los huevos quemados con un soplete. ¡Dejadnos solos, joder!

Bajaron sus armas, y conduje a Nick hasta la puerta mientras me sonreía. Parecía que le hubiera agarrado la polla. Disfrutaba de la tortura, pero había una cosa que le gustaba más.

La persecución.

Caminamos por el porche, dirigiéndonos hacia la fila de motocicletas.

—¿Quieres estas? —Nick sacó las llaves del bolsillo de su camisa, balanceándolas—. Baja la pistola.

—*No*.

—Tendrás que matarme para robar mi Harley.

—¿Estás dispuesto a ponerme a prueba?

—Quizás te deje tener una ventaja de diez minutos.

—Sígueme, y no dudaré en asesinarte.

Se rió, el aire empañándose con su aliento. —Echaba de menos este lado tuyo, Preciosa.

—Las llaves.

Se detuvo cerca de la Dyna Super Glide. —No sabes montar.

—Dámelas, o te dispararé.

Lanzó el llavero. Cayó a un metro de distancia. —Agáchate y son tuyas.

Me acuclillé y tanteé hasta que mis dedos se aferraron al metal. Mis manos temblaban mientras abría el disco e introducía la llave.

—Nunca serás capaz de sacarla del camino —se burló Nick, con su sonrisa ensanchándose—. Ni siquiera puedes cambiar de marcha.

—Sí que puedo, joder. Es un concepto simple. Ya lo averiguaré.

El panel se iluminó. Subí y agarré el embrague, apretando los botones. Mi control sobre la situación se llenó de dudas al ver que no arrancaba.

Nick observaba, con los brazos cruzados. —¿Quieres que te enseñe cómo se hace?

Disparé. La tierra junto a su bota explotó. —Esa fue tu última advertencia.

—¿Cuántas balas hay en ese cargador?

—Suficientes para matarte.

—Sí, pero ¿y ellos? —Nick señaló hacia la casa—. Me jodes a mí. Ellos te joden a ti.

—¡Me voy!

—Nena, no llegarás ni a ocho kilómetros. Bájala. No te haré daño.

Giré la manilla izquierda y presioné un botón en la derecha. El asiento vibró mientras su Harley rugía.

Sí.

—Carmela, no seas idiota. ¡Acabarás como una mancha en la carretera! —Nick avanzó, el cañón hundiéndose en su estómago—. Estás poniendo en riesgo la vida del bebé.

Mi pecho se tensó al escuchar aquello.

Podría haberle atravesado el corazón.

Nick se deslizó lentamente hacia mis muñecas. Tiró hasta que la boquilla apuntaba al suelo. Nick agarró mi mano y sacudió el arma de mis dedos flojos, y luego enterró la pistola en mi pelo.

—Loca del coño. Te arrepentirás de esta estúpida fanfarronada. —La luz en sus ojos se apagó mientras subía a la moto—. Nos vamos a casa.

—Yo tengo un hogar. No está contigo.

TREINTA Y SEIS

MICHAEL

Entré de una patada.

La puerta golpeó contra la pared. Avancé a zancadas por el piso de soltero lleno de cuero negro brillante. El olor a sexo y cigarrillos impregnaba el aire. Seguí la pestilencia hasta un dormitorio, donde un Julian desnudo se había caído de la cama. Botellas de cerveza cubrían la alfombra. Arranqué las sábanas de satén. Quienquiera que hubiera dormido con él ya se había ido.

Bien. Sin testigos.

Julian se puso de pie con dificultad, sacando un bate de béisbol de debajo de su escritorio. Profundas líneas tallaban sus hoyuelos. Sus pupilas estaban dilatadas con esa bruma drogada que reconocía de todos mis tratos con Serena.

Se rio. Era mitad dolor y mitad rabia.

—Serena era tu puta. ¡Era tu jodida *zorra*! —La saliva salió volando de su boca mientras preparaba su bate, ajeno a la pistola que apuntaba a su pecho—. Sabías que lo descubriría. Estás enfermo. Estás *trastornado*.

—No tan loco como estaré si mi esposa muere. ¿Dónde está Carmela?

—Que te jodan.

Apreté el gatillo.

La sangre salpicó el suelo cuando una bala atravesó su rodilla derecha. Se desplomó, aullando. El bate rodó hacia mí mientras

Julian se retorcía, sollozando.

—¿Dónde está?

—Duele. Dios mío. Ayuda...

—Toma otra dosis, yonqui. —Agarré su pelo y lo arrastré fuera del colchón, un calor cortante recorrió mis nervios cuando una goma elástica cayó de su mesita de noche—. ¿Es esto lo que has estado haciendo con mi dinero? ¿Drogarte y vender a mi esposa? ¡Te mataré!

—¡Por favor, no! Tengo una hija.

—*Estará mejor sin ti*. —Empujé la Glock contra su sien, y chilló—. ¡Mi esposa! ¡Le entregaste Carmela a ese psicópata!

—Ojo por ojo —gruñó—. Sabemos lo que le hiciste a Serena.

—¿De eso se trata? ¿*Serena*?

Se abalanzó sobre mí con una botella de cerveza.

Se la arrebaté de su torpe agarre y le golpeé. Cayó sobre el suelo oscuro mientras apoyaba mi pie en la parte superior de su espalda. En cuanto le retorcí el brazo, Julian se desplomó. Me había acostado con mujeres que habían presentado más resistencia.

—Eres inhumano. Pura maldad. —Su voz era un gemido bajo y gutural—. Me enseñó sus moratones. La golpeaste. La mataste.

Mi difunta esposa me había abofeteado desde la tumba. Había hecho creer a su hermano lo peor de mí, y nuestros hijos casi habían pagado el precio. Me había torturado con amenazas de llevarse a los niños. Había hecho tantas cosas horribles, y ahora, me había costado el amor de mi vida.

Quería que desapareciera.

Mi pistola golpeó la mandíbula de Julian. Se estrelló contra la cama mientras el carmesí brotaba de su nariz, con los ojos abiertos y suplicantes. Lo golpeé hasta que mis nudillos se abrieron, su cuerpo blando rompiéndose bajo mis golpes.

—¿Sabes lo que le hizo a mis hijos? —grité—. ¡Maldito degenerado! Dime dónde está.

Su pánico saturaba el aire como el olor agrio y penetrante de un hombre sin lavar. —Me matarás de todos modos.

—Tu vida aún podría empeorar mucho más.

—Le robaste. Él solo quería recuperarla, así que... le conté la rutina de Carmela. Debe haberla secuestrado. Su dirección está en mi teléfono. Dijo que la llevara allí si... si tenía la oportunidad.

Me lancé hacia su móvil, lo desbloqueé y encontré la información escondida en una nota. La busqué en un mapa.

A quince minutos de distancia.

—Por favor. —Julian levantó las manos—. Tengo una hija.

Yo tenía dos, y él se las había entregado a Crash.

Apunté a su cara.

—Yo no asesiné a Serena, pero *sí* voy a matarte a ti.

Tres agujeros perforaron la cabeza de Julian, destrozando su cráneo. La sangre se filtró bajo su pelo mientras miraba fijamente al techo. Agarré su brazo y tiré, atrapando la mayor parte del desastre en la cama. Luego caminé hacia el pasillo, haciéndole un gesto a la alta silueta.

—Limpia esto.

El soldado cumplió mi orden, envolviendo a Julian en las sábanas. Su mirada sin vida desapareció bajo el negro.

Buen puñetero viaje.

No hubo triunfo por su muerte.

Solo rabia.

TREINTA Y SIETE

CARMELA

Me empujó escaleras abajo con una patada.

Mi cadera chocó contra los escalones. Caí, deslizándome por la escalera. Un grito desgarró mi garganta mientras perdía el equilibrio. Me estrellé contra el suelo compactado. Escupí tierra y me giré boca arriba, gimiendo.

Las luces se encendieron, revelando un sótano sin terminar. Mi mirada recorrió las paredes de hormigón y el techo bajo de madera. Nick se precipitó tras de mí, pistola en mano. Levantó su brazo.

Me cubrí la cara.

Estallaron fuertes detonaciones mientras disparaba, explotando los terrones a mi alrededor. Mis oídos retumbaban con los disparos.

—¿Te gusta esto, joder? —Su rodilla aplastó mis costillas mientras se inclinaba sobre mí, con el rostro blanco de furia—. ¡Zorra loca!

—¡Nick, para!

—No, no lo haré. Me apuntaste con una pistola a la cabeza, psicópata. ¿No tengo ya suficientes preocupaciones para que encima mi mujer intente matarme? *¿Cómo te atreves?*

—¡Déjala en paz!

Una voz ronca bramó desde el rincón. El sonido pareció sacar a Nick de su rabia mientras se giraba hacia un hombre sin camisa que se acurrucaba bajo las vigas, con las piernas y los pies atados.

Unos ojos grandes y familiares me miraron, un ceño fruncido oscurecía sus agradables rasgos. Una espesa barba ocultaba su

mandíbula, pero era Anthony. La suciedad manchaba sus pantalones de chándal. Moratones y marcas rojas y moradas pintaban su pecho. Marcas de ligaduras rodeaban sus muñecas, y le castañeteaban los dientes.

—¿Me has oído, pedazo de mierda de la nación aria? —Anthony se esforzó contra sus ataduras—. Déjala en paz, joder.

—Por fin le crecen huevos. —Nick le dedicó una sonrisa a Anthony y volvió su atención hacia mí—. No me digas que también le chupaste la polla. No creo que pudiera soportarlo.

Su mano rodeó mi garganta. Me cortó el oxígeno con un fuerte apretón. Arañé sus brazos, incapaz de aflojar ni un solo dedo. Todo ardía. Mi cuerpo gritaba de agonía, y mis oídos se llenaron con el grito desesperado de Anthony. Un timbre interrumpió el caos.

El aire volvió a mis pulmones cuando Nick se apartó.

Contestó su teléfono. Luego subió las escaleras, desapareciendo en la casa.

Jadeé, arrastrándome hacia Anthony. La sangre corría por sus manos desde las ataduras, pero él no parecía notarlo. Me miraba fijamente.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Qué te ha hecho?

—Solo quiere un saco de boxeo. —Un temblor le recorrió mientras miraba hacia arriba—. Cabrón prejuicioso. He desperdiciado toda mi maldita vida, y *así* es como acaba. En un jodido hueco bajo tierra.

—Tu vida no está acabando. No va a librarse de nosotros tan fácilmente.

Anthony se desplomó hacia delante, como si hubiera gastado toda su energía gritando. Agarré una botella y se la acerqué a la boca. Bebió pequeños sorbos, y luego ávidamente, quitándomela mientras engullía el agua. Se limpió la cara con las gotas que se derramaron y la tiró a un lado.

Anthony solo estaba aquí por mí.

Tenía que liberarlo.

Tiré de sus ataduras y mordí el plástico, pero era inflexible. Duro como una roca. Una cuerda lo ataba a una tubería. Deshice el nudo...

—Para —siseó Anthony—. *Está volviendo.*

Nick bajó los escalones, sin parecer perturbado porque Anthony estuviera desatado. —Arriba. Ahora.

Anthony fulminó con la mirada a Nick mientras éste tiraba de la cuerda, arrastrándolo escaleras arriba. Les seguí mientras conducía a Anthony a un salón austero y lo empujaba a un sofá.

—Acabo de hablar por teléfono con tus nuevos dueños. —Nick me ignoró cuando me uní a ellos, concentrado en Anthony—. Le sacarán más provecho. Eres patético. Mi mujer podría ganarte en un combate de lucha.

—¿Por qué no me quitas estas bridas? —Anthony sonrió—. Entonces veremos quién es el verdadero tipo duro.

—Te arrancaré el hígado con los dientes.

—Entonces quítamelas, cobarde.

Me quedé boquiabierta mirando a Nick.

No mordería el anzuelo. No era tan estúpido, pero algo dentro de él se había desmoronado desde el club. Miedo. Pulsaba como un corazón enfermo, volviendo negra su rabia. Estaba tan jodidamente asustado de ser padre.

Nick desenfundó el cuchillo de su cintura y se arrodilló, cortando las ataduras de los tobillos de Anthony.

Anthony se inclinó hacia delante, con los músculos tensos. Me miró y señaló con la cabeza hacia la puerta.

Apenas reaccioné cuando Anthony se lanzó con los pies, golpeando el estómago de Nick antes de que hubiera desatado sus muñecas. Nick chocó contra la pared, riéndose. Empujó a Anthony con una palma.

Nick blandió la hoja. —Hazlo otra vez, y te apuñalaré.

—¡Carmela, *corre*!

Anthony agarró una silla y empujó a Nick, quien la apartó de un manotazo. Anthony hizo una mueca ante los golpes de Nick y

embistió contra sus piernas, golpeando la parte posterior de sus rodillas.

Corrí, pero la puerta estaba cerrada con docenas de cerrojos. Así que agarré una ventana y la abrí... impedida por barras de hierro. Todo estaba bloqueado.

Joder.

El sacrificio de Anthony sería en vano.

Su pelea se estrelló contra el vestíbulo. La sangre corría por la frente de Nick mientras arrastraba a Anthony por el pelo mientras éste golpeaba el abdomen de Nick.

Anthony lo intentó. Lo hizo, pero estaba golpeado, hambriento y atado. Ni siquiera la desesperación por vivir fue suficiente para dominar a Nick.

Nick apuñaló el hombro de Anthony.

Anthony gritó.

Corrí hacia él, y Nick hundió su puño en mi vientre. Me desplomé sin aliento mientras el dolor irradiaba hacia adentro. *Dios, el bebé*.

Anthony se derrumbó, gimiendo.

Nick abrió la puerta y la abrió, mirando hacia afuera. —Llévate a Costa de mis manos antes de que lo mate.

El tipo se deslizó en la habitación, pero la única parte que vi fueron sus botas de cuero. —Se suponía que debía estar intacto.

—Sí, bueno. También es un dolor en el culo. —Nick se agachó hacia Anthony y arrancó el cuchillo, provocando una nueva oleada de gritos—. Descontaré mil dólares por los daños.

—Hecho.

Intercambiaron dinero, y varios hombres levantaron a Anthony. Me levanté de un salto, vislumbrando el rostro torturado de Anthony antes de que la puerta se cerrara, dejándolos fuera. Segundos después, el crujido de la grava bajo los neumáticos del coche que se alejaba me llenó de pavor. Corrí a la ventana mientras los faros barrían la oscuridad.

Se había ido.

Un aullido me atravesó.

La mano ensangrentada de Nick rodó sobre mi cuello. Hundió sus dedos en mi piel, girándome. Manchas rojas quemaban sus mejillas, y todavía empuñaba el cuchillo. Sus labios estaban blancos y temblando.

—¿Te acostaste con él también? Lo hiciste, ¿verdad? —La angustia ondulaba en sus palabras mientras cortaba mi negativa—. Te acostaste con él y Dios sabe con cuántos otros dagos.

El insulto envió una ola de ira a través de mí. —*Yo soy* italiana.

—No me lo recuerdes.

Moriría esta noche.

Nick retorció la daga, el brillo demente en sus ojos afilándose. Obviamente, la idea le estaba gustando. A estas alturas, yo era más una molestia que una amante. Si levantaba las manos, me golpearía. Si me sometía, me torturaría. Si respiraba, me ahogaría.

—Solo estoy siendo sincera, Nick.

—Tú nunca estás *solo* haciendo algo —explotó, lanzándome contra una pared—. Sabes cómo joderme.

—De acuerdo. Tranquilízate.

—No, tranquilízate tú. —Agarró mi garganta y metió la daga bajo mi barbilla—. Tú tranquilízate, Carmela. Me follaré a todas las mujeres hasta que sientas una fracción de lo que me has infligido.

Siempre se trataba de él.

Su sufrimiento. Sus orgasmos.

Nick dio un paso atrás. Se agarró el pelo. —Amarte es un dolor constante. Es una agonía interminable. Quiero que pare.

—Yo también.

—Desde que te conocí, es como si estuviera muriendo lentamente. —La mano de Nick temblaba, y algo húmedo rodaba por mi piel—. Tiene que parar.

Lo haría.

—Nick, si me matas, no podremos hacer planes para el futuro, criar una familia, o darnos otra oportunidad. —El sudor perlaba mi labio superior mientras buscaba a tientas un arma.

—No. Esto tiene que *acabar*.

—Empezaremos de nuevo, borrón y cuenta nueva. —Mis dedos rozaron algo sólido y lo agarré—. Quiero estar contigo.

—Estás mintiendo.

—Tengo que vivir por el bebé. El bebé no te ha hecho nada. Hay una parte de ti viviendo dentro de mí. ¿No te importa?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

La puerta se abrió de golpe, y Nick giró la cabeza. Levantó la hoja. Yo golpeé con fuerza, estrellándole un atizador de chimenea. Un corte rojo le partió la mejilla. Michael lo agarró por detrás, y se desgarraron el uno al otro como bestias. Michael agarró el atizador que había dejado caer y lo apretó contra la garganta de Nick.

Alessio estrelló su pie contra la mandíbula de Nick, y luego Michael lo empujó hacia abajo. Mi cuñado se arremangó antes de unirse a Michael para golpear las costillas y el estómago de Nick. Golpes salvajes derribaron a Nick, una y otra vez. Eran como lobos, desgarrando a su presa que se retorcía. Lo golpearon hasta que se agotaron, jadeando.

Las manos rotas de Nick se hundieron en sangre mientras se levantaba.

Alessio le agarró del pelo. —¿Dónde está Anthony?

—Matadme, y nunca lo encontraréis.

—¿Qué has hecho con él?

—Vendido al mejor postor. —Nick escupió una bocanada de sangre—. Os daré la información si nos dejáis en paz.

—No hay ningún *nosotros*. —Me limpié el calor que me hacía cosquillas en el cuello y me deleité con su posición indefensa—. Tú y yo no fuimos más que un desastre. Y el bebé es de Michael, no tuyo.

—*Espera*.

Pasé junto a él y me dirigí afuera.

—Preciosa, te am...

Tres detonaciones ensordecedoras cortaron la voz de Nick.

Me estremecí ante el sonido y me senté sobre el césped húmedo, agradecida por el cosquilleo de las briznas golpeando mis palmas y el rocío adherido a ellas. Era como ser lanzada a un mundo

completamente nuevo. La muerte de Nick debería haberme hecho sentir eufórica, pero el horror se acumuló dentro de mí al ver cómo había acabado.

Entonces Michael me abrazó.

Me apretó contra su pecho. El aroma a cítricos hizo estallar cada reserva de calma que tenía. Me sumergí en su calor y enterré mi cara en su cuello. Lloré como nunca antes lo había hecho. Mis uñas se clavaron en su espalda. Pasé mis dedos por su barba incipiente, la suave hendidura de su barbilla, su boca. Luego estrellé mis labios contra los suyos.

Él respondió a la presión con una suavidad que me bañó de calor. Inclinando la cabeza, me reclamó. Era como si hubiéramos estado separados durante semanas. Sus grandes manos acariciaron mi pelo mientras yo me ahogaba en mis lágrimas, desesperada por sacarlo de mí.

—Te quiero. Te he echado tanto de menos.

La frente de Michael se apoyó en la mía. —Yo también te quiero.

—¿Están bien los niños?

—Sí, están bien. Lo has hecho bien. —El beso de Michael me escoció en la mejilla, y luego se quedó suspendido—. ¿Estás realmente embarazada?

Sonreí. —Él me hizo hacerme una prueba. Michael, vamos a tener un bebé.

La conmoción ondulaba a través de sus ojos color bourbon.

—¿Estás... estás feliz? —le pregunté.

Él acunó mis mejillas, radiante. —Más que feliz.

TREINTA Y OCHO

MICHAEL

Había recuperado a mi esposa.

Eso era lo único que me importaba.

Las semanas desde la muerte de Crash estuvieron llenas de actividad. Todos preocupados por Anthony, que seguía desaparecido. Lo único que teníamos era la vaga descripción de Carmela sobre un acento de Europa del Este y sus zapatos de cuero. Mi pobre esposa se atormentaba por Anthony, pero yo lo compartimentaba todo. Era difícil ignorar lo que me daba tanta alegría.

Carmela me amaba.

Se había recuperado del incidente con Crash mucho más rápido que yo, archivando esa parte de su pasado tan rápidamente que me hizo dar vueltas la cabeza. La casa resonaba con su canto, y resplandecía cada vez que yo entraba en la habitación. Me despertaba con felaciones. No podía quitarme las manos de encima, y me encantaba.

Nada podía deprimirme.

Ni la desaparición de Anthony. Ni siquiera la cena con los suegros.

La mano de Carmela se tensó alrededor de mi muñeca, impidiéndome abrir la puerta. Me lanzó una mirada ardiente, y luego sus ojos se deslizaron hacia el asiento trasero.

Sonreí, captando la idea. —¿Estás de broma?

—¿Demasiado tímido?

—Cariño, es pleno día. ¿Quieres que me arresten? —Miré arriba y abajo de la calle residencial—. ¿O es el peligro lo que te excita?

Se inclinó hacia mí y me mordisqueó la oreja. —Te deseo.

Mis pantalones se tensaron mientras ella trepaba al asiento trasero. La seguí, dejándome caer a su lado. Ya se había quitado las bragas y se sentó a horcajadas sobre mí antes de que me acomodara. Aplastó sus labios contra los míos. Su beso era tan duro como un diamante. Todo lengua, pura lujuria.

—El asiento trasero de un Audi —bromeé—. ¿Qué somos, adolescentes?

Dejé de hacer preguntas cuando me bajó la cremallera y agarró mi polla. Pasaba más días follando que trabajando porque el segundo trimestre había convertido a Carmela en una adicta al sexo. Diez minutos después, sus manos golpeaban la ventana empañada mientras yo gemía en su pelo. Se corrió poco después, y luego nos hundimos en los asientos de cuero. El móvil de Carmela sonó con mensajes de texto mientras nos arreglábamos.

Luego salí tambaleándome del coche. El sudor perlaba mi camisa, que metí dentro de los pantalones. Carmela se rio mientras me limpiaba el carmín de la cara.

—Ahora llegamos *realmente* tarde.

No es que me importara. No tenía ningún deseo de estar aquí.

La casa de mi suegro seguía siendo el lugar donde había muerto mi hermano, por muy complicada que hubiera sido nuestra relación. No me parecía correcto pasar el rato aquí, ni tampoco codearse con Ignacio, pero quería darle la noticia.

Carmela deslizó su mano en la mía, con las mejillas sonrojadas. —¿Estoy presentable?

—El aspecto de recién follada te sienta bien.

Carmela suspiró, dejando que eso le resbalara. Nos dirigimos a la mansión, y llamé a la puerta.

Maria abrió. —¡Ya estamos comiendo!

—Sí, lo sé. Lo siento mucho. —Entré, saludando a todos en el comedor—. Jodido tráfico.

Alessio levantó la vista de su pollo a la cazadora y sonrió con suficiencia. Se rio, provocando miradas interrogantes de su despistada esposa y nuestra suegra. Ignacio se puso de pie, su voz ardiente.

—En mi casa, llegas a tiempo, o no comes *en absoluto*.

Por mí perfecto.

Me tambaleé hacia la puerta hasta que Carmela me lanzó una súplica, que funcionó demasiado bien.

Maria nos obligó a sentarnos. La pequeña Lexy estaba en una trona, aplastando espaguetis en su cara. Reprimí una punzada de fastidio por la presencia de Alessio. En mi opinión, su inacción había desencadenado una devastadora cadena de consecuencias que resultaron en la venta de Anthony como esclavo y el horrible trauma de Carmela. Ayudarme a encargarme de ese cabrón no deshacía el daño.

Mia y Carmela siempre intentaban que habláramos. Nos invitaban a los mismos eventos. Alessio y yo nos ignorábamos. Ocasionalmente, discutíamos. A veces hacía que Carmela estallara en lágrimas.

Y no podía permitir eso.

Así que le dije que no lo haría más.

Desgraciadamente, Carmela podía convencerme de cualquier cosa.

Rechacé un asiento. —Ignacio, deberíamos hablar.

—¿Puede esperar hasta después de la cena?

—No será mucho tiempo.

Ignacio suspiró, limpiándose la boca. Revolvió el pelo brillante de Lexy al pasar, cogiendo su vino. Bebió profundamente mientras se dirigía a su despacho. Le seguí, cerrando la puerta.

—¿Qué ocurre?

Desbloqueé mi teléfono y le mostré la foto. —Aquí está la primera.

—*Joder*. —Ignacio agarró mi mano, tirando del móvil hacia él—. Es él. Crash.

—Sí, lo que queda del cabrón.

Había ordenado a mis hombres que profanaran su cuerpo, y yo mismo había lanzado su moto a la bahía. Ver cómo su querida Harley se hundía en el agua fue catártico. Carmela y yo mantuvimos en secreto los detalles sobre su secuestro. Ella no quería que sus padres se preocuparan y no tenía ningún deseo de revivir esas veinticuatro horas.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace unas semanas. He estado ocupado. —Además, no me apetecía precisamente pasar más tiempo con Ignacio.

—Lo hiciste —dijo, pareciendo desconcertado—. Joder, lo hiciste.

—Di que soy inútil.

—No lo eres. Lo siento. Gracias, Michael. No tienes idea del peso que me quitas de encima...

—Deja de suplicarle a Carmela que nos invite. No quiero estar en tu vida. Aún asesinaste a mi hermano.

Ignacio se limpió la cara, y aparté la mirada.

—Nunca quise hacerle daño.

Se me apretó la garganta. No podía hacer esto.

Me agarró la muñeca antes de que saliera.

Lo empujé contra la estantería. —No me toques, joder.

—Te contaré lo que pasó. Puede que me cueste caro, pero te lo debo. —Señaló la silla—. Siéntate.

—Me quedaré de pie.

Ignacio retrocedió hasta apoyarse en su escritorio, de repente cansado. —No quería asesinar a tu hermano. Nico me pidió que lo hiciera. Uno de sus asociados se acercó a mí. Me dijo que mantuviera la boca cerrada porque tú no podías enterarte de que Daniel era un soplón. Afirmaban que era un confidente.

¿Qué demonios?

Levanté la cabeza bruscamente. —¿Me estás tomando el pelo?

Negó con la cabeza. —No tenía nada contra Daniel.

Le creí. Tenía los mismos gestos delatores que Carmela.

Mi hermano era un soplón.

Mis entrañas se derrumbaron, y me desplomé en la silla. Fue un golpe a todo lo que había conocido sobre mi hermano. Las piezas cayeron como fichas de dominó: mi tío Nico usando al tipo bajo la protección de mi hermano para asesinarlo, y la terquedad de Ignacio.

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Las instrucciones de tu tío eran muy claras. —Los ojos de Ignacio se vidriaron mientras miraba a través de mí—. Creo que intentaba protegerte.

Como si estar a oscuras lo hiciera mejor.

—¿Lo sabe mi primo?

Lo dudaba. El tío Nico sabía que éramos cercanos. Vinn habría compartido esa información al instante.

—Ni idea. Lo siento, chico. —Ignacio me palmeó el hombro.

Intentó arrastrarme a un abrazo, pero lo aparté y salí disparado del despacho, siguiendo la voz burbujeante de mi esposa hasta el comedor, donde se estaba zampando el pollo a la cazadora. Sus ojos brillaban de felicidad. No quería estropearlo, así que salí de la casa.

Me desplomé en los escalones del porche y enterré la cabeza entre las manos.

Segundos después, la puerta se abrió. Ella se sentó a mi lado.

—Vuelve dentro. Termina tu cena —dije.

—¿Y tú qué?

—Daré un paseo por el barrio.

Mi cara se calentó, su decepción pesando en mis entrañas. Ya había disgustado a Carmela al negarme a llevar a los niños a casa de Ignacio. Después de Crash y Julian, necesitaba esperar hasta estar seguro de que estarían a salvo.

Carmela se apoyó en mí. —¿Qué pasa con Alessio?

Lástima que no tuviera palabras más amables para mi cuñado. —No nos llevamos bien.

—Sabes que me encanta cómo me defiendes, pero desearía que perdonaras a Alessio. *Por favor*.

—Simplemente no puedo.

—Yo le he perdonado. Quiero que tú hagas lo mismo.

—No puedo, cariño. —Presioné mi boca contra su ceño fruncido hasta que sus labios se suavizaron—. Tiene que ganarse mi perdón.

—¿No lo ha hecho ya?

Me encogí de hombros. —Me ayudó a sacar la basura. Eso no es suficiente.

Carmela me besó con fuerza, sus ojos ardiendo. —Te quiero.

Una calidez floreció en mi pecho.

Dios, eso nunca me cansaba.

EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

—¡Me toca a mí! Quiero jugar...

—No, es mi Nintendo. Carmela me lo compró a mí —Mariette le lanzó a su hermano menor una sonrisa de superioridad—. Carmela, dile que es *mío*.

Carmela dio un sorbo a su cóctel sin alcohol.

—Deja que juegue. Lo has tenido toda la mañana.

—Te lo dije —se regodeó Matteo.

Mariette se enfurruñó mientras él cogía el mando de la videoconsola y se dejaba caer en el sofá, apretando los botones frenéticamente. Carmela preparaba una tabla de embutidos mientras yo enrollaba prosciutto di parma con queso de cabra. En cuanto me dijo que había comprado medio kilo de esta porquería, supe para quién era.

—¿Viene Alessio?

—Sí —Carmela volvió a su tarea, tragando con dificultad—. Es el aniversario de seis meses de su desaparición.

Anthony seguía desaparecido.

Cuando me reveló todo lo que había sucedido en aquellas veinticuatro horas, no pude dormir durante semanas.

Pobre desgraciado.

Había recibido una puñalada por Carmela. Eso sí que era valentía. Si no hubiera estado allí para detener a Crash... ¿quién sabe?

Le debía una. Quería recuperarlo, pero las pistas escaseaban. Habíamos rastreado la red de tráfico de Crash en la dark web. Así era como había podido sobornar a tanta gente. Tenía una red de compradores que habían eliminado sus cuentas cuando él murió.

Carmela lloró cuando descubrió lo que le había hecho a Julian. Insistió en comprobar cómo estaba la hija de Julian, que parecía que le iba bien con su madre. Una vez que Carmela se dio cuenta de que la niña estaba bien, se relajó.

Me lavé las manos en el fregadero y deambulé por el pasillo.

Las paredes estaban cubiertas de fotos de Carmela y los niños. Una foto de Serena colgaba en cada una de las habitaciones de los pequeños. Carmela me animaba a liberar mi ira, y lo estaba intentando. Pero quedaba una cosa por hacer.

Encontré a mi hija en la biblioteca, donde se había refugiado después de entregar la Nintendo. Sonrió cuando me senté a su lado, lo que era una mejora significativa respecto a "Vete".

—Hola, cariño. Necesito hablar contigo.

Mariette hizo una pausa, dejando el lápiz.

—¿Sobre qué?

Saqué el anillo de boda de Serena de mi bolsillo.

—Esto era de tu madre.

Mariette lo tomó de mi mano, abriendo sus ojos azules con asombro. Se lo puso en el dedo.

—Te queda grande, pero te lo daré cuando seas mayor —le acaricié su precioso pelo, admirando cómo brillaba con la luz—. Tu madre y yo no nos llevábamos bien, pero eso no significa que nunca me importara. Algún día, espero que lo entiendas. Solo quiero que sepas que te quiero. Siempre.

—Yo también te quiero.

Tomé la joya y le revolví el pelo. Un destello de orgullo se formó en mi pecho cuando abandonó el intento de colorear dentro de las líneas y garabateó por toda la página. Luego salí.

Carmela estaba apoyada en el umbral, sonriéndome.

—Eso ha sido bonito por tu parte.

—Tú y esa palabra —la agarré por la cintura y la arrastré a una habitación vacía—. No soy bueno.

—Sí que lo eres. No has fruncido el ceño cuando he mencionado a Alessio.

—Es mi cuñado...

—Y me has dejado ponerle a nuestro bebé el nombre de Anthony.

—Luke Anthony Costa. Es su *segundo* nombre, y solo acepté porque él encontrará todo esto muy gracioso.

—*Una mierda*. Dijiste que sí porque me quieres. No te quejas cuando viene Alessio. Haces todo lo posible para hacerme feliz, todo el tiempo, y nunca pides nada a cambio.

—Tú eres todo lo que necesitaré jamás, Carmela.

No quería perdonar a Alessio, pero lo haría porque siempre me doblegaba por ella.

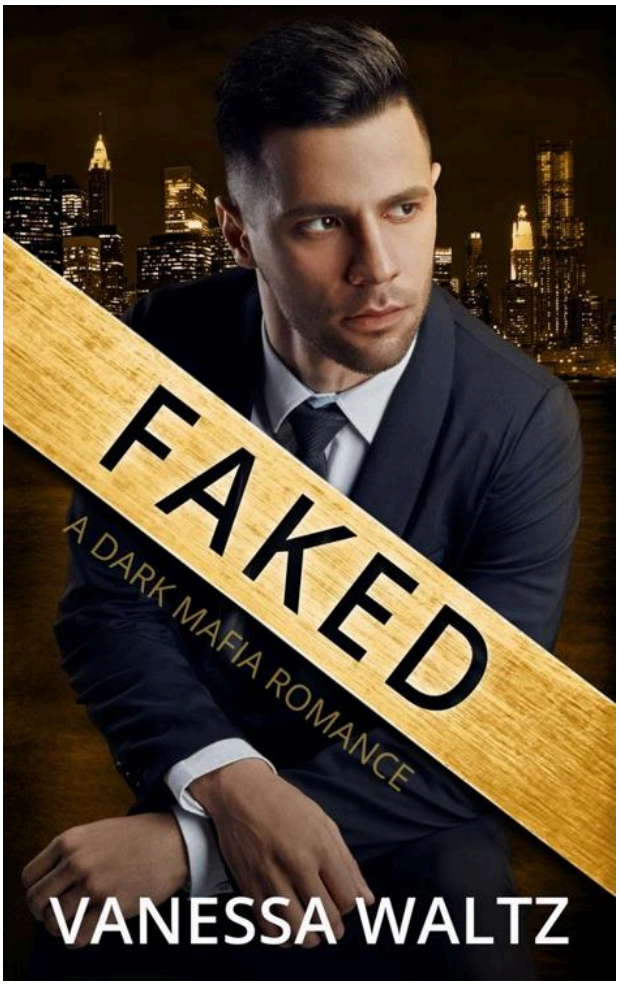
No era un buen hombre.

De eso no había duda.

Mis impulsos eran tan oscuros como cuando nos casamos, pero ella me había ablandado con las personas de nuestras vidas. Me enseñó que el matrimonio no debía ser una batalla constante de voluntades. Que estaba bien discrepar sin faltarnos al respeto. Darle el mundo parecía un intercambio justo porque había encontrado paz.

La había encontrado a ella.

¡GRACIAS POR LEER TAKEN! ¡Por favor, deja una reseña si has disfrutado de la historia! ¿Quieres más de Michael y Carmela? ¡Haz clic para leer una historia del futuro!



No te pierdas la historia de Vinn y Liana en , el tercer y último libro de la serie Sinners of Boston. Consíguelo , ¡o sigue leyendo para ver el primer capítulo!

FAKED: SINNERS OF BOSTON #3

PRÓLOGO

Liana

Muertos.

La palabra no tenía sentido. A veces, la escuchaba en los dibujos animados, pero nunca pude entender qué significaba. Me lo habían repetido una y otra vez: *tus padres están muertos*.

¿Dónde estaba mamá?

¿Por qué no había vuelto todavía?

La colcha acolchada envolvía mi cuerpo. Me palpitaba la cabeza. Había pasado el día llorando, arrastrando a Charlotte, mi conejo de peluche, por toda aquella casa extraña de suelos fríos, perseguida por aquel chico, *Mike*. Era malo. Había robado a Charlotte, y yo no podía dormir sin ella. Me froté la costra de lágrimas que sellaba mis ojos cerrados.

La puerta crujió.

Un chico entró en pijama. Intenté desaparecer bajo las mantas, pero me detuve. Su pelo le rozaba los hombros. Parecía mucho más joven que Mike. Una tímida sonrisa tiraba de sus labios mientras me acercaba algo.

—¡Charlotte! —La lana me raspó la cara mientras abrazaba al conejo—. Gracias.

—De nada.

—¿Quién eres?

—Vinny. Soy el primo de Mike. —Se arrodilló junto a la cama—. ¿Cómo te llamas?

—Liana. —Una tenue esperanza se encendió en mi pecho—. ¿Sabes dónde está mi mamá?

—Lo siento. —Subió el edredón hasta mi barbilla. Luego me acarició el pelo, desde el lado hasta la nuca, igual que hacía mi madre—. Todo estará bien. Ya verás.

—La echo de menos.

—Ahora nos tienes a nosotros. Seremos tu familia.

No estaba segura de eso, pero creí en la sonrisa de Vinny. Su dulzura me había transmitido seguridad. Me dejé caer agotada.

—Es hora de dormir, Liana. Cierra los ojos.

—Vale.

Plantó un beso en mi frente, y luego desapareció, cerrando la puerta con suavidad. El calor se extendió por mis mejillas y se asentó en mi corazón. Años después, me pregunté por qué su calidez nunca me había abandonado.

Capítulo Uno
Liana
hace dos años

Tuve que quedar atrapada en un edificio en llamas para darme cuenta de que estaba enamorada de Vinn Costa, el mejor amigo de mi hermano.

Era Navidad.

Vinn estaba sentado en la barra mientras mi hermano, Michael, bailaba con su hija de siete años al ritmo de una canción de George Michael. Guirnaldas y decoraciones verdes adornaban las paredes de The Black Cat, un local y restaurante propiedad de la mafia donde al jefe de la Familia le gustaba celebrar sus fiestas navideñas anuales. Montañas de comida para llevar se apilaban en las mesas, pero el tentador aroma no consiguió sacar a Vinn de su solitaria esquina. Las luces centelleantes proyectaban un patrón colorido sobre él.

Tenía un amplio rostro de héroe, con mandíbula cincelada. Una sombra de barba salpicaba su barbilla con hoyuelo bajo una boca bien formada que invitaba al beso. Una nariz fuerte llevaba a unos ojos tan oscuros y aterradores que mirarlos me provocaba escalofríos. Italiano de pura cepa, Vinn lucía esa tez olivácea que siempre le había envidiado.

Era guapísimo —le había visto sin camiseta— y podría haberle hecho la competencia a Henry Cavill.

Una oleada de calor invadió mis mejillas. El aliento se escapó de mis pulmones. Yo era un cinco en mis mejores días, pero Vinn era un diez perfecto.

Desde los cuatro años, había estado colada por Vinn Costa. Me había cogido de la mano en viajes a la playa. Me había salvado de escaparme y hacerme daño. Desde el momento en que lo conocí, me había protegido. Pero a medida que crecíamos, nos distanciamos.

Había pasado tiempo. Los estudios me habían mantenido ocupada. El último mensaje que habíamos intercambiado fue en abril.

Di un paso adelante.

Unos dedos ásperos me agarraron del brazo, deteniéndome. Fruncí el ceño a su dueño, mi hermano mayor, Daniel. No nos parecíamos en nada, porque no estábamos relacionados por sangre. Su madre me había adoptado. Mis padres biológicos eran un misterio, presentes solo en fotografías descoloridas y recuerdos aún más distantes.

La piel de Daniel era más oscura, su pelo más negro, y sus ojos dos llamas ámbar junto a mis azules. Tenía más del doble de mi edad con cuarenta y tres años, y era mi única figura paterna. Su mirada entrecerrada se estrechó mientras seguía mi camino directo hacia Vinn, su actitud empapada de desaprobación.

—Liana. *No lo hagas*.

Mi estómago cayó.

—¿Qué?

Michael se separó de su hija para colocarse junto a Daniel, con el mismo ceño fruncido. Se diferenciaban apenas por un par de centímetros de altura, pero Michael era más fino de huesos y delgado. Aunque, por muy parecidos que pudieran parecer, nunca estaban de acuerdo en nada.

Crecer con dos hermanos mayores no había sido fácil. Las cenas familiares se convertían en una excusa para que Michael y Daniel intentaran imponer su dominio sobre el otro. Me habían mantenido al margen de sus peleas, pero seguía siendo una forma sombría de crecer.

—Sabes de lo que estoy hablando. —La frialdad de Daniel no dejaba dudas sobre el tema—. Déjalo en paz.

—Es Navidad —susurré—. Solo iba a saludar.

—¿Y esperabas que te invitara a salir? ¿Porque le has traído un regalo? —La sonrisa burlona de Daniel mostraba demasiado conocimiento—. Oh, Li. Tienes que dejarlo estar.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—Vamos, Li. No eres tan tonta.

—*Tranquilo*. —Michael le lanzó una mirada fulminante—. Es una cría.

—Ya no —espetó Daniel, ajeno a la agonía que crecía en mi pecho—. Debería haber dicho algo hace mucho tiempo, pero me contuve porque eres muy joven. Verte suspirar por él me avergüenza.

Su tono cáustico me mordió las mejillas. *Ambos* me habían descubierto, y eso me dejó emocionalmente desnuda.

—¿Quién dice que lo hago?

—Es obvio, cariño. Pensé que lo superarías. —La boca de Michael se torció con una sonrisa sombría—. Sé que estás loca por él, pero nunca va a pasar.

Fue como si me hubiera agarrado el corazón con el puño.

—¿No crees que le gusto a Vinny?

—No de la forma que tú quieres, cielo.

Mis ojos ardieron antes de que terminara la frase.

—Quizás...

—No va a pasar. *Nunca*.

Un violento rubor invadió mi cara mientras mis entrañas se rebelaban.

Michael me tomó del hombro.

—Eres una chica estupenda. *Hay* un chico ahí fuera para ti, pero no será Vinn.

—¿Por qué no?

Daniel gruñó, masajeándose la frente.

—Joder, Liana.

—Está demasiado dañado —intervino Mike—. Te hará daño. Y, lo más importante, no está interesado.

La determinación de Michael por acabar con mi atracción por Vinn no era nueva. Siempre tenía una pulla no tan sutil preparada cuando me pillaba rondando a su amigo-convertido-en-primo, pero nunca lo había escuchado de forma tan directa. Cada palabra me desgarraba.

—¿Él ha dicho eso?

—No hace falta que lo diga. —Michael soltó un largo suspiro, con tono compasivo—. No te lo tomes como algo personal. Vinn tiene veintiocho años. Tú tienes *diecinueve*. Esa es una gran diferencia.

—Sois unos capullos.

Daniel me dio una palmadita en la cabeza. Se fue, abandonándome con este bastardo odioso.

Michael y yo nunca nos habíamos llevado bien.

Se había vuelto más tranquilo desde que tuvo un bebé, pero solía ser el adolescente enfadado que me odiaba por existir.

—¿Por qué no podías dejarme en paz?

—Créeme. Esta conversación es tan dolorosa para mí como para ti. —Michael se masajeó las sienes—. Preferiría saltar a una trituradora que discutir el enamoramiento de mi hermana por mi mejor amigo.

—Ojalá lo hicieras. No te soporto.

—*Qué bonito*. Muy bonito, Li.

—Me da igual. No soy uno de tus hijos —siseé—. No puedes aparecer de repente y ponerte sobreprotector después de una vida siendo un imbécil.

—Estoy intentando darte un atajo hacia la felicidad. —Michael señaló a su esposa, Serena—. La vida es demasiado corta para desperdiciarla con alguien que no te hace caso.

Aliarse contra mí por lo de Vinn era demasiado. Solo quería hablar con él. ¿Qué derecho tenía Michael a vigilar mis asuntos? Comparada con él, yo era casi una santa.

Miré a Michael.

—¿Qué tiene que ver tu matrimonio sin amor conmigo?

Michael se erizó. Su agarre se volvió blanco sobre el vaso antes de golpearlo contra la barra.

—Vale. No vengas llorando cuando te ignore otra vez.

Ay.

Una oleada de calor invadió mis mejillas, pero había dicho cosas peores.

¿Estaba perdiendo el tiempo? Vinn tenía una vida. Yo había pasado la mía deseando poder cambiar lo imposible.

Si al menos no fuera la hermanita de Michael.

Si al menos Vinn sintiera una fracción de mi anhelo.

Si al menos no estuviera atrapado en los brazos de una pelirroja despampanante.

Una chica de belleza impresionante había aparecido en el regazo de Vinn. Usaba el muslo enorme de Vinn como asiento. Sus dedos con manicura perfecta acariciaban su camisa negra brillante y su corbata con una intimidad que me retorció las tripas. Plantaba besos por su mandíbula mientras yo luchaba por respirar, con un dolor tan crudo al verlo con otra mujer.

Quería desaparecer.

Vinn respondía a sus juegos con un interés tibio, deslizando su mano bajo sus muslos, subiendo su vestido, pero su mirada vagaba como si buscara un reemplazo. Sus ojos encontraron los míos. Me miró fijamente, probablemente preguntándose por qué le fulminaba

con la mirada mientras una mujer se restregaba contra su entrepierna. Sin apartar la vista, pronunció un despido.

—Vete de aquí.

Ella rió tontamente.

—Feliz Navidad, cariño.

—Sí, lo que sea.

—Nos vemos. —Agarró las solapas de su chaqueta y besó su boca—. Tengo un regalo esperándote en mi apartamento. Deberías pasarte.

—Quizá —dijo, pero puso los ojos en blanco a sus espaldas. Me hizo un gesto—. Li, ven aquí.

Mientras me acercaba, palabras violentas suplicaban por salir de mis labios. Apenas podía contener las lágrimas tras el despiadado golpe al estómago.

—¿Quién es ella?

Vinn me lanzó una mirada extraña.

—Una tía cualquiera.

—¿Tu novia?

—Por esta semana, claro. —El tono bajo y grave de Vinn me revolvió el estómago, despertando las mariposas—. ¿Qué estás haciendo?

—No mucho.

—¿Ibas a saludarme alguna vez?

Crucé los brazos.

—Claro.

Mirarle me dolía. Su camisa y pantalones estaban arrugados donde ella se había frotado contra él, y le había despeinado su precioso pelo. Casi podía olerla en él.

Vinn me observó.

—¿Estás bien?

—¿Por qué tiene que pasarme algo?

—Bueno, no me estás dando la charla, lo que es una señal de alarma.

Quería decirle la verdad: que significaba el mundo para mí y me mataba que siempre fuera a ser la hermanita del mejor amigo. Entendía por qué no podíamos estar juntos. Michael y Vinn trabajaban para la Familia. Lo último que necesitaba el jefe era una grieta entre sus capitanes, y como señalaba Michael, Vinn no estaba interesado en una chica de diecinueve años.

Normalmente aguantaba el dolor con una mueca, pero esta noche no. No podía hablar con él. Saqué el regalo envuelto —un estúpido recuerdo de nuestra juventud— y lo empujé sobre la barra junto a su mano.

—Feliz Navidad, Vinn.

Luego agarré una botella de Chianti medio abierta y desaparecí en la zona de "Solo Empleados". Atravesé tres puertas antes de encerrarme en una oficina del tamaño de un armario. Levanté el vino a mis labios mientras la fiesta continuaba. Nadie me echaría de menos, y al menos no tendría que flotar en una ola de tristeza cuando Vinn llamara a otra chica para que le hiciera compañía. Me estaba hundiendo en un estupor cuando una fuerte explosión sacudió la pared.

Idiotas borrachos.

Las fiestas navideñas a menudo se descontrolaban. Todo el mundo se excedía. A veces hacían acrobacias ridículas. Antes de que Michael tuviera hijos, era salvaje. Había hecho las cosas más estúpidas. Como carreras borracho con sus primos con un cigarrillo encendido en la boca. Durante un tiempo, se aficionaron a los petardos. No los baratos de niños, sino de los que te dejan un agujero en el tímpano por la explosión. El Audi de Michael solía atravesar la autopista mientras lanzaba petardos a los coches de otras personas. Las explosiones parecían algo normal, así que no me alarmé por el ruido ni por los gritos escandalizados que probablemente eran mis tías gritando a algún idiota.

Bebí, ignorando el alboroto, y entonces las alarmas aullaron sobre mi cabeza.

Vaya. Debería ver qué está pasando.

Me levanté.

El mundo dio vueltas cuando abrí la puerta e inhalé aire acre. Mientras salía, me palpitaba el cráneo. Todo se convirtió en un confuso remolino de oscuridad. El humo se espesaba. ¿Dónde estaba la salida? El aire mordía mis fosas nasales. Me escocían los ojos. Tosí y me doblé, mareándome.

—¡Liana!

No, *él* no.

Un profundo ardor abrasó mis mejillas ante la idea de que Vinn me encontrara en un estado vulnerable.

Estaba de pie cerca de la luz, su figura masculina recortada contra el humo. Su cabeza giraba a izquierda y derecha.

—Li, ¿dónde coño estás?

Corrí de cabeza hacia la oscuridad, hacia el calor. *Vete*, recé mientras él irrumpía en las habitaciones. *Déjame en paz*. Me dio vueltas la cabeza mientras me desplomaba, casi llorando, demasiado borracha.

—¡Liana! —Sus pesados pasos sacudían el suelo—. Joder, niña. ¿No oyes las sirenas? ¿Qué haces en el suelo?

Niña.

La oleada de dolor estaba más allá de las lágrimas.

Abrí la boca para decirle que se fuera, e inhalé una bocanada de humo. Mi conciencia se apagó y volvió a encenderse.

Me había agarrado del brazo y me levantó. Me impulsó hacia adelante, arrastrándome por el suelo y hacia fuera, donde mis pulmones exhaustos se llenaron de oxígeno. Su poderoso agarre me hizo girar. Me empujó hacia un paramédico.

Una máscara me cubrió mientras Vinn se quedaba cerca. Me había salvado, después de que el desamor casi me matara. Su imagen se derritió mientras mi visión se empañaba. Luego me dio una palmadita en la cabeza de la misma manera que lo había hecho Daniel.

El dolor golpeó mi pecho.

Maldita sea... realmente le amaba. Pero nunca sería feliz si él permanecía en mi vida.

Vinn era una adicción insana. Interactuar con él me daba dosis de dopamina. El falso subidón siempre me dejaba insatisfecha y ansiando más.

Michael tenía razón.

Nunca tendría a Vinn.

Tenía que encontrar a alguien que me amara. Aprendería a existir en un mundo sin él porque, si esto continuaba, no viviría en absoluto.

Mientras él estaba de espaldas, abandoné la acera parpadeante con luces rojas.

No giré el cuello para comprobar si me había seguido.

Había terminado con Vinn.

¿Quieres leer el resto? ¡Haz clic para leer más!

AGRADECIMIENTOS

Había una vez, cuando era joven e ingenua, que me enamoré de un hombre *similar* a Crash. Era un chico malo que fumaba cigarrillos de clavo y llevaba botas con punta de acero con sus camisetas de heavy metal. Me llevaba a salones de billar porque no podía ir a bares.

Fue mi primera vez en todo. Podía ser extremadamente apasionado, dulce y romántico. Y de repente, celoso, violento, enfurecido.

No me arrepiento de haber salido con él, pero me alegro mucho de haber salido de esa relación. Creo que la mayoría de nosotros hemos conocido a alguien como mi ex, lo que hizo que escribir esto fuera tan incómodo. Me ha hecho enfrentarme a su comportamiento perturbador.

Por esa razón, este ha sido el libro más difícil que he escrito nunca. Pero me siento aliviada de haberlo llevado a cabo. Me llevó muchos borradores hasta que me decidí por esta versión. Encontrar la voz adecuada para Michael me llevó una eternidad.

Gracias, Winter y Sosie, por escuchar mis numerosos mensajes sobre este libro. Ayudasteis enormemente. Kelley Harvey, como siempre, tu edición es de primera clase. Gracias, Christine LaPorte, Kevin McGrath, y mis maravillosos lectores en el grupo Bad Boy Addicts.

¡Os quiero! Gracias por ser tan comprensivos. No podría hacer esto sin vosotros.